LA COMUNIDAD MULATA

Pedro Andrés Pérez Cabral

El caso socio-político
de la República Dominicana

1era. edición: Gráfica Americana,
Caracas, Venezuela, 1976.
2da. Edición: CIELONARANJA,
Santo Domingo, 2007.

Al Dr. Alcides García Lluberes,
ejemplo de dignidad ciudadana en el país putrefacto.
A la juventud dominicana incontaminada todavía.

DOS PALABRAS

En 1965 el novelista brasileño Jorge Amado hizo la siguiente declaración a la revista norteamericana *Ebony:* —"Somos un país mulato; el único en el mundo"[1] La declaración es, amén de exagerada, inexacta en su segunda mitad. No creemos que la condición exclusiva de país mulato represente un privilegio muy digno de ser disputado. Mas, se trata de corregir una hipérbole étnica y, sobre todo, una inexactitud demográfica.

Efectivamente, la comunidad brasileña comprende una considerable proporción de descendientes de los grupos étnicos blanco y negro, pero el conjunto de esa descendencia no constituye la mayor parte de la población de Brasil ni su uniforme cualidad predominante. Más aun: no sólo Brasil sino también Estados Unidos de Norteamérica y Sur África son los tres estados que contienen hoy los mayores grupos mulatos del planeta, pero en ninguno de ellos el conglomerado descendiente de blancos y negros es el grupo demográfico cuantitativamente predominante ni, mucho menos, el que ejerce hegemonía determinante en la vida norteamericana, brasileña y surafricana. De la situación étnica en las comunidades estadinense y africana del sur resultaría obvio cualquier señalamiento.

Respecto de Brasil, si es cierto que la nación lusoamericana no exhibe el imperio de la discriminación racial tan violento como en Sur África y Estados Unidos de Norteamérica, no es menos cierto que allí se libra una sórdida e hipócrita lucha de prejuicios y medidas discriminatorias que difiere verdaderamente de los espectáculos surafricano y norteamericano, pero que no es de modo alguno el signo de la ecuanimidad étnica. Así, sólo el 3% de los altos oficiales militares brasileños no son blancos y la fuerza aérea no tiene un solo oficial de color. Más aun, el cuerpo diplomático sólo cuenta con un embajador que no es blanco (el embajador en Ghana). La discriminación racial se observa, por lo demás, en el campo de la educación privada, ya que algunos institutos y conventos no aceptan niños negros, a pesar de que se hallan en manos de educadores católicos.

Un hecho demográfico es de particular interés como complemento de la negada condición de Brasil como nación mulata. Tal es la falta de homogeneidad en la presencia del mulato en la amplitud del territorio brasileño, donde se ven regiones peculiarmente mulatas en tanto que otras carecen de la misma característica.

El proceso de integración étnica de la colectividad brasileña no ha sido en momento alguno de *mulatización* general y total. No ha podido ser así. Es innegable que tal

[1] *Ebony*, July, 1965.

proceso ha marchado siempre hacia la *arianización* del sector negro y mulato de la población, gracias al ingente número de pobladores europeos. Es el caso que el factor amerindio no se extinguió jamás a lo largo de la historia brasileña y que el mismo aborigen americano dio lugar a la formación de su correspondiente estamento mestizo dentro de la población del país, condición que no ha podido tener lugar en la comunidad dominicana.

Si bien el país brasileño fue el último en promover la abolición de la esclavitud en Sur América, además de haber sido el territorio que recibió mayor número de esclavos africanos, es cierto que ambos hechos históricos se han visto contrarrestados, en cuanto a sus efectos *mulatizadores,* por la continua y formidable inmigración no negra que ha ingresado en el recipiente lusoamericano de manera ininterrumpida. Tal es el factor demográfico más responsable de que Brasil no constituya hoy una verdadera nación mulata, aunque, como hemos dicho, la descendencia de blancos y negros pueda tener allí una considerable expresión cuantitativa. Amén de la existencia siempre progresiva del grupo étnico europeo durante la colonia, lo cierto es que en ciento once años Brasil recibió la afluencia de 4,431,000 blancos. Más precisamente, de 1884 a 1953 ingresaron en el país. 1,465,126 italianos, 1,174,794 portugueses, 623,184 españoles, 244,955 japoneses y 195,510 alemanes, todo un contingente que ha contribuido masivamente a mantener a los grupos negro y mulato en proporción minoritaria.

Brasil es, en síntesis, un enorme crisol étnico, sin duda alguna, pero no es la única nación mulata en el mundo. Esta calificación corresponde exclusivamente a la República Dominicana.

LA GRAN CORRUPCIÓN

"La Hélade, señor, tiene por hermana de leche a la pobreza, que nunca la abandona; pero ha traído como huésped, bajo la forma de virtud, al hijo de la sabiduría y de la ley; y con la ayuda de la virtud, mantuvo a raya tanto a la pobreza como a la servidumbre."

Herodoto.

I.
LA NEGOCIACIÓN DE LOS VALORES

> "Solamente quiero acordar al lector que hé septenta años, y que el dinero que ambos adelantados tuvieron no bastaría á hacerme escribir mentira (si yo sé que lo es), ni á dexar de poner aquí la verdad (si no la ignoro)".
>
> *Gonzalo Fernández de Oviedo*

Circundada por el mar, cada vez más empobrecida, liquidándose ya en la segunda etapa de la disolución, tras haber erigido la inmoralidad en institución, la única comunidad mulata del planeta representa un ejemplo sin precedentes del desgaste y descomposición de los elementales atributos humanos.

Las comunidades primitivas, aferradas a sus hábitos, creencias, tradiciones e instituciones específicas se conservan relativamente inmutables, sin lograr modificaciones ostensibles en su biotecnia, habituadas a la uniformidad de su hábitat rutinario en sus ciclos naturales, pero sin experimentar lo que podría entenderse como un deterioro de sus modos cotidianos. No son conglomerados subdesarrollados porque no han iniciado, dentro de su particular aislamiento, los primeros movimientos del desarrollo. De ahí que no adelanten, pero que tampoco retrocedan. Es el característico estatismo primitivo, un estado de somnolencia social que protege con regular eficacia contra la inherente condición del desgaste colectivo.

No gozan de semejante recurso conservador las comunidades que por la simple acción de su ubicación han sido necesariamente tropezadas por los impactos y estímulos de la dinámica humana, sacadas de su decurso secular uniforme y puestas, aun a regañadientes, en la necesidad de obrar y moverse en determinados sentidos para prevenir la erosión de su estructura. Los traumatismos de relación que imprimen al conglomerado los primeros sacudimientos dan lugar a dos tipos de posibilidades sociales, sobre todo cuando los impactos conmovedores llevan implícita la carga de opresión, la fuerza impositiva. El primer tipo depende del proceso de transculturación y sus efectos, de la colisión y sus resultantes. El segundo tipo carece de las perspectivas aleatorias del ayuntamiento. El cuerpo social recesivo, en este último caso, no se conjuga en proporción y manera importantes con el cuerpo dominante. El cuerpo recesivo desaparece y, con él, desde luego, sus rasgos y caracteres, puesto

que los que quedaron impregnados en el hábitat están generalmente desprovistos de potencia de fijación, de fuerza imperecedera. El cuerpo dominante se apodera del hábitat expropiado y tiene lugar un mero trasplante migratorio, un cambio de sede geográfica.

Una tercera variedad, muy singular ciertamente, tiene lugar cuando el conglomerado que podríamos denominar autóctono no resiste la colisión, se extingue y es sustituido en el hábitat, en su hábitat, no por el grupo dominante solamente, sino por dos núcleos humanos extraños respecto del recesivo y extraños entre sí al mismo tiempo. Los nuevos grupos invasores realizan entonces el proceso de transculturación en territorio ajeno respecto de ambos, gracias a la migración espontánea de un grupo y a la migración forzada del otro. Otra subvariedad podría estar constituida por el encuentro de dos grupos de migración espontánea en el mismo escenario distante.

En la totalidad de las islas antillanas tuvo lugar la aludida variedad de colisión integrada por la transculturación a distancia, mientras se extinguía la comunidad autóctona, de dos conglomerados étnicamente distintos, uno de migración voluntaria y de migración involuntaria el otro, ambos de procedencia continental.[2] La variante transcultural ha exhibido otras peculiaridades suplementarias, como son la condición insular del nuevo hábitat, la modalidad de que el proceso de fusión so ha realizado por agregación de capas sucesivas de ambos conglomerados en distintas proporciones, por lo menos durante considerable lapso, y la condición de que entre ambos grupos de inversión social existió una particular relación de dominio-sumisión que los situaba en planos diferentes do contribución transcultural. Una variante condicional estuvo constituida por la migración de algunas capas insulares (canarias) que se vertieron en las islas españolas del Caribe en determinados momentos del proceso.

El fenómeno sociológico señalado no se repitió jamás en otra parte de la tierra. Él constituye el signo supremo de la historia antillana. Las incursiones y migraciones que se dirigieron hacia otras zonas del mundo no implicaron en momento alguno la desaparición total de los conglomerados autóctonos, los cuales han quedado, por lo demás, con capacidad eficiente para cumplir sus cometidos de ingredientes de transculturación. En las Indias Orientales, por ejemplo, territorios por muchas razones similares a las Antillas, la colisión dejó intacta —incluyendo el ritmo de producción— la capacidad contribuyente de las comunidades autóctonas.

Sin embargo, se impone una distinción de primera importancia dentro del ámbito del

[2] Cualquier texto de historia americana revela la desaparición del amerindio, a poco tiempo de iniciada la colonización, del archipiélago antillano. En la mayor parte de las islas del Caribe sólo es posible dar con vestigios étnicos muy escasos del aborigen generalmente diluido en unos cuantos pobladores. A continuación las islas se transformaron en pequeños escenarios de una transculturación a distancia entre dos grupos étnicos de procedencia distinta. Sus descendientes habrían de resultar hijos de dos huéspedes.

proceso histórico antillano. Aludimos a la condición indiscriminatoria de algunos de los grupos invasores del Caribe, o sea, dicho en otros términos, a la ausencia de discriminación étnica en los núcleos españoles, portugueses y —en menor grado— franceses como ingredientes humanos de la transculturación integral. Consecuencia de tal condición es la presencia de diferentes grados de conformación estructural y de integración sicosomática en los conglomerados insulares del archipiélago. El carácter misceláneo y mosaico de las comunidades antillanas actuales es grandemente variable. Una primera división daría lugar a colectividades de considerable variedad de composición étnica y colectividades de escaso hibridismo. Dentro de los conglomerados de alto índice de mezcla se dan variaciones de importancia debidas a la influencia de factores ajenos a la mezcla de los integrantes. El hibridismo, en tales casos, ofrece dos dimensiones: de amplitud y de profundidad. Los factores que han incidido sobre la extensión del hibridismo son de diferente índole (económicos, de casta, políticos, religiosos, etc.). Los cambios coloniales de la densidad demográfica, la desproporción también variable de la población femenina y la distribución de los centros poblados en relación con las dimensiones territoriales insulares son fenómenos de influencia importante sobre el ritmo del hibridismo.[3]

Españoles y portugueses llegaron al Nuevo Mundo con experimentada disposición para el cruce étnico. La dominación musulmana en la península ibérica a lo largo de ochocientos años y la práctica de la esclavitud africana en las propias tierras peninsulares prepararon el hibridismo en tierras de América, sobre todo en los territorios insulares, donde tanto las limitaciones geográficas como la inicial escasez de hembras favorecieron las primeras experiencias de la mezcla de grupos étnicos.[4] Andaluces y lusitanos eran elementos humanos familiarizados ya con las prácticas del mestizaje. El diez por ciento de la población de Lisboa hacia 1550, por ejemplo, lo formaban esclavos africanos.[5]

Es evidente que las poblaciones regionales no abrigaban el mismo grado de indiscriminación. Andaluces, extremeños, canarios, levantinos y castellanos resultaron más proclives al hibridismo que gallegos, asturianos y vascos. Esta distinción es valiosa en

---

[3] Los dos extremos están constituidos por Cuba, provista de apreciable proporción blanca, y Haití, donde el predominio negro es un hecho notorio incontrovertido. Entre ambos extremos los distintos grados de variaciones híbridas se observan en las restantes islas.

[4] Coon, Carleton S., *The Origin of Races,* Alfred A. Knopf, New York, 1963, pág. 93, El proceso del mestizaje es función primordialmente masculina, como se sabe. Observa el profesor Coon: "Considerando el hecho de que un hombre puede fertilizar a muchas mujeres en un tiempo dado y el tiempo que requiere una mujer para dar a luz a un niño, se entiende fácilmente que el hombre puede tener más descendientes que la mujer y que él puede también esparcir sus genes más ampliamente en el medio local".

[5] Bastide, Roger, *Les Religions Africaines au Bresil,* Presses Universitaires de France, París, 1960, *pág. 42.*

cuanto interesa a determinados resultados históricos, como es, digamos, el mayor índice misceláneo de la colectividad dominicana en comparación con la cubana. En la Antilla mayor el hibridismo tropezó con escrúpulos y prejuicios discriminatorios que no alcanzaron categoría verdaderamente obstructiva en Santo Domingo. Posteriormente, el dominio total de la población negra en la Hispaniola, durante 22 años, forzó evidentemente el ritmo del mestizaje mulato, lo mismo que ya lo había hecho el estado de decadencia colonial en que se deslizó antes por mucho tiempo la porción española de la segunda Antilla. Las migraciones laborales consecutivas, provenientes tanto de Haití como de las islas británicas del Caribe, han rematado el decisivo predominio demográfico del mulato en la República Dominicana, mientras en Cuba el híbrido de blanco y negro ha conservado una proporción minoritaria.

Ninguna de las islas antillanas, ninguna de las regiones de la tierra firme americana ha ofrecido el espectáculo histórico de la libre mezcla de blancos y negros, sin cortapisas restrictivas de importancia y sin participación de otra variedad de mestizaje, propia de la actual República Dominicana. Extinguida prontamente la población aborigen amerindia[6], los pocos numerosos frutos de la unión de la misma con los primeros pobladores hispanos fueron disolviéndose sucesivamente en la comunidad de negros y blancos que se entronizó en la isla en un rápido proceso de sustitución total, cuya duración fue de aproximadamente cincuenta años. Apenas perceptibles en algún que otro ejemplar nativo son los vestigios del conglomerado original, cuyos escasos descendientes se fundieron, paulatina pero inexorablemente, con la abrumadora formación mulata que a partir de cierto momento se apoderó de la hegemonía demográfica. De ese modo, los especimenes típicamente mestizos (de blanco e indio) y zambos (de negro e indio) son, dentro de la colectividad dominicana, ejemplos muy dispersos y carentes de influencia sicosocial. No llegan a constituir siquiera una minoría reducida.

La República Dominicana está, pues, dotada de una población peculiar desde el punto de vista de su integración, de su formación étnica y de su procedencia.[7] Tal pobla-

---

[6] Martínez Estrada, Ezequiel, *Diferencias y Semejanzas entre los Pueblos de la América Latina*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962, *pág. 96.* "Según Peschel... la población de la Hispaniola, en 1492, era entre 300.000 y 200.000 habitantes; en 1508, 60.000; en 1512, 20.000; en 1514, 14.000; en 1570, sólo dos poblados de indios". Las Casas dio un número al parecer exagerado para el momento de la conquista. Más adelante suministraremos pormenorizadamente ei movimiento demográfico de La Española a lo largo del período colonial.

[7] Park, Robert Ezra, *Race and Culture*, The Free Press of Glencoe, 1964, *pág. 128.* El autor llega a afirmar que, "en Santo Domingo, que es la parte de la isla de Haití que el fin de la revolución dejó en posesión de los mulatos más bien que de los negros, la amalgama racial ha ido tan lejos, que los dominicanos, lo mismo que los macaoneses y los goaneses, constituyen, puede decirse, una nueva raza"; *pág. 86,* nota, el profesor Pittard, citado por Park, expresa: "El

ción tiene, por supuesto, su manera específica de obrar, de reaccionar, de comportarse, de ofender, de defenderse, de atravesar las crisis sociales, de descomponerse. No es éste, claro está, el lugar donde cabe el estudio de la sicosociología mulata. Mas, es apropiado el sitio para esbozar algunas alusiones a determinados hechos notorios, tanto históricos como estrictamente sociales, de naturaleza comparativa. Aseverar que la comunidad mulata posee su propia y exclusiva manera de responder a precisos agentes sociales no es, desde luego, compartir los dogmas del racismo, como no podría serlo tampoco la afirmación de que las comunidades insulares tienen su particular caracterología sicogeográfica. El mulato insular es, pues, susceptible de ofrecer entonces una biotecnia especial, cuyo sentido, cuya morfología debe de advertirse mejor en determinadas situaciones extraordinarias de la vida en sociedad. Es ciertamente en el curso de las alteraciones de la normalidad social cuando resulta más viable la exhibición y, por ende, la captación de la conducta que podría pasar inadvertida a lo largo de la existencia normal, rutinaria, repetida.

Ahora bien, es perfectamente aceptable que una conducta dada, extendida o prolongada durante un lapso considerable, continúe provista de sus elementos de excepción aun después de que desaparezcan el o los agentes de la anormalidad. Es posible, repetimos, que la conducta excepcional, entendida como reacción a una crisis, se proyecte más allá de la vigencia del fenómeno crítico. Las deformaciones de la conducta humana gozan de un considerable poder de penetración y fijación muy capaz de ser

---

grado de pureza étnica de una raza humana es primero y sobre todo una función de su aislamiento geográfico. Un determinado grupo humano dispone de determinadas reservas gracias a la dificultad que experimenta en cuanto a abandonar su medio natural o, y ello equivale a lo mismo, en cuanto a la dificultad que experimenta cualquier otro grupo de aproximarse a aquél"; *pág. 193,* Park señala "las ventajas de las islas para los propósitos de la investigación sociológica"; *pág. 380,* donde el autor estima que aun en los Estados Unidos, el mulato constituye una categoría racial distinta. Coon, *obra citada, págs. 29, 30 y 31,* donde el autor insiste sobre la factibilidad de formación de nuevos grupos étnicos, al expresar que si una población "es confinada en un pequeño espacio, una isla, por ejemplo, y carece allí de enemigos naturales, puede transformarse en una especie monotípica..."; Montagu, Ashley, *Race,, Science and Humanity,* Van Nostrand Company, Inc., New York, 1963, *págs. 15, 16, 23, 2U, 44 y 45.* El renombrado antropólogo abunda igualmente en la factibilidad de formación de nuevos grupos étnicos, señalando incluso que nuevos tipos han aparecido en América como resultado del cruce entre los miembros de varios contingentes étnicos, pero observando que la procreación resultante no constituirá una raza si no se mantiene aislada un tiempo suficientemente largo, y concluye: "Sólo cuando un recientemente formado grupo híbrido se aísla el nuevo tipo de genes es capaz de establecerse como una población única". Bielici, Tadeusz, *International Social Science Journal,* Unesco, Vol. XVII, No. 1, 1956, *pág. 91.* El profesor Bielici, de la Academia de Ciencias de Polonia, señala que "el grado de divergencia racial alcanzado después de un tiempo dado, dependerá de la tasa y dirección de la evolución en los conglomerados aislados".

responsable de la continuación de la conducta excepcional, aun cuando se haya producido ya el restablecimiento de la normalidad.

Las alteraciones de la conducta son, así, susceptibles de adoptar ciertos grados de cronicidad y de requerir el transcurso de un relativamente largo tiempo para su desaparición progresiva una vez repuesta la normalidad social. Cuando las alteraciones de la conducta implican necesariamente la alteración de los principios y bases subjetivos que han venido normando la dinámica de la estructura social, las perspectivas de recuperación se desvanecen. Si las alteraciones de los principios y bases aparejan la inversión de los valores, los límites de la anormalidad están más allá de la jurisdicción de toda crisis y tiene lugar entonces una verdadera reversión definitiva de la conducta. Tal reversión puede medirse físicamente en términos de generaciones. La misma generación que padece el cambio no es ya capaz de lograr la reposición y, lo que es más, arrastra consigo a las generaciones inmediatas mediante la extensión *a posteriori* de su respectiva incapacidad. El proceso de las generaciones no permite hacer de éstas conjuntos insulares, aislados, desconectabas entre sí. Por lo contrario, el reemplazo biológico que se opera en la prolongación de la comunidad constituye un proceso indivisible, inseparable, irrompible, pues, do modo que existe la disolución de una generación en otra siguiente, con la correspondiente inyección, proyección o trasmisión de sus virtudes y deformaciones, de sus virus y toxinas. Una suerte de infestación social tiene lugar a través del proceso de la conjugación de generaciones. La recuperación de las formas alteradas y, por tanto, de los principios y normas descalabrados —recuperación a cargo de las generaciones incontaminadas— sólo tendrá lugar en la medida en que la perdurabilidad vigente de los agentes destructores pueda ser contrarrestada o resulte inoperante en razón de su inocuidad. Es imposible predeterminar el lapso de recuperación, por supuesto, amén de que será necesario también, no sólo la extinción real de la generación enferma, sino, además, la presencia de condiciones generales adecuadas para que las generaciones recuperadoras lleven a cabo su labor de reposición en las óptimas circunstancias.

Las crisis sociales varían por su naturaleza, por sus efectos y por la índole de las reacciones colectivas que originan para que la comunidad pueda hacerles frente. Las crisis desencadenan reacciones de supervivencia o de conservación muy distintas en su esencia y en sus manifestaciones. Es asimismo de suma importancia el término de duración de la acción de los agentes críticos agudizados. Cualquier catástrofe sísmica o atmosférica, por ejemplo, no importa cuan devastadora resulte su acción o vigencia, será desde luego de corta duración, esto es, de acción más o menos instantánea. Pero una crisis política o económica es susceptible, por su índole específica, de actuar persistentemente y cada vez más profundamente en una comunidad, de manera que su influencia destructiva o deformadora o simplemente alteradora se mide no sólo por la potencia de su acción, sino también —y principalmente— por la duración de la misma en un sentido negativo. Una crisis sísmica, estrictamente geográfica,

produce mayormente estragos materiales, pero es perfectamente posible que de la misma acción de la catástrofe calamitosa, o de sus efectos materiales, resulten consecuencias de orden síquico o moral. La crisis política o económica dispone igualmente del mismo radio de acción en cuanto a la naturaleza de sus consecuencias, pero éstas son fundamentalmente síquicas y morales. El régimen excepcional de opresión —la tiranía— es evidente que produce destrucción de vidas humanas y hasta de la propia riqueza colectiva en beneficio de un escaso número de privilegiados o favorecidos, pero sus mayores y principales efectos recaen sobre la urdimbre de la sociedad, sobre los vínculos, sobre las relaciones síquicas, espirituales, éticas. La acción tiránica destruye y deforma, deteriora y corroe, corrompe y desnaturaliza. La acción tiránica de breve tiempo y sobre la comunidad resistente sólo realiza una deformación superficial y pasajera. La acción tiránica duradera, persistente, sobre la colectividad inconsistente, deforma profundamente y destruye los tegumentos sociales hasta un grado imprevisible. Los daños de la crisis política se transforman en devastaciones sociales y la penetración y extensión nocivas no dependen propiamente de las condiciones del agente opresor, sino más bien de la capacidad de resistencia colectiva y de las limitaciones que la consistencia de la estructura social le fijen o impongan. En otros términos, el mismo déspota en distintas sociedades no oprimirá de la misma manera ni hasta la misma profundidad. Los estragos de la acción despótica estarán configurados por la resistencia y la reacción del conglomerado más que por el grado de perversidad o criminalidad del tirano. Son los pueblos, en síntesis, los que fijan los límites de fondo y forma del despotismo. Los grandes estragos de las crisis sociales tienen lugar en las comunidades deleznables.

El aumento del poderío de las armas represivas y de la técnica de los cuerpos represivos de la violencia legalizada ha prestado a las crisis despóticas una tremenda fuerza de penetración y deterioro. No han aumentado simultáneamente en la misma proporción los recursos de la conspiración ni la técnica de la insurgencia. El ingenio humano, inventor de insospechados dispositivos que han revolucionado el poder mortífero y atemorizador de los instrumentos de represión, no puede introducir el mismo ritmo de adelanto en los mecanismos de la revolución ni en la innovación de los medios de subversión. La sangre y la muerte, en proporciones imprevisibles, siguen siendo el precio fundamental de la liberación humana a través de una lucha generalmente muy desigual. Si bien es cierto que los nuevos inventos y modificaciones del armamento represivo están teóricamente a disposición de los bandos clásicos de la lucha por la libertad como finalidad social, prácticamente tales instrumentos de muerte colectiva quedan unilateralmente sólo al alcance de quienes pueden fabricarlos o adquirirlos lícitamente gracias a las ventajas y recursos del gobierno. El apertrecha-miento de las fuerzas revolucionarias ha continuado siendo una actividad clandestina rodeada de obstáculos y dificultades nacionales e internacionales.

Equipado de semejantes suplementos técnicos el sistema despótico o expoliador

cuenta con medios de sostén y consolidación jamás conocidos ni previstos en la historia del hombre. Incrementada su capacidad brutal de aplastamiento y de disolución el gobierno reaccionario ha visto paralelamente acrecentados los efectos síquicos y desmoralizadores de su fuerza tradicional. La implantación del terror representa el método ideal contemporáneo para lograr la perdurabilidad del totalitarismo oficial mediante el retraimiento del conglomerado amedrentado.

El retraimiento colectivo de defensa social no implica necesariamente la maceración de las bases éticas de la sociedad. La comunidad se defiende a través del recogimiento de sus miembros, de la aceptación del peso opresor de índole eminentemente temporal y de la maquinación esporádica y subterránea dirigida al logro del derrocamiento del poder despótico mediante el aprovechamiento de las oportunidades de lucha subversiva. El régimen, lógicamente minoritario pero armado, oprime y al mismo tiempo mantiene una conducta de seducción destinada a hacer menos frecuente y necesario el uso de la fuerza. Existe una economía política del despotismo. La autocracia contiene una tendencia a emplear su poder represivo en la medida de la menor frecuencia y sólo bajo el imperio de la necesidad punitiva o preventiva. Emplea, sin embargo, la amenaza continua de su poderío como un fantasma encargado de retardar cada vez más la descarga efectiva de la violencia. La represión no provocada no es precisamente el negocio político del totalitarismo.

Lo cierto es que la retracción social no significa el deterioro de las bases, principios y normas éticas de la comunidad, sino que, por lo contrario, implica generalmente una actitud de defensa social destinada no sólo a la conservación de la parte física del conglomerado, sino también de la porción subjetiva de toda sociedad. Esta puede contribuir a la conservación de sus miembros al mismo tiempo que protege sus ligamentos gregarios, su urdimbre de vinculación. La protección de los principios y normas es más efectiva que la propia conservación de los elementos físicos. Caerán siempre muchos hombres antes de ser alcanzados los fundamentos éticos de la comunidad.

De ese modo, la colectividad resurgirá disminuida cuantitativamente, pero incólume en sus cimientos y vínculos. La reposición social, mediante la cicatrización de los daños periféricos y la eliminación de los residuos del régimen autoritario, será siempre un proceso viable y más o menos acelerado. La simple reposición física de las víctimas de la crisis, será cuestión del natural quehacer biológico del conglomerado.

Pero, hay otras modalidades de defensa social que no permiten la iniciación restauradora de los procesos de recuperación. Dos especies pueden presentarse. De conformidad con la primera, la comunidad queda inmediatamente incapacitada, por inhibición o por parálisis, para reanudar el curso de su relativa normalidad. La intensidad de la acción despótica ha sido particularmente penetrante y su presión continua, a lo largo de un lapso muy extenso, ha producido un serio traumatismo en los mecanis-

mos de la estructura social. Resultan sacudidas las instituciones, golpeados los recursos de relación, dislocado el sentido de orientación. Se ha producido, pues, un verdadero trauma colectivo, pero han quedado indemnes los principios éticos y las normas morales. Es un caso de dislocación o luxación del cuerpo social, sin mayores lesiones internas en la porción subjetiva del organismo. En otros términos, la restauración social es perfectamente posible y viable, pero la reanudación del proceso restaurador tropieza con dificultades tenaces que retardan su puesta en marcha. Trátase de una situación de desarticulación fisiológica en el aparato locomotor.

La segunda eventualidad significa un estado de gravedad virtualmente irremediable. La sociedad se ha defendido mal, erróneamente. Ha abandonado la protección debida a sus principios y normas fundamentales, dejándolos expuestos a la lesión mortal. En algún caso no se trata exactamente de una falta de protección de los cimientos sociales, de una verdadera negligencia en la defensa, sino de un típico ofrecimiento de la porción subjetiva más noble del organismo colectivo. La sociedad no sólo se defiende mal, sino que abre también sus tejidos y membranas para ofrecer al agresor implacable y totalitario sus básicos pilares de sostenimiento y reserva. Tal abertura forma parte de la defensa equivocada y utilitarista, inadecuada y condenable.

Lo que ocurre en esta última especie es una prosaica negociación de valores, un trastrocamiento de porciones sociales: la sociedad sacrifica su parte subjetiva en aras de la conservación —inútil ciertamente— de la porción objetiva. La sociedad practica una política suicida e incapaz de retraerse ha tomado la infortunada iniciativa de ofrecer el fundamento mismo de su razón de ser, deshaciéndose bajo la acción opresiva y disolvente de la crisis despótica y de su propia incapacidad funcional. La comunidad deja prácticamente de existir y sus perspectivas de recuperación desaparecen o se transforman en posibilidades muy remotas sobre la base precaria que forman los exiguos vestigios salvados de la catástrofe y los nuevos elementos generacionales incipientes. La sola probabilidad de reconstitución dependerá de la aparición de condiciones ambientales particularmente propicias al desarrollo de una nueva génesis social. Semejante eventualidad implica, por tanto, una situación dificilísima desde el momento que está presente la necesidad de un doble proceso: la liquidación y excreción de los detritus de la vieja comunidad deshecha y putrefacta y la conformación de un nuevo organismo social. Tal doble realización requiere, por supuesto, la presencia de muy convenientes y favorables condiciones ambientales.

II.
LA DEFENSA SOCIAL ABIERTA

"De la lección atenta de la historia se deduce que el pueblo dominicano no constituye una nación".
Américo Lugo.

En la República Dominicana la vigencia frecuente del sistema despótico —ocurrencia común en la América hispana—, representado por cuatro regímenes caudillistas que han venido minando progresivamente la estructura de la precaria sociedad, ha culminado desastrosamente en la disolución total de los principios éticos y de las normas sociales que, por razones obvias e inherentes a la formación hispanoamericana en general y de la dominicana en particular, no alcanzaron nunca las suficientes solidez y firmeza propias de otras sociedades generadas en distintas condiciones históricas y geográficas.

Los cuatro regímenes despóticos de acción disolvente *(santanista, baecista, lilisista y trujillista)* dominan, juntamente con la ocupación militar norteamericana de 1916 a 1924, ochenta largos años de vida insular a partir de la proclamación separatista de 1844. La acción liquidadora de la tiranía tuvo siempre el complemento de la defensa social inadecuada. La comunidad dominicana no ha sabido defender su estructura a través de las agudizaciones críticas. Acaso sería más apropiado afirmar que no ha podido defenderse por estar constitutivamente incapacitada para asumir otra forma de defensa colectiva. Un proceso degenerativo se ha desarrollado hasta su culminación en la tiranía trujillista, bajo la cual la sociedad quedó técnicamente disuelta.

La inadecuada defensa social ha tenido un desenvolvimiento progresivo al ritmo de la acentuación opresiva y terrorista. Se entiende, entonces, que la fase final del proceso de liquidación haya tenido lugar en el curso de la brutal e insólita tiranía trujillista, durante la cual la comunidad efectuó la última y definitiva entrega de sus más valiosos y recónditos recursos éticos y espirituales. La sola acción penetrante y disolvente del despotismo no ha sido, pues, bastante para producir el tremendo desenlace. Ha sido imprescindible la inadecuada reacción social, la defensa impropia, la ofrenda de los principios y normas a través de la abertura de la urdimbre gregaria.

Una simple alusión comparativa robustece el papel determinante, decisivo, de la conducta colectiva impropia. Otras comunidades latinoamericanas han padecido los rigores consecutivos y duraderos de situaciones de opresión que no han producido

los estragos estructurales experimentados por la colectividad dominicana. Es incuestionable el hecho de que ningún otro régimen de fuerza ha presentado la espantosa fisonomía de la tiranía trujillista, pero resultaría demasiado simplista resolver el parangón mediante la fórmula de que las diferencias de grado son exclusivamente imputables a la categoría perversa de la personalidad de Rafael L. Trujillo. Las situaciones despóticas no son en ningún caso el resultado exclusivo de la capacidad inmoral o criminal de un solo hombre. Trátase de verdaderos regímenes, esto es, de la instauración y vigencia de genuinos aparatos multipersonales en los cuales participan y colaboran integrantes sociales de todos los sectores y clases. De ese modo, la acción, sus dimensiones y todos y cada uno de los demás atributos del régimen representan el acabado y fiel reflejo del conglomerado y no de una sola persona.[1] El soplón y el verdugo, por una parte, y el técnico economista y el poeta, por la otra, representan los extremos de toda una gama colectiva completa.

Por otra parte, otras sociedades latinoamericanas han logrado resistir la fuerza opresiva y penetrante manteniendo indemnes los principios y normas sociales elementales, de manera que han prevenido la liquidación social,[2] y la reposición inmediatamente posterior a la crisis despótica ha procedido dentro de los límites del proceso normal de recuperación. Tales sociedades instauran la defensa apropiada tendente a la protección y conservación de sus bases subjetivas fundamentales. Tal defensa de cierre, de recogimiento, de retracción, permite reducir los estragos de la crisis a los límites de la porción física de la comunidad, pues no entran en juego las entregas de los valores éticos a la voracidad y perversión de la crisis. La defensa adecuada resguarda la urdimbre social al mismo tiempo que fija las limitaciones del despotismo. La expansión de superficie y profundidad de la acción totalitaria no depende de la capacidad perversa del déspota, sino de la modalidad defensiva y de la resistencia social que se le opongan.[3] El propio régimen toma conciencia de su delimitada área

1 Mossé Claude, *La Fin de la Democratie Athenienne,* Presses Universitaires de France, París, 1962, *pág. 379.* Los reaccionarios Platón y Aristóteles se cuentan entre los primeros en divulgar los efectos de la tiranía en cuanto a provocar la decadencia moral de los súbditos. "La tiranía envilece a los ciudadanos" —expresó Aristóteles.

2 Cahnman, Werner J. and Boskoff, Alvin, *Sociology and History,* The Free Press of Glencoe, 1964, *pág. 58.* "En las sociedades, cualquiera que sea su clase, no parece haber tal necesaria o esencial tendencia a la disolución. El organismo humano es naturalmente mortal; el organismo político sólo lo es por accidente".

3 Ginsberg, Morris, *Reaxon and Unreason in Society,* William Heinemann Ltd., London, 1960, *pág. 26.* Aunque Hobhouse estima que, más que obedecerla, el cambio social dirige la conciencia moral, en el caso dominicano la desmoralización se produjo en tal grado que desaparecieron incluso los sentimientos de indignación, repulsa, sanción, etc. respecto de los infractores. Nadie había ya, prácticamente, que ejerciera la crítica o el desprecio. La universalidad del conglomerado, sin distinciones, se adaptó a una verdura inversión normalizada de los valores éticos.

de opresión, de su campo de expoliación y despojo y él mismo se cuidará de no rebasar los linderos establecidos por la comunidad temporalmente presa de la crisis de opresión excepcional. Más aun, el régimen de fuerza tropieza con la primera resistencia dentro del mismo grupo que integra el aparato de opresión. Es entre los esbirros, secuaces, portavoces, alabarderos y técnicos del régimen donde se marcan las primeras fronteras de la acción autoritaria. Es en la negativa a la ejecución de determinados cometidos, en la exclusión de las esposas e hijas puestas fuera de los apetitos de los jerarcas de la situación de excepción, en la vigencia de los vínculos de la solidaridad, en la esterilidad para la adulación, en los escrúpulos espirituales de la gran mayor parte de los comprometidos donde el régimen hallará los verdaderos pródromos de la defensa social de conservación.

Hemos aludido sugestivamente a las dos principales modalidades de defensa de la sociedad en las situaciones de agudización de las crisis despóticas. Es claro que ambas modalidades son susceptibles de exhibir variaciones morfológicas y de grado. Pero, en principio, de conformidad con la tendencia ostensible y notoria, expresiva de la reacción colectiva, las formas quedan reducidas a dos órdenes precisos sin que las variantes de cada una lleguen a constituir formas distintas individualizadas.

Una modalidad de defensa social frente al despotismo acrecentado está caracterizada por el recogimiento que sobre sí misma realiza la comunidad. Efectivamente, ante el inminente y amenazador peligro de destrucción personal la sociedad se retrae, asume una posición superficialmente resignada, de encogimiento, de aparente pasividad. Las reacciones conspirativas procederán, desde luego, en su relativa frecuencia, pero la comunidad se caracteriza momentáneamente por su ficticia resignación, por su aparente conformidad. Ordinariamente la sociedad no provoca el desencadenamiento de la fuerza dominante, sino que se mantiene conservadoramente en la expectativa de la coyuntura propicia a la insurgencia. Esta, como finalidad suprema de liberación, es alimentada por los subgrupos conspiradores activos, de cuya actividad indispensable resultan las pérdidas que experimenta la porción física del conglomerado. La comunidad no ofende inútilmente al régimen, no provoca su omnipotente ira, pero no lo halaga, no se le ofrece aduladoramente, no le abre las vías de alcance hacia sus principios y normas éticos fundamentales. Por lo contrario, se cierra, so apretuja, se resigna a la temporalidad peligrosa, pero no trata de congratularse con el amo pasajero, no se adelanta en ofrendas para prevenir la descarga de la violencia, del terror. No trata de agradar al déspota, no toma, en fin, en términos genuinamente colectivos, iniciativa alguna para congraciarse con el agente mortífero y soberbio. Resiste, padece, tolera, pero no adula, no alaba, no trata, en síntesis, de evitar la destrucción, el despojo o la muerte mediante el ditirambo y el halago.

La anterior modalidad de defensa social se caracteriza por el repliegue de la masa oprimida que procura evitar las descargas gracias a su actitud resistente, a su abstención de incurrir en provocaciones impertinentes. La lucha activa contra el despotis-

mo queda como función del subgrupo minoritario de vanguardia, cuyos miembros recibirán los efectos de la represión violenta. El trabajo de las víctimas directas del despotismo agudizado está destinado a la elaboración de la insurgencia destructora del régimen y es ésa la labor que no permitirá la cronicidad del estado de sumisión y que coadyuvará al progreso y fortalecimiento de la conciencia liberadora, todo ello gracias a la protección y conservación de las bases éticas llevadas celosamente a cabo por el conglomerado.

La sociedad tiene, pues, el derecho de defenderse para sobrevivir a las crisis. Ese derecho se ejerce mediante la salvaguarda de principios y normas éticas,[4] gracias al sacrificio de parte de la porción física del conglomerado. En la modalidad defensiva que glosamos la sociedad no sacrifica sus elementos morales en aras de la economía de sus elementos físicos. La sociedad garantiza de ese modo la seguridad de su supervivencia, de su reposición, de su perdurabilidad.[5]

De esa modalidad forma parte un fenómeno de trascendencia. El instinto de conservación física no se deforma, no se altera. Se acrecienta, desde luego, en cierta medida, pero no se hipertrofia. El miedo social, de ese modo, no rompe los moldes dentro de los cuales se ejerce la defensa cerrada. El temor a la destrucción física no rebasa mayormente sus dimensiones normales. Pero, el miedo a la muerte puede hipertrofiarse y producir la necesidad de sacrificar la porción subjetiva del conjunto gregario a lo largo de un proceso de disgregación caracterizado por el auge y expansión de la corrupción social. Es un proceso incontenible y fluido. Caemos así en la otra modalidad de defensa social: la defensa abierta, deleznable, flácida. La comunidad efectúa reacciones de iniciativa y practica la efusión espontánea. No se repliega, no se recoge, sino que, por lo contrario, se relaja, abre sus flancos y la penetración de la fuerza disociadora tiene lugar con máxima facilidad. En este caso el conglomerado halaga y se congracia con el régimen tiránico o con su figura primordial. Lo que ocurre, desde luego, es la instauración de una defensa que tiende a la congratulación y el ditirambo en favor del agente despótico. Se le adula para que no pegue. Semejante conducta revela notoriamente la disposición colectiva de ofrendar el sacrificio de la porción subjetiva de la colectividad a cambio de la presunta conservación de la integridad física de la misma. Es una defensa ominosa que desenfrena una carrera hacia la perversión y la corrupción de parte de todos los componentes del conglomerado. Piérdese la solidaridad, se licuan los vínculos gregarios y cada quien enasta la bandera del

---

4 Ginsberg, Morris, *Sociology,* Oxford University Press, London, 1963, pág. 29. Se alude a la estimación de Durkeim acerca de la peculiaridad de la obligación moral, la cual se explica por el hecho de que las normas morales proceden de la sociedad, un ser distinto del individuo e infinitamente superior a él.

5 Kelle, V. y Kovalzon, M., *Formas de la Conciencia Social,* Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1962, pág. 97. "Precisamente porque la moral interviene en la definición de cualquier actividad humana, gravita sobre todos los aspectos de la vida social".

egoísmo. La conservación física propia rige todos y cada uno de los actos individuales. El conglomerado se sumerge en una odiosa y repugnante pugna de ditirambos y abyecciones. Del simple propósito de la conservación corporal de la supervivencia se pasa insensiblemente al propósito de progresar utilitariamente por el camino de la intensificación de la práctica aduladora. Descúbrese el resorte de que la iniciativa servil no sólo inmuniza y resguarda, sino que también es útil, indispensable realmente para obtener mejoras materiales personales.

Por esa pendiente de la decadencia moral y espiritual la sociedad entrega hasta sus últimos favores.[6] El honor, la dignidad, la honra, la probidad, la honestidad, el decoro, todos, absolutamente todos los valores éticos del conjunto gregario son alcanzados y lesionados por la fuerza opresora que los lastima sin provocar el resentimiento colectivo. La comunidad se los entrega ilimitadamente y, al cabo de un breve ejercicio de ofrenda y prostitución,[7] la entrega tiene lugar no ya como el pago del precio de la supervivencia, sino con complacencia y satisfacción, con placer y regocijo. Tal es la disolución social que es consecuencia inexorable de la defensa abierta y efusiva.

Es en el círculo inmediato que rodea al agente despótico donde se efectúan las primeras entregas y se pronuncian los halagos y ditirambos iniciales.[8] Es allí donde el déspota comienza a ver el camino abierto para sus apetitos y ambiciones. Mujer y honor se le ofrecen espontáneamente. De manera que si el tirano es megalómano y es ancha su capacidad delictiva, el proceso de la disolución social marchará a plena velocidad, inconteniblemente, ilimitadamente.

No tiene en tales medios límite alguno la corrosión de la crisis. No hay fronteras, ni tabiques, ni muros de contención que restrinjan la devastación excepcional. Los hombres pierden hasta los frenos más recónditos. La carrera de la inmoralidad es veloz y sin término fijado. El contagio inmoral cuenta así con el óptimo cultivo. Lo inconcebible se hace ordinario y, más que aceptable, lógico. El servilismo se adueña de la vida cotidiana de manera imperativa y tiene lugar incluso el explicable fenómeno de la necesidad de nivelación inmoral.[9] Efectivamente, los cada vez más escasos

---

6 *Ibidem, pág. 89.* "La fuente de la moral es la sociedad, el interés social".

7 Ginsberg, Morris, *obra citada Reason and Ureason in Society,* pág. 202. El profesor Ginsberg explica que "el desarrollo de la moralidad no sigue una sola línea. Es afectado por el crecimiento del orden social total, por factores económicos y políticos, por creencias religiosas y por el progreso intelectual general y, como todos esos factores, está sujeto a desviación y regresión".

8 Cahnman, Werner J. y Boskoff, Alvin, *obra citada.,* pág. 145. El sociólogo inglés Howard Becker llega hasta identificar a los tipos de personalidad correspondientes a los procesos sociales. Entre ellos alude al tipo desmoralizado o desocializado, en el cual incluye a sujetos de conducta imprevisible.

9 Naville, Pierre, *Psycologie, Marxisme, Materialisme,* Librairie Marcel Riviere et Cié., Paris, 1948, *págs. 126 y 127.* El ambiente y la educación tienen una influencia determinante sobre el individuo. El medio es para Naville un conjunto de influencias muy precisas, las cuales inci-

integrantes del conglomerado que se mantienen fuera del vértigo de la disolución comprenden con espanto que su permanencia en la posición del recato y la abstención es harto notoria y peligrosa, por lo que aun el último reducto de los valores éticos claudicará asimismo de manera ineludible bajo la presión de los infestados recelosos de que aun queden ejemplos visibles desprovistos de la mácula general.[10] La sociedad está destruida.

Factores diversos contribuyen a hacer más rápido e incontenible el proceso de liquidación. Es innegable que las dimensiones del asiento social influyen en el mayor o menor ritmo del proceso y en la totalidad de sus efectos devastadores. La intensidad de la acción opresora y degenerativa está en razón inversa al tamaño del asiento del conglomerado. La comunidad encerrada en un pequeño hábitat dispone de menores posibilidades de evasión y, por tanto, se halla más al alcance inmediato de la violencia amenazante. Las colectividades que cuentan con mayor amplitud territorial pueden amortiguar, al dispersarse, los impactos o la simple presión del régimen de fuerza. Para la tiranía es difícil ejercer una opresión uniforme en todos y cada uno de los puntos de un vasto territorio nacional. Siempre habrá zonas de mayor incidencia del peso de la fuerza autocrática, no importa cuan perfecta y sincrónica sea la organización del régimen.

En los territorios subdesarrollados, donde la burocracia oficial representa el mayor porcentaje del trabajo nativo,[11] los regímenes totalitarios ven acrecentado su poder

---

den sobre el individuo desde el instante en que éste nace y tal vez desde antes. Existen las condiciones del propio organismo (llamadas por Claude Bernard "medio interior") y las condiciones que provienen del contorno social y que son particularmente "determinantes del comportamiento..." Pero, "la influencia del medio no es unilateral. Cada individuo o grupo actúa a su vez sobre él o él es parte constitutiva del medio de otro".

10 Kroeber, A. L. y otros, *Cultura y Sociedad,* Editorial Libros Básicos, Buenos Aires, 1965, *pág. 50.* "Un orden social humano, por ejemplo, es siempre un orden moral. Si el individuo careciera de de la capacidad necesaria para identificar su propia conducta y, por conducto de la autorreflexión, para apreciarla con referencia a valores y a sanciones de carácter social, ¿cómo puede hablarse de sentimientos de culpabilidad o de vergüenza? ¿Qué conflicto puede suscitarse entre el impulso y las normas si no tengo conciencia de los valores o de las sanciones?".

11 Eisenstadt, S. N., "*The Political Systems of Empires*". The Free Press of Glencoe, 1963, *págs. 118, 121, 123, 124, 125, 124, 144, 145 y 280.* El autor estudia exhaustivamente el tipo burocrático de los regímenes imperiales y totalitarios. La dominicana ha sido continuamente una comunidad típicamente burocrática, carácter que se acentuó durante la agudización trujillista de la crisis. En el país jamás un grupo "político" ha luchado por implantar una ideología o un programa simple de gobierno, sino por apoderarse del aparato burocrático. Cuando Trujillo el carácter burocrático alcanzó su máxima expresión: multiplicación de la división política territorial hasta llegar a la incongruencia de las 24 provincias con el correspondiente aumento de los cargos públicos, en un territorio de apenas 50.000 kilómetros cuadrados. El

de sujeción. Dueño y señor de la integridad personal el gobierno despótico es también señor y patrono de la subsistencia. Mayor es aun la preponderancia absolutista cuando, además, el tirano y sus secuaces inmediatos tienen el carácter de empresarios de industrias y comercios que no representan otra cosa que una extensión real de la administración pública empleadora.

Aludamos, por último, a la condición geográfica insular del asiento social. La sensación de aislamiento y de escape frustrado que derivan de los territorios insulares de superficie reducida, aumenta, por supuesto, la impotencia angustiosa del conglomerado oprimido. De tal sensación resulta más intenso el miedo colectivo y más desesperada la iniciativa de la entrega. Si a ello se agrega la política de obstrucción emigratoria, por medio de la intervención policial en el proceso migratorio, la sensación de aislamiento asume el grado de cautiverio irremediable. El asiento social adquiere así el carácter de una enorme ergástula de confinamiento. Todo hace aumentar el ejercicio diario de la defensa aduladora, abierta. La dimensión territorial ejerce una importante influencia sobre la modalidad de la defensa social. La mayor dimensión territorial establece grados prácticos de la presión crítica, ya que, como hemos afirmado, aun el más omnipotente y poderoso régimen de fuerza no presiona con la misma intensidad en todas las porciones territoriales. De la concentración de la fuerza, de la densidad regional de población, de las variaciones estratégicas, de la administración política, de la configuración topográfica dependerán diferentes grados de presión en las diversas zonas o regiones del territorio. Una relativa dispersión de la población basta para establecer áreas de mayor o menor presión oficial y, por tanto, de mayor o menor necesidad de resistencia de parte de la comunidad. Es de simple lógica mecánica comprender cómo una determinada fuerza poderosa ejerce una mayor presión despótica homogénea sobre la totalidad de un territorio de dimensión reducida. Se estará siempre bajo la presión intensa no importa cual fuere el punto del territorio donde se habite. Las virtudes o defectos de la defensa social tendrán, por consecuencia, que manifestarse homogéneamente en todo el territorio presionado. La defensa social será, pues, tanto más uniforme cuanto más reducido sea el hábitat oprimido.

---

país entero dependía de los sueldos de la administración pública. Dentro del cuadro esquemático del profesor Eisenstadt, los gobernantes dominicanos secundados por la burocracia, siempre procuraron hacer dependientes de su jerarquía a todos los demás centros de poder, reduciendo al mínimo sus posibilidades de autonomía o de monopolizar algunos de los recursos de la sociedad. Trujillo caracterizó, con carácter de arquetipo, el sistema de la comunidad burocrática. Eisenstadt enumera los tres principales objetivos del gobernante de tal sistema: a) monopolizar o, por lo menos, asegurar la posibilidad de rápida movilización de los recursos económicos y humanos; b) el control y la regulación continuos de los recursos económicos; y c) el control político sobre los diferentes grupos del conglomerado. Trujillo no pudo construir un imperio, pero sí un pequeño reino burocrático. La hipertrofia de la burocratización trujillista encaja perfectamente dentro del esquema de Eisenstadt.

La comunidad dominicana ha realizado generalmente una defensa abierta ante las sucesivas agudizaciones de la crisis social. Los rasgos de la defensa colectiva han consistido en la expresión resultante del sacrificio de la porción subjetiva de la sociedad en beneficio de la porción objetiva de la misma. Ha sido, desde luego, una defensa utilitarista. Los valores éticos han sido sacrificados en aras de los valores físicos.[12] El proceso defensivo se ha realizado a lo largo de un eje constituido por la hipertrofia del instinto de conservación, de la necesidad suprema de la supervivencia material en condiciones específicas. El proceso de defensa abierta ha tenido lugar de forma progresivamente acentuada en el curso histórico de la comunidad y de las agudizaciones de la crisis social vernácula.[13] Desde el punto de vista disolutivo el proceso ha culminado con ocasión de la más extensa y profunda agudización crítica representada por la tiranía trujillista de treinta y dos años, una etapa de máxima descomposición que fue, a su vez, la consecuencia matemática de agudizaciones anteriores.

Un conjunto de signos característicos han estado continuamente presentes en los distintos períodos agudos de la historia dominicana con cada vez más marcada delimitación. La cronicidad y persistencia de esos signos los vincula necesariamente a la estructura orgánica de la comunidad y a los nexos de relación entre la colectividad y su asiento geográfico histórico. Trátase, por ende, de signos estructurales endógenos y no de expresiones sencillamente casuales o esporádicas ni mucho menos exógenas. El carácter agravado de tales signos ha venido exaltando la fisonomía cada vez más propia de la conducta colectiva abierta, al mismo tiempo que el proceso de disolución social ha avanzado en profundidad y extensión hasta alcanzar la totalidad de la estructura del conglomerado en todos sus sectores y clases. Naturalmente, la disolución ha respetado necesariamente lo que podríamos denominar el último germen gregario indispensable y suficiente para la reconstrucción de la comunidad. La inmunidad del pequeño segmento de reproducción colectiva es posible gracias a razones estrictamente generacionales.[14] La generación más reciente, por supuesto, no ha po-

12 Kelle, V. y Kovalzon, M., *obra citada, p*ág. 88. "La moral es una forma de la conciencia social que refleja y fija a través de principios, normas y reglas de conducta, las exigencias que la sociedad o las clases plantean al hombre en su vida cotidiana. Tales exigencias objetivas son interpretadas por el individuo como obligaciones con respecto a otros individuos, a la familia, a su clase y otras clases, a la patria, al Estado... Los hombres que quebrantan las normas morales son censurados por la opinión pública... Así, pues, la sociedad engendra la moral y la resguarda. El materialismo histórico subraya esta tesis, contraponiéndola a las diversas teorías religioso-idealistas".

13 Smirnov, Leontiev y otros, *Psicología*, Editorial Grijalbo S. A., México, 196-1, *pag. 24*. "La actividad psíquica del hombre, que por su origen y funcionamiento es una actividad de carácter reflejo, una actividad nerviosa superior, es por su contenido un reflejo de la realidad objetiva, que se halla condicionado por las particularidades de su vida y de su trabajo y, en primer lugar, por las condiciones de vida de la sociedad a la que el hombre pertenece".

14 Kroeber, A. L. y otros, *obra citada., pág. 62.* "Las experiencias infantiles suministran el

dido ser alcanzada a fondo por el clímax de la devastación, puesto que la sociedad siempre genera los elementos biológicamente esenciales para garantizar la posibilidad de su perdurabilidad. Pero, ésta sólo es factible siempre y cuando el germen vital sea capaz de crear y reconstituir la porción ética que ha sido consumida. Semejante reconstitución puede lograrse únicamente si el grupo germinal dispone de las condiciones ambientales propicias para la recreación de los valores subjetivos disueltos. La continuada vigencia de las mismas condiciones malsanas dará lugar a la reducción cada vez mayor del segmento germinal por la expansión asfixiante de la atmósfera tóxica o, cuando menos, a la prosecución de la existencia exclusivamente vegetativa, zoológica, de un conjunto desprovisto de las bases morales de toda verdadera sociedad.[15] Tal es el estado actual de la colectividad dominicana: un conglomerado disuelto que contiene dentro de su descomposición el retoño germinal capaz de iniciar la reconstitución social, siempre y cuando disponga de las condiciones ambientales indispensables luego de la eliminación radical de sus propias excreciones destructivas. Esta eliminación saludable, de índole terapéutica, implica, por razones obvias, el desencadenamiento de la revolución, sea inmediatamente, ora al cabo de un período reactivador de carácter prerrevolucionario. En términos nominativos, la etapa trujillista y su actual secuela neotrujillista deben ser sustituidas, a la mayor brevedad posible, por un régimen de la misma intensidad pero de sentido contrario.

De la sintomatología putrefacta que ha mostrado la decadencia dominicana —una decadencia que irrumpió cuando el desarrollo social se hallaba todavía muy distante de su apogeo formativo— dos signos resaltan poderosamente: *el miedo individual y colectivo y el inconcebible servilismo.* Ambos signos están, íntimamente, vinculados entre sí. Tal vinculación es teóricamente comprensible y prácticamente verificable. El doble proceso deshormonizador y servil ha representado, en el curso de la vida cotidiana del país, un círculo vicioso cuya circunferencia ha venido ampliándose continuamente.[16]

---

eslabón esencial en la cadena que une y continúa uniendo durante sucesivas generaciones a la cultura de una sociedad dada y a las características comunes de la personalidad de sus miembros...".

15 Griéger, Paul, *La Caracterologie Ethnique,* Presses Universitaires de France, París, 1961, *pág. 21.* El autor expresa que la sociología moderna ha demostrado que las representaciones colectivas una vez producidas y organizadas en estructuras mentales de una sociedad, se comportan exactamente como fuerzas mecánicas.

16 Martínez Estrada, Ezequiel, *Diferencias y Semejanzas entre los Países de la América Latina,* Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, *pág. 464.* Martínez Estrada auscultó particularmente el problema dominicano: "Si tomamos como punto de referencia a la isla Haití-República Dominicana, advertiremos cuan honda se graba en el alma de los pueblos la servidumbre, sobre todo si la reafirma con el temor y la desesperación, y cuan difícil es borrar esos estigmas espirituales que perduran aun en épocas de libertad. Son estigmas más indelebles que los que dejaban las marcas del fuego".

III
EL GRAN MIEDO Y LA HAITIANOFOBIA

> "Se prohíbe la importación de libros inmorales, láminas obscenas, estoques, puñales, duartistas, ganzúas, y otro millón de sabandijas, todas de ese tenor".
> *(De un periódico de la era santanista).*

Existe una aparente contradicción entre la historia vulgarizada y la realidad reciente y presente del país. La contradicción aparente reside en la presunta presencia del valor colectivo a lo largo del discurrir accidentado de la vida nativa. Los historiadores y cronistas vernáculos han pretendido —y en gran parte logrado— insuflar un exagerado acento heroico en el recuento de los hechos y acciones acaecidos en el territorio dominicano. El logro épico, sin embargo, no ha pasado de ser realmente un delgado barniz untado a regañadientes de una enorme contradicción histórica que se adueña de toda la existencia insular durante los últimos ciento cincuenta años. La contradicción tiene una fuerza dramática tremenda y ha consistido en una lucha angustiosa y terrible entre dos entes sicológicos opuestos: la finalidad de ser autónomo y el temor de no poder serlo. La pugna entre ambos complejos ha alcanzado aspectos trágicos insospechados, materializados en la siguiente expresión: una comunidad que ha vivido durante siglo y medio tratando de ser autónoma, pero al mismo tiempo entregando su propia autonomía cada vez que la ha obtenido.

La historia dominicana a partir de la primera década del siglo XIX puede ser resumida de la manera siguiente:

a) cesión española a Francia a fines del siglo XVIII;

b) restauración de la dominación española en 1808 (inmediatamente después de la proclamación de la autonomía haitiana en la porción occidental de la isla);

c) declaración intempestiva de la semiautonomía en 1821 por descontento burocrático ante el abandono e indiferencia de la madre patria (el país fue puesto inconsultamente bajo el protectorado de la Gran Colombia, por lo menos ante la apatía y desinterés de la población);

d) unificación incruenta del monoestado insular por iniciativa haitiana en 1822, sin oposición alguna y más bien con la anuencia de determinados sectores de la colectividad;

e) proclamación de la República Dominicana en 1844 en medio de diversas tendencias haitianófobas que pugnaban por el protectorado de otras potencias;

f) reanexión a España en 1861 tras una serie de propuestas infructuosas de anexión a varias potencias;

g) restauración de la autonomía en 1865 por rebelión rural nativa y renuncia española gracias a la presión política de las Cortes sobre el trono;

h) continuas y diversas tentativas de anexión a potencias extranjeras, particularmente a Estados Unidos de Norteamérica;

i) consolidación de la penetración imperialista norteamericana mediante el *modus vivendi* de 1905 y la convención de 1907;

j) ocupación militar norteamericana de 1916 a 1924; y

k) tiranía trujillista de 1930 a 1961.[1]

La síntesis anterior se ve dominada por los siguientes rasgos ininterrumpidos:

A) tendencia subyacente de afloración periódica hacia la sumisión colonial; y

B) miedo cerval de Haití expresado a través de la sicosis haitianófoba.[2]

Los dos brotes autonomistas de 1844 y 1863 se debieron más a la decepción nativa ante el mal gobierno de haitianos y españoles que a la existencia de una verdadera conciencia nacional. No se experimentó la necesidad de ser independiente del gobierno extranjero que no discriminase al poblador nativo, según se desprende tanto de las diligencias en solicitud de metrópolis como de absolutamente toda la documentación antihaitiana y antiespañola.[3]

---

[1]La tiranía trujillista no ha concluido en 1966, desde luego. El régimen despótico, integrado por el tirano, las fuerzas armadas y policiales, la alta burocracia y la identificación norteamericana, no ha podido concluir mediante la simple desaparición física del déspota. Los tres únicos hechos contrarios a la pervivencia del despotismo trujillista: la agitación callejera de 1962, el resultado electoral del mismo año y 1965 carecieron de eficacia apoyo norteamericano. Hoy, la frustrada y limitada revolución de para derribarlo, gracias sobre todo al tras las elecciones de 1966, el régimen se halla en franco fortalecimiento.

[2] El miedo de Haití consistió fundamental y originalmente en un estado de pánico en el estamento dominante. Por exhibición y contagio se reprodujo también en otros sectores de la comunidad, incluso en los que manifestaban, por razones de color y de afinidad, una tendencia prohaitiana. *La grande peur d'Haití* incluía, por supuesto, la sensación de pavor en blancos y mulatos respecto do sus bienes, privilegios e intereses. Ver además: Rodríguez Demorizi, E., *Invasiones Haitianas,* Editora del Caribe, Santo Domingo, págs. 9 y 16.

[3] Tanto en la manifestación que precedió a la proclamación de la República en 1844 como en las razones alegadas para servir de base a la Restauración de 1863 se hizo particular hincapié en la política de discriminación llevada a cabo por las autoridades haitianas y españolas, respectivamente, en detrimento del nativo. La necesidad de ser libres e independientes en ningún momento se sobrepuso a las razones utilitaristas, particularmente la haitiano-fobia descansaba sobre bases negativas deprimentes. Rodríguez Demorizi, E., "*Correspondencia de*

Una subminoría nacionalista, homeopática, cobró apariencia ostensible en los momentos en que la apatía o el desinterés o la debilidad metropolitana se hizo patente. Así aconteció cuando Núñez de Cáceres y su grupo burocrático frente a la *España Boba;* cuando Sánchez y su grupo febrerista ante la reducción del poderío haitiano en la *Reforma* de 1843; cuando Luperón y sus amigos ante la infructuosa búsqueda de metrópolis después de la desocupación española; cuando Américo Lugo y sus cofirmantes ante la ocupación yanki de 1916 a 1924.[4]

El miedo de Haití fue siempre dominante aun en los instantes de las más decantadas victorias militares de las tropas dominicanas, las cuales, por lo demás, en ninguna ocasión osaron trasponer la marca fronteriza para llevar la guerra al territorio vecino. Resulta militarmente inconcebible que ejércitos victoriosos se concreten a poner en

---

los Cónsules de Francia, Archivo General de la Nación, Santo Domingo, *pág. 125,* donde se expresa que la consigna de Santana y sus secuaces era la de "someterse a todas las condiciones que se quieran imponer al país por duras y onerosas que sean, antes que ser haitianos, págs. 44 y 45*:* para decidir a Francia en favor de la anexión se le expresaba al gobierno de París que tanto Estados Unidos como Inglaterra hacían proposiciones de anexión, pero que se prefería realizarla con Francia, a la que se amenazaba al mismo tiempo con entregarse a España como último recurso; *pág. 76:* Báez expresaba: "sea cual fuese el sacrificio que nos sea necesario para obtener la protección de Francia"; *pág. 23:* el cónsul Juchereau de St. Denys aludía al pánico del gobierno ante los rumores de invasión haitiana. En Rodríguez Demorizi, E., "*Documentos para la Historia de la República Dominicana*", Vol. II, Impresora Dominicana, Santo Domingo, 1959, *pag. 23,* se informa acerca de la solicitud de protección a Inglaterra; *págs. 421, 449 y 450,* donde se. da cuenta de que las proposiciones de izar las banderas francesa e inglesa en 1849 eran hechas simultáneamente al cónsul Place, francés (por Báez y sus alabarderos) y al cónsul inglés Schomburgk (por Caminero y compartes). Jiménez, a su vez, se inclinaba por Francia, mientras el canciller M. J. Delmonte se disponía a proponer lo mismo a los norteamericanos. Ver también Garrido, Víctor, *Los Puello, Editora Montalvo,* Santo Domingo, 1959, *páy. 117,* donde se informa que, según opinión del gobernador Mathews, de las Bahamas, la opinión pública dominicana dividía sus preferencias así: la burocracia de la capital favorecía la sumisión a Francia, la población negra y mulata del sur a Haití o Estados Unidos de Norteamérica y la población blanca y toda la población del norte a España, aunque una gran parte de esta población y la clase comerciante "aceptaría a la Gran Bretaña si esto pudiera suceder". Ver asimismo Rodríguez Demorizi, E., *Relaciones Dominico-españolas (1844 - 1849),* Editora Montalvo, Santo Domingo, 1955, *pág. 9:* en mayo de 1844, Pablo Castillo, canario, afirmaba en Puerto Rico, que bastaría la presencia de un buque de guerra español para que se enarbolara el pabellón de Castilla en Santo Domingo. El sentimiento colonialista pervive todavía en apreciable proporción, según afirmó hace treinta años Américo Lugo en su semblanza de Emilio Tejera: "...de la creencia general del pueblo dominicano, manifestada desde antes del 27 de febrero de 1844, de que la República Dominicana necesitaba la protección de una nación poderosa para subsistir, creencia que, aunque menos firme, existe todavía, como lo prueba la conducta del pueblo cuando la Ocupación militar de 1916".

[4] Ver más adelante el análisis de la minoría en la historia de la República Dominicana.

fuga al enemigo sin someterle a los rigores preventivos de una persecución incluso hasta su propio territorio. Tratábase de una crónica actitud defensiva contraria a todas las escuelas estratégicas. No se supo —o no se pudo— descubrir la factibilidad de imponer al enemigo una decisión definitiva en su propio terreno, porque siempre predominó el espectro de la invencibilidad haitiana.

Los dominicanos no hicieron otra cosa que recurrir a la desesperada defensa fundada en el gran miedo mientras simultánea y continuamente solicitaban la mediación tripartita de París, Londres y Washington o solicitaban al protectorado de esas capitales, de España y hasta del precario reino de Cerdeña. No se luchó con miras a garantizar la supervivencia nacional mediante el triunfo definitivo de las armas nativas, sino que se combatía con miras a prolongar la agonía vernácula para dar cabida a la reacia disposición extranjera en cuanto a aceptar la anexión ofrecida. Resultaba un espectáculo insólito el protagonizado por un reiterado vencedor militar que pedía desesperadamente auxilio. Se ganaban escaramuzas y encuentros, pero se carecía de la decisión volitiva de definir la guerra. Era la parálisis del miedo de que habla Merloo.[5] Un terrible complejo de inferioridad se manifestaba crónicamente en la solicitud de la ayuda foránea en detrimento de la soberanía que sólo importaba conservar respecto de la nación afroamericana.[6] Hízose así crónico en el país el espíritu de supeditación y dependencia.

De tal modo, resultó imposible la integración del valor nacional como atributo colectivo y lo que la historia jacarandosa trata de registrar no es otra cosa que una desparpajada antología del valor episódico, anecdótico, estrictamente individual, personalizado en algunos guerrilleros que incluso eventualmente hicieron también armas contra la República o negociaron la entrega o mediatización de la soberanía.[7] Más

---

[5] Merloo, Joost A. M., *Psicología del Pánico,* Editorial Hormé S. A. E., Buenos Aires, 1964, *pág. 31.*

[6] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Correspondencia de los Cónsules de Francia, pág. 119:* senadores y diputados expresaron al cónsul francés en 1849 lo siguiente: "...pero como no queremos a ningún precio continuar siendo .dominicanos ni volver a ser haitianos, estamos decididos a entregarnos a quienquiera que nos acepte, aunque fuese a los turcos, y que Dios tenga piedad do nosotros"; *pág. 174,,* donde se lee que el cónsul galo se dirigió a su gobierno en los siguientes términos: "Así, en lugar de encontrar como en Argelia masas hostiles y belicosas, tenemos un pueblo fácil de conducir..."

Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Invasiones Haitianas, págs. 67 y 68:* hasta el republicano Francisco del Rosario Sánchez, jefe del audaz golpe del 27 de febrero de 1844, llegó a exclamar luego: "Lo preferimos todo antes que ser haitianos". García, José Gabriel, *Compendio de la Historia de Santo Domingo,* Imprenta de García Hermanos, Santo Domingo, 1893, Vol. III, pág. 202: el buen éxito de la deprimente matriculación del cónsul español Segovia prueba el espíritu anexionista reinante.

[7] Los casos de hombres de armas y simples ciudadanos de eventual postura autonomista que sirvieron al extranjero dentro del país son demasiado numerosos, sin incluir a los cabecillas

aun, los verdaderos líderes populares que arrastraron a las grandes masas nativas fueron los más brutales y descarnados anexionistas (Santana, Báez, etc.) Ante los ojos del pueblo desprovisto de conciencia nacional y presa del pavor de Haití el anexionismo no constituía pecado público ni político.[8] Las ininterrumpidas maniobras de Santana a partir del momento mismo de la proclamación separatista de febrero de 1844 no decrecieron su prestigio como tampoco éste fue mermado por la consumación de la entrega de la soberanía nacional. El santanismo comenzó a decaer con el auge del atropello discriminatorio de la autoridad hispana en detrimento del elemento nativo. Inmediatamente después de la desocupación española Buenaventura Báez, afrancesado, anexionista a todo trance y mariscal de España, reocupaba por aclamación la presidencia de la República. El mismo general Cabral, héroe militar, intentó mediatizar la soberanía con anterioridad a Báez. Ningún conglomerado americano ha conocido tan horrorosos crímenes de lesa patria ni guarda en sus anales máculas tan repugnantes.

El gran miedo haitiano y su consecuente disposición proteccionista destruyeron la precaria dignidad colectiva y formaron el obstáculo más resistente para las manifestaciones internas, tribales, del honor nacional. La nación, como la mujer, se prostituye entregándose reiteradamente. Simultáneamente nacía en gran medida la entrega interna, doméstica, ante el energúmeno que de alguna manera simbolizaba el suficiente poderío para resistir la ya remota posibilidad de real amenaza haitiana. Cuando Haití perdió su poder dominador a partir del último gobierno de Soulouque y dejó de representar un peligro efectivo, la comunidad dominicana no advirtió el fenómeno. Estaba ya sumida en la abyección.

La grande peur haitienne fue así el remate de la conformista actitud colonial de una posesión ultramarina que no conoció, en su larga trayectoria dependiente, una protesta, un solo sacudimiento rebelde de espíritu autónomo, un mínimo conato de insurgencia. La cronología nativa había registrado estrictamente la decepcionante protesta de Enriquillo[9] y unas cuantas intrascendentes correrías de esclavos africanos

---

del anexionismo Santana y Báez. Los integrantes de ejecutivos y de la alta burocracia se clasificaban según sus inclinaciones hacia las diversas potencias protectoras. Ejemplos como los de Juan Suero, el célebre *Cid Negro,* y muchos otros generales son deprimentes en grado sumo. Se recuerda incluso la filiación españolista del futuro libertador de Cuba, Máximo Gómez.

[8] Los peores abanderados del proteccionismo no vieron mermado su prestigio por tales actuaciones. No existía siquiera el pecado de lesa patria frente a una opinión pública que secundaba todos y cada uno de los pasos tendentes a la supresión de la autonomía. El historiógrafo Rodríguez Demorizi afirma: "El anexionismo —repudiado sólo por una minoría— era una solución para todos".

[9] La tan decantada insurrección de Enriquillo durante la primera colonia, la cual ha sido exhibida como gesto de dignidad y rebeldía en los anales patrios, concluyó en miserable pacto mediante el cual el amerindio cristianizado convino en trocar por una camisa o un paño la

desesperados. La abulia colonial de acentuada hispanofilia sólo estalló en hechos de violencia para restablecer, sin la anuencia del gobierno de Madrid, la autoridad ibérica renunciada años antes por sus propios titulares metropolitanos en beneficio de Francia. La llamada *Reconquista* constituyó una crisis ultracolonialista pasiva cuando ya en la tierra firme hemisférica rugía la preparación autonomista y cuando en la misma isla ondeaba ya, chorreando sangre, la honrosa bandera del estado negro americano.

Efectivamente, en Haití española no asomaba siquiera el embrión deforme de la independencia política. Sólo trece años más tarde habría de producirse un significativo cambio de rótulos cuando, en 1821, un empleado público de aficiones literarias descolgó, en medio de una asombrosa indiferencia y sin el ruido de una gota de sangre, el apellido europeo. En su lugar puso otro ajeno americano, porque en la posesión anodina no había modo ni deseo de componer el propio, no obstante el hecho de que en la descuidada posesión no se hallaba un solo soldado español.[10]

Como protagonista de una historia insólita, contentiva de gruesos percances de aparente significación, el pueblo dominicano puede ser tomado, a través de una impresión artificial, exagerada, como autor voluntario de una concatenación de procesos parciales unidos entre sí por un mismo eje y una sola decisión. El compendio histórico de bulto es innegablemente impresionante cuando se le ve resurgiendo en 1821, 1844, 1863 y 1924 como presunto dueño de su destino autónomo y nomi-nalmente soberano. Con efecto, superficialmente hojeada la historia dominicana de los últimos ciento cincuenta años exhibe la realización de cuatro movimientos de independencia política que, de haber sido originados por la entronización unilateral de las potencias metropolitanas, arrojarían un saldo positivo y hasta encomiástico de la irreductible resolución volitiva de libertad de la comunidad precariamente ubicada.

Pero, ésa no es más que la exhibición periférica de un trayecto que en la medula no corresponde a lo que muestra a primera vista la superficie. La totalidad de los percances, accidentes y eclipses no han sido otra cosa que el resultado de los propios crímenes y errores aprovechados por las naciones poderosas que han tenido a su cargo el papel imperial en las sucesivas etapas. Trátase del extraño caso de una colectividad empeñada cada vez en suicidarse, pero también cada vez empeñada en arrepentirse de haber querido darse muerte por propia mano. La nominal resurrección ha sido posible gracias a los recursos generacionales característicos de las sociedades, de

---

entrega por él realizada de los negros cimarrones que le habían acompañado en la insubordinación o que formaban parte de otras cimarroneras. Por lo demás, de las recientes dilucidaciones de Fray Cipriano de Utrera se desprende que la supuesta afrenta sufrida por la esposa del cacique, Mencía, no fue otra cosa que la existencia de relaciones íntimas voluntarias entre la india y el colono español acusado de violarla, lo que coincide con la reconocida preferencia que las aborígenes manifestaban por el hombre hispano.

[10] Rodríguez Demorizi, E., *Antecedentes de la Anexión a España*, Editora Montalvo, Santo Domingo, 1955, *pág. 103.*

los entes colectivos, privilegio de renacimiento o reencarnación de que no gozan los solos individuos.

Con excepción del caso del apagamiento de la soberanía nominal de 1916, el cual fue debido a la unilateral determinación del imperialismo norteamericano, todos los demás esfuerzos de realización soberana habrían resultado innecesarios si la propia comunidad dominicana no hubiese prestado su voluntad, tácita o expresa, para supeditarse o someterse por gestión e iniciativa de sus propios miembros en función de vanguardia de la silenciosa o manifiesta complicidad de la generalidad restante. Baste recordar el primer brote de autosupeditación de 1808, cuando el conglomerado, más español que España, se echó sobre los hombros la espontánea tarea de desembarazarse de la administración francesa para enjaezarse la vieja, inoperante, ultraconservadora y retardataria brida hispana. Para la España sacudida por Napoleón fue aquél un obsequio inusitado que le depararon los amantísimos hijos del trópico americano en los precisos y preciosos momentos en que los otros vástagos del mismo hemisferio proyectaban ya, adelantadamente, hacer provecho de la desgracia peninsular para sacudirse los aperos metropolitanos. A la corte de Madrid no le fue ni le vino la sorpresa cuando logró más tarde reponerse, de tal suerte que en 1821 la misma gente insular, desasistida de la mano real y sin el aliciente de una mirada tierna de la madre idolatrada, tuvo que deshacer lo hecho trece años antes, en 1808, pero para anexarse a otro estado. La simbólica gesta consistió, sin pena ni gloria, en una sencilla mudanza de jurisdicción: de una jurisdicción ajena a otra acaso menos ajena, pero de ningún modo propia.

Semejante operación política representó, vista más fondo, lo siguiente:

1.—Un atentado político-geográfico contranatura, porque estaba destinado a consagrar, por medio de una variante de complicación, el fraccionamiento insular. En vez de tratar de subsanar el absurdo histórico bicolonial de la isla de Santo Domingo o Haití, el cambio de jurisdicción implicaba una agudización del mismo por cuanto no era el resultado de una negociación imperial que empleaba la posesión ultramarina como moneda de pago o de trueque en los azares de conflictos internacionales, sino de una decisión administrativa tomada por el sector burocrático de la población dependiente sin la anuencia o el consentimiento de la metrópoli. Era lo que podría apreciarse como un paso hacia la constitución de un nuevo estado sin vinculación política alguna con el estado ya existente en la misma isla. De manera que resultaba en principio más remota la unidad insular desde el momento que la nueva jurisdicción suprimía el *status* colonial y transformaba la porción oriental de la isla en un segmento de nuevo estado en proceso de consolidación.

2.—Un error histórico-político que lesionaba los vínculos entre la Gran Colombia y el estado de Haití, vínculos derivados de la reciente y vital cooperación haitiana en favor de Bolívar. Agredíase al mismo tiempo a la inteligencia política del libertador grancolombiano al pretender hacérsele partícipe de un desaguisado jurídico-

geográfico. Resultaba a todas luces pueril el intento de acarrearle a Simón Bolívar gratuitas complicaciones de índole muy específica por cuanto se le contraponía, no contra España, ya en guerra con los libertadores de tierra firme, sino nada menos que contra una nación americana consolidada, la República de Haití. Para España —dueña cierta de Cuba y Puerto Rico— la acción encabezada por Núñez de Cáceres en la porción hispana de Santo Domingo no despertó mayor reacción, como lógicamente era de esperarse dado el desinterés del gobierno metropolitano por la fracción insular durante los últimos años. En posesión de Cuba y Puerto Rico el valor estratégico y político de una fracción insular de la Antilla intermedia se reducía a la más breve expresión para los intereses hispanos, en tanto que para Bolívar resultaban de más inmediato y mayor valor las restantes perspectivas sur-americanas de independencia que la precariamente dependiente porción insular de Santo Domingo. Sólo años después, concluidas ya las campañas continentales, surgió en Bolívar y en los gobernantes mexicanos la idea de la empresa antillana de liberación de Cuba y Puerto Rico, proyecto que, dicho sea de pasada, habría de ser enconadamente obstruido por el gobierno norteamericano del presidente John Quincy Adams.

3.—Un acto discriminatorio de la burocracia criolla, la cual, incapaz de proclamar la real autonomía del país, escogía como metrópoli de incorporación a la distante nación continental en detrimento y desprecio del más antiguo y próximo estado afroamericano. La discriminación de la casta burocrática no apareció, como hemos visto, compartida por la población, como lo indicaría inmediatamente la actitud de los sectores de la comunidad, los cuales, frente a la inseguridad de la situación local, hicieron llamamientos al presidente haitiano Jean Pierre Boyer, cuyas tropas de ocupación no hallaron resistencia alguna en la vacilante comunidad.[11] Sólo una posición racista de la peor especie podría explicar la actitud de la burguesía burocrática que capitaneó el cambio de jurisdicción y no es aceptable el punto de vista de conformidad con el cual a Núñez de Cáceres y sus colaboradores pudieron escapar las secue-

[11] *Ibidem, pág. 402: A*ngulo Guridi informa que dos de los principales colaboradores de Núñez de Cáceres, los nombrados Márquez y Valdez, estaban de acuerdo con el invasor Boyer; *pág. 55,* donde se revela que en 1847, tres años después de la declaración de la autonomía, hubo en la parte dominicana de la isla, una conspiración en favor de Haití.
Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Documentos para la República Dominicana,* Vol. III, *pág. 391,* acerca de los llamamientos al presidente haitiano Boyer.
García, José Gabriel, *obra citada, págs. 85 y 86,* donde se cuenta que el movimiento prohaitiano llegó hasta enarbolar en Santiago el pabellón de Haití antes de la ocupación.
Poyen, coronel H. de, *Histoire Militaire de la Revoluiion de Saint-Domingue,* Berger-Levrault et Cié., Paris, 1899, *págs. 482.* El general Ferrand, jefe de la administración francesa de principios del siglo XIX, confesó que hubo habitantes de la parte dominicana de la isla que mostraron disposición de someterse a los haitianos y menciona las poblaciones de Azua, Las Matas, Las Caobas, Neyba, La Vega y Cotuí; *pág. 497.* El 22 ventoso (marzo) de 1804 "algunos negros fueron arrestados y ejecutados, culpables de inteligencia con los haitianos".

las derivadas del hecho de la división política de la pequeña isla. Es preciso tener presente, con miras a comprender mejor la prolongación del disparate político-geográfico, la condición de gente blanca de los prohombres de la semiautonomía de 1821 y la pervivencia de la esclavitud en la porción oriental de la isla, lo que coincidía con la similar situación grancolombiana. La discriminación antihaitiana debía de introducir, naturalmente, un enconado estado de prevención en los círculos oficiales haitianos, los cuales se vieron preteridos por los burócratas vecinos. Por otra parte, la lógica política desaconsejaba rotundamente la mutación decretada, desde el momento que el más simple raciocinio parecía exponer, con toda claridad, la dificultad inherente a la defensa y consolidación del país separado de España, pero ubicado entre las pinzas de los dos fuertes pilares antillanos bajo el dominio de Madrid, baluartes que, por lo demás, representaban el trampolín de cualquier reconquista hispana contra los nuevos estados continentales. Así lo vislumbraron los gobernantes de Gran Colombia y México cuando amasaron, posteriormente, el proyecto de cortar las amarras coloniales de San Juan y La Habana. La haitianofobia iniciaba su funesta vigencia en la casta oligárquica de la porción dominicana de la isla.

4.—Una provocación al régimen haitiano, provista de dos vertientes: la de la preterición propiamente dicha y la amenaza potencial pero objetiva que significaba la falta de espíritu de autonomía en la comunidad de origen español. El precedente insólito de la *Reconquista* de 1808 contra la administración francesa, pero para montar nuevamente el dominio hispano, se verá en 1821 robustecido en cuanto a su significación como exponente de la ausencia de resolución autónoma y de la persistencia de la vocación colonial. Esto último representaba una sensación de peligrosidad cierta para el estado afroamericano erizado de trágicos recuerdos inherentes a la esclavitud. La predisposición a la vida subalterna de los vecinos orientales representaba una latente amenaza en perjuicio de la estabilidad haitiana, lo que asumía dimensiones respetables por la renuencia grancolombiana en punto a abolir la esclavitud que, por lo demás, se hallaba en plena vigencia en el Santo Domingo español. La ocupación haitiana de 1822, exclusión hecha de la doctrina de la indivisibilidad política de la isla y de la unidad del monoestado insular, gozó así de una poderosa razón de índole defensiva y de sentido previsivo. Otra cosa habría acaso resultado si hubiese tenido lugar en la parte española una formal declaración de autonomía pura y simple y, mejor todavía, si ésta hubiere sido complementada con una inmediata política antiesclavista.

El divorcio entre la casta burocrática y la incipiente oligarquía latifundista, por una parte, y las masas rurales y urbanas, por la otra, aparecía evidente, según se colige de las invitaciones e insinuaciones dirigidas al jefe del estado haitiano. La haitionofobia no aparecía entonces un sentimiento generalizado en la comunidad dominicana, sino más bien un prejuicio animado entre los émulos locales de los antiguos colonos fran-

ceses.[12] Existía entre las masas lo que podría estimarse como una base propicia a la fusión de las dos comunidades. No puede descartarse la repercusión impresionante y deslumbradora que la epopeya negra hubo de producir entre las paupérrimas masas del lado español, puestas al margen de los escasos recursos de la decadente colonia monopolizada por los terratenientes y burócratas de la época. No es extraño comprobar el retozo de la fruición en los cuerpos y almas de los oprimidos sabedores de las victorias de sus congéneres en el cercano predio.

Lástima que la autoridad haitiana incurriese, no obstante el talento político del presidente Boyer, en defectos de forma y fondo que fueron sucesiva y paulatinamente disminuyendo la posibilidad de una fusión galvanizadora. Entre tales yerros descollaron: la excesiva atención prestada por el mandatario haitiano a los peores sujetos

---

[12] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Con correspondencia de los Cónsules de Francia, págs. 31 a 35),* donde Juchereau de St. Denys alude a la inclinación de los negros de la parte oriental de la isla en favor de Haití.

García, José Gabriel, *obra citada,* Vol. II, *págs. 36 a 38,* donde se alude a la conspiración de Mojarra, de negros y pardos contra blancos, muy probablemente de tendencia prohaitiana; pág. 65 y 66*:* desde antes de 1822 ya existían llamamientos al presidente haitiano llover; *pág. 97,* afirma el auto]: "Al efecto (Borgella, el gobernador haitiano de Santo Domingo) procuró irla espulgando poco a poco de todos los elementos capaces de contrariar sus planes; pero cubriendo con tanto disimulo las apariencias, que más que obra suya parecían los desmanes y las violencias que solían cometerse, obra de la influencia de cierto número de dominicanos, que transigiendo con el hecho cumplido, se avinieron con la nueva situación, no importa si do grado o de por fuerza, mediante el aprovechamiento de algunas consideraciones..."

Lemonnier Delafosse, J. B., *Seyunda Campaña de Sanio Dominyo,* Editorial El Diario, Santiago, R. D., 1946, *pág. 198,* donde; se pinta al "'héroe del siglo'" aludido por el oligarca Arredondo y Pichardo, de la siguiente manera: "Sánchez estaba a la cabeza de su ejército... vestido de una manera tal que provocó nuestra risa. Un sombrero guarnecido con galones dorados, de un tamaño asombroso; una casaca abigarrada con mechones y nudos de cintas de los siete colores, adornada con bordados que le cubrían todo el cuerpo. Nunca un *Polichinela* de feria estuvo más cómico. Pero lo que era más origina!, más increíble, era un cuadro de molduras de oro, de seis pulgadas cuadradas, bajo cuyo vidrio brillaba iluminada esta leyenda: El retrato hermoso del rey Fernando VII'. Guillermin, Guilbert, *Diario Histórico.,* Imprenta J.R. Vda. García Sucs., Santo Domingo, 1938, *páys. 278 y 279,* donde también se pinta al susodicho "héroe del siglo", así: "... Don Juan Sánchez, seguido de sus cómplices, se encaminaba hacia el palacio de Gobierno, con un uniforme muy conveniente al papel que desempeñaba en estas circunstancias: un sombrero formando arco-iris, adornado con plumas blancas, y bordado en oro; casaca azul, cubierta con retratos de Fernando VII; botas a la souvarow, un sable arrastrando en tierra que le impedía caminar derecho; un numeroso séquito de personas tan abigarradas como sus trajes, y la actitud en fin, de un héroe de teatro. Tal fue la entrada triunfal de Don Juan Sánchez, bajo las miradas estupefactas de franceses y de ingleses, cuyo aspecto expresaba enérgicamente el ridículo de esta mascarada, que los españoles del país consideraban como el *nec plus ultra* de la magestad nacional".

mentales en detrimento de los sectores populares de la comunidad insular, la ausencia de determinadas medidas administrativas y la implantación de otras. No se decidió la fijación de la sede del gobierno total en localidad más adecuada con vista al pleno y efectivo dominio de la totalidad del territorio sobre una base de indiscriminación. Por el contrario, fue nefasta la promulgación del código rural. Boyer no realizó, en fin, una política de mejoramiento y nivelación populares que produjese en los nuevos ciudadanos orientales la sensación de igualdad política. El dictador haitiano, no obstante sus evidentes condiciones públicas, se consagró excesivamente, en aquellas circunstancias *sui generis,* al fortalecimiento y consolidación del aparato nacional en detrimento de la unificación orgánica y síquica de las dos comunidades.[13]

[13] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Invasiones Haitianas, pág. 72.* Es de admitir la existencia de un sentimiento prohaitiano en la antigua colonia española de Santo Domingo, sobre todo entre la población de color. Acerca de la llegada de Toussaint Louverture a la capital de la parte oriental de la isla, dice así doña Francisca Valerio, en su relación al presbítero Francisco González y Carrasco: "El día 3 de enero de 1801 entró el levantado Toussaint en nuestra ciudad, que sólo faltó recibirlo debajo del Palio, porque según entiendo, a nuestro monarca no se le hubiera hecho más"; *págs. 278, 280 y 281,* donde se da cuenta del plan de Bonnet como partidario de la unión sin violencia entre las masas de ambos pueblos, admitiendo que "la clase más distinguida de la población (de Santo Domingo) nos era adversa", de lo que se colige que los sectores menos distinguidos (desde luego más numerosos) no compartían tal posición. Rodríguez Demorizi E., *Cesión de Santo Domingo a Francia,* Impresora Dominicana, Santo Domingo, 1958, *pág. 138.* Desde la insurrección haitiana contra los blancos franceses esclavos de la parte española huían hacia la parte occidental de la isla "llevados de la voz de libertad de aquella República". Rodríguez Demorizi, E., *La Era de Francia en Santo Domingo.,* Editora del Caribe, Santo Domingo, 1955, *pág. 194.* La situación de las simpatías respecto de Haití resultaba lógica en cuanto a los sectores populares; por lo contrario "los habitantes propietarios de esclavos de esta parte, no están, por lo general, contentos de volverse republicanos, a causa de la libertad de los negros: ellos temen sufrir daños en sus personas y propiedades". Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Documentos para la Historia de la República Dominicana, págs. 374 y 375.*

L. J. Janvier sustentaba el criterio de la factibilidad de la unificación de la isla en un solo estado mediante la determinación consensual de ambos conglomerados y la disposición de determinadas medidas administrativas tendentes a consolidar y hacer equitativa la indivisibilidad política insular.

Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Relaciones Dominico-españolas, pág. 157.* El ex-cónsul Raybaud, tan vilipendiado por la brillante crudeza de sus diagnósticos, escrutó la gran tragedia de los dos estados insulares y la incongruencia de la isla dividida cuando, con toda franqueza, expuso a Santana que el país no tenía otra alternativa que la de unirse a Haití o ser colonia yanki. Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Correspondencia de Cónsules de Francia, pág. 237.* En un momento dado Saulouque entendió la factibilidad de la unificación insular por medios pacíficos y políticos, cuando propuso que sólo se izara en la parte oriental la bandera haitiana y que los dominicanos podían tener su burocracia, sus fuerzas armadas, etc.

Por lo demás el propio Santana confirma en su *Hoja de Servicio,* las simpatías prohaitianas de

Los precedentes de eficaz contenido popular dictados por el negro Toussaint Louverture fueron prácticamente desechados por el mulato Boyer.[14] Puerto Príncipe no era la sede más aceptable para servir de asiento al gobierno capital de toda la isla. Su ubicación periférica en la costa occidental resultaba impropia desde el punto de vista político y administrativo, amén de que mantenía viva la sensación de un dominio unilateral de indispensable supresión. Al cabo de la inexperta fusión la colectividad oriental se mostraba decepcionada y la propia occidental oprimida.

La solución vislumbrada en el este no fue otra cosa que la recidiva colonial, esto es, la búsqueda de una potencia extraña que se hiciese cargo de los destinos de la antigua colonia española. Esta fue la tendencia predominante, sobre todo entre los miembros del estamento pensante y económicamente mejor asentado. Sólo en 1838 comienza a esbozarse el germen emancipador, autonomista, de procedencia foránea, traído del exterior por Juan Pablo Duarte y recibido con sorna y diatriba por los burócratas y terratenientes. Si en 1844 se impuso al fin la dirección separatista, en circunstancias muy afortunadas y a grupas de la audacia de los trinitarios, ello se debió en gran parte a la dilatada y laboriosa tramitación de la tendencia que pugnaba por un nuevo protectorado europeo y a la renuencia y vacilación de las metrópolis que se imponían recíprocamente la abstención de alterar el equilibrio en el mar antillano. La llamada doctrina de Monroe contaba ya con veinte años de vida, amén de que la reputación sanitaria de la isla no aparecía halagadora desde el ruidoso fiasco de Napoleón Bonaparte. No resultaba más atrayente la fama del extremismo bélico de los antiguos esclavos haitianos, quienes habrían de exhibirse inmediatamente hostiles frente a cual-

---

sectores del conglomerado nativo: "1801. El 10 de mayo en conocimiento de que en las Provincias del Cibao existían planes de conquista a favor de Haití, pase a ellos con el ejército dejando asegurado allí el orden".

[14] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Invasiones Haitianas, págs. 132 y 133.* Toussaint Louverture inició una política de justa ecuanimidad durante su permanencia en la paite oriental de la isla. Integró, por ejemplo, la municipalidad teniendo en cuenta los estamentos étnicos del país, componiéndola "de tres miembros, uno blanco, otro mulato y otro negro" (el alférez real don Antonio Pichardo, el mulato tendero Antonio Pérez y el pardo Casimiro, capitán de morenos en el gobierno español). La incipiente oligarquía dominicana no resistió, por supuesto, la ecuanimidad del gran negro. He aquí cómo protestó un típico oligarca dominicano de la época, Gaspar de Arredondo y Pichardo: "En un baile que dieron para celebrar la entrada de Moyse, antes de la venida de la armada francesa, se me hizo la gran distinción por el bastonero de sacarme a bailar con una negrita esclava de mi casa, que era una de las señoritas principales del baile porque era bonita, y no tuvo otro título ni otro precio para ganar su libertad, que la entrada de los negros en el país con las armas de la violencia"; *pág. 154,* donde se ve la unidad clasista de la historia, cuando ese mismo oligarca racista, se expresaba del colonialista Juan Sánchez Ramírez en los siguientes términos: ..."hasta el año 1808 en que ti inmortal, el héroe del siglo, el nunca olvidado don Juan Sánchez Ramírez, hijo de Santiago, vecino de la villa del Cotuí, reconquistó gloriosamente la parte española. . ."

quier nación esclavista que pusiese la planta en la Antilla liberada.

En pocas palabras, la hegemonía de los partidarios del nuevo protectorado como fórmula para resolver la desvinculación política de Haití hubo de ser sorprendida por el golpe de suerte de la minoría autonomista. La declaración de la autonomía dominicana no confrontó resistencia interna alguna desde el momento que las tropas encargadas del orden público eran abrumadoramente nativas de la región oriental de la isla. El gobierno haitiano hubo de proceder por vía de invasión en pos de la recuperación del control de la entera jurisdicción insular. No hubo, pues, represión interna de parte de las autoridades derribadas, ya que los escasos soldados haitianos carecían de fuerza eficiente. La proclamación de la República Dominicana tuvo lugar sin derramamiento de sangre.

Fue entonces, una vez declarado el nuevo estado, cuando reventó la *grande peur haitienne.* Se contempló de seguidas el vasto y reiterado espectáculo de hombres que triunfaban en el campo de batalla, pero que eran presas de enorme pavor ante la simple idea de la presencia del enemigo y en medio de desgarradoras demandas de auxilio. Generales victoriosos que abandonaban con precipitación el campo de la decantada victoria, destacamentos y brigadas triunfantes que suspendían en una línea imaginaria la persecución del enemigo en retirada, ríos teñidos de sangre negra que detenían a los victimarios triunfantes. A todo ello se agregaba el hecho de que mientras los proyectiles y armas haitianas resultaban poco menos que anodinos, el machete y los disparos dominicanos fungían de preciosos implementos dotados de un poder mortífero anonadante.

Obtúvose la mediación anglo-franco-yanki, poco tiempo después, para hacer cesar o por lo menos atenuar las acometidas haitianas, pero los prohombres de la República continuaban urdiendo la consecución de un nuevo protectorado francés, inglés, español o aun norteamericano.[15] París, Londres, Washington se impedían mutuamente la posesión del territorio desesperadamente ofrecido con el fin de no alterar el *statu*

[15] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Relaciones Dominico-españolas, pág. 157.* Santana era más hispanófilo que yankófilo, pero "algunos de sus ministros" se inclinaban más a EE.UU. de A. Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Correspondencia de los Cónsules de Francia, pág. 231,* donde se ve que ya en 1850 existía también el partido norteamericano encabezado por Caminero y Delmonte, a quienes Báez llamó al gabinete para no perder la posibilidad de protección yanki en caso de que fracasen las gestiones con Francia; *pág. 174::* en 1849 existía ya un partido inglés; *pág. 234:* según el cónsul francés Lemieussens (muy querido y respetado en Santo Domingo), la disposición norteamericana hacia la anexión era un hecho y Báez la detenía porque prefería la francesa.

García, José Gabriel, *obra citada,* Vol. III, *pág. 140,* para precisar que, mientras respecto de las potencias europeas los anexionistas nativos tornaban la iniciativa, en cuanto a Estados Unidos de Norteamérica la iniciativa fue del gobierno yanki del presidente Pierce a través de sus agentes Green, White y Picket, en 1853-1854. Cazneau fue otro agente promotor de la anexión.

quo del Caribe. Sólo la reocupación hispana no merecía oposición rigurosa de parte de las restantes potencias.

Es oportuno rectificar las falsas impresiones trasmitidas de generación en generación de dominicanos en cuanto a las características de la contienda militar que durante algunos años, entre treguas y acometidas, se libró en la isla. Dos hechos fundamentales deben de ser esclarecidos en honor de la verdad histórica. En primer lugar, la superioridad numérica y la calidad del armamento cambiaba de un bando a otro.[16] Por otra parte, las tropas haitianas ejecutaron las reiteradas agresiones contra Santo Domingo con desgano y resistencia particulares.[17] Los transformadores de la historia en literatura salgariana han adulterado el conocimiento de los dominicanos mediante la presentación de un cuadro mentiroso de la realidad militar de aquellos años y han llevado la fantasía nociva hasta ofrecer un panorama realmente milagroso junto a la suerte de las armas nativas. De ese modo, la repulsa merecida por los dirigentes del gobierno de Puerto Príncipe ha sido extendida hasta la entera colectividad del vecino país. La haitianofobia de las generaciones posteriores a la contienda fue así nutrida e hipertrofiada sobre la base de la adulteración y de las omisiones internacionales. Más todavía, los regímenes que promovieron la invasión debieron generalmente precipitar

---

[16] Rodríguez Demorizi, E., *Guerra Domino-Haitiana,* Editorial El Diario, Santiago, 1944, *pág. 16J*: para marzo de 1845 Santana declaró que contaba con 25.000 guerreros. Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Documentos para la Historia de la República Dominicana,* Vol. III, *págs. 28 y 35:* las tropas haitianas de 1844 eran mal armadas, indisciplinadas, indispuestas y desertoras, pues invadían engañadas y desertaban continuamente; *pág. 33,* sobre la deficiencia del armamento haitiano; *pág. 40,* donde se informa lo que el cónsul inglés Ussher expresaba a Lord Aberdeen el 21 de abril de 1844: "El gobierno dice que el ejército se compone como de once mil hombres, pero el Almirante francés (de Moges) no estimó que hubiera cuatro mil, mientras que los dominicanos tienen por lo menos el doble de ese número y poseen una caballería bien montada y eficiente, arma que en el ejército haitiano está miserablemente deficiente".

[17] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Documentos para la Historia de la República Dominicana,* Vol. III, *págs. 312 y 317:* las invasiones de Soulouque eran "profundamente antipáticas" para el 95% de los haitianos; el historiógrafo Rodríguez Demorizi lo admite: "En distintos lugares de su obra D'Alaux señala justamente la renuncia del haitiano a pelear contra los dominicanos, de lo que hay no pocos testimonios"; lo mismo opinaba Spencer St. John; los oficiales haitianos maldecían las campañas contra los dominicanos; *pág. 313:* en 1849 hubo un batallón haitiano representado en el campo de batalla nada más que por sus oficiales y su bandera, en tanto que en 1855-1856 "eran los cuerpos mismos que desertaban en masa..."; *págs. 582 y 583:* D'Alaux afirmaba que "los haitianos han mostrado en todo momento una repugnancia invencible por ir a prestar servicio en la guarnición de Santo Domingo, y con mayor razón aun debía de disgustarles los enganches en masa..." La guerra en el este era proverbialmente impopular. "Los soldados se escabulleron uno a uno durante la campaña de 1849". Estas realidades históricas, en cuanto a la antipatía de la guerra en el seno del pueblo haitiano, han sido siempre mantenidas aviesamente ocultas a los dominicanos.

su regreso al punto de partida compelidos por asonadas y rebeliones políticas que estallaron a espaldas del grueso de las tropas invasoras.[18]

En 1861, cuando el peligro haitiano disminuía hasta quedar reducido a los límites de la impotencia,[19] la República Dominicana fue reincorporada a España con la anuencia de la universalidad del conglomerado nativo.[20] Dentro del país no estalló protesta alguna, no sólo contra el hecho execrable, sino tampoco en favor de quienes, procedentes del exterior, cayeron víctimas del crimen entronizado. El valor colectivo continuaba ausente parejamente con la también inexistente conciencia nacional. La República había sido entregada como una silla vieja en medio de la indiferencia y la complicidad generales.

Cuando en 1863 se inició la lucha armada por el restablecimiento de la autonomía obsequiada por múltiples manos dominicanas, una proporción considerable del conglomerado nativo se mantuvo al servicio y en defensa de la dominación extranjera, no sólo en los frentes de batalla sino en la retaguardia urbana. El hostigamiento de los comandos guerrilleros y la presión política en el parlamento de Madrid determinaron el fin de la contienda y la pactada y ordenada evacuación del país. Toda la documentación histórica martilla sobre el aspecto abusivo de la administración ibérica y la política discriminatoria de las autoridades españolas secundadas por una extraordinaria cantidad de lacayos vernáculos que incluso ofrendaron sus vidas al servicio del extranjero. Todos sabemos lo interminable de cualquier relación que pudiera elaborarse con los nombres de los dominicanos, conocidos o intrascendentes, que combatieron contra la minoría rural que llevó el peso de la lucha armada.

Restablecida la República Dominicana en 1865, la oligarquía reinició inmediatamente sus empeños anexionistas ante la virtualmente total indiferencia de quienes no obraban como cómplices de los vendedores de la nacionalidad. Buenaventura

Báez, afrancesado, mariscal de campo español, anexionista por antonomasia, fue, sin embargo, el ídolo seguido y venerado por la arrolladora mayor parte de la comunidad.[21] Entre quienes combatieron la administración de Báez se contaron ciudadanos

---

[18] Rodríguez Demorizi, E., obra citada, *Documentos para la Historia de la República Dominicana,* Vol. III, *págs. 47, 48 y 49.*

[19] Efectivamente, cuando Santana y sus secuaces reanexaron el país a España en 1861 el peligro haitiano era poco menos que inexistente. Tampoco volvió a configurarse en lo adelante. Haití había perdido su original, relativo poderío. Sobre tal realidad histórica puede acudirse a cualquiera de las historias de Santo Domingo.

[20] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Antecedentes de la Anexión a España, pág. 142:* cuando llegaron las tropas españolas hubo "gritos atronadores de la multitud" en medio de gran júbilo y millares de banderas españolas; *págs. 123 y 124,* donde se lee lo que expresaba Tomás Bobadilla a su hijo: "Hoy se ha puesto la bandera española con muchas demostraciones de júbilo, y sin ninguna alteración del orden. Esto te confirmará lo que te decía en mis anteriores".

[21] Báez constituye, significativamente, el caso del político nativo de mayor popularidad en

que habían incurrido en la tentativa del mismo crimen de lesa patria. La concertación de la nueva anexión, esta vez con el gobierno norteamericano, se realizó cómodamente a lo largo de un proditorio procedimiento plebiscitario al que la colectividad asistió entusiasta cuando no pasivamente.[22] La supervivencia de la precaria autonomía fue entonces salvada por el senador estadinense Charles Summer, responsable del rechazo del tratado de anexión en el senado yanki. De no haber sido torpedeada legislativamente la vil negociación estas mismas páginas estarían escritas en inglés. El esquema de valor colectivo que se había esbozado de 1863 a 1865 se esfumó acelerada e inmediatamente después.

Pudiera creerse que las asonadas y reyertas intestinas que se sucedieron hasta la ocu-

---

todos los sectores sociales.

[22] García, José Gabriel, obra citada, Vol. III, *pág. 14.J:* en 1867, "elementos valiosos de la situación" —la de Cabral—, preparaban en secreto, con el cónsul yanki John Sommers Smith, combinaciones antinacionales. Posteriormente han sido dadas a la luz más noticias acerca del anexionismo de Cabral. Carta de Fernando Arturo de Meriño a José Gabriel García, 16—7—1869: "Por otra parte, tú lo ves: los traficantes de la nacionalidad van en escandaloso aumento. Los libertadores de ayer forman también en las filas de los vendedores de hoy; y hasta el pueblo mismo en cambio de paz se apresta al patricidio. Crees tú que Cabral, sin la ambición de Báez que le salió al encuentro en el camino de las negociaciones, no hubiera realizado la venta o cesión de Sa-maná? Y podrías dudar que Báez hoy, sin la ambición de Luperón, que le hace darse prisa en derrocarle para ir al poder, no llevaría a cabo su infame proyecto?" Lugo, Américo, *Emiliano Tejera:* "La presencia de Green provocó en los santiagueros el deseo de un protectorado o anexión a los Estados Unidos: fuéles contestado por Santana que tuvieran paciencia..." "Que la República no podía subsistir sin la ayuda de otra nación no era creencia individual de Santana, ni de Báez, ni de Cabral: era creencia general del pueblo dominicano. La creencia contraria era precisamente la individual, la de una escasa minoría". "Lo que comunica vitalidad a las extravagantes aventuras anexionistas es la colaboración de las masas. *Multitudo in sacris collecta,* como decía San Agustín". "Báez, en fin, personificación política del pueblo dominicano, que siempre ha preferido la esclavitud del caudillaje al imperio de la ley".
Carta de José Gabriel García a Fernando Arturo de Merino, 1—8—1869: "La nacionalidad amenazada de muerte. Todo perdido! Ud. conoce el país y la proverbial indiferencia de nuestros paisanos. Como realizó Santana la anexión española así puede realizar Báez la anexión vankee. La única diferencia consistió en que la primera pudo deshacerse, mientras que la segunda no tendrá remedio".
Carta de Calixto María Pina a José Gabriel García, 28-12-1872: "Ahora está aquí la comisión. Anoche fue obsequiada con un gran baile, al que asistieron, como a los anteriores que ha dado el gobierno, señores, señoras y señoritas que tienen padres, esposos, hijos y cuñados en el ostracismo.
Mira hasta qué grado ha llegado la corrupción en nuestro pobre país!"
Por lo demás, nuestro criterio es muy concreto respecto de la reducción del espíritu anexionista entre 1880 y 1915. La hegemonía del imperialismo norteamericano en el área del Caribe cerró el rejuego anexionista entre los dominicanos y las potencias europeas que ya acataban el predominio de Estados Unidos de Norteamérica en la región antillana.

pación militar norteamericana de 1916, reducida ya la soberanía a su mínima expresión a través de las imposiciones de Washington y de las sumisiones vernáculas de 1905 y 1907, fomentaron el valor montaraz del do-dominicano. Nada más distante de la realidad histórica. La guerra de manigua carece de cuadros estadísticos en los anales de las revueltas hispanoamericanas, pero no es difícil afirmar que, por lo menos en la República Dominicana, el promedio de bajas fue generalmente exiguo. Mucho ruido y pocas nueces. El humo de las rudimentarias carabinas y el silbido del puñal o del machete fueron más notables que las pérdidas de vidas. Se perdieron a toda velocidad otras cosas: la dignidad, el honor, la embrionaria conciencia nacional. Las víctimas personales no pasaron generalmente de unos cuantos contusos y aporreados. Con excepción de un par de enconadas escaramuzas puede aseverarse que los alzamientos costaron pocas vidas y que tomar parte en ellos no fue cuestión que amedrentase a los timoratos partidarios. Los casos de revoltosos valientes que dejaron la leyenda de su coraje en anécdotas y chascarrillos no pasaron de media docena de enfermos sociales, de los cuales la casi totalidad murieron en sus camastros. Sujetos en quienes hirvió como una fiera la pasión caudillista y jamás la pasión patriótica no pueden ser ejemplos de valor social. Aun los más corajudos que sentaron fama de bizarros fueron más astutos que valientes. Tomaron el monte para estremecer o derribar cualquier seudogobierno o nido de golondrinas, pero fueron incapaces de jugarse la vida ejemplarmente cuando los invasores españoles o norteamericanos pisotearon el suelo nacional. Algunos de semejantes centauros mulatos llegaron con vida a los primeros años de la tiranía trujillista y no pensaron siquiera en sacudirle los cimientos al nuevo energúmeno. Los únicos dos que osaron hacerlo —Desiderio Arias y Cipriano Bencosme, coautores a sus veces del hundimiento nativo— fueron aniquilados por la delación que en ningún momento ha abandonado la hecatombe del país.[23] En otras palabras: desde que las probabilidades del riesgo de muerte hicieron menos aleatoria la aventura viciosa desaparecieron como por encanto los célebres generales de *pelo en pecho* y se esfumaron por arte de magia las montoneras.

La índole de las armas que predominaron durante los cuarenta y tantos años de revueltas —sables, machetes, puñales, lanzas, trabucos y unas cuantas carabinas anacrónicas— no ofrecía perspectivas mortíferas de mayor cuantía y ello contribuyó a engrosar las filas del oficio de guerrillero. Cuando ya se manoseaban las armas mejoradas de la segunda década del siglo XX, en el país se combatía aun con armas blancas y fusiles de muy escasa efectividad. Alzarse era en realidad una suerte de artesanía cuyos riesgos no pasaban más allá de las estadísticas de los accidentes industriales en un país en desarrollo económico. La llegada al país del *Springfield* y de

[23] Desiderio Arias, sobre todo, conviene repetirlo siempre, fue una de las figuras más funestas del caudillismo vernáculo. Su muerte a manos de la tiranía trujillista no puede eximirlo de la culpabilidad en que incurrió a lo largo de su vida, sobre todo con ocasión de la ocupación yanki de 1916.

la ametralladora puso fin a los hombres de *tabaco en la vejiga,* a las *abejas de piedra* de los alzamientos tradicionales, por la simple razón de que entonces las revueltas perdieron su aliciente deportivo y se vieron reducidas a una expresión menor las posibilidades de participar en la entrada triunfal en la capital del país.

Mientras el seudoheroísmo no significó la probabilidad de muerte el valor aparente se mantuvo exhibiendo su engañosa vigencia. Desde el momento que la más rudimentaria forma del valor social —cívico o bélico— aparejó un evidente riesgo de desaparición física, la comunidad mostró con mayor crudeza su incontrastable pasividad amedrentada.

En la desasistida colonia, relegada a la condición de simple territorio de tercer rango, a partir de la absorción demográfica ejercida por los lugares metalíferos de la tierra firme, se acentuó el miedo a la autonomía, cuyas expresiones más categóricas se manifestaron en 1808 y 1821.[24] En esta última ocasión la abulia popular se vio lógicamente orientada hacia la unificación de la isla mediante el llamamiento dirigido por la jerarquía haitiana y el inmediato acatamiento a la juiciosa y respetable tesis de la indivisibilidad política insular. Nada significan, fuera de la petulante ridiculez, los alegatos carentes de fuerza probatoria que pugnan por explicar el llamamiento al presidente Boyer como fruto de hábil ardid de la propaganda del gobierno de Puerto Príncipe tendiente a justificar la ocupación de la parte oriental. Lo cierto es que si la burocracia criolla, que en el país era lo que más se asimilaba a una casta, quiso prorrogar la subordinación transmarítima, dirigida por sus escrúpulos racistas y sus resquemores burgueses en favor de la protección de sus intereses mediante la incorporación a la Gran Colombia, la generalidad de la población —integrada por mulatos, negros y blancos paupérrimos— pudo tener sus buenas razones para propender a la fusión con la comunidad haitiana aun por encima del único obstáculo serio que podía transformar la unificación insular en un proceso de relativa laboriosidad: la diferencia idiomática.

En notas anteriores hemos probado la existencia de la afinidad, latente o expresa, prevaleciente en sectores de la población oriental respecto del régimen haitiano. Más aun, en 1844 "una multitud de dominicanos" formaban parte de las tropas de Hérard.[25] Posteriormente, el propio emperador Soulouque tuvo conocimiento de que en 1855 se formaba en territorio dominicano un partido haitianófilo dirigido a evitar que el país se entregase a Estados Unidos de Norteamérica.[26] La separación de Haití en 1844, suceso sorpresivo en medio de aquella heterogénea proliferación de

[24] Debien, G. *Esprit Colon et Esprit d'Autonomie,* Larose, 1954, *págs. 10 y 11.* Ya para 1760) se hablaba en las Antillas francesas de espíritu de autonomía. En Haití la agitación autonomista entre blancos data de 1722, lo que constituye singular contraste con la historia de la autonomía dominicana.

[25] García, José Gabriel, obra citada, Vol. II, *pág. 255.*

[26] *Ibidem*. Vol. III, pág. 170.

francófilos, anglófilos, hispanófilos, haitianófilos y separatistas autónomos propiamente dichos, reflejaba la falta de fe y confianza en las posibilidades de la comunidad. El reducido grupo de republicanos trinitarios llevó a cabo en febrero una real sorpresa frente a los grupos colonialistas, los cuales, ante el hecho cumplido, reafirmado sobre todo por la ausencia de reacción haitiana inmediata en el territorio oriental, no contaron con otra alternativa que la de sostener momentáneamente la proclamación separatista. Poco después, ante las reiteradas acometidas haitianas y como consecuencia de la deficiencia en el mando militar dominicano, que no procuró en momento alguno la derrota definitiva del enemigo mediante la extensión de las operaciones hasta el territorio occidental, renacieron en todo su esplendor y con descarados bríos los empeños anexionistas en busca de metrópolis. Fue, en fin de cuentas, en ese período de actitud defensiva, cuando tomó cuerpo la *grande peur d'Haitl* Tuvo lugar entonces la aparente incongruencia contradictoria de la metamorfosis del llamado General Libertador en el más vituperable mercader de la nacionalidad. Un evento histórico sin precedentes ni repetición en América y sólo explicable por la falta de conciencia nacional, la haitianofobia de los grupos de hegemonía, la condición latifundista del traidor y su irrefrenable cobardía intrínseca ya asomada en el campo de batalla.

La hipertrofia del miedo se inflamó por virtud de la conducta colonialista de los dirigentes políticos que impregnaron a la colectividad de la sensación de la propia impotencia. Los episodios de sacrificio y decisión protagonizados por la minoría restauradora de 1863-1865 fueron anulados por la inmediata reanudación de las ofertas anexionistas capitaneadas por esa abyecta expresión humana nativa denominada Buenaventura Báez, ídolo de sus contemporáneos. Después de la lucha restauradora el peligro haitiano no podía continuar siendo enarbolado como pretexto para buscar defensa en la protección de las potencias extrañas. Sin embargo, no se habían apagado los fuegos de resurrección de la República cuando el país recorría nuevamente, como mercancía barata, los mercados políticos del exterior. La comunidad cayó rápidamente en el marasmo de dejar hacer a los venduteros de su tierra. Las insuficientes tentativas para hacer abortar la venta no encontraron respaldo en las capas populares y, como se sabe, sólo la acción de un legislador norteamericano evitó la anexión al naciente imperio yanki. Es curioso observar que el conato de recuperación moral que de todos modos significó la insurrección contra España se diluyese tan prontamente en la complicidad del nuevo crimen o en la apatía. Los destellos de valor personal que habían casi iluminado el cielo nacional de 1863 a 1865 frente a tropas regulares de ocupación, se esfumaron mágicamente ante la expectativa de la nueva ocupación extranjera que se traía por el mismo camino de 1861. No sólo carecieron del apoyo colectivo necesario la media docena de hombres públicos que protestaron ante la nueva entrega del solar común,[27] sino que es un hecho concreto el respaldo nativo

[27] Rodríguez Demorizi, E., obra citada *Antecedentes de la Anexión a España*, *pág. 198:* cuando

que permitió al anexionista Báez llevar adelante la negociación indigna. Los nuevos compradores de la República Dominicana se concretaron, a sugerencia del oferente conocedor de la materia prima gobernada, a pasear unas cuantas unidades navales frente a determinados sectores del litoral vernáculo.

Señalemos, por último, el fenómeno complementario consistente en la fuga de familias que abandonaron el barco de piedra de la isla cada vez que se agudizó la crisis del perenne naufragio. A tal índice confirmador de que el país no representaba para la universalidad de sus pobladores otra cosa que un medio físico de subsistencia, es menester agregar el significado de la política de deportaciones implantada por los gobernantes que decapitaban la soberanía. La emigración equivalía a una verdadera fuga de grupos que escapaban de las bajas condiciones imperantes en el país o que guardaban la temprana convicción de que las perspectivas locales estaban marcadas por el sello de lo irremediable. La comunidad amedrentada, incapaz de alzar la voz y de mover los brazos para erguirse frente al mercadeo del país, mucho menos podía asomar alguna protesta para oponerse a las arbitrariedades de los dictatorzuelos. Si carecía de conciencia patriótica mal habría de tener conciencia política.

---

sacrificaron a Sánchez y sus compañeros en 1801 no hubo en el país una sola protesta; *pág. 214,* donde se ve que Cabral entendió que la campaña contra la anexión "no ofrecía perspectiva ninguna de éxito favorable..., habiéndose adherido al nuevo orden de cosas los dominicanos cuya asistencia habían esperado".

Para medir la sumisión general cuando la tentativa de anexión de Báez en favor de Estados Unidos de Norteamérica, ver: Rodríguez Demorizi, E., *Informe de la comisión de Investigación de los E.U.A. en Santo Domingo en 1871,* Editora Montalvo, Santo Domingo, 1960, y Boletín del Archivo General de la Nación, No. 103, enero-diciembre 1960. Las protestas procedieron de dominicanos en el exterior. La agitación que mantuvo el general José María Cabral en el suroeste del país jamás alcanzó importancia que entrañase algún peligro para los planes anexionistas de Grant y Báez.

IV
LA MULATIZACION EN SANTO DOMINGO

"No hay que forjarse ilusiones sobre el valor moral del pueblo dominicano".
Américo Lugo.

Los períodos de sumisión crítica del pueblo dominicano, bajo la opresión de sucesivas dictaduras y tiranías, han estado caracterizados por particularidades exclusivas y, en cuanto a las modalidades de conducta o actitudes generales propias de los estados de opresión, por notables diferencias de grado en comparación con períodos de la misma índole padecidos por otros pueblos de América. La pasividad que estuvo presente a todo lo largo de la reciente tiranía trujillista no ha sido, por supuesto, un rasgo exclusivo de la comunidad dominicana, pero sí lo fue el grado desesperante y la uniformidad inconmovible de la misma. Lo mismo podría señalarse respecto de la delación, por ejemplo, acerca de la cual el nativo llegó hasta extremos de inefable depravación. Otra característica específica fue la intervención del tirano y su familia en los problemas e incidentes conyugales de maridos y mujeres que recurrían al arbitraje del Amado Jefe o del príncipe heredero para enderezar al cónyuge descaminado o a la cónyuge insolente o casquivana.

Semejante arbitraje espantoso, con sus imaginables secuelas, dieron a la familia dominante derechos y oportunidades específicas. Las orgías y bacanales babilónicas quedaron reproducidas en la isla del Caribe con las adherencias derivadas de la vida moderna y llegó a constituir un honor el hecho de pertenecer al aposento del Benefactor de la Patria, a la comparsa nudista de *Ramfis* el primogénito o a la cofradía de Radhamés el menor, sin incluir desde luego las pernadas y manoseos de los demás miembros varones de la familia Trujillo. Pero la característica sobresaliente del tremendo período la constituyó el servilismo sin precedentes en la historia del totalitarismo. Tratemos de entenderlo.

El pueblo dominicano constituye la única comunidad mulata entre las sociedades políticas organizadas del orbe.[1] El mulato, abrumadoramente dominante en todos los sectores y clases, forma la gran masa de la población. Los últimos censos demográfi-

[1] Quedan excluidas de la definición, por supuesto, las minorías mulatas que forman parte de comunidades nacionales híbridas donde intervienen activamente diversos componentes étnicos.

cos del país, aunque arrojan naturalmente esa realidad aritmética, no la exponen con la exactitud que requiere la verdadera composición del conglomerado, principalmente porque la proclividad al blanqueamiento hace aparecer como blanca una porción de la población que es evidente e inconfundiblemente mulata. La necesidad o el deseo de pasar por blanco es una de las consecuencias de la historia de la trata de esclavos y de las discriminaciones y preferencias raciales que, aun en los medios de baja incidencia de los prejuicios racistas, ha redundado en la creación del complejo negroide. Expresiones como "mulato claro", "negro lavado", "color indio", "blanco de la tierra", "tipo canela", "pelo bueno", etc., no revelan otra cosa que la aspiración a ser más blanco y, por lo menos, a no ser negro. En los ambientes donde las actitudes discriminatorias están morigeradas es posible la ordenación de tonalidades o gradaciones tendientes a permitir el alojamiento definido del patrón racial négrido, contrariamente a lo que acontece en las regiones donde la división y separación étnicas son tan drásticas y radicales que basta la presencia de una mínima e inadvertible proporción de sangre negra para merecer la inapelable clasificación despectiva.

En todo caso, tales escalas de blancura o de menor negrura son inherentes a las sociedades mezcladas en grado incontrastable y ópticamente determinable. Las indiscutibles afirmaciones contemporáneas acerca del mito de la pureza racial, como resultado inevitable de la historia del hombre, no llegan a erradicar el hecho notorio de la existencia de conglomerados aparentemente blancos en sus dimensiones actuales y recientes y de conglomerados incuestionablemente mestizos en el aspecto patente y someramente visible. En las sociedades de lejano e insensible mestizaje no están presentes los complejos de los matices o tonalidades del color y nadie se siente o se estima en ellas más o menos blanco ni más o menos mestizo. Es en las comunidades de semblante heterogéneo donde tienen lugar las manifestaciones de las tendencias y preocupaciones racistas. Ahora bien, en estas últimas estructuras sociales predomina de manera incontrovertible lo que podríamos denominar vocación a la blancura, esto es, la general proclividad a hacerse aparecer o apreciar como más blanco que negro y más blanco que indio.

Lejos de imputar semejante actitud objetiva a causas de índole estética o estrictamente sociológica, es obvio que ella obedece a causas de naturaleza altamente política de origen histórico. La historia de la humanidad muestra, lamentablemente, la inconveniencia práctica, cotidiana, múltiple, de no ser blanco. Ello es así cuando se entiende la historia total del hombre universal, pero ello es mayormente categórico cuando se confronta la historia regional, particular, de determinadas porciones de la tierra. A medida que se restrinja el conocimiento teórico o experimental de la historia, mayores serán los elementos concretos integrantes de la inconveniencia de no ser blanco aun en el estado presente de la humanidad. En las comunidades de apariencia total negra no se produce la aludida derivación social de origen histórico. Tampoco irrumpe el mismo fenómeno en las comunidades birraciales de apariencia definida, ni

siquiera en la especie en que la porción blanca prevalezca dominadoramente sobre la porción negra y siempre y cuando no opere la elaboración del tercer estrato mediante el cruce de las dos porciones objetivamente distintas. En esta eventualidad no surge la necesidad de ser menos negro, sino que el problema político-social creado por el desnivel entre las dos porciones no integradas biológicamente invitaría a soluciones de revolución o sustitución, de modificación o transformación del desequilibrio existente entre los dos grupos.

Es en las sociedades mezcladas, inicialmente compuestas de dos conglomerados notoriamente distintos en sus aspectos somáticos, donde aflora prontamente la captación de la inconveniencia referida y, por tanto, donde nace, se afirma y se extiende la propensión a blanquear. Esta inclinación no sólo se manifiesta en el tercer estrato mestizo, sino que aun se evidencia en el estrato original colocado por las circunstancias en posición inferior. De ahí que no resulte laborioso percatarse de cómo la madre o el padre potencial, perteneciente al estrato negro, experimenta el deseo o la vocación al cruce con elementos del estrato blanco, alucinado por la expectativa de engendrar descendientes que no sólo podrían mejorar su propio destino, sino también ocasionar, por vía de repercusión o de resonancia, paliativos a la afligida situación del progenitor desmejorado.

Circunscribiéndonos al ámbito americano es posible arribar a ciertas conclusiones axiomáticas. Impónese de modo invulnerable la evidencia de conformidad con la cual la disposición a blanquear presiona con mucho menos fuerza en las colectividades mestizas de amerindios y blancos. En tales asientos sociales intervienen dos factores: por una parte, la experiencia histórica posee menor fuerza discriminadora en tanto que, por la otra, existen puntos somáticos de aproximación entre los dos sectores iniciales. Habría que incorporar acaso otro factor más intangible de naturaleza sicológica emanado de las vinculaciones entre el amerindio y la tierra secularmente propia. Los problemas político-sociales creados por la intrusión del blanco despiertan sensaciones cada vez más estabilizadas y sedimentadas en el aborigen y su producto mestizo, y tales sensaciones asumen la modalidad de reacciones de orgullo, de rechazo, de encono, las cuales, en grados variables, obstruyen en alguna medida la génesis de la proclividad a blanquear. La noción de firme y consciente relación entre el nativo y su territorio original[2] da lugar, en fin, a sensaciones morigeradoras del drama histórico-político, las cuales reducen la necesidad del estallido de ciertas pro-

[2] Martínez Estrada, Ezequiel, *obra citada, págs. 23* y *24.* El autor afirma la vinculación entre determinada parte de América y África, señalando que son mayores los vínculos ancestrales y humanos entre el mundo Caribe y África que entre el mismo y el resto del hemisferio; *pág. 102,* en la que el autor cita a Valcárcel: el indio "conservó lo más valioso de su herencia racial: su apego a la tierra"; *pág. 135:* Martínez Estrada expresa que "el mulato ha permanecido, muchísimo más que él (el mestizo), adscrito al *fatum* de su raza africana, es decir, netamente exótica".

yecciones y tendencias.

Como sujeto dramático el mulato americano es, pues, un ser que circula bajo el peso y la influencia de predisposiciones, tendencias y prejuicios específicos. El mulato antillano se mueve en condiciones todavía más peculiares por razones inherentes a la característica insular de su hábitat. La isla constituyó un asiento inusitado para el negro africano, un sujeto rotundamente intracontinental que no fue siquiera ribereño marítimo en sus predios de procedencia como lo atestigua la historia de la trata. No descuellan estos africanos en cosas de mar —pesca, natación, etc. Habitaban a distancias variables de la costa y es de señalar cómo hoy la destreza de sus descendientes americanos brilla por su ausencia en el deporte acuático, por ejemplo, en tanto sobresale notablemente en los ejercicios de pista y campo.[3] El esclavo fue traído a América para rudas labores de tierra maciza: minas, plantaciones, etc.

El mulato no alcanza en las Antillas un predominio cuantitativo definido, mucho menos en las posesiones colonizadas por ingleses, daneses, franceses y holandeses, poco dados a las liberalidades de la indiscriminación racial. Mas, en la República Dominicana, el mulato representa el gran grueso de la población, calculado racionalmente, sin alteraciones ni deformaciones equívocas ni optimistas, en el 80% de la comunidad. El blanco alcanza el 5% y al negro sin mezcla blanca perceptible corresponde el 15%. Hemos aludido a la inconsecuencia de los censos levantados en el país sobre el criterio *arianizante* de encuestadores improvisados e incluso de los propios declarantes que, por querer blanquear a todo trance, se aprecian ya blancos de veras y así se declaran y catalogan en todo papel y ocasión verbal en los que de ellos mismos depende la atribución del color personal. La realidad demográfica que establecemos se ve, por lo demás, afirmada por opiniones de neutralidad insospechada. [4]

---

[3] Es curiosa la escasa inclinación a la posea de los dominicanos no obstante su carácter insular. Trátase, sin duda alguna, de una actitud négrida, ya que el negro es más cultivado]' que pescador. Los yorubas representan un ejemplo expresivo de osa situación. Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Cuijla.* Fondodo Cultura Económica, México, *pág. 20,* donde se confirma lo anterior. Los cuileños "ni fueron ni son marineros".

[4] Garn, Dr. Staley M., *Interracial Marriage isn't the Solution,* en la revista *U. S. News & World Report,* june 28, 1965, *pág. 60.* El Dr. Garn declara que la velocidad de la multiplicación de los genes de uno de los grupos étnicos influye en el cuadro general del color de la población. Expresa que también influye la tasa del hibridismo, para concluir en que, al ritmo actual de mezcla y de expansión, la población norteamericana no ofrecerá cambio alguno en su aspecto general dentro do unos .150 años. Concretándonos al cuadro general dominicano, es evidente que el aspecto global de la población es notoriamente negroide en su conjunto. Los extranjeros que no conocían la composición étnica de la comunidad dominicana o que tenían una idea errada de la proporción del integrante blanco —errada idea generalmente recogida de informaciones desajustadas que han venido indicando que la mayor parte de la población es blanca (como afirman algunas publicaciones todavía al alcance del público)— se sorprenden, cuando visitan el país o cuando observan cualquier fotografía de no importa que escena colectiva del

Es obvio que la denominación de mulato se extienda, por supuesto, a la virtualmente ilimitada variedad de sujetos representativos de la mezcla de blanco y negro en las diversas proporciones y no estrictamente al primer producto del cruce, el cual regresará o se alejará de uno de los extremos de conformidad con los subsiguientes enlaces, según se realicen éstos con elementos más blancos o más negros. En la vida formativa colonial se emplearon denominaciones que calificaban a los productos hasta determinada distancia en el proceso de las mezclas, lo que hoy viene a ser impracticable fuera del laboratorio tanto por el tiempo andado como por la soltura de las restricciones sociales en una sociedad, como la dominicana, ciertamente caracterizada por una prácticamente inigualable ausencia de discriminación racial en el plano biológico. Las limitaciones discriminatorias de tipo social han desaparecido progresivamente bajo los golpes de las realidades económicas imperiosas dentro de la pobreza general de la comunidad, del aumento demográfico característico de los territorios subdesarrollados y, más recientemente, de la misma tiranía trujillista, cuya familia central, de muy típicos rasgos mulatos, acabó de romper los pequeños frenos de segregación y exclusivismo que imperaban en el país, sobre todo en precisas localidades del territorio nacional.[5] Efectivamente, el tirano Rafael L. Trujillo, en parte por represalias de sujeto anteriormente repudiado en algún que otro círculo exclusivista, en parte por recursos políticos de técnica totalitaria, echó abajo los escasos reductos donde trataba de guarecerse, cada vez con menos rigidez, el espíritu discriminatorio de un pequeño sector de la oligarquía criolla de base hereditaria que clasificaba a los habitantes en dominicanos de primera, de segunda y de tercera, [6] de acuerdo con las posibilidades y franquicias para concurrir a determinados locales de esparcimiento.

La *mulatización* de Santo Domingo comenzó temprano, desde los albores del siglo XVI, facilitada por circunstancias que incidieron sobre el ordinario proceso de mestizaje que tuvo lugar en las regiones de tierra firme. La extinción del amerindio en La Española y su masiva sustitución por el africano, cerró la posibilidad de que en la isla tomase cuerpo la formación de la capa mestiza de blanco e indio, la cual, apenas ini-

---

país, del aspecto negroide dominante que exhibe la comunidad. No obstante el hecho incuestionable de la dirección blancófila de la mulatización dominicana, es evidente que serán necesarios unos cuantos siglos para que el color dominante del cuadro general de la población produzca una impresión de blanqueamiento.
Véase también nota 6 del capítulo I.

[5] El despotismo trujillista contribuyó, efectivamente, a la reducción de resabios y cortapisas que en cierto modo obstruían el proceso de *mulatización* mediante discriminaciones sociales de tipo prohibitivo, sobre todo en determinados lugares del país (Baní, Santiago, Moca, etc.). Sin embargo y al mismo tiempo, el despotismo sostuvo una política de blanqueamiento para la exportación según se desprende de algunos censos y estadísticas.

[6] La clasificación excluyente ha venido desapareciendo del lenguaje cotidiano del país. Familias preclasificadas *de segunda* y hasta *de tercera* ascendieron, por razones políticas, hasta compartir los mismos salones y hasta la misma mesa con la clásica *high-life.*

ciada con poderoso impulso, gracias al desnivel de sexos prevaleciente durante los primeros años coloniales y a la preferencia de la mujer indígena por el hombre español,[7] quedó a poco suspendida y reemplazada por el proceso de *mulatización.* De ese modo, no obstante el hecho de que la capacidad sexual de los primeros colonos se desencadenó sin restricción alguna y sin las limitaciones que posteriormente redujeron el desenfreno erótico de los aventureros, la delgada capa de mestizos fue sucesiva e inexorablemente absorbida por la creciente y exclusiva formación mulata. El carácter experimental del primer centro de la colonización abrió, sin duda alguna, mayores cauces a la mezcla racial y los detalles indirectos que se escapan de algunos episodios de aquellos años revelan que la falta de mujeres españolas y el desequilibrio de la fuerza imperante entre conquistadores y conquistados lubricaron el proceso de mezcla a ritmo vertiginoso, primero sobre la base de la hembra amerindia y luego sobre la más expedita y coaccionada mujer negra.[8]

La elaboración de los primeros mulatos no fue, por supuesto, privilegio antillano. Ya en las costas setentrionales y occidentales de África y, aun antes, en las áreas meridionales de Europa, particularmente en las islas y penínsulas del Mediterráneo, habían nacido los primeros frutos de blanco y negro. Pero, es en la cuenca del mar Caribe y más en las islas que en las riberas de la tierra firme, donde se ha establecido el reino del mulato gracias a los metabolismos raciales de los cuales ha sido teatro por excelencia el específico mundo antillano.

La procreación de mestizos de blancos y amerindios se detuvo prácticamente en Santo Domingo antes que transcurriesen los primeros cincuenta años de la llegada de los españoles. No obstante la facilidad sexual de la amerindia[9] respecto del europeo

---

[7] Entre los autores que aluden al aspecto sexual de la conquista hay unanimidad en cuanto a la predilección de la amerindia por el español e incluso por el negro en detrimento del indio. La razón no parece ser otra que el mayor vigor relativo del macho blanco o negro. Martínez Estrada, Ezequiel, *obra citada, pág. 1UU,* lo reitera al citar al sacerdote R. Cappa: "Las mujeres del país tenían natural propensión por los españoles, pues en ellos reconocían una raza vigorosa y fuerte, cuyo contraste con la debilidad y apatía de los indios tenían bien manifiesto".

Acosta Saignes, Miguel., *Estudios de Etnología Antigua de Venezuela,* Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1961, *pág. 22,* donde el autor reproduce la afirmación de Duarte Level: "las mujeres de la raza Arauca eran más voluptuosas que las caribes". Halcro Ferguson, J., *El Equilibrio Racial en América Latina,* Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963, *pág. 03.* El autor cita a Freyre: "Más aun, eran entradas en carnes como las moras, pero un poco menos recatadas, y por algún dije o un trozo de espejo se entregan..."

[8] La circunstancia de asiento inicial de transculturación que correspondió a Santo Domingo, juntamente con las condiciones peculiares de la colonia en cuanto al desnivel entre los sexos, promovieron más aceleradamente el proceso del hibridismo en La Española. Puede hablarse también de una suerte de explotación sexual de la esclava negra o mulata.

[9] En cuanto a las proyecciones contenidas en la nota anterior deberá entenderse que la celeri-

—facilidad que en veces alcanzaba dimensiones lujuriosas—, un hecho demoledor y absoluto determinó el cese del mestizaje de aborigen y blanco: la extinción total e irreversible del primero.

La desaparición del amerindio insular fue el resultado de diversas causas concomitantes. La inconsciente crueldad del conquistador y la ambición del colonizador irresponsable no hallaron resistencia eficaz en la debilidad física y en la inconsistencia síquica del americano. Las tentativas de sustitución y repoblación mediante la importación de aborígenes de las Bahamas, Curazao y tierra firme fallaron irremisiblemente como resultado del impacto cultural sobre el punto clave del modo de vida, de la filosofía biotécnica de la raza técnicamente inferior. La secuela patológica del contacto —consistente en epidemias varias— resultó particularmente mortífera. A ésta última se yuxtapuso el también contagioso recurso al suicidio individual y colectivo, recurso asimismo de naturaleza filosófica que incluso pareció sobreponerse a la simple alegría de vivir de la fácil mujer amerindia. El placer como momento eventual dentro de un régimen sistemático y rudo de trabajo no resultó un vínculo suficientemente poderoso para sostener la adhesión a la vida entre los amerindios. De manera que aún la hembra aborigen sucumbió en los estragos de la transculturación.[10]

Pero, sobre todas las causas humanas y patológicas se impuso la condición insular del territorio pequeño que cerró la retirada del conglomerado técnicamente dominado ante los embates de la distinta cultura y de las nuevas enfermedades. La falta de refugio, la imposibilidad de escoger un nuevo hábitat, la ausencia de queratinización geográfica no permitió al amerindio isleño sobrevivir a la dominación europea y sus derivaciones. Atrapado entre la superioridad técnica y el mar, dentro del marco de un territorio reducido, el indio fue extinguido y consumido. De una población prudencialmente calculada en 100,000 habitantes, cincuenta años después apenas quedaban un par de cientos.[11] Según Las Casas, 200 indios hacia 1542; Oviedo, más moderado, calculó menos de 500 en 1548, entre grandes y chicos. Ángulo, sin embargo, apreció hacia 1535 también unos 200.[12]

Es evidente que cuando se llegó a semejante reducción existían ya los primeros y

---

dad del proceso del hibridismo desapareció de manera tajante al desaparecer del escenario insular la mujer aborigen.

[10] Rosenblat, Ángel, *La Población Indígena y el Mestizaje en América,* Editorial Nova, Buenos Aires, 1954, tomo I, *pág. 117.*

[11] Excluyendo los cálculos hiperbólicos de Las Casas e incluso de otros cronistas, quienes apreciaron en millones los habitantes de Haití o Quisqueya, todo indica que la población aborigen no pasó en ningún caso de 300.000 almas.

Martínez Estrada, E., *obra citada, pág. 96.* El etnólogo Peschel, da los siguientes datos después de minuciosas comparaciones: "...en 1492, entre 300.00 y 200.000 habitantes; en 1508, 60.000; en 1512, 20.000; en 1514, 14.000; en 1570 sólo do$_s$ poblados de indios".

[12] Rosenblat, Ángel, *obra citada,* tomo I, *pág. 294.*

segundos mestizos. Dos generaciones de híbridos de blancos e indias debieron vivir hacia mediados del siglo XVI. La generosidad de la amerindia encajó perfectamente dentro de la amplitud indiscriminatoria del hombre hispano del sur, habituado ya, por lo demás, en su propio punto de partida, a las prácticas y sorpresas del hibridismo. Esta adaptación se vio relajada por la supremacía técnica del invasor, en tanto que del relajamiento en la tierra extraña desprovista de controles morales, resultaron prolijamente el concubinato y la poligamia de ultramar. Lo importante, para nuestro estudio procesal del hibridismo, es precisar la suerte de la limitada procreación de mestizos en La Española.

El desnivel de les sexos, agudizado por el exterminio de la amerindia, habría quedado reducido por una parte, a la muy insuficiente expresión numérica de las hembras mestizas. Tuvo lugar entonces la intervención de la solución social, de índole política, consistente en la importación de los africanos. Esta repoblación estuvo también caracterizada por el desequilibrio de los sexos, pero resultó una solución parcial en favor del conglomerado dominante, en cierto modo en detrimento del sector masculino de los nuevos esclavos. La desproporción de sexos africanos era mayor de dos a uno, pero no había otra alternativa ante la despaciosa incorporación de la mujer española a la vida colonial. Aunque todo indica que en las primeras expediciones hispanas se incluyeron unos cuantos negros y aunque un real decreto de 1502 permitió su introducción, seguida de la prohibición de 1503, es posible afirmar que a partir de 1508 el flujo de africanos se hizo copioso, aunque irregular, antes que se acelerase la declinación numérica del aborigen.[13]

Según Rosenblat, efectivamente, en 1508 se calculaban todavía 60,000 indios y, en 1514, la mitad, o sea, 30,000 (aunque otros estiman 40,000 y 14,000, respectivamente). De modo que, como se ve, la afluencia africana se hace apreciable cuando todavía la isla cuenta con algunas decenas de millares de sus primitivos pobladores, lo que traducido a términos antropológicos significa una triple complejidad del problema del hibridismo en La Española, puesto que al mestizo hay que añadir a los primeros mulatos y zambos en este mismo orden de importancia. Rivalizaban y competían desigualmente, es cierto, tres tipos de hombres (español, amerindio y africano) en pos y alrededor de dos tipos de mujeres (amerindia y africana). La lucha por el sexo se libró, desde luego, en favor del macho blanco, sin lugar a dudas, y en un plano de admisible selección, pero en cuanto a la concurrencia entre el amerindio y el negro, a éste pareció corresponder la mejor parte.[14] El indio, sexualmente inferior y parcial-

[13] *Ibidem, págs. 115 y 116.*

[14] Son numerosas las alusiones al predominio sexual del negro sobre el indio en muchas obras acerca de la conquista y colonización de América. Un caso ejemplar de la ocupación negra en detrimento del indio lo constituye el proceso etno-demográfico del Chocó colombiano. Bastide, Roger, *Les Religions Africaines au Brasil*, Presses Universitaires de France, París, 1960, *pág. 138* donde el autor cita a Saint Hilaire en cuanto a la predilección de las amerindias por

mente deteriorado por el hábito sodomita, se vio condenado a la condición de un conformista consumidor de desechos sexuales. Así, mientras se informa que al poco tiempo al aborigen sólo se le veía acompañado, si acaso, de mujeres desprovistas de mocedad y de encantos, verdaderos desperdicios biológicos,[15] Humboldt afirmó que "la mezcla de negros e indias es muy común en estas comarcas" (escribió sobre Magdalena, Colombia) y que las mujeres de raza cobriza sienten gran inclinación hacia la raza africana. Más aun, en el Brasil se ha observado que "las indias prefieren al blanco y aun al negro" en tanto que la experiencia socioeconómica revela que muchas indias se daban al negro también por la atracción de procrear descendencia libre de obligación de tributar. Podría aceptarse que, como probable asiático, el indio es sexualmente un hombre aun más incapaz que sus congéneres de otros colores y procedencias, esto es, sujeto de orgasmo más acelerado e incontenible que el blanco y, sobre todo, que el negro, lo que, por supuesto, lo desprestigiaba frente a su lasciva compañera provista ya de implementos comparativos.[16]

Cuenta Oviedo que en 1522 ya los negros estaban en tal número que pudieron darse el lujo de alzarse,[17] en tanto que hacia 1543 el mismo cronista indiano asevera que eran muchos los africanos que habían sacudido el yugo colonial y andaban por los montes, lo que garantizaba la procreación de zambos. Mas, la inminente extinción de la población autóctona puso fin también a esa producción de negros e indias, la cual, lógicamente, debió en todo caso y momento alcanzar un auge siempre bastante inferior al de las primeras carnadas de mestizos dentro de las posibilidades del medio

---

los negros.

[15] Bayle, Constantino, *España en Indias,* Editorial Illuminare, Vitoria, 1934, *págs. 141 y 145.* "Los indios se van acabando y no se multiplican, porque los españoles y mestizos, por falta de mujeres, se casan con indias; y el indio que puede haber una de ochenta años, lo tiene a buena ventura".

Rosenblat, Ángel, *obra citada,* tomo I, pág. 114. Salas, Alberto M. *Crónica Florida del Mestizaje de las Indias,* Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1960, *pág. 38,* acerca de la libido de la amerindia; *pág. 49,* donde se informa que cuando el repartimiento de Alburquerque, en 1514, había en La Española 111 españoles casados con peninsulares, 64 casados con amerindias y 496 solteros; *pág. 126:* "De este abuso resulta —escribe Solórzano Pereira refiriéndose a que la exención tributaria beneficiaba a los hijos de la lujuria— que muchas indias dexam a sus maridos indios, o aborrecen, y desamparan los hijos, que de ellos pare, viéndolos sujetos a tributos, y servicios personales, y desean, aman y regalan más los Que fuera de matrimonio tienen de españoles, y aún de negros..."

Las relaciones sexuales de la colonia fueron, desde luego, asimétricas, porque era un sexo determinado el que se mezclaban con el sexo opuesto de otro grupo étnico: hombres blancos con mujeres indias y negras en lugar de hombres indios y negros con mujeres blancas.

[16] Rosenblat, Ángel, *obra citada, pág. 74.*

[17] Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia General y Natural de Las Indias,* Ediciones Atlas, Madrid, 1959, tomo I, págs. 98, 99 y 100.

siglo.

¿Qué se hicieron, pues, las dos relativamente cuantiosas generaciones de mestizos y el número, más impreciso, de zambos a lo largo del resto de la historia colonial de La Española y una vez transformada en estamento inapreciable, por lo exigua, la población amerindia? Se diluyeron, insensible y paulatinamente, en la población mulata que con exclusividad indisputada fue conformando la numéricamente decreciente demografía insular a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

Sea como fuere, lo cierto es que la población amerindia desapareció por extinción y contracción. Por contracción porque sus últimos especimenes fueron quedando concentrados en pequeñas aldeas, hasta el punto de que, hacia 1570, López de Velazco habló de sólo "dos pueblos de hasta 50 indios". Según el mismo relator los negros ya ascendían a 13,000[18].

Otra estadística arroja para la misma fecha 500 indios (incluyendo sin dudas algún número aproximado de aborígenes unidos a las cimarroneras africanas y sueltos a sus propias y únicas expensas), 5,000 blancos y 30,000 negros, mestizos y mulatos. Estos híbridos debieron de ser unos 17,000, restando los 13,000 contados por López de Velazco, y de ellos la mayor o igual parte habrán sido mulatos.

Como la colonia venía ya de capa caída y las importaciones de negros se hallaban virtualmente paralizadas, no hay que extrañar el hecho de que el africano propiamente dicho fuese disminuyendo a partir de 1560, cuando se calcularon 20,000 negros, cifra que para 1561 se confirma en la totalidad de ingenios, estancias y la ciudad capital de la colonia. La dilución de mestizos y zambos tuvo lugar de manera despaciosa, y desigualmente dentro de la unidad geográfica, acaso en consonancia con la ubicación final que fueron adoptando los restos aborígenes y forzosamente de conformidad con la distribución demográfica en el limitado espacio insular, más reducido todavía por la parálisis decadente de la provincia. La dilución ha podido seguirse, desde luego, sobre la pista de los rasgos somáticos que aun hoy se pescan muy de cuando en cuando en el conglomerado nativo. Es conforme a la repartición y concentración histórica el hecho de que la etapa final de la supervivencia aborigen quedó materializada en tres focos de interés: la zona de Baoruco, la de Higüey y la de Boyá. De las dos primeras provienen de alguna manera los escasos individuos que han venido conservando caracteres físicos pertenecientes a los primeros pobladores de Haití o Quisqueya. La zona de Baoruco posee montañas ariscas y empinadas que son de buen refugio para la conservación de elementos dispersos o ligeramente concentrados. La de Higüey dispone de región de apariencia selvática capaz de proteger la semilla humana durante algún tiempo. Pedro Henríquez Ureña llega hasta enumerar media docena de familias en las que perviven índices amerindios más o menos ostensibles. Lo cierto es que la dilución del indígena americano ha sido total en el conglo-

[18] Rosenblat, Ángel, *obra citada*, *págs. 88 y 113*

merado actualmente dominicano y sus características somáticas y posiblemente síquicas no cuentan en términos sociológicos.

El cuadro del color hacia la mitad del 1500 ofrecía en La Española la siguiente modalidad específica dentro del incipiente Nuevo Mundo: liquidación de las masas autóctonas, disminución del grupo blanco tras el inicial poblamiento sustancial, aumento de la comunidad africana, cuya introducción, públicamente detenida, comenzaría a operar por la vía del contrabando; y formación de las sucesivas capas del mulato, procreación biológica forzosa dadas las condiciones de desnivel entre los sexos peninsulares. La coloración dominante en mucho era, pues, negroide, sobre todo cuando, por las razones señaladas, las primeras carnadas mulatas hubieron de ser de tipo regresivo, francamente negrípetas no sólo por el desequilibrio sexual, sino también por el peso de la mayoría negra indiscutible en la colonia.

Efectivamente, ya hacia 1545, según Benzoni, "los negros se han multiplicado de tal manera en Santo Domingo, que muchos españoles (de Tierra Firme) no dudaban de que dentro de poco esta isla sería propiedad de los negros".[19] El cronista Oviedo, siete años después, en 1552, el 3 de septiembre, escribía a Europa para informar que "ya las cosas de esta ciudad van de rota batida, en mucha quiebra, y no tanto por culpa del terreno... como del malgobierno". Y agregaba: "Está en mucho peligro esta tierra porque está llena de vicios e injusticia".[20] El señor Oviedo era, entre otras cosas, un buen racista de la época. Dos lustros después, el relator Echegoyan expresaba: "La mayor población de esta ciudad de Santo Domingo y lugares declarados son negros". En realidad los españoles no pasaban al parecer de 1,000 ("Santo Domingo 500, Santiago 20 ó 30, Cotuí 100, Monte Cristi 20, Puerto Plata 30 ó 40, Puerto Real más de 20, San Germán 10"). En Puerto de la Mona, dicho sea de paso, se mencionan "...hasta 50 indios entendidos". Si para esos años ya los negros ascendían a 20,000, incluyendo al parecer a los mulatos en sus dos o tres primeras generaciones, es fácil entender la coloración de la isla. Agréguese a éso que apenas llegaban navíos a la colonia (en 1553 llegaron 4 barcos, en 1554 ninguno y en 1555 sólo 5). Pocos años después llegarían uno o dos navíos al año solamente. Los pocos blancos que residían pugnaban por marcharse, pero como la Real Audiencia negaba los permisos para salir, tenían que fugarse, como lo hizo hasta un señor arzobispo, Fernando de Carvajal y Rivero, "quien se huyó furtivamente de la isla".[21] Para algunos blancos la colonia no era ciertamente un paraíso. "Es tierra de poca verdad" —dijo Echegoyan, en tanto que el también arzobispo Alonzo López de Avila llegó a escribir de la siguiente manera al trono: "Si a V. M. paresciere que basta tan largo destierro en tan mala tierra,

[19] Benzoni, Girolamo, *La Historia del Mondo Nuovo,* Akademische Druck, Graz, 1962, *pág. 65.*

[20] Fernández de Oviedo, Gonzalo, *obra citada,* tomo I, *pág. VLVI.*

[21] Lugo, Américo, *Historia de Santo Domingo,* Editorial Librería Dominicana, Santo Domingo, 1954, *pág. 233*

suplico a V. M. sea servido mandármelo alzar". De todos modos, la poca afluencia de blancos era tan notoria que entre 1557 y 1558 se contaron sólo 109 pasajeros para La Española en el Catálogo Metodológico de Pasajeros de Indias. Además, "si vienen cien hombres, salen de esta isla doscientos, unos con licencia y otros sin ella" — afirmaba en 1578 el oidor Esteban de Quero. [22]

Puede afirmarse concretamente que en 1523 había ya "muchos más negros que cristianos en las islas". [23] Pero, a partir de la mitad del siglo XVII, la llegada de africanos no era cosa fluida en La Española. Más bien aparecen como eventuales y circunstanciales los ingresos de negros. Lugo habla de ciertos esclavos en 1562, 1569 y 1582, época ésta última cuando entraban 300 negros por los puertos de la isla. Algunas disposiciones metropolitanas para el envío de pobladores y esclavos aparecían perderse en el vacío.[24]

La mortandad de negros, por otra parte, debida a las "grandes pestilencias... con muerte de más de la mitad de los que había", no lograron suprimir la diferencia numérica que colocaba a los europeos en minoría. Las noticias confirman que, para la primera década del siglo XVII, "la mayor parte de los vecinos y habitantes de la isla por aquellas partes (norte y oeste de la isla) (era) gente común y mestiza, mulatos y negros". De todos éstos, algunos tenían incluso algo que perder[25]. Se hablaba, sin embargo, de falta de negros hacia 1602[26]. Había, pues, población insuficiente, lo que ha sido siempre el signo del país durante la gran mayor parte de su historia, pero no hay duda alguna en cuanto a que la mayor parte de la que residía para los albores de 1600 no era ya gente blanca. Después de las despoblaciones de Osorio, mestizos, negros y mulatos quedaron en el norte y el oeste como encargados de las haciendas cuando los vecinos fueron forzados a abandonar sus posesiones. En la Yaguana y su término había más de 1,500 negros y negras, además de que muchos de los que vinieron a formar a Monteplata y Bayaguana regresaron a los predios abandonados.

La desproporción entre los sexos era muy pronunciada entre los vecinos. En la ciudad capital de la colonia, por ejemplo, 413 de los vecinos jefes de familia eran varones y 207 mujeres. Con el rango de vecinos había 18 mulatos, 15 de ellos mujeres. De 12 morenos, también vecinos, 8 eran mujeres. De ello se desprende que en la ciudad de Santo Domingo, por ejemplo, las vecinas mulatas y morenas reducían en parte el desequilibrio entre hombres y mujeres blancos. Una estadística de 1606 revela que los negros esclavos ascendían a 9,648 (6,742 en las haciendas de maíz, jengibre y cazabe y 1,468 domésticos).

En términos de mayor precisión puede afirmarse que la base blanca de la *mulatiza-*

[22] *Ibidem, pág. 232.*
[23] *Ibidem, pág. 55.*
[24] *Ibidem, págs. 97 y 98.*
[25] *Ibidem, pág. 134.*
[26] *Ibidem, pág. 107*

ción la formaron los 12,000 españoles que hubo en la colonia en 1506, gobierno de Ovando. Cuando la reducción demográfica se operó por la atracción ejercida por otras regiones del Nuevo Mundo, muchos de los españoles que abandonaron la isla habían cumplido, de cierta forma y en cierto grado, sus funciones de cruzamiento. La fuga de blancos, muy temprana, hizo decir a la Real Audiencia, en comunicación a la corona, que para la conservación de las islas "ya no se podía hallar mejor remedio que meter en ellas mucho número de negros".

Todo significaba la *mulatización* con signo regresivo, necesariamente. Se sabe que en la sublevación de Enriquillo participaron negros (quienes, desde luego, engendraron en la poblada zambos con las indias), además de los que estaban cimarrones por su cuenta. Cuando el pacto que puso fin a la insurrección del cacique fue suscrito, los negros quedaron desbandados, sueltos, puesto que no quisieron acogerse a la convención con las autoridades, de tal modo que Enrique hubo de degradarse comprometiéndose a cazar africanos para cambiarlos por paños en las comisarías de la colonia. La situación general había venido tan a menos que en 1550 se pidió a la autoridad real que el precio de los negros bozales no fuese más de 45 pesos, no obstante lo cual apenas continuaron llegando dentro del escaso movimiento marítimo. El contrabando debió de tener entonces a su cargo la provisión de africanos.

Las leyes que, mediante una combinación de restricciones y persuasiones, trataban de regular el vaivén demográfico resultaban anodinas e inútiles, puro papel caligrafiado. ¿Qué podía lograr una legislación que se estrellaba contra una realidad concreta y necesidades biológicas impostergables? En 1512, por ejemplo, se autorizó la introducción de esclavas blancas moriscas, "para que se puedan servir los vecinos de aquellas partes",[27] pero, amén de que pronto comenzaría la decadencia de la colonia por la ósmosis que se sentía a favor de las tierras auríferas, hubo oposición colonial burocrática, alegándose que había en la isla "muchas mujeres y doncellas de Castilla que eran conversas, y por no casarse con ellas se casarían con las dichas esclavas, de que podría resultar mucho deservicio a nos e daño a la dicha isla". De nada valieron los señalamientos en el sentido de que los colonos casaran con españolas para "incrementar la población blanca", como apunta Rosenblat. Llegóse incluso a autorizar el establecimiento de casas públicas, según real provisión del 4 de agosto de 1526. De 1509 a 1533 Rosemblat ha contado 470 mujeres de un total de unos 4,600 pasajeros de Indias y el mismo autor estima que las mujeres integraban el 10% de los viajeros durante el período inicial. Sólo una quinta parte de los colonos parecían ser casados, mas no todos trajeron a sus consortes.[28] Cuenta, en fin, el mencionado recopilador que en 1553 "llegaron al puerto de Santo Domingo unos sesenta labradores, la mayor parte con sus mujeres e hijos, para poblar en Monte Cristi y Puerto Real".

La situación de la isla de Cuba no era mejor que la de Santo Domingo a principios de

[27] Rosenblat, Ángel, *obra citada,* tomo I, *pág. 15.*
[28] *Ibidem, pág. 17*

la segunda mitad del siglo XVI. La Antilla mayor contaba con una población aborigen sensiblemente igual a la quisqueyana. (Rosemblat estima 80,000 indios, prudencialmente, en tanto que para 1570 acoge las siguientes proporciones en números redondos: blancos 1,200, indios 1,300 y negros, mulatos y mestizos 15,000. La despoblación cubana por extinción de aborígenes resultaba más notable, pero esa isla emprendería de inmediato un ascenso colonial destinado a desplazar en pocos años a La Española del papel de foco antillano.[29]

El rápido deterioro de las condiciones coloniales de La Española, debido, fundamentalmente a la atracción de comarcas mineralmente más fecundas, se vio acentuado por la instauración en la isla de los peores males oligárquicos de la explotación y la usura. Las noticias hipertrofiadas que Colón y algunos otros llevaron a la península, adobadas por la imaginación popular, despertaron las ganas de viajar a América en unos cuantos exploradores de estirpe que en España carecían de oportunidades porque, en las que había, tropezaban con sus colegas de atropello. Pasaron a las Indias con títulos de primera clase. A la misma burocracia del reino se le hizo agua la boca y algunos de sus prohombres se dieron a especular a control remoto, como no se decía entonces, con el sudor de indios y negros y con la asociación comanditaria de los caballeros e hijosdalgos que pasaron a formar la alta burocracia colonial[30]. No hay que dudar que este flagelo mercurial haya sido mayor o igual causa de la despoblación de peninsulares que la mera fuerza magnética que ejerció la costa de la tierra continental sobre la colonia primigenia. Los colonos y simples vecinos modestos que llegasen con menos bríos de voracidad y acaso con miras de domicilio, hubieron de salir ahuyentados y espantados de ver cómo se batía el cobre en la isla haitiana, a tantísimas leguas de la corte. Leyendo al franco señor Oviedo se tiene una idea más o menos precisa en cuanto a entender cómo no cabían muchos hispanos al lado de los primeros oligarcas que convirtieron en olla de agallas la calabaza rústica donde se hacía el primer mestizaje americano.

Desde los días de Bartolomé Colón "estaba ya cuasi perdida esta tierra e tenida por inútil". Después de los alborotos de Boyl y Mosén Pedro Marguerit había tenido lugar el sacudimiento inmoral de Roldan, a quien algún que otro historiógrafo hispa-

---

[29] Efectivamente, Cuba reemplazó a La Española como centro antillano antes de transcurrir el primer siglo de la colonización. Aunque desprovista de la riqueza mineral de tierra firme la mejor ubicación estratégica y política de la mayor antilla la transformó en escala obligada del comercio español. Desde entonces desapareció, para los europeos, el mito de la decantada ubicación vital de Santo Domingo.

[30] Fernández de Oviedo, *obra citada, tomo I.* Ver sobre todo el estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso. Ver, asimismo, para una idea exacta de la formación de la oligarquía insular, *Las Armadas de Indias y los Orígenes de la Política de Colonización* del mencionado Pérez de Tudela Bueso y la exhaustiva obra acerca de Las Casas del profesor Manuel Giménez Fernández.

noamericano llaman primer demócrata en tierras de América. Habráse visto. Todo un barullo de holgazanería, asesinatos, amancebamientos y dispendios musulmanes, animado de xenofobia anticolombina, es llamado rebelión democrática, la cual consiste, según debe de entenderse, en tener un harén portátil y flotante entre las palmeras y guayacanes de una isla.

De paso se quedó grabado en la historia de la trágica Antilla el primer triunvirato de gobierno, esa vez de frailes Jerónimos,[31] forma de gobierno que casi cinco siglos después todavía hace de las suyas. Al mismo tiempo los Caballero, los Dávila, los Escalante, los de la Peña sentaron en Santo Domingo su autoridad de camarilla. La técnica consistió en enriquecer desde muy lejos a los que en el trono manejaban los asuntos de allende el mar océano, para que no les cortaran desde allá las raíces del poder de acá. Los parientes del caballero veinticuatro de Sevilla, don Diego Caballero, contador y mariscal, encabezados todos por su homónimo Diego Caballero de la Rosa, detentaron, según cuenta Oviedo, "la contaduría desde 1514 a 1566"; más de medio siglo de continuismo. Se apoderaron hasta del bizcocho que llegaba de España "e no hobo quien osase hablar en ello..." Nombraban, se apropiaban rentas, desollaban reses para despachar con prontitud los cueros. Y Fonseca y Lope Conchillos aguantando en la corte, con provecho propio, el monopolio americano.

Dice el historiador que los canónigos hacían su parte en el desastre: "más de cuatro dellos se dedican a la regatonería" y a la producción de primeros mestizos. "Pero esto de los clérigos acá es un maremaño, e no se podría decir en muchas hojas su soltura, demás de otras flaquezas, e hijos, e la forma que tienen en los heredar".[32] En fin de cuentas, la huella del despotismo y la maldad quedó bien impresa desde entonces, de modo que los sucesores no tuviesen más que hallarlas y poner pies y manos sobre ella, sin inventar grandes cosas.

No tratamos de traer a este trabajo la historia colonial, ni cosa por el estilo, sino de encuadrar el mestizaje general dentro de su marco: las primeras carnadas de híbridos (mestizos, zambos y mulatos) se hicieron debajo de la opresión ladrona en la ciudad y en el campo; en aquélla los prohombres coloniales que tuvieron mujeres por veintenas y en aquél los esclavos y peninsulares pobres satisfaciendo sus necesidades más o menos sudorosas.

Oviedo hace mención de dos ingredientes de interés para los fines de mejor estudio. Al hablar ele colonos alude a cordobeses, aragoneses, andaluces, valencianos, vizcaínos, castellanos y gallegos. Casi toda España. Pero la representación metropolitana no fue tan uniformada y debemos entender que gente del sur y del centro de la península fueron quienes echaron las bases blancas del hibridismo. La segunda men-

[31] El gobierno de los padres Jerónimos estableció el precedente del triunvirato ejecutivo en América, forma de gobierno que se ha repetido ocasionalmente en la República Dominicana.

[32] Otte, Enrique, Una Carta Inédita de Gonzalo Fernández de Oviedo, en Estudios Americanos, No. 63, 1956.

ción del historiador tiene que ver con los africanos que llevaron a cabo la primera negrada, en 1822, en el ingenio de don Diego Colón, de donde arrancaron para unirse a otros esclavos. Los 20 primeros fueron negros jolofes.[33] Trátase de verdaderos négridos procedentes del inmediato sur del río Senegal, quienes ocupan gran parte del territorio entre el citado Senegal y el río Gambia. Son, pues, senegaleses, lo mismo que las tribus mandingas de los bambaras y malinkes, dolicocéfalos, moderadamente altos. Ocupan hoy parte de la costa entre San Luis y Cabo Verde, incluyendo Dakar, y penetran tierra adentro hasta considerable distancia. Se les tiene por muy negros de piel y los más locuaces de los pueblos africanos, explicándose que el nombre de jolofe o wolofe quiere decir "hablador" para algunos, "negro" para otros. Sus tres castas hereditarias son la de los nobles, la de los artesanos y la de los músicos y esclavos. Su mayor reino es Cayor.[34]

Una información demográfica de 1574 arroja la siguiente estadística: diez pueblos con 1.000 vecinos, dos de indios y más de 12 a 13.000 negros, lo que implica la mayor depauperación de La Española en el siglo XVI. Se indica que hay 4.000 blancos menos que en 1570 y no se explica si entre los 13.000 negros se incluyen los híbridos. El silencio de la estadística parece querer decir que mulatos, mestizos y zambaigos están comprendidos en la denominación de negros. Si, como dice Pedro Henríquez Ureña, sólo trajeron africanos durante el siglo XVI,[35] es de buena lógica aceptar que la despoblación de blancos se debió a emigraciones, muertes y fugas, en tanto que la disminución de negros obedeció al deceso natural. La mulatización prosiguió, por supuesto, aunque a menor ritmo. Es razonable la conclusión conforme a la cual ya para la séptima década del siglo XVI predominase el mulato como grupo étnico. Una estadística posterior, de 1620, que luego citaremos, parece confirmar la presunción de que mulatos y negros se contaron juntos en 1574. Dice Henríquez Ureña que "la isla fue tan pobre que pronto no hubo dinero para comprar esclavos de África" y se apoya en el dicho del padre Sánchez Valverde en 1785. Pero, al mulato no había que adquirirlo fuera; ya se procreaba adentro. Lo que no se ajusta al fenómeno histórico de la época es la afirmación de que "durante tres siglos (los negros) estuvieron relativamente separados en trato". Diversos autores presentan minuciosamente cómo era la vida familiar, laboral y de relación entre los estamentos étnicos de la colonia.[36] La miseria obligó a una suerte de camaradería en la explotación, ayudada eficazmente por el aislamiento. Sexualmente podría tal vez hablarse de algo muy

---

[33] Fernández de Oviedo, Gonzalo, *obra citada, tomo I.* Ver el citado estudio preliminar.

[34] Ver nota 17 de este capítulo.

[35] Seligman, C. A., *Races of África,* Oxford University Press, Oxford, 1961, *págs. 48 y 49.*

[36] Es un comentario inexacto de Henríquez Ureña. Más adelante se verán las fuentes de abastecimiento de africanos de que dispuso la colonia aún a lo largo de su decadencia.
Zavala, Silvio, *Estudios Indianos.* El Colegio Nacional, México, 1948. Para el proceso de la introducción del negro en La Española, véase desde la pág. 196 a la 203.

cercano a la promiscuidad, de la que habría de salir, a poco, el ente humano que se autodenominaba *blanco de la tierra.*[37]

Aquí conviene insistir, por vía de esclarecimiento, sobre algún punto. No obstante el mejor trato de los hispanos y la decantada concordia entre amos y negros, lo cierto es que "los negros (eran) tan belicosos y tan poco domésticos que sin poder sus amos remediar, se han de quedar por allá muchos de ellos..., demás de lo cual, muchos de los negros esclavos de esta ciudad y de las haciendas de por acá con muy escasos medios, como lo suelen hacer, se huyen del servicio de sus amos; y por gozar de más libertad se internan por toda la tierra que queda despoblada. Se huyen y andan por allá al olor de los rescates muchos"[38]. En 1583, por ejemplo, habían ya negros alzados en Baoruco[39] Los cimarrones abundaron en las áreas montañosas de la isla. De modo y manera que el buen trato de los amos, a quienes la miseria general proveía de pocos medios de represión y policía, fue cuestión muy relativa.

Años adelante, cuando las visitas armadas de Toussaint Louverture a la parte oriental de la isla, tuvieron lugar incidentes y circunstancias muy decidoras en cuanto concierne al paternalismo de los negreros de la colonia. La historia escrita por los secuaces de la oligarquía o por los oligarcas propiamente dichos ha hecho casi siempre hincapié sobre el cristiano amor que destilaban, junto a sus sudores, los amos criollos. Veamos las aristas más o menos ocultas del problema. La minoría blanca de entonces realizó lo indecible para prevenir la ocupación del Primer Negro y los espantados oligarcas se dirigieron a Bonaparte y al rey de España en solicitud de auxilio. Pero Louverture llegó, y con él la inatacable doctrina de la unidad de la isla, unidad que años antes el plan Armona, de este a oeste, pudo haber alcanzado si hubiese conseguido buenos oídos de las autoridades hispanas. Dice Marrero Aristy —un periodista mulato que conoció la explotación imperialista en los campos de caña, pero que le sirvió a Trujillo generosa y utilitariamente— que "los esclavos de la parte española, que desconocían los malos tratos, las marcas con hierros candentes y la brutalidad con que habitualmente trataban muchos franceses a los negros de la parte occidental, recibieron fríamente la libertad que les daba el invasor, evidentemente en razón de que la gente de color de la parte oriental se consideró siempre como española o "blanca de la tierra"...[40] Pero, de seguidas afirma que el líder haitiano logró ganar simpatías "entre la gente más joven e inexperta" y, más todavía, da cuenta de que "los oficiales de Toussaint se complacieron en imponer a los blancos y demás

[37] No obstante la celebrada confraternidad entre amos y esclavos en Santo Domingo, las insurrecciones menudearon hasta la propia cesión de la colonia española a Francia en 1795. Aun durante la relativa era republicana inicial hubo conatos de insurrección racista. Preparamos un estudio sobre la materia.

[38] Ver más adelante en este mismo capítulo.

[39] Lugo, Américo, *obra citada, pág. 185.*

[40] *Ibidem, pág. 91.*

personas libres, relaciones forzosas de igualdad con sus esclavos de la víspera".[41]

De seguidas el recopilador agrega que "se deduce que cualquiera que fuese el sentido de las disposiciones públicas adoptadas por Toussaint en la parte española, éstas les resultaron extrañas y repugnantes a los pobladores de dicho territorio, habiendo quedado identificados todos los dominicanos que han hecho historia sobre esa época en que ni aun los esclavos —con algunas pocas excepciones— se sintieron atraídos por las personas o el régimen de gobierno impuesto por el jefe de los negros occidentales, cuyo pasado, atraso cultural y odios de raza no tenían ninguna similitud con los del grupo africano o de origen africano, que vivía cristianamente unido, mezclado e identificado con los españoles en la parte oriental de la isla"[42].

El mulato, estamento mayoritario ya desde hacía tiempo, dio señales de vida y de modo de ser por aquellos años y su negrofobia o haitianofobia y su servilismo arianizante, son frutas que se cogen con la mano del arbusto transcrito. Un francés, Dorvo Soulastre, explicó posteriormente, aludiendo a la época señalada, que "la mezcla de los colores, consecuencia del tiempo y de las revoluciones, ha borrado de una manera muy sensible la línea de demarcación tan profundamente trazada en otro tiempo. La proporción de los hombres libres ha ganado de tal modo en razón de la de los esclavos, que, en una población de 125.000, el número de hombres libres alcanza a 110.000.[43]

Antonio Sánchez Valverde, buen esclavista, opinaba que "la causa más criticable que originaba la libertad de tantos negros y la vida descansada y libre que éstos llevaban, radicaba principalmente en las relaciones eróticas entre amos y esclavas"[44]. Moreau de Saint-Méry, por su parte, informa que "es también rigurosamente cierto que la gran mayor parte de los colonos españoles son mestizos, que tienen todavía más de un rasgo africano que los traicionan luego, pero que han hecho disimular un prejuicio que podría considerarse nulo..."[45] En fin, todo indica que Toussaint sólo halló en la región oriental de la isla la identidad de la subminoría progresista de cuando en vez asomada a nuestra historia y que el mulato Marrero reduce así: "aunque es innegable que los usurpadores occidentales hallaron algunos adeptos entre los esclavos de reciente introducción en la isla en uno que otro ingenio, o entre algún que otro mestizo, o negro español (como también ocurrió con algunas blancos) ..."[46]

---

[41] Marrero Aristy, Ramón, *La República Dominicana,* Editora del Caribe, C por A., Santo Domingo, *tomo I*, *pág. 202.*

[42] *Ibidem, pág. 208.*

[43] *Ibidem, pág. 204*

[44] Rodríguez Demorizi, E., *La Era de Francia en Santo Domingo,* Editora del Caribe C. por A., Santo Domingo, *págs. 58 y 59.*

[45] Marrero Aristy, Ramón, *obra citada, tomo I, pág. 205.*

[46] Moreau de Saint-Mery, M. L., *Descripción de la Parte Española de Santo Domingo,* Editora Montalvo, Santo Domingo, 1944, *págs.* ***98 y 94.***

La procedencia de los esclavos era diversa y dependía en gran parte de los proveedores en los distintos períodos. Portugueses, holandeses, ingleses, daneses y franceses, más que los españoles, tuvieron a su cargo la adquisición y transporte de africanos. Los negreros de cada potencia marítima se abastecían en determinados sectores de la costa de África, de tal modo que puede indicarse la existencia de verdaderas jurisdicciones en el mercado de aprovisionamiento. La hegemonía de un estado europeo repercutía en el litoral africano en cuanto al dominio y acaparamiento de los mejores puntos de trueque. Unidades navales y fortines de holandeses e ingleses, por ejemplo, vedaron ocasionalmente o por lapsos considerables la presencia de los mercantes de otras naciones. Así se explica que la trata esclavista tuviese sus comienzos en el sector norte de la costa occidental africana, en los alrededores del cabo San Luis y que en lo sucesivo los traficantes continuasen costa abajo, hasta, en "fin, rebasar con creces la costa angolense. La existencia de los asientos en el Nuevo Mundo complicaba el problema de la determinación de la procedencia de los negros, toda vez que en los mismos se concentraba la humana mercancía para entonces proceder a su distribución de conformidad con la demanda.[47] Sólo quedaba, pues, recurrir a la lengua y religión de los esclavos para precisar su procedencia. Es claro que la importación directa de africanos permitía una certeza casi absoluta en cuanto al origen del cargamento, mas, de una manera general, no es dable afirmar con exactitud que los esclavos que llegaron a una determinada colonia procedieron de una región africana dada, sobre todo durante los años en que el comercio esclavista se hizo muy abundante.[48]

Intervenían asimismo las preferencias de los colonos por determinadas procedencias. Algunas de éstas merecían la selección de los plantadores, de los que derivaron alteraciones en los precios. La resistencia, docilidad y facilidad de adaptación del africano serían los índices de la elección, pero en ello tenía mucho que ver la más o menos afortunada experiencia del colono y aun sus gustos y opiniones personales. Aparece, sin embargo, como asunto fuera de discusión la inmejorable calificación de los oriundos de la Costa de Oro, zona del litoral africano que estuvo generalmente monopolizada por el poderío marítimo de Inglaterra y, ocasionalmente, de Holanda. La literatura de la trata de esclavos parece ratificar la mayor demanda en favor de los negros de Costa de Oro, donde los portugueses iniciaron la explotación para ser desalojados pronto por los traficantes de Holanda. Los oriundos del Congo, por lo demás, fueron merecedores de baja apreciación.[49]

---

[47] Marrero Aristy, Ramón, *obra citada, tomo I, pág. 206*

[48] La trata siguió tácticas específicas con miras a prevenir posibles rebeldías. Así, por ejemplo, algunos negreros y asentistas desarticulaban los grupos tribales o familiares con el fin de evitar que permaneciesen unidos los miembros de una misma familia o procedentes de una misma tribu. Entre otros, Córdova-Bello, E., *La Colonización Portuguesa,* Revista de Historia, Caracas, febrero 1961, *pág. 113.*

[49] Gaston-Martin, *L'Ere des Négriers,* Librairie Félix Alean, París, 1931. El autor explica ex-

A juzgar por la precaria economía de La Española y, posteriormente, de la colonia hispana en la región oriental do la isla después del establecimiento colonial francés en la parte occidental, no sería aceptable entender que los esclavos que engrosaron el estamento africano insular en manos de los españoles fuesen de los más costosos en el mercado de la oferta. Más razonable es admitir que debieron de ser de los más módicos, contrariamente acaso a lo que acontecía en la próspera Saint Domingue de los franceses, donde los recursos de los plantadores estuvieron siempre en mejores condiciones de satisfacer los más altos precios de las piezas de Indias.[50]

Los señores curas de la Española fueron, por su parte, favorecedores de la importación de esclavos africanos. José Antonio Saco da cuenta de la opinión que en 1517 los dominicos de la capital pasaron al triunvirato de los Jerónimos en pro de la conveniencia de la presencia de negros en la isla. En 1518 los mismos frailes insistieron y de nuevo lo hicieron el 10 de enero de 1519.[51] Las Casas, como se sabe, recomendó también el tráfico y con ocasión de su memorial de 1517 se expidió autorización real para 4.000 africanos destinados a La Española, Cuba, San Juan y Jamaica.[52] Para esos mismos años hicieron oír su petición los procuradores de Santo Domingo, quienes pidieron licencia para traer bozales, haciendo alusión a la demanda de mil piezas que formulaban otras islas. Sin embargo, en 1520, según Saco, el presidente de la Real Audiencia, declaraba que "hacía casi un año que ninguno entraba".[53]

El azúcar exigía la presencia de negros, no para aliviar al indio de la Española sino para sustituirle plenamente, pues el aborigen desaparecía aceleradamente.[54] Muchos ingenios, grandes y pequeños, hidráulicos unos, de fuerza animal y humana otros, constituyeron pronto la actividad lucrativa única de la isla. Poco se ha investigado acerca de las actividades de los alemanes que tuvieron casa de comercio en Santo Domingo, entrado ya el siglo XVI. Los Welser debieron influir en La Española. Informa Brito Figueroa que esa firma importó 2.500 negros en algún momento de la cuarta década de ese siglo, cuando llegaron, además, otros 5.200. En 1539, mes de mayo, el obispo de Santo Domingo pidió autorización para traer 2.000 piezas. En 1540 la Casa Contratación sevillana autorizó el ingreso de 300 negros jóvenes. En

---

haustivamente métodos y maniobras de la trata.

[50] Ciertamente, todo indica que la preferencia por determinados esclavos, según su procedencia, variaba de conformidad con gustos y experiencias de los colonos.

[51] Como quiera que durante muchos años coloniales los plantadores y traficantes franceses vendieron esclavos a los colonos de Santo Domingo, sería comercialmente razonable presumir que tales ventas recaían sobre los negros de inferior categoría.

[52] Brito Figueroa, Federico, *La Estructura Económica de Venezuela Colonial,* Universidad Central de Venezuela, Curacas, 1963, *pág. 96.*

[53] *Ibidem*, pág. 97.

[54] Saco, José Antonio, *Historia de la Esclavitud de la Raza. Africana en el Nuera Mundo,* Cultural S. A., La Habana, 1938, *tomo I, pág. 140.*

1541 ingresaron en la isla 2.000[55]. Entre 1544 y 1550 pasaron a las Indias 16.000, de los cuales alguna parte indeterminada llegó a La Española, aunque hacia la mitad del siglo se conoció de la queja de algunas autoridades de la isla respecto de la necesidad de nuevos esclavos. "Moriremos de hambre por falta de negros y quien labre la tierra".[56] Eran los años en que la colonia se caía ya de espaldas y apenas llegaban naos de la península.

No obstante la afirmación de Henríquez Ureña en el sentido de que sólo llegaron esclavos en el siglo XVI, hay afirmación de que, entrado el siguiente, el gobierno metropolitano convino con Juan Rodríguez Centeno la obligación de traer a las Indias 2.000 negros cada año, de los cuales 600 habrían de ser repartidos entre La Española, Cuba y Puerto Rico.[57] Asimismo, el 25 de septiembre de 1764, la corona dio el monopolio negrero a Antonio García y Sebastián Silíceo, quienes, a lo largo de cinco años, deberían distribuir anualmente 4.000 africanos, de los cuales 800 serían para Santo Domingo. Es cierto que el contratista quebró en 1676, pero la corte de inmediato celebró otro pacto con el Real Consulado de Sevilla por cinco años a contar de 1677.[58] Hacia 1764 volvió a aparecer La Española como destino de africanos, de conformidad con el contrato de Miguel Iriarte durante diez años. Por lo demás, se compraban negros en la vecindad.[59]

Es cierto que, en el curso de los primeros años coloniales, cuando la isla era el centro rector de la conquista, parte de los esclavos que ingresaron en ella fueron de seguidas conducidos a otras zonas del Caribe donde las necesidades lo requiriesen. Pero, no es menos cierto que desde antes de terminar el siglo XVI ya la colonia contaba con otros surtidores de africanos, ilícitos pero persistentes y aprovechadores, sin duda alguna, del gobierno peninsular.[60] Resulta difícil, por supuesto, seguir la contabilidad

---

[55] Es evidente que la convivencia en la plantación y en otros lugares contribuyó apreciablemente a la *mulatización* inicial.

[56] Brito Figueroa, Federico, *obra citada, pág. 99.*

Díaz Soler, Luis M., *La Esclavitud en Puerto Rico,* Revista *Historia,*

San Juan, P. R. El autor afirma que, según correspondencia de los licenciados Espinoza, Zuazo y Serrano dirigida al rey en julio de 1530, los negros que introdujeron los alemanes "eran malísimos, que a pesar de la necesidad que de ellos había nadie los compraba".

[57] Brito Figueroa, Federico, *obra citada, pág. 101.*

[58] *Ibidem, pág. 104.*

[59] *Ibidem, pág. 100.*

[60] Lepelletier de Saint-Remy, M. R., *Saint Domingue, París,* 1846, *tomo L pág. 40.* El autor alude al suministro de esclavos que hacía la colonia francesa de la isla a la colonia española, hecho del cual deduce incluso "las prontas comunicaciones que a raíz de la insurrección se establecieron entre los negros de las dos colonias". Lacombe, Robert, *Histoire Monetaire de Saint Domingue et de la Republique d'Haití,* Editions Larose, París, 1958, *pág. 28,* donde el autor afirma "La paz de Utrecht, en 1713, devolvió el asiento a los ingleses, pero los españoles de la parte oriental de la Hispaniola adquirieron, durante esos años, el hábito de comprar

de los negros que se colaban a través del irregular litoral quisqueyano, lo que desde luego hubo de repercutir en la idoneidad de censos y estadísticas de entonces. Más aun, una información de 1717 da cuenta de que la Real Compañía de Guinea, inglesa, despachó algunos esclavos de Santo Domingo a Venezuela. Otra información recogida por Brito Figueroa dice de 500 esclavos remitidos desde La Española a Venezuela en noviembre de 1784.

Retrocedamos, sin embargo. Negros y mulatos hicieron provecho de las forzadas despoblaciones de principios del siglo XVII, estúpida medida de la política española mal dirigida por mercaderes y prelados, quienes temían los relativos daños económicos y religiosos de los comerciantes luteranos que nivelaban en parte el desamparo de la isla. Mulatos y negros se quedaron en los montes aledaños a las localidades desbaratadas de orden superior. Poco antes de la inaudita despoblación López de Castro hacía alusión, en 1589, en su segunda memorial, a los esclavos que tenían los vecinos del norte. "Por tener, como tienen, muchos esclavos" —decía el informador. Lo cierto es que en 1605 la isla quedó prácticamente reducida a la mitad y se precipitó la decadencia, hasta el punto de que, quince años más tarde del desastre, en 1620, las estadísticas, aunque muy incompletas, arrojaban las siguientes cifras: la ciudad de Santo Domingo, 600 vecinos y una guarnición de 200; en toda la isla —la superficie

---

sus esclavos en Saint-Domingue", es decir, en la colonia francesa de la isla; *pág. 30,* las ventas de esclavos de la parte francesa a la parte española ascendían anualmente, según Raynal, a 300.000 piastras; *pág. 87,* donde el autor declara que, cuando se obstaculizó el abastecimiento de negros de la parte francesa, los colonos españoles acudieron entonces a Jamaica y otras colonias inglesas; *pág. 45:* a partir de 1793 el suministro do negros estaba a cargo de ingleses y norteamericanos.

King, James Ferguson, *Evolution of the Free Slave Trade Principie,* The Hispanic American Historical Review. En 1789 se hizo más liberal la importación de esclavos gracias a la política de equipar a las colonias del Caribe para competir contra las colonias francesas y de otras naciones. Se redujeron o eliminaron los impuestos sobre la importación ele africanos y "mediante una orden real emitida el 25 de enero de 1780, el rey autorizó a los funcionarios coloniales de América, excepción hecha de los del Río de la Plata, Chile y Perú, para que permitieran a los colonos obtener esclavos en las colonias francesas..."

Debien, Gabriel, *Le* Colorís de Saint-Domingne Refugies a Cuba.* Efectivamente, mediante la cédula real del 28 de febrero de 1789 se concedió la libre entrada de esclavos en Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y provincia de Caracas.

Sánchez Valverde, A., *Idea del Valor de la Isla Española,* Editora Montalvo, Santo Domingo, 1947, *pág. 143,* donde el autor confirma que se compraban también esclavos en la colonia francesa vecina, amén de que los franceses también venían a venderlos en la parte oriental.

Corbitt, Duvon C, *Inmigration in Cuba,* The Hispanic American Historical Review. En 179G el francés Le Negre de Mondragon presentó un plan para introducir en Santo Domingo 12.000 blancos e igual número de esclavos en un lapso de doce años. Los blancos habrían sido alemanes, flamencos, suizos e italianos, pero el rey denegó la solicitud sobre la base de que no deseaban extranjeros.

controlada por las autoridades españolas, claro está— sólo 4.000 negros y mulatos. Es evidente que éstos últimos no pudieron ser contados todos, ya que escaparon de la cuenta los que se hallaban a sus propias expensas en las regiones abandonadas a la fuerza. El panorama colonial había llegado entonces a su mínima expresión.[61]

Hacia la mitad del siglo, efectivamente, Jerónimo Alcocer comentaba que la despoblación era atroz: cinco ciudades y cuatro villas. Y agregaba: "Los negros son los que cultivan la tierra y crían ganados, y éstos también van faltando porque mueren muchos y en estos tiempos no vienen más de Etiopía". No había, pues, tráfico negrero regular. Al escasear los blancos, la procreación quedó mayormente como función de los negros, pero éstos no resultaban muy fecundos en las Indias, como lo expresan los comentarios de la época. Además, morían, como ya se ha visto. Es en ese momento cuando seguramente se aflojaron los frenos que, aunque no muy rígidamente, mantenían las separaciones de color y cuna, de tratos, según la expresión de Henríquez Ureña. Mucho peninsular mediocre se asentó en la colonia. Los que más descollaron fue por sus usuras y tropelías. Ninguno por sus empresas. Los mismos propietarios de las decenas de ingenios que molieron la caña durante el fugaz esplendor de La Española quebraron sin pena ni gloria en poco tiempo. Pero, a ninguno se le ocurrió emprender negocios de utilidad, como algunos derivados de la multiplicación y abundancia de los ganados, de los cuales se hicieron lenguas todos los historiadores y relatores que han escrito sobre la isla de aquellos tiempos. Nadie quiso, por ejemplo, echar a andar la industria saladeril mediante la cual podía haberse preparado la carne para su exportación a otras colonias y aun a otros continentes. Ni aun los que exportaron cueros a España y vieron cómo tenían que limitar y descontinuar tal exportación porque no sabían qué hacer con la carne que se dispendiaba, lo que motivó protestas del mismo Fernández de Oviedo. No se hizo provecho, pues, de la única verdadera riqueza de la colonia desprovista de metales. Y habría que ver cuánto beneficio obtuvieron de la industria de la carne los colonos del Plata, por ejemplo, quienes ya a principios del siglo XVII empezaron a exportar cecina y carne salada nada menos que al Brasil y al África. Más tarde, tras un receso, los colonos platenses reanudaron en el siglo XVIII una sólida exportación a otros puntos del Nuevo Mundo, y de ahí partió la proverbial riqueza de aquella colonia meridional.[62]

La industria de la salazón y del tasajo habría sido de incalculable provecho para el sostén colonial. Baste decir que La Habana, que pronto arrebató a Santo Domingo el

---

[61] Sánchez Valverde, A., *obra citada, pág. 148.* Los negros ingresaban por vía legal, o por los rescates de la banda del norte, o procedentes de Haití, fugitivos, o traídos por los franceses a vender, o comprados en Haití y en otras colonias.

[62] Pocos ejemplos de pésima administración colonial en cualquier zona del mundo pueden asemejarse a la resolución metropolitana de despoblar totalmente los lugares costeros del norte y oeste de La Española como medida para prevenir los rescates con los mercaderes marítimos europeos.

primer puesto antillano, llegó a ser el mejor mercado para la carne salada del Plata. Señalamos, por ejemplo, que de 1785 a 1793, en nueve años, importó La Habana un total de 138.875 quintales de tasajo.[63] Brasil, puertos de África, Perú y otras colonias formaban parte de la clientela saladeril. En fin, que a La Española no arribaron gentes de mentalidad distinta de la de los negreros y ello contribuyó al estancamiento y decadencia sucesiva de la colonia insular.

Cuando la colonia francesa se establecía en la parte occidental de la isla tenía lugar lo mismo en la zona de Samaná, donde una población negra tomaba residencia para ser posteriormente ampliada y nutrida con sucesivas incorporaciones de gente de color. Hay allí todavía localidades de puro tinte africano. La región samanesa se hizo así uno de los focos más sólidos de la *mulatización* en un ambiente de la isla que siempre estuvo particularmente aislado del resto del país. Dentro de la despoblación y la decadencia La Española contó siempre con sus focos de *mulatización,* y ésta, como resultado de la reducción tremenda de la población blanca, se orientó en su primera etapa en sentido regresivo, esto es, una *mulatización* negroide considerada desde el punto de vista del blanqueamiento que supone el proceso del hibridismo entre blanco y negro. Evidentemente, la presencia de las primeras hembras mulatas imprimió velocidad al proceso en razón de la mayor potabilidad sexual de la mulata respecto de la negra, tomando al hombre blanco colonizador como sujeto activo del hibridismo.[64] Cuando el blanco estuvo en número apreciable en la colonia la velocidad del proceso, derivada de las primeras carnadas de mulatos, mantuvo un grado notorio de blanqueamiento en la colonia. Pero, cuando la población blanca quedó reducida a su mínima expresión cuantitativa, el proceso se hizo regresivo, siempre dentro de los límites del hibridismo. La comunidad de La Española, por consecuencia, era entonces predominantemente mulata, desde luego, pero de carácter regresivo, esto es, provista de una marcada tonalidad negroide.

Los historiógrafos blancófilos del país se han resistido a reconocer en todo momento la vigencia de la realidad étnica nacional. Han tratado de exhibir al conglomerado como una comunidad predominantemente blanca. La haitianofobia ha venido adulterando continuamente la verdad étnica del país, correspondiendo a sociólogos y etnógrafos extranjeros la explicación de nuestra genuina composición social. A la mano tenemos una anónima divulgación titulada "La Frontera de la República Dominicana con Haití", donde se lee la afirmación, mañosamente inexacta, de que antes de 1800 predominaban en la colonia los descendientes de españoles y sólo existían el mulato y el negro "en proporción muy reducida". Un mentís de rotundo valor, amén de lo que hemos visto en las insuficientes estadísticas demográficas, lo hallamos en el "Cuadro Histórico de la Indias", de Madariaga: "Una junta de prohombres entendi-

[63] Wedoyoy, Enrique, *Burguesía Comercial y Desarrollo Económico Nacional,* separata de la revista *Humanidades,* Buenos Aires, 1960.
[64] *Ibidem.*

dos en cosas de Indias preconizaba que en Santo Domingo el gobernador debía alentar "el brío y fidelidad de los mulatos, de cuyo valor, actividad e buen uso del país se debía fiar más que de los españoles".[65]

Para Rosenblat, "el dinamismo demográfico de La Española estaba ya roto" en 1514, debido, sobre todo, al proceso de extinción de los adultos y a la escasa existencia de los niños indígenas: "sobre un total de 22.336 hombres y mujeres de servicio, no había con seguridad más de 3.000 niños, a juzgar por los datos parciales (hemos contado 1.515, pero no siempre consta el número)...[66] Consta que 60 encomenderos

---

[65] Sin embargo, la mujer negra se valía a su vez de los propios recursos. Ya Oviedo había escrito: "Dize más el testo, que no se debe sospechar que la negra no quiere tener marido. El que tal sospechase no las conoce: véngase a nuestra çibdad de Santo Domingo, donde ay más negras esclavas de las que serían menester, e tienen más gayones e adúlteros que los amos de las tales pueden mantener, porque de blancos e prietos ellas son amancevadas e ladronas de dentro de casa; y es una plaga hidiendo, e peligrosa, e irremediable, e tal que es menester más remedio del que yo veo, porque no hay manera ni se siente para defendernos destas negras; pues que de dos vicios tan sucios e torpes, como luxuriosas e ladronas, no dexan de perder otros, que son, ser borrachas, e suzias, e floxas, golosas, de ninguna conciencia, aunque christianas se llaman".
Sánchez Valverde, A., *obra citada, pág. 170:* donde el autor alude a la prostitución negra: *pág. 172,* donde el autor alude al concubinato y al *barraganaje.*

[66] Rodríguez Demorizi, E., *obra citada, Relaciones Históricas de Santo Domingo, vol. III, págs. 11 al 16,* donde se discrimina la composición étnica de la comunidad en el 1679, según Fernández Navarrete, a saber:

Santo Domingo	2.977 habitantes	977 españoles
		1.300 negros
		700 mulatos
Santiago	1.313	316 españoles
		312 negros
		685 mulatos
La Vega	434	83 españoles
		58 negros
		293 mulatos
Cotuí	100	57 españoles
		43 negros y mulatos
Monte Plata	97	36 españoles
		61 negros y mulatos
Bayaguana	140	51 españoles
		11 negros
		78 mulatos
Seibo	300	41 españoles
		70 negros
		789 mulatos

estaban casados con cacicas. ¿Y el resto de los varios miles de españoles que poblaban la isla? Se sabe que muchos de ellos vivían con mujeres indígenas y de la época de Roldan y de Bobadilla hay testimonios de que muchos hasta tenían un harén de indias. La escasez de niños está relacionada indudablemente con la escasez de mujeres, y los cronistas dicen que el indio ponía además trabas a la procreación. Es indudable que en 1514 la población indígena de La Española —unas 30.000 almas— estaba a un paso de la extinción. Pocos años después casi no quedaban indios, y casi tampoco quedaban colonos, ahuyentados por la miseria". Rosenblat dramatiza con fuerza la rotura del dinamismo demográfico en cuanto atañe al indio, afirmando: "La anarquía se adueñó de su mundo moral y psíquico. Lo que pasaba a su alrededor era para él enteramente incomprensible. De su familia poligámica, de su desnudez, de sus placeres primitivos, se le quería llevar a la monogamia rígida, al trabajo forzado, a vestirse, a un Dios único. Se sintió abandonado por sus "zemíes" protectores. Su "perversidad" llegó entonces hasta el punto de negarse "a los deberes de la reproducción" o a usar hierbas para practicar el aborto. Para "sustraerse al trabajo" se suicidaba (con zumo de yuca brava, ahorcándose, despeñándose de las rocas o comiendo tierra), y lo hacían familias enteras, grupos de 50 indios, y aun pueblos íntegros que "se convidaban a ello"; su "crueldad" llegaba hasta el punto de hacerlo "por pasatiempo".[67]

Higüey	144	40 españoles 21 negros 83 mulatos
Azua	182	59 españoles 123 negros y mulatos

pág. 44. El mismo Fernández de Navarrete, en carta del 27 de agosto de 1683, al rey: "...como la gente blanca es tan poca..." "...ellos (los mulatos) son tan soberbios que reconocieron esta falta suelen decir que dentro de pocos años vendrá el gobierno a sus manos".
Colección Lugo, Archivo General de la Nación. En Santiago, en 1723, había 800 familias, "en las quales apenas ay diez, que no sean de mulatos y negros..." Rodríguez Demorizi, *obra citada, Relaciones Históricas de Santo Domingo, vol. III, pág. 259,* donde Alvarez Abreu señaló la población de la ciudad capital de la colonia en 1740: "Los vecinos de este pueblo (Santo Domingo) son 1.800 el mayor número de negros y mulatos libres, y esclavos, y es muy corto el de blancos", *pág. 263:* Curato de las estancias de Río Jayna:
1.030 personas, de las cuales 15 blancos
40 mulatos 980 negros
pág. 264: "...el vezindario del pueblo (Azua) se compone de 500 personas de ínfima calidad", *pág. 269:* "...compónese el vezindario (del Seibo) de 1.113 de estas son de armas 400 y esclavos 168". (El resto mujeres blancas y mulatos). "De las 318 personas de Higüey havrá entre ellas diez o doze personas blancas y el resto mulatos y negros".
Sánchez Valverde, A., *obra citada, pág. 169,* donde el autor informa que hacia 1785 había en la colonia de 12.000 a 14.000.

[67] Rosenblat, Ángel, *obra citada, tomo I, págs. 113 y 114.*

El dinamismo demográfico se restableció con la presencia del negro, pero sujeto, claro está, a la modalidad impuesta por la circunstancia de que, mientras el español encontró al indio masivamente presente en la isla, el negro fue incorporado por oleadas, intermitente e irregularmente. Como resultado de esta característica de la presencia del nuevo asociado en el hibridismo, la *mulatización se* produce, en aquella etapa colonial, de manera desordenada y anárquica, matizada por las oscilaciones de los cruzamientos circunstanciales, pero siempre inclinándose el producto global hacia el negro, al ritmo de la despoblación blanca. Sólo muy posteriormente, con ocasión de la suspensión definitiva de la importación africana y a medida que pequeños contingentes de inmigración blanca aumentaron la cifra residual de españoles que había quedado, la *mulatización* se hace blancófila, esto es, hacia la arianización.

Cuando La Habana desplazó a Santo Domingo como centro de gravedad en el Caribe, no se reprodujo en Cuba el mismo fenómeno demográfico de La Española. El amerindio cubano desapareció cierta e igualmente, pero la población negra estuvo generalmente en minoría a lo largo de la existencia colonial cubana. Sólo las estadísticas correspondientes a los años 1817, 1827 y 1841 arrojan mayoría negra, en tanto que las que corresponden a 1774, 1792, 1798, 1821, 1823, 1861, 1899, 1907, 1919, hasta nuestros días, exponen una a veces abrumadora mayoría blanca. Por lo demás, como se verá más adelante, no ha tenido lugar en Cuba el proceso de *mulatización* que ha sido y es característico de Santo Domingo. La Habana se hizo pronto una metrópoli española a partir de 1657, cuando contaba con más de 2.000 españoles (número que posiblemente superaba la totalidad de blancos criollos y peninsulares en toda La Española para la misma fecha) y sólo la mitad de negros y mulatos. El auge de la mayor Antilla se hizo incontenible a medida que operaba la decadencia de la segunda.

Lo que interesa es dejar perfectamente establecido que, cuando promediaba el siglo XVII, el mulato era ya el dueño del escenario demográfico dominicano. La *mulatización* había avanzado bajo la determinación de los siguientes factores:

a) el desequilibrio de los sexos, caracterizado por la presencia exigua de mujeres blancas;

b) la pobreza y despoblación que derribaron cualquier práctica o división entre los grupos étnicos blanco y negro;

c) el comportamiento indiscriminatorio de los peninsulares que permanecieron en la isla;

d) los efectos de la autoridad jerárquica de los colonos blancos y sus parientes; y

e) soltura de la poligamia y del concubinato al amparo de la decadencia social.

Tal como Gilberto Freyre señala respecto de los negros de las plantaciones del Brasil, quienes hasta agradecían la intromisión sexual en sus familias de parte de sus

amos,[68] en La Española los grupos africanos debieron asimismo mostrarse complacidos ante las vinculaciones sanguíneas a que la necesidad y la ausencia de escrúpulos racistas obligaban o inclinaban a andaluces, extremeños y castellanos, regionales de España proclives al hibridismo.

No se incurre en exageración alguna cuando se afirma que, desde entonces, desaparecieron los escasos prejuicios que pudo haber suscitado la barrera del color. Tampoco se interpusieron entre los desasistidos pobladores los conceptos que, según algunos autores, entorpecen la fluida mezcla de grupos étnicos somáticamente disímiles, tales como las prevenciones conocidas como color fenológico, color asociativo, color genealógico y color cultural. Las prevenciones sociales, como enseña la historia reciente y la actualidad de la República Dominicana, marcharon, entonces como ahora, por un cauce distinto, esencialmente económico.[69] Las formas de vida cotidiana donde las indiscriminaciones sexuales nada tienen que ver con la superación social, sino que, por lo contrario, ésta última en gran medida favorece a aquéllas, se desenvuelven sin la paradoja efectiva de las contradicciones, de meras castas u oligarquías. La poligamia en Santo Domingo, representada por el amancebamiento y el *barraganaje,* funge de motor favorable a la indiscriminación por razones étnicas. El dominicano *de primera,* quien no aceptaría la incorporación de una familia *de segunda* o *de tercera* a su círculo social, no experimenta la más mínima interrupción en mantener luengas y firmes relaciones íntimas con la querida o barragana perteneciente a la familia detenida a las puertas de su club. En pocas palabras, por lo demás, el hibridismo ganó en celeridad y facilidad cuando entre blancos y negros surgieron, como millares de puentes, las primeras generaciones de mulatos y, sobre todo, las inmediatas carnadas de cuarterones, quinterones, etc. Aun en ambientes menos favorecedores, pero donde la *mulatización* ha tenido lugar con apreciable soltura, como en el Brasil, las personas con 1/16 ó 1/8 de sangre negra, se consideran y son consideradas blancas. Como apunta Rosenblat, "ser blanco es un ideal de los habitantes y de la política" en el Brasil. Allí el cruzamiento entre blanco y mulato produce el cuarterón, el de cuarterón y blanco da quinterón y el de éste y blanco da blanco. En la República Dominicana no se necesita esperar tanto tiempo para llegar a la clasificación anhelada.

Para muchos resultan poco menos que sorprendentes las grandes diferencias que separan las situaciones actuales de Cuba y Santo Domingo, cuando se tiene en cuenta, sobre todo, que las historias de ambas islas ofrecen bases comunes tanto de índole geográfica como históricas propiamente dichas. Las bases comunes fueron en cada caso modificadas en cuanto a sus consecuencias por factores humanos y sociales específicos. De tales influencias dimanan diferencias que distinguen la situación cubana de la dominicana, principalmente en el campo político general y, de manera muy especial, en las actitudes de ambas comunidades frente a los mismos problemas.

---

[68] *Ibidem, pág. 117.*

[69] El fenómeno debe ser general en todas las comunidades donde exista el estamento mulato.

Huelga señalar, por supuesto, las respectivas realidades presentes de ambas comunidades como signo expresivo de tales diferencias.

Los contingentes humanos que se integraron en las dos colectividades ofrecen, respecto de sus cantidades por lo menos, expresiones distintas muy elocuentes. De acuerdo con Humboldt, Cuba colonial había recibido, hasta 1790, un total de 60.000 esclavos fuera del contrabando. Según Arredondo, el número de africanos ascendía a 225,000 hasta 1820. Sin embargo, tal como hemos afirmado antes, sólo en escasos momentos históricos la población esclava superó en número a la población europea, como se ve de seguidas:

	Blancos	*negros*	*libres de color*
1774	96.440	75.180	
1792	153.559	118.741	
1817	257.380	314.983	
1821	290.021	225.263	115.691
1823	317.000	256.000	127.000
1827	311.051	393.436	
1841	418.291	589.333	
1861	793.480	603.046	
			mixtos
1899	66.7%	14.9%	17.2%
1907	69.7%	13.4%	16.3%
1919	72.2%	11.2%	16.0%
1931	72.1%	11.0%	16.2%
1943	74.3%	9.7%	15.6%

Roland T. Ely informa que cuando los ingleses ocuparon La Habana introdujeron en un año —1762, 1763—, 11.000 esclavos, en tanto que durante los 25 años siguientes (1763-1788), llegaron 30.000 más. He aquí la penetración negra en Cuba durante los años que a continuación se indican:

1782	8.528
1793	3.777
1794	4.164
1795	5.832
1796	5.711
1802	13.832

1804	8.923
1806	4.395
1808	1.607[70]

El mismo autor da los siguientes porcentajes para dos años determinados:

	blancos	*esclavos*	*libres*
1827	44%	41%	15
1832	42%	43%	15 %[71]

Amén del significado social del volumen de la masa de población, la principal observación debe recaer sobre la afluencia de grupos blancos que mantuvieron, cuando no el equilibrio étnico, sí el predominio cuantitativo en diversas etapas de la historia cubana. De seguidas es dable observar la escasa proporción del estamento mulato, indicio concluyente de que el hibridismo cubano ha procedido a un ritmo lento y limitado. Sólo a partir del último cambio de siglo la población mixta sobrepasó a la negra, pero manteniéndose en todo momento en proporción muy minoritaria respecto de la población blanca. La *mulatización* en Cuba careció de amplitud, profundidad y alcance suficientes para lograr una influencia determinante en la composición de la colectividad.

Las razones capaces de explicar el fenómeno cubano en comparación con el dominicano, incluyen: 1) el desequilibrio de los sexos, muy notable en la población de origen africano, desequilibrio acentuado por el hecho curioso según el cual la mortalidad dentro del conglomerado esclavo fue siempre mayor en el sector femenino, siendo entendido que, a lo largo de las importaciones africanas, el número de mujeres introducidas fue constantemente muy desproporcionado respecto del número de hombres, y ello debido a que el colono azucarero cubano comprendió en todo momento la inutilidad de la mujer esclava frente a las labores de las haciendas de caña.

---

[70] Martínez Estrada, Ezequiel, *obra citada, pág. 389,* donde el autor expresa que "de Haití y de la República Dominicana se extraería el paradigma de una sociedad de castas, donde la discriminación racial ha sido subrogada por la discriminación de la riqueza y la pobreza, mucho más acentuada que en los otros países mencionados".

[71] Arredondo, Alberto, *Cuba, Tierra Indefensa,* Editorial Lex, La Habana, 1945, *pág. 70,* donde el autor explica que, durante la colonia, en Cuba se aplicó una política tendiente a fomentar la fijación de pobladores blancos como equilibrio o freno a la extensión de poblaciones negras. "Así surge Cienfuegos, Mariel, Guantánamo, Nuevitas y otros pueblos"; *pág. 88:* hacia 1862 la población cubana era de 1.400.000 habitantes, de los cuales eran blancos unos 793.000 y negros alrededor de 600.000.
Saco, José Antonio, *obra citada, tomo IV, págs. 38 y 39.* Arredondo, Alberto, *El Negro en Cuba,* Editorial Alfa, La Habana, 1939, *puya. 29 y JO,* donde se ve el relativo equilibrio entre los grupos blancos y negros; *pág. 84* donde se ve la supremacía blanca a partir de 1792.

Señala Ely que "una estimación practicada en la década del 50 muestra que llegaban de África de cuatro a cinco veces más negros que negras" y, citando a David Turnbull agrega: "Es notorio que hay haciendas en la isla de 600 a 700 negros en las cuales el sexo débil está totalmente excluido";[72] la progresión continua de la inmigración blanca y de su reproducci6n interna. Cuba recibió, de conformidad con lo que expresa Debuyst, 857.000 blancos.[73] No sólo se trataba de una afluencia sostenida de la emigración española procedente de la península y de las islas Canarias, sino también de otras regiones de América emigraban blancos a Cuba. Desde La Española, precisamente, hubo diversas emigraciones con destino a la Antilla mayor. Ely afirma que cuando Toussaint Louverture invadió la porción oriental de Santo Domingo, en enero de 1801, "miles de colonos españoles huyeron a Cuba",[74] lo que Henríquez Ureña ratifica al señalar que, con ocasión de las invasiones haitianas, en 1796, en 1802 y en 1822, salieron más de 10.000 habitantes hacia Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Colombia y México. Agréguese también la emigración francesa, numerosa, que pasó a Cuba con ocasión de la insurrección haitiana de fines del siglo XVIII; 3) la actitud discriminatoria del conglomerado blanco cubano respecto de los grupos de color- Esta modalidad de conducta constituía una realidad notoria para quienes alcanzaron a visitar la grande Antilla en cualquier ocasión antes de la revolución socialista que asumió el poder en 1959. La discriminación racial se ofrecía con rasgos sobresalientes y similares a los que particularizan la conducta racista norteamericana. Los blancos criollos devolvían a los peninsulares la discriminación por éstos ejercida al llamar mulatos, en tono despectivo, a los primeros. "El orgulloso español desprecia al criollo y, noble o plebeyo, no quiere saber nada con él, salvo las imprescindibles cortesías

---

[72] Debuyst, Federico, *La Población en América Latina,* Feres, Bruselas, 19G1. Cuba recibió en ciento once años 857.000 blancos y Brasil 4.431.000.
Corbitt, Duvon C., *artículo citado:* subraya que, contrariamente al desnivel que existía en Santo Domingo, en Cuba, en lugar de un puñado de blancos en un mar de negros, como en Santo Domingo, habían tantos blancos como negros. Se reconocía en la mayor Antilla que, aunque los esclavos eran necesarios para el desarrollo de la isla, se necesitaba "proceder cuidadosamente con las estadísticas del censo en las manos, con el fin de evitar no sólo que el número de negros exceda el de los blancos, sino también que no se igualen numéricamente ambos grupos". Entre las medidas tomadas se contó la de obligar a los propietarios de esclavas a venderlas a los dueños de los esclavos casados. El Marqués de Casa Peñalver sugirió que para mantener el equilibrio entre blancos y negros se limitase la introducción de negros y se importasen blancos. Existía incluso una Junta de Población Blanca. Unos 35.000 blancos ingresaron en Cuba entre 1.834 y 1839, por ejemplo. En 1823 habían llegado a Cuba colonos blancos procedentes de Burdeos, Filadelfia, Baltimore, Santo Domingo, Luisiana, etc.

[73] Ely, Roland T., *obra citada, pág. 490.*

[74] Debuyst, Federico, *obra citada.* El autor estudia minuciosamente las estadísticas etnodemográficas americanas. Explica que la República Dominicana constituye una zona hispanomulata de predominio mulato *(pág. 40)*.

comerciales". Si los criollos estaban excluidos del ejército y de los altos cargos de la administración pública, oprimidos como eran por los nativos de la metrópoli, nada hay que decir respecto de la relegación a que estaban sujetos el mulato y el negro. Rogers, citado por Ely, observó que, "a pesar de su riqueza, inteligencia y suficiente capacidad para escalar las más altas cumbres de la ambición", el cubano nativo debía hacer frente a "barreras insuperables".[75] Hippolyte Pirón, un viajero, llegó a opinar que "los españoles nacidos en Cuba y los que vienen de España no se consideran compatriotas". Antonio Cario Napoleone Gallenga expresó que "el peninsular mira al criollo —aun a su esposa criolla, con quien se casó por su dinero, por sus atractivos físicos o porque no había podido encontrar en la isla una compañera más adecuada— como a un mestizo. Detecta, o se lo imagina, en cada nativo la mancha de un negro o la sangre de un esclavo, y le adjudica todos los vicios inherentes a su servil condición. El amo, oriundo de España, puede también algunas veces mostrar trazas de sangre extranjera y hasta africana en sus venas, pero en este caso alega que se trata de sangre morisca..."[76] El prejuicio racista, ostensiblemente discriminatorio, llegó a exhibir en Cuba manifestaciones radicales. Hay que admitir, por consecuencia, que la minoritaria proporción de mulatos era debida a la actividad sexual del blanco pobre que por largos trechos de la historia cubana, no fue otra cosa que un esclavo pálido, un *engagé* en tierra de España en América, un hombre que no encontraba "en la isla una compañera más adecuada". Era posible, en fin, comprobar fácilmente el sentimiento de repulsa racista aun en las mujeres públicas.

Aun en esas circunstancias, sin embargo, tenían lugar las relaciones sexuales, motorizadas por el imperio de la jerarquía, entre los amos blancos y las esclavas, sometidas a los caprichos del colono. Se habla hoy de "fortes passions excitées quelquefois chez des blancos par des africaines, par de pauvres femmes esclaves".[77] Entienne Masse observa que las mujeres de color dormían poco y que "ciertos amos no quieren que duerman en absoluto. Están familiarizados con su "extreme sensibilité". "Saben que sus deseos son impulsivos. Las pocas mujeres que son traídas desde Guinea sirven a los placeres de sus señores". En esas eclosiones participaban también los plantadores ingleses del Nuevo Mundo. En algún estado de Norteamérica "no hay muchacha de atrayente aspecto que no sea amante de algún hombre blanco". De una manera general puede aceptarse que "ninguna mujer de color ofrecía resistencia cuando un hombre quería seducirla".[78]

Es necesario insistir acerca de cómo operaba el proceso sexual inter-racial en los ambientes que, como La Española, carecían casi absolutamente de restricciones discri-

[75] La emigración de blancos (y hasta de mulatos claros pudientes, agregamos) fue cosa frecuente durante las crisis coloniales.
[76] Ely, Roland T., *obra citada,* ver *capítulo XXV.*
[77] *Ibidem, pág. 661*
[78] *Ibidem, pág. 491.*

minatoria. Las trabas de las prevenciones sociales no alcanzaban a obstaculizar las relaciones carnales entre los tres grupos existentes en la isla, donde, como hemos adelantado, para fines del siglo XVII, el conglomerado mulato era ya una realidad étnica cuantitativamente dominante. Mulatos eran ya desde mucho antes dueños de esclavos e intervenían en todos los aspectos de la vida pública. En la batalla de Sabana Real del Limonal (21 de enero de 1691), librada contra los colonos de la parte occidental, participaron "muchos hombres de color".[79] Las relaciones de interdependencia que forzaba la disminución demográfica contribuían a la supresión cada vez mayor de cualquier escrúpulo de naturaleza étnica. Era de todo punto imposible pretender conservar algún tipo de exclusivismo o de selección personal en un medio donde la escasez de población imponía sus leyes. Allí se consolidó la personalidad del *blanco de la tierra.,* una suerte de blanco de América por cuyas arterias circulaba ciertamente una dosis dada de sangre europea. Ni siquiera los grados del color en la masa híbrida lograban introducir variaciones o distingos. El habitante pardo, no importa que fuese más blanco o menos blanco, se declaró por sí mismo blanco del país, que no lo sería fuera de la isla, pero sí en cualquier parte de la colonia. La autodeclaración del color significaba el oportunismo aprovechador de la desolación humana, de la sensación de mutuo auxilio que surge entre náufragos de la misma embarcación. El mulato adquirió su carta de ciudadanía regulada por la necesidad colectiva y refrendada por la mayoría numérica. Hacia 1739 la situación era tan ruinosa que una población de 6.000 almas se repartía en diez aldeas (Santo Domingo, Santiago, Azua, Bánica, Monteplata, Bayaguana, La Vega, Higüey y El Seibo) y algunos centenares de chozas dispersas. Y ello con un agravante que limitaba de modo atroz las posibilidades de multiplicación propias: *el 90% de los restos de la población europea era masculina y del mismo sexo era el 76% de la población esclava.* Semejantes porcentajes encierran una significación importantísima puesto que 10 mujeres blancas (y pardas) por cada 100 vecinos y 24 negras por cada centenar de esclavos, tenían a su cargo la tarea de resolver los problemas sexuales de un número tan desproporcionado de hombres. Ignoramos desde cuando regía esa irregularidad demográfica, pero la entendemos como secuela de las devastaciones de principios del siglo XVII. De todos modos, tales desequilibrios se encargaron, por fuerza, de consolidar, galvanizándola, la realidad mulata del país. Ninguna incorporación procedente del exterior podría ya alterar la característica étnica fundamental de la comunidad. Nos parece errónea la estimación de seis millares de habitantes, pero, cualquiera que haya sido el número real, el aludido desnivel de sexos ejercía una determinación inexorable que crecía en razón directa a la cantidad.

Decimos que nos parece errada la estadística citada porque once años después, en 1750, las cifras advierten 110.000 hombres libres y 15.000 esclavos. Ninguna rata de natalidad podría lograr, por sí sola, un aumento tan cuantioso. Es cierto que los cro-

[79] *Ibidem, pág. 491.*

nistas hablan de una rehabilitación hacia la mitad del siglo, pero sólo en 1760 reseñan la llegada de una inmigración canaria que echó las bases de Samaná, Baní, Sabana de la Mar, San Miguel de Atalaya, San Rafael y Las Caobas, y que repobló Monte Cristi y Puerto Plata.[80]

Las fugas de esclavos procedentes de la próspera colonia francesa en el occidente de la isla, penetración que no cesó hasta 1822, año en que la isla se hizo una e indivisible, aumentaban también la población negra. Las autoridades españolas, hambrientas de no importaba cual mano de obra, protegían a los negros que escapaban de los rigores del régimen francés. Varios poblados de negros se fundaron con las ininterrumpidas filtraciones. Debien las llama "les fuites a l'Espagnol" y reproduce el siguiente comentario: "Los esclavos que quieren huir encuentran a unas cuantas leguas una frontera casi sin guardas y, del otro lado de ella, si no la libertad, al menos la tranquilidad, pues las autoridades españolas devuelven pocos de los recapturados". Era la época cuando se decía que "la ocasión hace al cimarrón".[81] Por lo demás, haitianos y canarios no resultaban incompatibles entre sí, ni, mucho menos, frente a los anfitriones.

En lo adelante la colonia prosperó muy considerablemente, pues en 1777 el censo parroquial arrojó 117.000 pobladores. Seis años después, 125.000, según Moreau de St. Mery. En 1785, montaban a 142.000 (que fueron 152.000 para el historiador José Gabriel García, incluidos 30.000 esclavos).[82] Cuatro años más tarde: 130.000 libres y 30.000 esclavos. No hay razón, desde luego, para que los aumentos significasen modificación alguna en la composición étnica del país. A principios del siglo XIX las estadísticas se tornan muy confusas, contradictorias, por consecuencia, sin dudas, de los deslizamientos políticos.[83] La breve estabilidad del régimen francés en la porción oriental de la isla, después del triunfo de los rebeldes haitianos, fue truncada por la llamada *Reconquista* (restablecimiento de la autoridad española). Esta, a su vez, habría de ser nuevamente desconocida por el poco caso que el gobierno metropolitano dispensaba a la servil colonia. En 1822 regresan a la parte oriental de la isla los haitianos, ya dueños de un estado definitivamente autónomo. Tales alternativas repercu-

---

[80] Marrero Aristy, Ramón, *obra citada, pág. 161.*

[81] Sánchez Valverde, A., *obra citada, pág. 139. .El* autor informa que fue en 1684 cuando arribaron a la colonia las primeras familias canarias masivamente. Posteriormente la inmigración se produjo también en 1720, 1735 y 1760.

[82] Debien, Gabriel, obra citada, pág. 69.

[83] García, José Gabriel, *obra citada, tomo I, pág. 232.*
Sánchez Valverde, A., *obra citada,* dice simplemente más de 100.000 almas.
Antes dice *(pág. 131),* que en 1737 no pasaba la población de 6.000, sin incluir los de color y que 15 años atrás no había más de 5.000. Entre 1720 y 1764 llegaron a Santo Domingo 483 familias canarias, de las cuales 463 se componían de 5 miembros cada una y 20 de más de 5 *(pág. 132).*

ten, lógicamente, en el movimiento demográfico, puesto que a las emigraciones de la gente alarmada se unió la corriente sin trabas de los negros occidentales que, a partir de la extensión de la jurisdicción haitiana, se movían por toda la isla con absoluta libertad de copropietarios.

Del Monte y Tejada señala para después de la Reconquista la presencia de 40.000 libres y 10.000 esclavos, aludiendo sólo al parecer a la población negra. En 1823, según una estadística recogida por Rosenblat, arrojaba un total de 124.000 habitantes que hablaban español en la parte oriental de la isla, ya dominada íntegramente por los vecinos del oeste.[84] Los efectos africanizantes de la extensión jurisdiccional haitiana a

[84] Rodríguez Demorizi, E., *obra citada, Documentos para la Historia de la República Dominicana, Vol. III, pág. 300,* donde se informa que, según D'Alaux, la población en 1.800 se componía de 25.000 blancos, 15.000 africanos que "orgullosamente llamaban *los negros* a los haitianos y 75.000 mulatos "que decían ser blancos" y "habían terminado por considerarse como tales".

Rodríguez Demorizi, E., *La Era de Francia en Santo Domingo,* Editora del Caribe, C. por A., Santo Domingo, 1955, *págs. 190 y 191.* Lyonnet, para la misma fecha, la distribuye así: *¼* de negros, *¼* de blancos (casi todos criollos) y el resto mulatos o mestizos, debiendo observarse que más de la mitad de estos últimos pretenden ser blancos y viven como tales, sin reclamación ruidosa de nadie y los otros confesando la mezcla de su sangre". Rodríguez Demorizi, E., *obra citada, Documentos para la Historia de la República Domicanai, rol. III, pág. 300,* donde figura la siguiente apreciación de D'Alaux acerca de los típicos *blancos de la tierra:* "Este trabajo de fusión, que no retardaban, ni la inmigración europea desde el punto de vista mora!, ni la inmigración africana desde el punto de vista fisiológico, se resumía en el momento de la revolución en las cifras siguientes: 25.000 blancos de raza española pura; 15.000 africanos que, por su diseminación, no eran presa de ninguna propaganda de insurrección, y que, por otro lado, se sentían demasiado orgullosos de la superioridad social que el contacto diario con los amos les departía sobre los esclavos de la parte francesa como para consentir imitar a éstos, a quienes llamaban orgullosamente "los negros"; finalmente, 73.000 mestizos que decían ser blancos y que, como no daban lugar a ningún reparo injurioso alrededor de ellos, habían terminado por considerarse como tales".

Saco, José Antonio, *obra citada, tomo III, págs. 5, 0 y 7,* donde el autor parece resolver el enigma del antes citado "contacto diario" de los esclavos con los amos y del decantado tratamiento suave que éstos dispensaban a aquéllos. Efectivamente, la mano blanda arrancaba desde las primeras insurrecciones de africanos en la isla. En 1545 ya andaban los colonos propietarios ofreciéndoles a los esclavos "dejarlos vivir en paz y aún enviarles clérigos o frailes que les enseñasen la religión cristiana, con tal que no incomodasen a los blancos. Respondieron que tales eran sus deseos, pero que no se fiaban de la palabra de los españoles". Sigue diciendo Saco: "Los negros cimarrones de la Española preocupaban con razón al gobierno, y la Audiencia de ella dijo al Emperador en 23 de julio de 1546: "que por la costumbre de alzarse negros, no osaban los vecinos mandar a sus esclavos sino muy blandamente: ya que se remedió mucho". Hubo épocas en que los blancos no osaban andar sino en cuadrillas de "quince o veinte" por temor a los negros alzados que vestían cueras de toro. Textualmente dice Saco: "... y que habiendo en la isla doce mil negros que pudieran alzarse (alude a la cuarta

partir de 1822 fueron evidentemente lógicos. El simple desplazamiento de contingentes negros de oeste a este, presionado por las necesidades bioeconómicas características del estado haitiano propiamente dicho, hubo de constituir un regreso violento a la *africanización* del mulato de la parte oriental de la isla. La irrupción negra debió ser multitudinaria, por supuesto, y acentuada, por lo demás, por la fuga de los grupos blancos y mulatos arianizados que emigraron al compás del miedo y de la haitianofobia. Ese período incluye también alguna inmigración negra procedente de Estados Unidos de Norteamérica, promovida por el presidente Boyer en auxilio de estadinenses de origen africano. La *mulatización* vio así acentuada su tendencia regresiva, esto es, quedó reducido el ritmo de blanqueamiento que había vuelto a recuperar, por lo menos parcialmente, durante la breve administración francesa y el régimen de la España Boba, correspondientes a la primera y segunda décadas del siglo XIX, respectivamente.

De ese modo, cuando se proclama la República Dominicana en 1844 la *mulatización* aparece oscurecida. Reiníciase, entonces, con la separación de Haití en 1844, el proceso de la *arianización,* reactivado a la sazón por todas las causas e impulsos sociales y sicológicos que le habían dado nacimiento, vigencia y velocidad. Ser o hacerse más blanco adquirió carácter de necesidad. La reanexión a España en 1861 contribuyó a imprimir al blanqueamiento parte del ritmo perdido durante la ocupación haitiana, devolviéndole a la comunidad oriental un salto étnico adelante, por lo menos equivalente en parte al salto atrás de 1822 a 1844.

El estadista español Godoy dejó una significativa confirmación de la realidad etnopolítica del país dominicano al restar importancia al tratado de Basilea, mediante el cual el gobierno peninsular cedió a Francia, en 1795, la parte este de la isla. "Ningún tratado de la Francia con las demás potencias en aquella época (y en las posteriores mucho menos) ofreció menos sacrificios —escribió Godoy— que el tratado de Basilea entre Francia y España, si es que puede llamarse sacrificio la cesión de la parte

---

década del siglo XVI), era preciso atajar el mal que amenazaba".

Rodríguez Demorizi, E., *obra citada, Informe de la Comisión de Investigación de los EE. UU. de A. en Santo Domingo en 1871, pág. 428:* "Sí, señor. Los negros de aquí se llaman "blancos" y llaman a los haitianos "negros".

Romero, Fernando, *El Negro en Tierra Firme durante el Siglo XVI,* Boletín de la Academia Panameña de Historia, da cuenta de que en determinado momento se prohibió la importación de negros rebeldes, indicándose entre ellos a los minas y a los jelofes, quienes, como ya se ha visto, fueron los autores de la primera insurrección de 1522.

Otte, Enrique, *La Expedición de Gonzalo de Ocampo,* revista Estudios Americanos, contribuye también a señalar la preocupación de los colones cuando cuenta que Álvaro de Castro, arcediano de Santo Domingo, en carta del 26 de marzo de 1542, escribió al rey "que se pusiese remedio en los negros, que hay muchos, que creo yo pasan de 20,000 a 30,000 negros los que hay en esta isla, y no hay en toda ella 1,200 vecinos que tengan haciendas en el campo y saquen oro, a quien o tengo vecinos, porque hay muchos de ellos alzados..."

española de la isla de Santo Domingo, tierra ya de maldición para los blancos y verdadero cáncer agarrado a las entrañas de cualquiera que sería su dueño en adelante. Nuestros principales colonos la tenían ya de hecho abandonada: su posesión era una carga y un peligro continuo; muchas poblaciones y parroquias habían sucumbido por la dura necesidad al poder anárquico de los negros y mulatos... Lejos de perder, ganamos con quitarnos los compromisos que ofrecía aquella isla..."[85] El complejo blanqueador es de neto origen colonial. El empeño de los estamentos híbridos "para incorporarse a la esfera de los blancos" arranca, por supuesto, de la plena colonia[86]. En aquellos años, "mucho dependía del color de la piel, facciones y estado económico"[87] y la situación restrictiva resultaba, como ya se ha dicho, más aguda para los negros y mulatos, respecto de los cuales los indios y mestizos eran considerados socialmente superiores.[88]

El hecho de que el elemento biológico femenino del mestizaje perteneciera al africano o al amerindio agravaba la condición del híbrido, puesto que, conocido el estado de inferioridad jurídica y social de la mujer de aquellos tiempos, los hijos mezclados de ésta quedaban bajo el peso del doble gravamen del color y de la desigualdad entre los sexos. Aparece como cierto que el pequeño número de mujeres españolas fue en algún momento un factor de cierto valor en "la fusión de razas por uniones mutuas", pero no durante mucho tiempo[89]. Hacia fines de la era colonial las mujeres representaron solo el 10% de la inmigración europea[90] y la ilegitimidad fue siempre "una

---

[85] Lepelletier de Saint Remy, M. R., *obra citada, pág. 48,* donde el autor complementa las estadísticas de Sánchez Valverde de finales de siglo XVIII, al señalar que "otros documentes nos permiten descomponer (la población) así: aproximadamente 25,000 blancos, de raza española pura; 15,000 africanos y 73,000 de sangre mezclada", lo que coincide casi exactamente con lo transcrito de D'Alaux en la anterior nota 84; *pág. 53:* el autor trae una nota según la cual el historiador Robertson afirma, en el tomo IV de su *Historia de América* que la mezcla de razas era tan completa en la colonia española que, en Santiago, el gobernador era el único blanco (hacia 1762).

Guillermina,. Guilbert, *ol'Va citada, pág. IV* del Apéndice: el autor expresa que "daría trabajo encontrar en toda la parte del este, des familias en las que la mezcla de razas no haya dejado huellas indelebles". Acaso el estadístico más precioso y honesto fue López Villanueva, quien estimó las siguientes proporciones étnicas dominicanas hacia 1865: un total de cerca de 100,00 almas, de las cuales "5/8 son pardos, 2/8 morenos, 1/8 blancos". Rodríguez Demorizi, E., *obra citada, Invasiones Haitianas, pág. 276.* Guy-Josep Bonnet apreció la población de la parte este de la isla en 1822 en 100,000 habitantes, "cuyos nueve décimas partes son de nuestro color".

[86] Marrero Aristy, Ramón, *obra citada, tomo I, pag.* 183.

[87] Haring, C. H. *El Imperio Hispánico en América,* Edifiones Peuser, Buenos Aires, 1958, *pág. 250.*

[88] *Ibidem, pág. 256.*

[89] *Ibidem., pág. 253.*

[90] *Ibidem, pág. 256.*

fuente de proliferación de mestizos y el concubinato llegó a ser y continuó siendo costumbre general". Debe colegirse que aun los híbridos nacidos de hembras europeas quedaban sujetos a la presión social.

El rango de inferioridad que correspondía al mulato en la escala social de la colonia tuvo manifestaciones significativas en el Brasil. En algún momento colonial las leyes situaron al mulato brasileño en la última clase, aun debajo de los negros. "Un brasileño presumirá de su sangre indígena, nunca de su sangre negra". En el inmenso país suramericano no se produjo el tipo síquico *blanco de ia tierra y* el empeño o la aspiración étnica se manifestó no sólo en función de *arianización,* sino también —y primero— en función de mestizaje de blanco e india. Hay mulatos en el Brasil que dicen: —"Nosotros los caboclos (mestizos de blanco e india)". Contrariamente a lo sucedido en Cuba, en el Brasil, lo mismo que en La Española, existió el predominio colonial cuantitativo del negro, pero en proporción mucho menor que en Santo Domingo. Por otra parte, la presencia del amerindio en el país suramericano significó y significa el rasgo distintivo entre las situaciones brasileña y dominicana. En 1798 la estadística arrojaba 1.010.000 blancos, 1.361.000 negros, 221.000 mulatos, 406.000 libertos y 250 indios tabulados en el Brasil. En 1835 las proporciones en el mismo país eran de 843.000 blancos, 1.987.500 negros, 648.000 mestizos, mulatos y zambos; y 300.000 indios tabulados. Pero, en 1872, decaída ya la trata, las relaciones cambiaron radicalmente: 38.1% de blancos, 42/2% de mulatos y 19.7% de negros. Dieciocho años después el predominio blanco, por lo menos nominal, se expresaba así: blancos 44.0%, mulatos 41.4% y negros 14.6&. A mediados del siglo XX la mayoría blanca alcanzaba a 61.7% frente a 26.5% de mulatos y 11.0% de negros, según el censo nacional. (Para Rosenblat, en la misma fecha —1950— los porcentajes eran: blancos 56.9%, negros 13.3% y mezclados 29.4%). Es innegable que, gracias al empeño de *arianización,* muchos mulatos blanqueados fueron registrados como blancos. Mas, lo cierto es que la estructura étnica del Brasil hubo de alejarse de la dominicana debido, fundamentalmente, al hecho de que, tras haber recibido durante mucho tiempo una considerable afluencia africana, la inmigración europea en casi medio siglo —de 1872 a 1920— ascendió a la muy considerable cantidad de 3.200.000 sujetos, sin incluir la también apreciable inmigración japonesa. Mas precisamente, de 1884 a 1953 ingresaron en el Brasil 1.465.162 italianos, 1.174.794 portugueses, 623.184 españoles, 244.955 japoneses y 195.510 alemanes.[91]

En Haití la estructura étnica, comparada con la dominicana, ofreció —y ofrece, desde luego— diferencias fundamentales. El hibridismo no se realizó en mayor escala y el predominio numérico del negro ha sido un hecho contundente en toda la historia. La estadística de 1754 indicaba 14.000 blancos, 172.000 esclavos y 4.000 mulatos. En el mayor auge colonial —hacia 1790—, la situación revelaba una abrumadora mayoría negra: blancos 31.000, esclavos 500.000 y libres de color 24.000. No existen, pues,

[91] *Ibidem, pág. 250.*

aristas de contacto entre las distribuciones étnicas haitiana y dominicana como consecuencia tanto de la menor disposición francesa al hibridismo como de la prosperidad colonial que mantuvo el deslinde entre los elementos integrantes blanco y de color, sobre la base de un régimen esclavista, rígido e implacable. La riqueza de Saint Domingue redundó, por otro lado, en la selección física del africano importado, desde el momento que la economía floreciente ele los plantadores estuvo en condiciones de elegir las mejores piezas de ébano por su origen y sus rasgos personales, pagando los más altos precios. El negro de Costa de Oro mereció generalmente la preferencia de los colonos franceses tanto por su adaptabilidad al medio como por su activa fortaleza. Seguíale el llamado congo de Angola, pero sobre todo se atendía cuidadosamente la procreación del negro nativo, quien merecía la preferencia de los colonos en comparación con el bozal. De igual modo, el plantador francés podía exigir y escoger las piezas más sanas y jóvenes. Como genuinos de Costa de Oro se tenía a los de Cap Laou y a los arada. Herkovitz afirma que gran proporción de los negros haitianos son de origen dahomeyano.

Es lógico que de todo ello resultase una población negra fuerte y sana. Sin embargo, el poderío naval británico y su hegemonía a lo largo de la costa africana permitió a los ingleses escoger en sus asientos a los mejores esclavos y mandar vender en otros mercados los no seleccionados. De todos modos, todavía el negro haitiano asombra por su fortaleza como trabajador y por su infatigable resistencia, no obstante el régimen de miseria que ha agobiado su existencia. Sólo un negro vacunado, adaptable, libre de epilepsia ("mal de caduc") y de males venéreos fue capaz de soportar tan duros rigores y dejar una descendencia capaz de rendir un trabajo agotador sobre la base de una subsistencia mínima. Por lo demás, gracias a la mayoría étnica negra la comunidad haitiana ha logrado mantener la unidad de raza y el sentimiento de nacionalidad de que carece la comunidad dominicana.

El cuadro general antillano exhibe, desde el punto de vista étnico, las siguientes características: año 1950, blancos, 555.200 (gracias al predominio del blanco criollo de Cuba), negros 5.570.000 (debido principalmente al predominio del negro en Haití y Antillas británicas), mulatos 4.024.000 (integrados en su gran mayor parte por la masa demográfica dominicana y, muy subsidiariamente, por la población mulata regresiva o estacionaria de las Antillas francesas), mestizos 50.000 e indios 800.

Las referencias comparativas deben incluir las últimas estadísticas de tres comunidades que se distinguen definidamente de la colectividad dominicana, no obstante algunos rasgos superficialmente comunes. Venezuela, según el censo de 1950, blancos 1.872.720 (incluye ya la gran inmigración europea de posguerra), mestizos 1.500.000, mulatos 1.500.000, indios 98.823 y negros 120.000.

En Colombia, año 1950, la estructura se presenta así: blancos 3.013.280, mestizos 5.179.600, mulatos 2.477.120, negros 440.000 e indios 150.000.

Honduras británicas (Belice) exhibe la siguiente distribución (año 1946): negros

22.693, indios 14.142 (incluidos 4.112 caribes negros), mezclados 18.360, blancos 2.329 y asiáticos 1.544.

En el caso específico de Haití es de recalcar la tendencia blancófila del mulato en el curso de la historia. Políticamente el mulato reemplazó al plantador francés en las expresiones del poder y en detrimento de las grandes masas negras. La desaparición del blanco y la relativamente exigua procreación de mulatos durante la colonia, lo que significó el predominio cuantitativo de la masa negra, no permitió el desarrollo de una *mulatizarion* semejante a la dominicana. No se creó en Haití el puente del complejo desde la ribera negra a la blanca. La identificación del mulato con el blanco es característica de la historia haitiana y sus manifestaciones resultaron más notorias y explosivas debido a la circunstancia del carácter racial de las luchas de emancipación e independencia.[92]

El hecho según el cual en las uniones matrimoniales de la élite no existe "una amplia disparidad del color"[93] explica suficientemente que el proceso de *mulatización* es virtualmente inexistente y de reducidísimo radio de acción, toda vez que opera a manera de un círculo vicioso entre individuos de la clase alta o entre una mujer de ésta y un hombre prominente de la nueva clase media. Esta clase media, que comienza a bosquejarse en Haití durante los últimos años, lleva implícito un proceso lento y moderado de *desafricanización.*[94] Trátase de un estamento residual entre la burguesía mulata y las masas negras y conlleva, claro es, un discreto y tímido hibridismo. Esta clase media que se forma en Haití "es generalmente de sangre mezclada, aunque predomina en ella la estirpe negroide"[95]. Estos autores la clasifican como "marrón", para distinguirla del clásico segmento mulato haitiano cuyos miembros son por lo general de color muy claro, casi blancos. De lo anterior se desprende que, hoy por hoy, están vigentes en la república negra de América dos pequeños grupos mulatos: el tradicional bastante blanco, que rehuye y previene el cruce con elementos negros, y el moderno, casi negro, que acrecienta sólo muy lentamente su *arianización* y que necesitará de un largo período de endogamia para lograr su fusión paulatina con el primero. Ambos grupos mulatos son, desde luego, rivales económicos y políticos.

Mientras la estructura etnodemográfica haitiana presenta esa realidad, en la República Dominicana se ha venido consolidando progresivamente la abrumadora mayoría mulata. Las últimas estadísticas confirman, aunque incompletamente, esa evidencia. Decimos incompletamente porque la realidad etnodemográfica del país es todavía más acentuada que la expresada en las cifras del censo. La tendencia a registrar como blancos a habitantes incuestionablemente mulatos, tanto por la propia declaración

---

[92] Debuyst, Federico, *obra citada.*

[93] Winglield, R. and Parenton, Vernon J., *Class Structure and Class Conflict in Haitian Society,* en la revista "Social Fores", March, 1965, *pág. 838.*

[94] *Ibidem*, *pág. 340.*

[95] *Ibidem*, *pág. 338.*

del empadronado como por la generosamente utilitarista decisión de los empadronadores, desfigura, desde luego, la realidad evidente. El censo de 1935 arrojó una población de 1.479.417 habitantes, distribuidos así:

blancos 13.0 negros 19.5% mulatos 67.5%

El porcentaje de mulatos es innegablemente aun mayor. En 1950, según Rosenblat, la población ascendió a 2.121.083 habitantes, con las siguientes proporciones:

blancos 13.2% negros 16.2% mulatos 70.7%

de donde aparece desprenderse un aumento del estamento mulato en detrimento exclusivo del negro, mediante la comparación con los resultados de 1935. La lógica, confirmada posteriormente por las estadísticas más recientes, como veremos, enseña que el aumento de la mayoría mulata debe realizarse tanto en detrimento del sector blanco como del negro. Ahora bien, los resultados del censo oficial de ese mismo año —1950— son los siguientes: población total 2.135.872, comprendiendo las siguientes poroporciones:

blancos 28.1% negros 11.5% mulatos 70.7%[96]

Los amañamientos de la tiranía trujillista trataron do adulterar incluso el verdadero color de la comunidad dominicana, puesto que al déspota le complacía lo que para el régimen significaba el presunto progreso blanqueador de la población.[97]

Pero, las más recientes cifras anuales revelan indirectamente una composición más próxima a la realidad. Veamos:

Nacidos vivos legítimos	*1960*	*1961*
de padre blanco	3.627	3.296
de padre negro	1.069	1.105
de padre mulato	36.449	35. 060
de madre blanca	3.486	3.372
de madre negra	963	470
de madre mulata	36.702	35.022
hijos blancos	4.040	3.422
hijos negros	2.088	2.244
hijos mulatos	21.892	21.058

[96] *Ibidem, pág. 343*

[97] Resulta incongruente, por no decir estúpido, estimar que la *mulatización* se realiza en detrimento exclusivo del negro y no del blanco también. Trátase, como hemos apuntado antes, de la tendencia a forzar el blanqueamiento mediante la presentación de censos hipertrofiados en cuanto al grupo étnico blanco.

Defunciones	*1960*	*1961*
blancos	3.034	2.705
negros	2.088	2.244
mulatos	21.892	21.058[98]

Aparte de las conclusiones étnicas es extraordinariamente curioso observar el resultado diferencial entre las defunciones de 1960 y 1961: siete meses sin Trujillo significaron algo más de 1.000 defunciones menos.

Pero, donde se obtiene la expresión de la tendencia progresiva de la *mulatización* es a través de las estadísticas matrimoniales, a saber:

Matrimonios	*1960 (total: 10.813)*	*1961 (total: 10.137)*
blanco con blanca	561	535
blanco con negra	7	9
blanco con mulata	535	454
negro con blanca	16	18
negro con negra	86	83
negro con mulata	104	107
mulato con blanca	614	655
mulato con negra	42	50
mulato con mulata	8.844	8.219[99]

(República Dominicana, Estadística Demográfica 1960 y 1961).

[98] Efectivamente, para la sicología dictatorial de Trujillo la exhibición de una mayor proporción de gente blanca representaba un signo positivo dentro del cuadro general de decantado progreso del país durante los treinta años de tiranía absoluta.

[99] Dirección General de Estadística y Censo, República Dominicana, Estadística Demográfica 1960 y 1961.

De las informaciones anteriores deduciremos los siguientes índices de mulatización progresiva:

Mulatización progresiva 1960

7 más 535 más 16 más 614, o sea, 1.172 matrimonios *arianizantes.*

Mulatización progresiva 1961

9 más 454 más 18 más 655, o sea, 1.136 matrimonios *arianizantes.*

Los índices de mulatización regresiva son los siguientes:

Mulatización regresiva 1960

104 más 42, o sea, 146 matrimonios *africanizantes.*

Mulatización regresiva 1961

107 más 50, o sea, 157 matrimonios *africanizantes.*

El proceso de *mulatización* queda verificado, por consecuencia, así:

Matrimonios mulatos	10.162	9.512
Matrimonios blancos	561	535
Matrimonios negros	86	83

Se inclinaban negros y mulatos a recorrer el camino de la decoloración por vía más expedita que la generacional. Brebajes y unturas se procuraban — y procuran— para romper la barrera del color. No olvidaremos cuando, adolescentes apenas, supimos de las transformaciones que trataban de alcanzar en Haití mediante la albinización rápida que parecía conferir la ingestión de la semilla del *roiri.* Un anciano haitiano recorrió la isla mostrando su inusitado albinismo supuestamente producido por la ingestión del citado vegetal.

Pero, dejemos mejor la palabra a Fernández de Oviedo para entender mejor la incidencia del complejo del color desde los mismos albores de la conquista de la Española: "... las indias desta isla (nuestra Española), algunas dellas que se atreven a padescer por parescer mejor, como han envidia de ver a las mugeres de España blancas, toman las rayces del guao o ásanlas; e después que están muy asadas e blandas, tráenlas entre las palmas buen rato frotándolas, e en medio raya, o hácenla tornar como pasta de engüente: e con aquello úntanse la cara e pescueco e todo lo que quieren que les quede blanco, e sobre aquello ponen otras unciones de hierbas e cumos confortativos, para quel guao no las ase vivas o lo puedan comportar; e a cabo de nueve días quítanse aquello todo e lávanse, e quedan tan blancas que no las conoscerán, segund están mudadas e blancas, como si nascieran en Castilla".

V
COMPLEJO, INSULARIDAD, DESVINCULACION TELÚRICA

"Esos insulares, para quienes África es la verdadera patria, morirán tal vez de hambre en el país más fértil del Universo."
Maximiliano Robespierre.

El proceso de formación del pueblo dominicano se vio dirigido por una condición primordial: la pobreza en todas sus variadas manifestaciones. La primera colonia de América cayó rápidamente en la parálisis y el marasmo y quedó cada vez más apartada de las vías nerviosas del Nuevo Mundo, a medida que perdía su relativo valor de estación marítima. Llegó incluso a carecer de significación alguna para el gobierno imperial, porque, enclavada y rodeada de las demás Antillas mayores, su posesión para España careció de trascendencia.[1] La mala fortuna de la incrustación de los aventureros internacionales que persistieron en fijarse en puntos de sus costas del noroeste y del oeste, contribuyó a la creciente falta de interés de parte del gobierno metropolitano, el cual, insuficiente para conducir una administración homogénea en el vastísimo imperio, no se mostró en ningún momento empeñosamente decidido ni suficientemente capaz para luchar por sus posesiones insulares, desprovistas de recursos metálicos, cuando su autoridad exclusiva fue desafiada. La pérdida de Jamaica, de la parte occidental de La Española y de otras Antillas menores que pasaron a pertenecer a otras potencias europeas demuestran que el disperso imperio no tenía la misma resistencia defensiva en todas sus regiones, ni el poderío marítimo, tras la destrucción de la Invencible Armada, para sostener la retención de las posesiones insulares hasta más allá de ciertos límites. El dominio de Cuba y Puerto Rico, posesiones de mayor valor estratégico, hacía poco menos que accesoria la tenencia de Santo Domingo, cuyo valor estratégico estaba reducido a una mera significación

[1] Zapatero, *Juan Manuel, La Guerra del Caribe en el Siglo XVIII,* Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1965. Este exhaustivo estudio de la situación militar del Caribe en el siglo XVIII demuestra la pérdida del valor estratégico de La Española en el mundo colonial americano. Prácticamente Santo Domingo no contaba ya en los planes de la estrategia universal. Cuba, Puerto Rico, Trinidad y Jamaica habían pasado a ocupar la primera línea en los cálculos políticos y militares del Caribe en relación con las áreas adyacentes.

decorativa para quienes poseyeran con ahínco y firmeza las dos islas situadas a ambos flancos. Así se explica la desaprensión mostrada en el curso de la historia por el trono de Madrid respecto de La Española.

La flaca defensa de la isla frente al comercio ilícito y ante el establecimiento de la incipiente colonia francesa son signos de la indisposición hispana para disputar la posesión de la inicial colonia.[2] El valor económico de las Antillas carecía de interés para el mercantilismo español una vez puestos al descubierto los filones minerales de la tierra firme. Para un genio tan poco dado a las lucubraciones estratégicas como el ibero, poco representaba la enclavada ínsula, productora potencial, por lo demás, de una agricultura común a los demás territorios tropicales que aunaban a la misma perspectiva agrícola el valor metálico y un mayor interés militar. La historia lo atestigua de manera incontrovertible: La Española fue moneda de trueque para las negociaciones posbélicas y aun la servil obsesión españolista de sus pobladores resultó inconsecuentemente reciprocada por la abulia oficial del trono. No puede sorprender, por consecuencia, que en 1795, a propósito del tratado ele Basilea, la corte de Madrid entregase a Francia la isla entera, ni que a la Reconquista de 1808, llevada a cabo por iniciativa de la población española de la isla y de las gobernaciones de La Habana y San Juan, siguiese el período de la España Boba, ni que la anexión a la Gran Colombia en 1821 careciese de reacción recuperadora, ni que jamás disputase a Haití la anexión de 1822 a 1844, ni que la propia anexión pactada por Isabel II y el general Santana en 1861 fuera tan fácilmente deshecha por las mismas autoridades metropolitanas en 1865.

No demostró el reino similar desprendimiento respecto de Cuba y Puerto Rico, donde resistió fuertemente no sólo los fermentos internos, sino también las pretensiones exteriores.

De manera que la escasa importancia de La Española por la ausencia de riqueza mineral y, luego, por su carácter meramente accesorio como estación marítima a la zaga de La Habana y de San Juan, agravadas ambas condiciones por las cabeceras de playa logradas por bucaneros y piratas en sus costas noroccidentales, promovieron la rápida decadencia de la primada de América y sumieron a su población en la inercia de la vida vegetativa, en el raquitismo demográfico, en la máxima pobreza.

Aparece contrastante el hecho del auge acelerado y vigoroso que tomó la diminuta colonia francesa de Saint-Domingue, plantada entre abruptas montañas, con mucho

[2] La desidia y el escaso interés demostrado por el trono de Madrid en cuanto a desalojar de las costas de la isla a bucaneros y filibusteros resultan anonadantes vistos retrospectivamente. Tras palúdicos esfuerzos insostenidos, el régimen metropolitano, hostigado por los gobernadores insulares, quiso, más que resolver un problema, ponerle fin a tantos lamentos y quejas mediante la despoblación drástica de las costas setentrional y occidental de la isla. De esa época parte la principal anomalía que ha venido descalabrando la historia dominicana: la presencia de dos estados sobre una isla de 30,000 millas cuadradas.

menos territorio apto para el cultivo, hasta llegar a convertirse en la primera colonia del mundo imperial del siglo XVIII, a la vera de la posesión paralítica que se sumergía, sobre la misma isla, bajo el peso de la desidia y la pasividad, propicia al pánico, sin vigor popular, profundamente sumisa, amaestrada, servil, femeninamente asida a los faldones indiferentes de la madre patria.

Pero la pobreza y la inercia no fueron atributos propios de la comunidad española de Santo Domingo. En otras áreas coloniales la situación no fue más estimulante. Costa Rica y las demás regiones que integran la América Central llegaron a rastras a la independencia política, empañadas por el sopor vegetativo, igualmente despobladas e idénticamente desasistidas. Allí la mezcla humana se concretó al cruce de españoles y amerindios, con excepción de algún sector de la costa nicaragüense donde la presencia africana participó en la formación de una reducida población de zambos y mulatos.

Los primeros cruces entre colonos y esclavos en La Española tuvieron lugar tan pronto se incrementó la trata de negros. El desnivelado número de mujeres europeas, el aislamiento colonial y geográfico, la ausencia de fuertes prejuicios discriminatorios entre andaluces, extremeños, castellanos y canarios; el libérrimo albedrío que campeó siempre en la posesión insular como resultado de los desafueros del primer grupo oligárquico y burocrático que poco caso hacía de los mandatos reales y, posteriormente, la indiferencia metropolitana respecto de la colonia intrascendente, lubricaron la *mulatización.* La decadencia económica que pronto cubrió la porción española de la isla, cuando ya contenía una suficiente población africana, imprimió un carácter doméstico o rudimentariamente agrario a la esclavitud vernácula, lo que contribuyó a promover el mayor acercamiento entre amos y siervos. Más tarde, las incursiones haitianas, hasta culminar en la unificación de la isla de 1822 a 1844, aceleraron el ritmo del hibridismo, virtualmente inexistente como fue siempre la inmigración europea desde que el país dejó de ser punto de atracción para extranjeros. Negativamente al mismo fin propendió la fuga de familias negrófobas[3] y el nuevo auge de la caña de azúcar a partir del último tercio del siglo XIX, promovedor de reiteradas afluencias de haitianos y afroantillanos británicos. Estas dos cepas raciales forman todavía, actualmente, las dos principales minorías extranjeras en el país.

El régimen de relativa familiaridad insular entre amos y esclavos apadrinó el desarrollo de la indiscriminación en el país, plausible y humanitaria cualidad del dominicano promedio. La indiscriminación, sin embargo, que hoy se ha fortalecido a raíz de la política del tirano Rafael L. Trujillo contra los círculos exclusivistas de la comunidad, no significó promiscuidad social ni, mucho menos, supresión clasista. El número de pobladores blancos pobres —los pequeños blancos— era considerable, pues los co-

[3] Oliver, Lord, *White Capital and Colored Labour, The Hogarth* Press, London, 1929, *pág. 79.* "La negrofobia es una mayor fuente de peligro en las comunidades híbridas" —afirma el autor.

lonos económicamente pudientes constituyeron siempre una reducida minoría colonial y aun republicana, compuesta primordialmente de terratenientes y ganaderos. La burguesía comercial sólo empezó a esbozarse a fines del siglo XIX. El cuadro general de raquitismo económico sirvió de adecuado escenario al hibridismo entre peones blancos y esclavos negros, sujetos económicamente asimilables.[4] La escasa densidad de población fue asimismo un factor geodemográfico favorable. La escasez de numerario y el aislamiento de los dispersos núcleos de población no permitían al hombre criollo un radio de acción selectivo más allá de ciertos límites en cuanto a las necesidades sexuales. El amancebamiento entre blancos y negras o pardas se convirtió en solución rigurosa.

Es posible precisar el ritmo del progreso de los cruces étnicos dentro de las diversas regiones de la geografía insular. La zona fronteriza, por razones obvias, y el sur y el este del país se hicieron verdaderos emporios de mulatos. El Cibao, región montañosa y central, exhibió un índice inferior de mezclas.

Hasta recientemente algunas localidades cibaeñas mantuvieron un predominio de pobladores blancos más o menos desprovistos de trazas negroides evidentes. Mas, hoy, la *mulatización,* como proceso, cubre todo el territorio nacional y localidades que alguna vez exhibieron una leve proporción de gente de color se hallan hoy tan teñidas como las que gozaron de mayor fama de poblados híbridos.

Las migraciones internas, empujadas por la escasez económica, contribuyeron por su parte a extender el hibridismo y a romper los residuos discriminatorios y exclusivistas que pudieron alojarse en algunos puntos del territorio. La realidad se mostraba tan intensamente uniformadora que aun los escasos inmigrantes europeos abandonaron sus posibles escrúpulos raciales para incorporarse a la olla del hibridismo. La línea del color, virtualmente inexistente, no fungió de tabique divisorio. Las castas de exclusivistas funcionaban por la herencia de la ubicación social familiar y, más accesoriamente, por la posición económica. La descendencia generacional llevaba consigo la pertenencia a un determinado estamento. Los ascensos en la escala social no fueron sucesos frecuentes, como tampoco lo fueron los descensos. El desgaste económico o la ruina más o menos violenta no repercutía en la clasificación de las familias de primera, de la misma manera que el golpe de fortuna no contribuía a encumbrar a los grupos de segunda o de tercera. Las clases, pues, conservaron su valoración económica no importa el rango social que ocupasen sus integrantes.

Las contiendas defensivas contra los vecinos del oeste y contra las tropas hispanodominicanas de 1863 a 1865 también propiciaron la *mulatización.* Lo mismo sucedió a través de las revueltas y asonadas. Negros y pardos ascendieron a posiciones sobre-

[4] Bastide, Roger, *obra citada, pág. 45.* El profesor Bastide afirma que la tasa de reproducción entre los negros ya residentes, lo mismo que respecto de los mulatos, es muy variable. En determinado momento ha sido una tasa negativa en tanto que posteriormente ha sido positiva. También parece variar según las regiones.

salientes con la misma rapidez que el blanco, y el barniz épico, que en todas partes y siempre ha lubricado las prerrogativas sexuales de las montoneras, contó con especial vigencia donde la *arianización* de los coroneles y sus secuaces les impulsaba a escoger a las hembras para el cruce.

Podría creerse que la democracia del color contuvo los impulsos de la *arianización* y que, sin mayores cortapisas ni zanjas divisorias, negros y mulatos descuidaron su propensión al blanqueamiento de la piel. No sucedió así. El gusto de empalidecer, la fuerza del *blanqueo,* la tendencia a *arianizarse* se hizo más bien irrefrenable ante tan propicias ocasiones de un ambiente donde no se interponían mayores obstrucciones.[5] La carrera hacia el blanco cobró más velocidad y amplitud[6] sin la necesidad de guardar las inhibiciones que en otros medios limitan el hibridismo por propia iniciativa del marginado racial. Ante la ausencia de sanciones y desaires el individuo de color vio el camino abierto hacia la *desafricanización,* perspectiva que se hizo más ancha y expedita para quien ya en sí mismo había iniciado somáticamente el proceso de blanquear.[7] Fueron, por tanto, las primeras generaciones mulatas las que se encargaron de obrar como puntas de lanza en pos de la dilución de la negrura y, consecuentemente, de la *desafricanización* del criollo presuntamente blanco. De la necesidad de *arianizarse* derivaba el inevitable oscurecimiento del cada vez más minoritario estrato sensiblemente blanco. Lo que el cruce retardaba o no regalaba con la presteza apetecida, se encargaban los recursos cotidianos de promoverlo siquiera en apariencia. El desrizamiento del cabello, el retrato más blanco, la alquimia del cosmético y otras tantas apelaciones estaban a la mano del individuo en proceso de *arianización.*

Esa blancofilia del negro zarandeado por la historia social y económica es sobre todo poderosa y arrolladora en el mulato.[8] El negro, más distante y antagónico del blanco,

---

[5] *Ibidem, pág. 94.* La *desafricanización* era el único medio de ascender en la escala social.

[6] *Ibidem, págs. 914* y *95.* "Los negros no son ciertamente místicos; su filosofía está, como se ha dicho alguna vez, más próxima a la de los anglosajones que a la de los asiáticos. Es una filosofía esencialmente utilitaria y pragmática, en la que lo único que cuenta es el buen éxito".

[7] *Ibidem, pág. 104,* donde afirma el autor que, en Brasil, la ascensión social era individual y progresiva, de conformidad con el alejamiento del origen africano o según el color de la piel, en favor de los más claros y en detrimento de los más oscuros, en beneficio de los que tenían el cabello lacio y en perjuicio de quienes lo tenían crespo.

[8] *Ibidem, pág. 106.* Las medidas discriminatorias, más acentuadas contra los negros y contra los mulatos oscuros que contra los mulatos claros, pero que a todos hacen sentir la inseguridad de su posición, da lugar entre los discriminados a un prejuicio contra el negro aun mayor que el que pudiera sentir un blanco. De ahí nace en los mulatos, más que en los negros puros, un complejo de inferioridad o de "marginalismo".

UNESCO, *Le Racisme devant la Science,* Gallimard, París, 1960, *pág. 397,* donde se afirma que el hecho de que al mulato se le asimile eventualmente al negro contribuye asimismo a la formación del complejo. Por otra parte, el número de mestizos influye sin duda alguna sobre su situación social. La virtual esencia de discriminación racial en Santo Domingo debe gran

parte de su vigencia a la mayoritaria condición de los mulatos. Bastide, Roger, *obra citada, pág. 105.* A propósito de indiscriminación, Bastide explica que el paternalismo, "contrariamente a lo que algunos piensan, no es el signo de una ausencia de prejuicios, ya que la selección se hace según el color de la piel". Por lo demás, "...las medidas discriminatorias no están en contradicción con el paternalismo, sino que constituyen, por lo contrario, su contrapartida obligatoria".

Myrdal, Gunnar, *An American Dilema,* Harper & Row, New York, 1962, *pág. 105.* En Estados Unidos de Norteamérica, afirma Myrdal, el radicalismo de la discriminación obstruye la blancofilia del mulato. Mas, en los medios donde la discriminación es prácticamente inexistente o sólo tiene manifestaciones leves, la blancofilia del mulato cobra todo su vigor, ya que respecto de él, la discriminación es virtualmente inexistente. Por eso —concluimos— en Santo Domingo la virtual indiscriminación facilita la *arianización,* pues al mulato se le considera mulato (y no negro como en Estados Unidos de América). Los sectores blancos menos expertos, es decir, menos ilustrados, son los que menos distinguen al mulato del negro, según la apreciación de Herskovits, citado por Myrdal; *pág. 125,* donde el autor informa que, aun en Estados Unidos de Norteamérica, las relaciones sexuales entre blancos y negros, durante la colonia, se desarrollaron más bien libremente y los primeros híbridos aparecieron temprano. Es natural entender cómo, en lugares corno Santo Domingo, donde la discriminación ha estada reducido al mínimo, la mezcla ha tenido lugar en medio de la mayor soltura. La opinión de Myrdal es que, "cuando la primera generación mulata hizo acto de presencia, ella sirvió como un nuevo estímulo para las relaciones entre negros y blancos, desde el momento que las mujeres mulatas eran preferidas, como objetos sexuales, a las negras puras". Asimismo es históricamente evidente que tanto los blancos pobres como los blancos pudientes participaron en la mezcla con el negro. En el blanco pudiente por la ya citada explosión sexual, en tanto que en el blanco pobre por razones de ubicación social y económica. La elaboración del mulato no fue prácticamente coartada ni aun por los impedimentos legales, ya que en el caso de que éstos hayan regido alguna vez las relaciones sexuales entre blancos y negras pasaron a ser de carácter ilícito, pero no menos frecuentes; *pág. 126.* Myrdal, haciendo uso de las experiencias ajenas, precisa que, aun en Estados Unidos de Norteamérica, "ninguna mujer negra bien parecida y particularmente si es mulata, deja de experimentar las molestias de los blancos". Más aun, señala el hecho de que las primeras experiencias sexuales del blanco norteamericano en las zonas de apreciable población negra, han tenido lugar con mulatas y negras. Para Myrdal, en fin -y aludimos ahora a nuestra anterior afirmación de cómo las contiendas en la isla favorecieron la mulatización-, las guerras constituyen un poderoso propagador del hibridismo: *pág. 129,* donde cita el autor a Caroline Bond Day para señalar las tentativas que realizan los mulatos de 1/4 y 3/8 de sangre negra para pasar por blancos. Algunos de los mulatos más oscuros llegan incluso a hacerse pasar por filipinos, españoles, italianos o mexicanos; *pág. 131.* Myrdal refiere cómo negros y mulatos oscuros tienden a tomar por esposas a mujeres mulatas más claras; y, *pág. 696,* da cuenta de que los mulatos norteamericanos trataron de alejarse cada vez más de los esclavos y aun de los negros libres pero muy humildes; *pág. 699,* donde el autor apunta el hecho de que si el mulato norteamericano acepta la evaluación racial, él se clasifica como superior a los negros y a los mulatos más oscuros, pero inferior al blanco, aludiendo también a los casos de mayores problemas de personalidad entre los negros y mulatos más oscuros en comparación con los más claros.

se mira desde luego impedido en cierta forma para la aproximación somática. No sólo puede verse escépticamente alejado sino irremisiblemente impotente en cuanto a transformar siquiera momentáneamente sus características visibles, objetivas. Pero el mulato tiene ya camino andado y si ha sido favorecido por los saltos de la herencia y los sobresaltos de la naturaleza, sus posibilidades de acercamiento y confusión crecen razonablemente, sobre todo cuando cuenta con la complicidad del trópico y sus rigores homogeneizantes. De tal modo, sus esfuerzos se hallan estimulados para el último avance igualitario que redundará, además de en beneficio propio, en segura utilidad para sus descendientes.[9]

---

[9] Fanón, Frantz, *Peau Noire, Masques Blancs,* Editions du Seuil, París, 1952, *págs. 27 y 28* donde el autor acepta el complejo racial: "Hemos empleado temprano el término narcisismo. Efectivamente, pensamos que sólo una interpretación sicoanalítica del problema negro puede revelar las anomalías efectivas responsables del edificio del complejo; *págs. 40 y 41.* El antillano francés protesta porque le asimilan al negro y piensa que está más evolucionado que el africano por el hecho de estar más próximo al blanco. Más aun, dentro de Jos mismos antillanos se observan discriminaciones en ese sentido, como ocurre respecto a los martiniqueños que protestan porque los guadalupeños se hacen pasar como oriundos de Martinica. Piensan los de esta última colonia que aquéllos están más lejos del blanco que ellos; *pág. 58.* Fanón llama "lactificación" a la *arianización.* Explica, que todos los martiniqueños consideran necesario blanquear la raza: "lo saben, lo dicen, lo repiten. Blanquear la raza, salvar la raza, pero no en el sentido que podría suponerse: no preservar la originalidad de la porción del mundo en el seno de la cual han crecido", sino asegurar su blancura. Afirma que toda antillana se esfuerza, en sus coqueteos y relaciones, en escoger al menos negro. Cuenta Fanon que muchas de sus compatriotas, estudiantes en Francia, le han confesado con candor que no se casarían con un negro. ("¿Salir del negraje para volver a caer en él? ¡Qué va!"). Afirma que no se trata de querer despojar al negro de todo su valor, sino que es mejor ser blanco. Reproduce la expresión de una estudiante martiniqueña en París: "Por lo demás, si Césaire reivindica tanto su color negro es porque se resiente de una maldición... En cada uno de nosotros hay una potencialidad blanca... Por mi parte, por nada del mundo aceptaría casarme con un negro"; *pág. 71,* donde el autor alude al caso del negro que, en pleno coito con una rubia, gritó en el momento del espasmo: "Viva Schoelcher!" (Schoelcher fue quien hizo adoptar por la República Francesa el decreto de abolición de la esclavitud) *págs. 78 y 79:* "En algunas personas de color el hecho de contraer matrimonio con una persona de raza blanca parece primar sobre toda otra consideración". Fanón cuenta que algunos antillanos no hacen más que pisar El Havre para dirigirse a los prostíbulos con el fin de sostener relaciones íntimas con una mujer blanca. "Una vez cumplido este rito de iniciación de la "auténtica" virilidad, toman el tren hacia París..." "En el sujeto de tipo negativo-agresivo la obsesión del pasado, con sus frustraciones, sus vacíos, sus fracasos, paraliza "el ímpetu frente a la vida".
Aguirre Beltrán, Gonzalo, *obra citada, pág. 70.* En Cuijla, la negrofobia, como en todo conglomerado mulato, es notoria. "Los negros completamente negros, de pelo pasita, son llamados *cuculustes,* porque son los más degenerados. Cuando se pregunta en qué consiste esta degeneración, contestan: "Es un decir, nosotros creemos que mientras más negro es un individuo está más degenerado, y mientras más blanco, menos degenerado..." "En contraste con

Nada como el problema capilar para expresar y resumir gráfica y patéticamente la cuestión mulata, por lo menos en cuanto concierne a la *arianización* física. El complejo del cabello es de tremendos alcances como signo de la agitación humana en las comunidades conformadas por blancos y negros y sus frutos variables y fluctuantes. La textura y flexibilidad del pelo visible resume con toda elocuencia la blancofilia del mulato.[10] No importa la delación o rebeldía de los demás rasgos somáticos. La expresión "pelo bueno" compendia en el país dominicano la cuestión mulata. "Tener el pelo bueno" significa en Santo Domingo el arribo a la meta de la *arianización* anhelada. Y ello es, por supuesto, el objetivo a lograr.[11] "Tener el pelo malo" representa, por consecuencia, un estado crónico de frustración, olvidado a veces, pero muchas veces lacerantemente presente. La situación se observa en su pleno dramatismo cuando se comprende cómo las leyes mendelianas y la presión del clima tropical determinan forzosamente la inexorabilidad de la insatisfacción. Con efecto, el porcentaje de "pelo malo" en el mulato, sobre todo en el mulato tropical, es incalculable e irremedia-

---

estos negros existen híbridos más *clavitos,* es decir, con un color de los tegumentos no atezado, con el cabello casi lacio y los restantes rasgos negroides poco acentuados, que reciben el nombre de *blanquitos*".

The Negro Digest, núm. de septiembre de 1965, *pág. 25,* publica una polémica entre el negro norteamericano John A. Williams y el africano Thomas O. Echewa, de Nigeria, en el curso de la cual éste último acusó a los estadinenses de origen africano de tratar continuamente de escapar de su origen, indicando que los negros de piel más clara generalmente se consideran superiores a los más oscuros e incluso se hacen practicar cirujía plástica para perfilar sus rasgos. Textualmente dice Echewa: "Francamente, no tengo mucha paciencia para con gente que está tratando de ser blanca, pero que no puede lograrlo",

Coulthard, G. R., *Race and Colour in Caribbean Literature,* Oxford University Press, London, 1962, *pág. 104,* donde el autor afirma lo siguiente: "En todos los antillanos el color o matiz de la piel es un inevitable factor en la formación de su sicología, aunque por supuesto, ellos pueden reaccionar de varios modos frente al hecho de la relación entre su color o matiz y una sociedad que está profundamente preocupada con tales cuestiones".

[10] Nesturj. M. F., *Las Razas Humanas,* Editorial Progreso, Moscú, 1964, *págs. 5 y 20,* donde el autor, tras afirmar que "...las razas son, en esencia, variaciones geográficas (territoriales) del tipo físico del hombre moderno surgidas en el curso de la historia", explica que el cabello del negro es de sección oval, rígido, crespo, en espiral, y que sale de la piel bajo un ángulo agudo y se tuerce antes de salir a la superficie, lo cual propicia la formación de anillos.

Thompson, Edgar T. and Hugues, Everett C, *Race,* The Free Press, Glencoe, 1958, *pág. 47.* En Estados Unidos de Norteamérica sólo la mujer negra se alisa el cabello "para disminuir su diferencia respecto de la mujer blanca..."; *pág. 115.* En Itá, ciudad brasileña donde existe en apreciables proporciones la integración de los tres grupos étnicos, no es el color de la piel sino la textura del pelo la que se usa para la clasificación racial.

[11] Heldane, J. B. S., *Hérédité et Politique,* Presses Universitaires de France, París, 1948, *pág. 84.* En el cruce de blancos y negros se observa que el color de los descendientes es intermedio, pero respecto del pelo hay predominio del carácter negro.

blemente mayor que el porcentaje de "pelo bueno".[12]

Lo cierto es que un mulato de pelo lacio, no importa que sus labios sean protuberantes y gruesos ni que su nariz apenas altere la silueta, es un ser en gran parte satisfecho. Como contrapartida, una comunidad que permanezca presa de insatisfacciones de semejante naturaleza, es la dislocada sede de la frustración caótica.[13] La sicopato-

[12] Montagu, Ashley, *obra citada, pág, 7.* La mutación de los genes del color de la piel es muy lenta, en tanto que la mutación de los genes de la forma del pelo es relativamente frecuente. Reed, Sheldon C., *Parenthood and Heredity,* Science Editions, New York, 1964, *pag.* 158, donde el autor, quien es director del Instituto Dight de Genética, en la Universidad de Minnesota, informa que ninguno de los niños que son destinados a la adopción tiene el pelo tipo pimienta, puesto que los mismos serían de muy difícil colocación en casas adoptivas. Algunos niños tienen el pelo "extremadamente ondulado" y, si no exhiben otro rasgo negroide, se tiene como norma que tales niños podrán pasar por blancos.

[13] Schwidetzky, Use, *Etnobiologia,*Fondo de Cultura Económica, 1955, *pág. 108.* "Es indudable que la influencia tipológica, física y caracterológica de los asimilados es tanto mayor cuanto más numerosos sean. A fin de hacer resaltar lo que con demasiada frecuencia se suele omitir en el análisis de los procesos históricos del espíritu, queremos señalar una vez más que detrás de tales cambios de carácter y esencia de los pueblos se encuentra un proceso biológico que actúa entre ellos; que no se trata sólo de una adopción espiritual sino también de la fusión biológica lo que modifican el estilo y duración de los pueblos"; *págs. 165, 166 y 167.* Se denomina etnomorfosis el cambio de carácter y el tipo de los pueblos y la autora afirma que "ningún otro proceso de la ciencia etnobiológica lo dirige lo espiritual tanto como la transetnización, en la que llega a hacerse casi imperceptible el ingrediente biológico. El efecto también repercute en una parte esencial de lo espiritual... La fusión con elementos extraños modifica la composición y esencia de los pueblos. El conjunto, las cualidades hereditarias de los que al principio eran extraños, al circular en el nuevo cuerpo étnico influye en la variabilidad de los rasgos físicos y psíquicos del grupo, desde las toscas apariencias externas del aspecto físico hasta las manifestaciones más finas del carácter y de las capacidades superiores del espíritu. Son incontables los ejemplos que podrían deducirse de cambios de tipo originados por fusiones étnicas". Tarea más complicada es la de comprobar cambios de esta clase en el carácter de los pueblos, aunque no se puede dudar de su existencia. "Hasta ahora, en este sentido no se ha podido pasar de los primeros intentos, pero diversas sugestiones dejan ya entrever la amplitud y la profundidad del campo de estudio en el futuro"; *pág. 149,* donde la autora define la transetnización como "un proceso psíquico individual, una transformación del sentimiento, en este caso del sentimiento de pertenecer a un grupo étnico determinado". Griéger, Paul, *obra citada, págs. 5 y 6.* Kardiner, citado por el autor, comparte la tesis de la vigencia de "una personalidad de base", que es una suerte de denominador sicológico común a todos los miembros del grupo sobre quienes se fijan los rasgos individuales. Es necesario analizar minuciosamente los rasgos del comportamiento étnico para deducir de ellos lo que podría servir a la definición del carácter de los grupos étnicos; *pag.* 13. "El *nosotros* se traduce por un conjunto de propiedades históricas, lingüísticas, culturales, pero comunes. A este conjunto sintético, comunitario, mediante el cual los pueblos, pequeños o grandes, son sicológicamente identificados, damos el nombre de etnia". Para Griéger, el *etnos* define a todo grupo humano

logía de tal conglomerado acaso no tenga más cierta etiología que la que encierra su cuestión sicoestética. No sería cuerdo indagar las causas de los efectos particulares de una colectividad en sus condiciones y rasgos comunes cpn otras sociedades. Hay que indagarlas en sus características específicas. No pueden quedar sin efecto los rasgos peculiares, únicos, de una entidad colectiva que obrara y reaccionará no sólo de acuerdo con las condiciones y circunstancias propias de varias sociedades, sino también —y sobre todo— de conformidad con sus exclusivos caracteres. No quedan, pues, sin consecuencias los complejos colectivos, ni la manipulación que sobre la siquis colectiva realizan los conflictos frustatorios de poderosa fuerza perturbadora.[14]

---

que, sobre un mismo suelo, forma una comunidad de vida, especialmente de vida sicocultural.

Lienhardt, Godfrey, *Social Anthropology,* Oxford University Press, London, 1964, *pág. 40,* donde el autor recuerda que la escuela durkheinniana francesa estableció que la tradición social conforma la conciencia individual más totalmente que lo que pueden reconocer los miembros más conscientes de una sociedad. "Diferentes sociedades exhiben modalidades diferentes de pensamiento, diferentes "representaciones colectivas", que es como las llaman los franceses, y tales representaciones colectivas son el objeto de los estudios específicamente sociológicos".

Smirnov, Leontiev y otros, *obra citada, pág. 19.* Los autores rusos expresan que "la experiencia de los hombres es individual, depende de las condiciones naturales y sociales en que cada uno vive, de la educación y enseñanza que ha recibido, de su actividad profesional, de la influencia que sobre él ejercen las personas que le rodean y de la gran diversidad de influencias sociales a que se halla sometido constantemente. Todo esto influye considerablemente en su modo de reflejar la realidad objetiva"; *pág. 18.* Asimismo, "según las particularidades de lo que influye sobre nosotros y las características de nuestra personalidad, formada bajo la influencia pasada de los objetos y fenómenos reales, sentimos unos u otros intereses, necesidades, sentimientos o deseos, y realizamos los actos volitivos. Todos estos fenómenos psíquicos son también formas diversas de reflejar los objetos y fenómenos de la realidad. También reflejan la realidad objetiva los diversos rasgos de la personalidad y, en primer lugar, las distintas capacidades y el carácter del hombre, todo lo cual se forma bajo la acción de sus condiciones de vida de acuerdo con las circunstancias en que se desarrolla la actividad humana".

[14] Unesco, *obra citada, págs. 414 a 417.* Devenponrt y Steggerda realizaron acuciosos y pormenorizados estudios en la población de Jamaica. Devenport llegó a la conclusión de que existen diferencias de orden sicológico entre las razas, aunque se admite que tales diferencias sicológicas es una cuestión controvertida y difícil de resolver; *pág. 482.* "Los efectos de los cruces de razas no son buenos ni malos en sí; todo depende de la calidad de los elementos de la mezcla y de la manera como son aceptados o tratados los mestizos por la colectividad".

Fanón, Frantz, *Pour la Revolution Africaine,* Francois Maspero, París, 1964, *pág. 30.* Fanón expresa que "en todo antillano había, antes de la guerra en 1939, no sólo la certeza de una superioridad sobre el africano, sino también la de una diferencia fundamental". El antillano no era un negro; era un antillano. Rodríguez Demorizi, E., *obra citada, Invasiones Haitianas de* 1801, 1805 y 1822, *pág. 62.* He aquí cómo se expresa un notable historiógrafo dominicano,

también mulato, cuya extraordinaria labor de colección y compilación merece bien de todos los dominicanos, pero quien no escapa al complejo del país: "En uno de sus más agresivos párrafos dice el Dr. Price-Mars que "el dominicano en una exaltación de *bovarismo colectivo.*, cree pertenecer a la raza blanca dueña del Universo. Se cree blanco". Sería pueril —afirma nuestro historiógrafo— decir que el dominicano se siente, frente al haitiano, poco menos que escandinavo. Pero no se trata del ingenuo "bovarismo" de que nos acusa el Dr. Price-Mars, sino de la conciencia de que somos descendientes de españoles, de que en nosotros predomina lo hispánico, la invencible hispanidad que nos ha salvado de la *haitianización*". El problema es tan deprimente que, en otra de sus obras, Rodríguez Demorizi declara: "Apreciación exacta porque es lógico que los dominicanos desearan sacudir el deprimente yugo haitiano, aunque fuese a costa de los mayores sacrificios. De ahí los diversos proyectos de Protectorado, que no implicaban falta de patriotismo, como lo afirman con tan inefable persistencia no pocos historiadores de Haití, negados a ver en la actitud dominicana, una radical posición antihaitiana. Lo primordial era no ser haitiano".

Bastide, Roger, *obra citada, pág. 37.* El autor, citando a Guerreiro Ramos, señala que, a partir de una situación dada "el problema efectivo del negro en el Brasil es principalmente psicológico y secundariamente económico". Guerreiro Ramos alude a un país "donde todo el mundo quiere ser blanco". La experiencia del *niger sum* es, "por su significación dialéctica, en la coyuntura brasileña donde todo el mundo quiere ser blanco, un proceso de alta productividad científica". Y agrega: "Desde el momento que se define al negro como ingrediente normal de la población del país, hablar de un problema económico del negro separado del de las clases no favorecidas o del pauperismo, es un absurdo. Roger Bastide es, como se sabe, marxista.

Jahn, Janheinz, *Muntú, la Civiltá Africana Moderna,* Einaudi, Roma, 1961, *págs.14, 15 y 16.* El autor cita a Frantz Fanón cuando éste afirma que, en su gran mayor parte, los afroamericanos son síquicamente enfermos debido a la presión que su siquis padece a causa del ambiente. Así, una parte de ellos quieren hacerse blancos para desembarazarse del recuerdo que significa una epidermis pigmentada. Fanón también alude al uso de ungüentos y misturas para blanquear la piel- Por lo demás, señala que otro número de afroamericanos desea retornar al África. En general, Fanon analiza el comportamiento de un hombre de piel negra que vive en un mundo blanco, comportamiento que resiente la idea histórico-racial impuesta "por un mundo enemigo y lleno de prejuicios". Por último, el conocido autor y médico martiniqueño estudia los efectos sicológicos de la situación.

Ginsberg, Morris, *obra citada, pág. 7,* donde el autor señala que el medio social puede ejercer influencia mediante el estímulo de ciertas cualidades y la inhibición de otras. Explica que un sistema político autoritario puede forzar la emigración de individuos de mentalidad independiente, lo que podría afectar la cualidad general del grupo, caso que ha tenido lugar reiteradamente a lo largo de la historia dominicana. El mismo sistema autoritario más comúnmente tiene por efecto forzar a los individuos de mentalidad independiente a ejercer sus cualidades en esferas no políticas de actividad. A este respecto, Vilfredo Pareto sostiene que diferentes tipos de estructura social son determinados por las proporciones en las cuales se encuentran presentes ciertos tipos de individuos; *págs. 256 y 257,* donde el autor afirma que, en los resultados de la mezcla racial, es posible distinguir entre lo que es debido a factores genéticos y a factores ambientales, pues en tanto los efectos sean debidos a factores sociales pueden permitir ser controlados sin interferir con la mezcla racial como tal. Para Ginsberg los efectos del

aislamiento racial son conocidos y pueden ser comparados con los efectos de contacto y de la mezcla, pero siempre distinguiendo entre los efectos sociales y genéticos. Myrdal, Gunnar, *obra citada., pág. 1385.* De acuerdo con Stonequist, autor de *The Marginal Man,* el mulato norteamericano se identificó inicialmente con el blanco como cualquier otro mulato de otra parte del planeta, pero al ser objeto del prejuicio categórico de conformidad con el cual es considerado negro en Estados Unidos de Norteamérica, cambió de posición y no tuvo otra alternativa que identificarse con el negro. "En el curso de este proceso el mulato sufrió un profundo conflicto interior." Stonequist se extiende en muchos otros aspectos del conflicto sico-sociológico del mulato que ve limitada y restringida su tendencia a la arianización. Menciona incluso del caso de 45 mulatos, quienes podían posiblemente pasar por blancos, indios o mexicanos y formaban parte de un conjunto de 192 estudiantes negros; *tales mulatos casi blancos experimentaban mayores dificultades sicológicas que los estudiantes más oscuros* (itálicas nuestras).

Fanon, Frantz, *obra citada, Pena Noire, Masques Blancs, pág. 44.* Fanon insiste en que es preciso ayudar al negro a liberarse del complejo que ha germinado en el seno de la situación colonial; *pág. 54 y siguientes,* donde el autor critica a la escritora Mayotte Capécia, de Martinica, quien en alguna de sus obras *(Je suis Martiniquaise)* habla del deseo de casarse con un blanco. La citada autora reitera la inclinación de la mujer de color hacia el blanco y se manifiesta orgullosa de que su abuela era blanca o tenía sangre blanca, lo que considera más importante que tener un abuelo blanco; *págs. 60 y 61.* Dice Fanón que "se trata de saber si es posible que el negro rebase su sentimiento de disminución, expulse de su vida el carácter compulsivo que lo asemeja tanto al comportamiento de un fóbico..." Agrega que cuando el "yo se hace rígido o no tolera más el disgusto y tiende a la reacción de fuga, la formación del yo sufre consecuencias "irritadas"- "Comprendemos ahora por qué el negro no puede quejarse en su insularidad. Para él no existe más que una puerta de salida y ésta es hacia el mundo blanco"; *págs. 68 y 69.* Fanón expresa "a menudo la actitud del negro frente al blanco o frente a su congénere, reproduce casi íntegramente una constelación delirante que toca el dominio patológico. Existe una curva que denomina "línea de orientación", sobre la cual la vida del individuo se diseña esquemáticamente a partir de su infancia; *pág. 86.* El hombre de color trata de elevarse en la gama de los colores, a los cuales asigna una especie de jerarquía; *pág. 143,* donde Fanon, en fin; considera al negro un objeto fobógeno, ansiógeno; *pág. 192.* El autor entiende que el sentimiento de inferioridad es antillano. "La sociedad antillana es una sociedad nerviosa una sociedad-comparación".

Myrdal, Gunnar, *obra citada, pág. 120.* "Después que los negros llegaron a América su composición biológica fue probablemente cambiada por la reproductividad diferencial y, posiblemente, por las mutaciones". Myrdal se halla completamente fuera de toda sospecha de racismo y es uno de los sociólogos y economistas más respetados, no obstante la crudeza de muchas de sus opiniones y teorías en detrimento del capitalismo y del racismo norteamericano. Haldanu, J. B. S., *obra citada, pág. 88.* El autor cita a Mjoon, quien afirma haber encontrado mucha inestabilidad de carácter, "sobre todo desde el punto de vista moral, en los descendientes directos de ciertas uniones". Es posible atribuir esa inestabilidad al conflicto de culturas. Pero, también de ordinario es en las generaciones ulteriores que se espera ver las inarmonías.

Pedreira, Antonio S., *1'utilitarismo,* San Juan, Puerto Rico, 1957, *pág. 24.* El autor considera

Una comunidad negra aislada o en convivencia con otra colectividad blanca discriminadora, esto es, un medio social donde no se produzca la mezcla de ambos núcleos, donde no tenga lugar la generación de productos sociales de aproximación hacia el conglomerado históricamente dominante, no abrigará en su seno las distintas manifestaciones de la tendencia a la asimilación respecto del estrato que a lo largo de la historia haya disfrutado del poder de sojuzgamiento y de los medios de explotación y expoliación. El proceso de la conquista de la liberación y de la igualdad por la vía de la revolución clasista se ve, en los ambientes más o menos primitivos de desigualdad étnica y de hibridismo fortuito o forzoso, complicado por un proceso distinto del de la explotación económica. Existe allí, secularmente actualizada por la historia, la opresión racial. En el caso de inexistencia de la mezcla coinciden y se confunden la lucha de la superposición o del desquite étnico y la lucha por la liberación socioeconómica. No está presente el elemento intermedio que trata instintivamente de desdoblar la lucha y que procura resolver el desequilibrio étnico - histórico a través de su aproximación al extremo dominante.

No padece, pues, el negro puro el complejo de la *arianización*, aunque sí el desnivel de la dominación. El está en su puesto, en su extremidad, colocado racialmente de manera irremediable. No experimenta la necesidad de *arianizarse* a través de una serie de etapas blanqueadoras. No le interesa la transformación imposible de la metamorfosis, aunque sí la de la liberación y hasta la de la superposición. Pero su hijo fraccionado, situado ya en la ruta de la aproximación a su otro padre, sí se siente espoleado ante la posibilidad de acercarse hasta un grado de virtual confusión con el históricamente privilegiado progenitor. De tal modo, las comunidades negras sin proceso de hibridismo con el blanco ignoran los trastornos que emanan de la pretensión de *arianizarse* y de la frustración de no ser blanco. Otra cosa acontece, en fin, cuando ya se abren las rutas del hibridismo y surge la primera producción mulata.

En las sociedades mestizas de blanco e indio —dos grupos étnicos somáticamente menos distantes entre sí— tampoco aparece en América la perturbación dislocadora. Los rasgos somáticos del mestizo, menos contrastantes respecto de los del progenitor blanco, no generan repercusiones frustratorias ni anhelantes. El *status* histórico del indio, mucho menos peyorativo que el del negro, coopera en favor de la estabili-

---

que "el mulato será siempre elemento fronterizo participante de ambas tendencias raciales que acrecentará más o menos de acuerdo con el tipo que escoja para un segundo enlace: el mestizo, el blanco o el negro".

Brunschwig, Henri, *Le Negre Hors d'Afrique, Revue Historique.,* Juillet-Septembre, 1963, París, *pág. 170.* "En las plantaciones el largo martirio de los negros ha creado tipos humanos diferentes a los de África, donde las relaciones con el extranjero han sido, hasta la conquista imperialista, menos íntimas y menos constantemente desfavorables para el negro".

Griéger, Paul, *obra citada, pág. 60.* Es necesario entender que el etnotipo es una realidad estadística, esto es, no representa a todos los individuos del grupo, sino al individuo promedio.

zación de la conformidad en tanto que la vinculación con la propia tierra despierta más bien el orgullo y la reacción reivindicatoria del usurpado. En tales casos es inexistente la disconformidad de índole somática. Hay una actitud señorial tanto en el indio como en sus frutos nacida de la tradición posesoria y un amparo sicológico derivado de la oriundez telúrica. La textura y flexibilidad del pelo, la semejanza cromática, la proximidad entre los rasgos faciales convergen en favor de la inexistencia del ansia *arianizante.* No aparece, en fin, el complejo moral del esclavo traído en condición y función de tal al territorio ajeno.[15] La incubación de la sola actitud liberadora, mística o política, se desenvuelve suelta y desligada de cualquier otra posibilidad mixtificadora. El mestizo, en otras palabras, propende a liberarse de la dominación históricamente simbolizada por el blanco, sin la interrupción de las sensaciones inherentes a la conveniencia de parecerse y confundirse con el dominador.

Fáltale además al mestizo la intensidad de la discriminación que con mayor o menor frecuencia padece el negro y su descendiente más cercano. No sufre el rechazamiento ni el repudio, ni la marginación, ni la evitación que suele imponerle el blanco al negro y a su descendiente inmediato. La misma vigencia de la relación de despojador a despojado atenúa la imposición del carapálida. En el mestizo está presente la unión amortiguadora entre el huésped invasor y el señor de la tierra, entre el vencedor y el vencido, sin la agravación nacida de alguna otra circunstancia denigrante.

Debemos aludir a la mecánica propiamente dicha del proceso de *mulatización.* Trátase de una operación distendida y fluctuante, reversible y mosaica, dilatada y aleatoria, lenta y multiforme. La distensión del proceso es progresiva y paulatina tras una iniciación insensible, anodina, cuya difusión y trascendencia escapó a los protagonistas. El proceso tuvo el mismo efecto de una reacción en cadena, puesto que los primeros productos se encargaron a sus veces de proyectar y difundir la operación de manera desordenada, caótica y aleatoria.[16] El primer producto de blanco y negro pudo de

---

[15] Boxer, C. R., *The Golden Age of Brazil: 1695-1750,,* University of California Press, Berkeley, 1962, *pág. 20.* Señala el autor cómo, tanto ayer como hoy, muchos brasileños aun los que no tienen una sola gota de sangre amerindia en sus venas, cambiaron sus apellidos lusitanos por patronímicos indios. Aun en los tiempos coloniales la sangre y el ancestro amerindios fueron siempre considerados como más honorables —o, al menos, menos deshonrosos— que los del negro africano.

Comas, Juan, *Relaciones Inter-Raciales en América Latina,* Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, *pág. 26,* donde se informa que, en Brasil, los aristócratas de la ciudad y de los distritos rurales en el sur, "se sienten orgullosos de sus ancestros indios". Por otra parte, en la región del norte se valen de varias medidas para evitar ser clasificados como negros.

[16] Boxer, C. R. *obra citada, pags. 16 y 17.* Negras y mulatas libres, separadas de la disciplina de las plantaciones y hogares del amo, enriquecieron la prostitución e incrementaron la procreación de niños mulatos.

Schurz, William Lytle, *This New World,* E. P. Dutton & Co.; Inc., New York, *pag. 191.* El escritor médico brasileño Afranio Peixoto reveló que, en el curso de un almuerzo en Colum-

seguidas cruzarse con un negro o con un blanco o con otro mulato. De ese modo el proceso se tornó inmediatamente indomable en cuanto a que, falto de dirección y método, tomó una ilimitada variedad de cauces en el curso de los cuales la dirección fue ocasionalmente progresiva o regresiva desde el punto de vista de la *arianización*, esto es, de retorno al negro o de avance hacia el blanco. La *mulatización* se transformó, a poco, en un real laberinto de proporciones que, andando el tiempo, al cabo de cuatro siglos, no ha culminado todavía en un estadio uniforme y homogéneo. La estabilidad del hibridismo es cuestión de tiempo incalculable, máxime cuando, aun en la eventualidad de la mezcla dirigida, las leyes de la herencia determinarán por mucho tiempo el carácter objetivamente misceláneo de la producción.[17]

---

bia University, John Dewey le declaró que "la seducción de una mujer de color es irresistible". Peixoto señaló que la mulata "se siente exaltada con el amor del blanco...; son (las mulatas) espontáneas, activas, diligentes.

Boxer, C. R., *obra citada, págs. 15 y 16.* Recoge Boxer distintos testimonios y crónicas para afirmar la atracción de las mulatas y sus habilidades- Cita al gobernador Don Joao de Lencastre y al Consejo de Ultramar, donde se alegó que "ni aun los sacerdotes eran inmunes a aquellas tentaciones". Asienta igualmente la seducción ejercida por la mujer mulata en Ciudad México sobre los españoles "de la mejor clase", a quienes hacían desdeñar a sus esposas. Cita el caso de los refugiados brasileños cuando la invasión de los holandeses de 1637, cuando muchos de los "barrigones plantadores huyeron con sus queridas mulatas y abandonaron a sus esposas".

Cesaire, Aimé, *Toussait Louverture,* Présence Africaine, París, 1962, *pág. 12,* donde el autor señala que las mulatas haitianas "escapaban al prejuicio racial a los ojos del hombre blanco. Las mujeres blancas las detestaban, pues no sólo aquéllas les arrebataban a los maridos, sino que también se los arruinaban".

[17] Park, Robert Ezra, *obra citada, pág. 13S y isiguientes.* Respecto de los procesos del hibridismo humano Park establece algunas hipótesis generales: „1.- El cruce tiene lugar más fácil y rápidamente en las fronteras. Se realiza entre grupos primitivos cuando sus organizaciones tribales han sido socavadas por la esclavitud o por la súbita incorporación, llevada a cabo de alguna manera, dentro de los sistemas industriales de pueblos más civilizados. Ocurre el cruce en el período inicial de cualquier invasión de una población extranjera, antes de que se logren condiciones estables y una distribución normal de los sexos.

"2.- La progenie de esas primeras mezclas tienden, a menos que sean prontamente absorbidas por cualquiera de los dos grupos progenitores, a amalgamarse híbrido con híbrido, creando así un relativamente homogéneo grupo racial, el cual, con el tiempo, tiende a asumir el carácter de una nueva raza y de un pueblo nuevo incluso tradiciones e instituciones peculiares. En realidad el nuevo grupo se transforma en una "minoría racial", la cual, en sus relaciones con la mayoría, tiende a asumir el carácter de -a- una casta o -b- una nacionalidad.

"3.- Un principio que al parecer ha operado en todas partes en la determinación de la cantidad de mezclas existentes, así como de los varios cambios y patronos de relaciones raciales, ha sido el principio de la hipergamia, que es la denominación que se le da en la India. Trátase de una norma que en la legislación positiva hindú prescribe que una mujer puede sólo contraer matrimonio dentro de la casta a que pertenece, dentro de otra casta igual a la suya o aun de-

El problema de la *arianización* ha dado lugar al desarrollo de un capítulo industrial imperialista en la explotación de la blancofilia del mulato, mediante la manufactura de utensilios y sustancias encaminadas a la conquista artificial de algunos atributos

---

ntro de una más alta. "Constituye la ambición de cada familia hindú que sus hijas casen, siempre y cuando ello sea posible, con hombres pertenecientes a una casta superior,... El principio ha sido reconocido por la costumbre y la ley indostánica y parece ser un principio inherente a la naturaleza humana, o sea uno de esos principios que funcionan espontáneamente sin necesidad de legislación alguna para asegurar su vigencia... Una consecuencia de este principio de la hipergamia es la de que, en una sociedad donde prevalezca un sistema de casta o algo parecido, existe siempre la tendencia, de parte de la mujer de las castas inferiores, de convertirse en las concubinas de los hombres de castas superiores. Fueron éstas las condiciones bajo las cuales durante el período de la esclavitud en los Estados Unidos, tomó cuerpo el sistema de concubinato que estuvo vinculado con los famosos bailes de cuarteronas en New Orleans." Entiéndese por cuarterón la persona que es una cuarta parte negra, esto es, el descendiente inmediato de mulato propiamente dicho y blanco. Como consecuencia de los prejuicios las cuarteronas formaban una clase separada entre blancos y negros y, al no poder contraer matrimonio con los primeros, no tenían otro camino, tal como lo habían hecho sus respectivas madres, que el hacerse queridas de los blancos. Las cuarteronas llegaron a tener su vida social y centros de diversión propios. Celebraban sus bailes en el Salón Orleans, el cual es hoy un convento de monjas de color".

Cox, Oliver Crowfell, *Caste, Class and Race,* Monthly Review Press, New York, 1959, *págs. 350 y siguientes.* Aunque de una manera desorganizada y dispersa, Cox expone el proceso de *arianización* en su obra, o por lo menos los fundamentos y motivos del proceso. Por ejemplo, subraya la tendencia del blanco europeo a aceptar la incorporación de los híbridos de color más claro. Alude también, acaso un poco inconscientemente, a la mayor compatibilidad entre el blanco y el indio en razón de su mayor afinidad somática y fisonómica, señalando que mientras los holandeses observan en África del Sur una política discriminatoria, no hicieron lo mismo en Java, donde obraban con relativa liberalidad. Anota igualmente que "los híbridos, en su asociación con los blancos, se empeñan en identificar sus sentimientos raciales. Es de particular interés no la afirmación del autor cuando apunta que, "en cualquier grupo mezclado, las personas que sostienen más exasperadamente el prejuicio del color", no son necesariamente los blancos, sino los híbridos de color más claro.

Montagu, Ashley, *obra citada, pag. 45.* "Si tomamos como ejemplo el de los negros norteamericanos, sólo hay tres formas posibles mediante las cuales los africanos introducidos en Norteamérica pudieran haber producido un nuevo grupo étnico: (1) mediante el libre cruce con miembros de la población blanca, de modo que todas las diferencias entre blancos y negros quedarían completamente eliminadas mediante la mayor o menor distribución igualitaria de sus genes con la resultante de un nuevo grupo étnico blanqui-negro; (2) mediante la mezcla de hombres blancos con mujeres negras, que es lo que ha ocurrido restrictivamente en Estados Unidos de Norteamérica, donde la población blanca ha permanecido relativamente incambiada en tanto que la población negra ha experimentado una ligera modificación en dirección hacia el tipo blanco; y (3) mediante la segregación de los individuos mezclados como un grupo aislado respecto de la población negra relativamente no mezclada".

somáticos caucásicos. No es menester extenderse acerca de los mecanismos y productos disponibles para el desrizamiento del cabello y otras transformaciones temporales de la periferia anatómica, destinado todo al alivio oneroso del complejo mulato y hasta de unos cuantos negros integrantes de comunidades en mayor o menor grado híbridas.[18]

Hállase la cuestión mulata dominicana intervenida por otro fenómeno que complica la inestabilidad e imprime otras derivaciones específicas a la comunidad subdesarrollada, primitivamente adolescente, reacia a la creación y adopción de determinados *standards*- rápidamente alcanzados por otras comunidades política y económicamente semejantes, y vocacionalmente propicia para la fructificación de vicios y deformaciones profundos que no se cuentan en las mismas sociedades afines. Aludimos a la falta de vinculación telúrica o a la débil relación entre el hombre y la tierra, a la cual ha de ser imputado un conjunto de perturbaciones e insuficiencias, también de esencia contradictoria, en la conducta del híbrido del español y el africano trasplantados en condiciones de desnivel y hasta de contraposición social.[19]

---

[18] Myrdal, Gunnar, *obra citada, pag. 697.* El autor dice textualmente: "El deseo de parte de la mujer negra, en todas las tonalidades del color y en todas Jas clases sociales, de blanquear la piel y estirarse los cabellos -deseo observado hace décadas por Ray Stannard y William Archer- ha sido la base de algunos de los principales negocios y más grandes fortunas de ciudadanos negros. Los cosméticos para tales propósitos son mayormente anunciados (en Estados Unidos de Norteamérica) en la prensa de los negros". Por nuestra parte nos basta agregar: que en la cuenca del Caribe tales negocios han proliferado de manera extraordinaria donde quiera que abunde la mujer mulata y que en la República Dominicana no sólo las mujeres sino también muchos hombres se alisan el cabello.

[19] Little, Kenneth, *West A frican Urbanization,* Cambridge University Press, 1965, *pag. 87.* Ciertamente, dos tipos de vinculación influyen de manera especialísima sobre el africano: la tribal y la telúrica. Little trata acerca de la vinculación tribal, calificándola de poderosa y señalando que constituye el nexo principal de las asociaciones de emigrantes aun residentes en otros países africanos. Ello da una idea de la intensidad de la dislocación que produjo la separación forzosa de la esclavitud. El profesor Little llega a afirmar: "Pueden llegar a poseer propiedades, pueden hacer visitas repetidas, pasar parte del año allí, pero sin adquirir sentimiento alguno de vinculación. Su ser social permanece en alguna parte del país, entre la gente de su linaje del lugar donde nacieron"; *pag. 144,* donde el autor explica que los estudios realizados en grupos de emigrantes dentro de la propia África, particularmente en la Costa de Oro, permiten concluir que las comunidades trasplantadas, lejos de "destribalizarse", se "supertribalizan". "La ciudad y la vida mecanizada no debilitan su cohesión tribal, sino que la refuerzan".

Park, Robert Ezra, *obra citada, pág. 86.* Park también señala que en las comunidades que contenían esclavos africanos tuvo lugar, como condición técnica de la trata, una verdadera dislocación de la familia negra.

Seligman, C. G., *obra citada, pag. 53.* Este autor hace hincapié sobre la vinculación telúrica propiamente dicha, afirmando que en muchas tribus existe la institución del *padre* o *amo de la*

Con efecto, hijo de dos huéspedes de ningún modo vinculados con anterioridad al territorio adoptado también con distintos ánimos, el mulato es un sujeto periféricamente afirmado sobre la tierra antillana.[20] Fáltale la penetración histórica retrospectiva, insustituible para la generación galvanizada de fenómenos sentimentales y conscientes relacionados con la sede terrestre. El ánimo vinculatorio capaz de generar el conjunto primordial de nexos con el hábitat se halla, por ende, en vías precarias de formación en la colectividad mulata de ascendientes trasplantados, uno de ellos por la fuerza.[21] No basta la sola permanencia del hombre sobre el suelo para que se articule la vinculación entre el habitante y la porción de tierra que se habite. Tampoco basta nacer en ella para que el nexo patriótico reúna las condiciones suficientes capaces de general todas y cada una de las sensaciones y formaciones mentales que integran el más acabado patriotismo. Menos todavía se conformará el estado de concien-

---

tierra y señalando que en todo África occidental está muy difundido el culto de la tierra.
Halcro Ferguson, J., *obra citada, pag. 103.* Dantes Bellegarde, en su *Histoire du People Haitien,* citada por el autor, expresa que "los negros de la colonia se aferraron voluntariamente a su ascendencia africana".
Aptheker, Herbert, *A Documentary History of the Negro People in the United States.* The Citadel Press, New York, 1962, *págs. 7 y 8.* Ya en 1763 había movimientos organizados en pro del regreso a la madre patria africana.

[20] Park, Robert Ezra, *obra citada, pag 106.* Park comenta que es característico de la población negra en Estados Unidos de Norteamérica el hecho de estar en continuo movimiento de traslado, migrando desde sus localidades y asientos originales hacia otras partes del país. Esta continua migración, y la dispersión que ella apareja, implican nuevos contactos y relaciones. Por nuestra parte agregamos que, amén de que tales traslaciones se deben en parte a necesidades laborales y al deseo de escapar de los centros de mayor incidencia de la discriminación, no hay duda en cuanto a que forman parte del problema general de la débil vinculación telúrica. Señalamos, al mismo tiempo, que esos movimientos migratorios no se observan históricamente entre los conglomerados amerindios, los cuales se mantienen de manera perpetua en áreas determinadas y seculares, a veces de muy pequeñas dimensiones.

[21] Coon, Carleton S., *obra citada, pág. 37,* donde el autor cita a Bernhard Rensch para explicar que "las adaptaciones raciales a diferentes ambientes habrían requerido decenas de miles de generaciones o, en otros términos humanos, muchos millones de años hasta quedar completamente establecidas.
Lienhardt, Godfrey, *obra citada, pag. 68.* Lienhardt trae los casos de vinculación a la tierra entre los grupos de Bushmen -nativos de una zona de África del Sur- y entre aborígenes australianos que defienden denodadamente su territorio; *pág. 43.* Recalca el interés particular de "la naturaleza de la adaptación del pueblo al medio de cualquier región dada". Habría que preguntar -glosamos nosotros- si se ha realizado ya la adaptación del mulato a la isla que no fue el hábitat originario de sus ascendientes. Las actitudes del conglomerado dominicano en cuanto a la no defensa o defensa inconsistente del territorio durante las experiencias de la ocupación francesa de principios del siglo XIX, de la incursión haitiana de 1822, del desembarque español en 1861 y de la ocupación yanki de 1916, son signos de la todavía débil vinculación telúrica.

cia del nacionalismo. Tales nociones necesitan de una integración profunda e intensamente ancestral, secularísima, para quedar constituidas de manera indestructible y funcional, activa y fecunda. La vinculación telúrica es un proceso primordialmente histórico que implica el establecimiento cronológico de fijaciones sensoriales, espirituales, morales e intelectuales, de cuyo conjunto consolidado dimanan el patriotismo, el nacionalismo y toda una serie de manifestaciones inherentes al hombre y su lar propio.

La profundidad del proceso histórico de la vinculación es tan necesaria que resulta perfectamente posible que, aun faltando la permanencia física sobre la tierra, los nexos de aferencia estén sólidamente enraizados en el territorio patrio. No son, pues, el hecho de nacer y el hecho de residir, por sí solos, bastantes para que los vínculos entre hombre y patria lleguen a constituir una poderosa adherencia posesoria.

La precariedad de la fijación del negro en las tierras amerindias es un fenómeno de fácil percepción en diversas zonas de la cuenca del Caribe y del territorio norteamericano. La vinculación africana se manifiesta en los casos de movimientos y tendencia?; de retorno al continente madre, tal como se advierte en el *rastafarismo* de Jamaica,[22] en algunos grupos de negros musulmanes de Estados Unidos de Norteamérica, en la formación de Liberia, en la traslación de grupos negros británicos antilla-

[22] Lanternari, Vittorio, *Movimenti Religiosi di Liberta e di Salvezza dei Popoli Oppressi,* Feltrinilli Editore, Milano, 1960, *págs. 161 y 162,* donde se explica a grandes rasgos la esencia del *tafarismo* o *rastafarismo,* movimiento de retorno al África fundado por Marcus Garvey, negro de Jamaica- Sus consignas eran: "África para los africanos de África y del extranjero", "Un solo Dios, un solo propósito, un solo destino". Entre los pasajes que recitan se cuentan los siguientes: "¿Qué obtendremos sobre este suelo de América? -pregunta el director del coro". -"Esclavitud" -responde el coro. Myrdal, Gunnar, *obra citada., pag. 746 y siguientes,* donde el autor trae una información completa acerca de Garvey y su movimiento. Brotz, Howard, '*The Black Jews of Harlem,* The Free Press, Glencoe,1964, *pag. 15.* El grupo de judíos negros, encabezado actualmente por Wentworth A. Matthew y cuyo núcleo principal está formado por negros antillanos que contemplan despectivamente a los negros del sur de Estados Unidos de Norteamérica, se siente también vinculado íntimamente a Etiopía, es decir, a los hebreos etíopes o falashas.

Jahn, Janheinz, *obra citada, pag. 50.* Jahn insiste en la vinculación del negro americano respecto de la tierra africana originaria y subraya el aspecto político de los ritos.

Césaire, Aimé, *obra citada, pag. 138,* donde el autor cuenta cómo el jefe negro haitiano Jacinto recorría el campo de batalla "para llevar a cada uno la seguridad de que, muerto en el combate, cada quien renacería en África". La vinculación entre los haitianos y la madre patria africana era profunda a fines del siglo XVIII y los dirigentes negros la aprovechaban para reforzar el arrojo de los esclavos insurrectos.

Daryll Forde, C., *obra citada, pág. 19.* Los movimientos de retorno a la tierra de origen son incluso vistos en poblaciones insulares del Pacífico y constituyen factores de complejidad social.

nos que abandonaron las islas sin manifestar luego la menor disposición a regresar a ellas una vez concluida la razón emigratoria, de lo cual son ejemplos los afroantillanos que tras terminar las obras del canal de Panamá permanecieron allí o se establecieron más al norte, en la costa caribe de Costa Rica. Colonias de traslado desvinculatorio la constituyen los afroantillanos que cambiaron sus lugares insulares nativos por ia permanencia en la República Dominicana aun después de realizar las labores del corte de la caña para las cuales fueron contratados. Otros ejemplos de la vinculación telúrica a distancia los representen los núcleos de indostánicos que en la Guayana Británica y en Trinidad mantienen viva la noción de la Madre India y la esperanza o expectativa del regreso a la tierra original asiática, no obstante el hecho de que los trabajadores hindúes no llegaron a sus actuales asientos del Caribe bajo las mismas condiciones de fuerza que caracterizaron, la mudanza de los esclavos africanos, aunque se trató de contrataciones colectivas coloreadas de signos de presión moral y económica,

El trasplante de africanos, en lo que al mundo antillano se refiere, muestra otro rasgo de posibles efectos perturbadores. Masas de pobladores intracontinentales fueron trasladados a pequeños territorios insulares carentes de las condiciones dimensionales del lugar de origen. Si las condiciones insulares responden de la extinción por apresamiento geográfico de los amerindios antillanos, es difícil negar el influjo del cambio de hábitat sobre las oleadas humanas de seres continentales introducidos por la fuerza en porciones pequeñas de tierra circundadas por el mar. No fueron —ni son— los africanos centro-occidentales hombres de actividades y aficiones marítimas. Son, netamente, sujetos de formas mediterráneas de vida. El fenómeno de los esclavos cimarrones que se concentraban en núcleos montañeses sugiere elocuentemente las limitaciones que restringían las necesidades de autoliberación de los africanos trasplantados a sedes reducidas, donde el mar, además de los agentes humanos de la opresión, se encargaba de sitiar los recursos de la fuga. Las *cimarroneras* antillanas no tuvieron antecedentes en el África ecuatorial. Tampoco representaron verdaderos casos de fuga definitiva, sino actos de desesperación de restringidos alcances síquicos, los cuales, por lo demás, incrementaban el ánimo del regreso al punto de origen, del cual fueron arrancados involuntariamente.

Agréguese a ese foco de perturbación el hecho de la disolución familiar y tribal que aparejó la trata y su técnica de distribución y ubicación en los mercados, fincas y plantaciones del Nuevo Mundo, donde la desarticulación de los nexos de familia, de tribu y de lengua era expresamente realizada como requisito tendente a obtener docilidad y sumisión mayores y a retirar las probabilidades de estallidos de conspiración y rebelión. Fue éste, por supuesto, otro elemento que distrajo y retardó la fase inicial de la vinculación telúrica entre el africano y la Antilla, y que, en sentido contrario, promovió y mantuvo el espíritu de regreso en las generaciones de esclavos. El mero hecho de la abolición de la trata no podía suprimir de un solo tajo ese espíritu

de retorno.

Todo el anterior complejo de factores, influjos e incidencias inseparables de la fijación forzosa del negro africano en el Caribe ha tenido que repercutir en su producto híbrido, el mulato.[23] No constituye un fenómeno extraordinario el hecho de que, colocado en el disparadero etno-sociológico inherente a su procedencia de ascendientes de tan antagónica función social, el mulato, como cuestión de defensa personal y estamental, haya tomado el partido de su ascendiente blanco como posición más propicia a su mejor suerte aparente. Que la conciencia política sea capaz de imponer luego una solidaridad de clase y de destino humanista, es cosa que no podemos hacer intervenir en el proceso de la *mulatización* y en el estado actual de la comunidad mulata desorganizada, desorientada, atemorizada y macerada por el curso de una historia asaz dramática.

En el presente análisis, y no en el que posiblemente se podrá intentar en el hipotético futuro, no cuentan, lamentablemente, las modificaciones que el imperio de la conciencia política pueda alcanzar en función de rectificadora social. Lo que es incuestionable es el conjunto de características de un proceso histórico no sólo dejado a la instintiva realización de los actores, sino también en realidad empeorado por el señorío de fuerzas propiciatorias de ese desenvolvimiento instintivo y dramático.

[23] El propio conquistador, colonizador o colono español no ofreció tampoco un ánimo vinculatorio muy definido en tierras de América, mucho menos en las islas del Caribe. Es inútil insistir sobre la finalidad de hacer riqueza y regresar a la península. Las repetidas emigraciones de familias blancas en las distintas oportunidades de acentuación de la crisis colonial, demuestra que existían valores más poderosos que la simple vinculación telúrica respecto de Santo Domingo.

VI
BLANCOFILIA Y SERVILISMO

"... creo que los pocos libres que no se vendan al oro americano, deben empuñar las armas para poner remedio al mal antes de que tome cuerpo".
José Gabriel García.

Lo que llamamos blancofilia —ansia de congraciarse con el representante superior de la balanza opresiva, propensión a la *arianización* somática, falta de solidaridad con el representante inferior de la relación esclavista— tiene visos de natural determinismo histórico. Es también, en cierto modo, una modalidad de defensa personal y, por extensión, social. La aproximación al blanco significa la conveniente desvinculación del negro, vértice de todas las invectivas, de todos los desprecios, de todos los excesos abusivos, de todos los diferimientos, de todas las repulsas. Teóricamente ubicado entre los dos extremos de una patética relación histórico-social, el mulato se inclinó en favor del extremo más utilitariamente atractivo.[1] El término inclinación no precisa

[1] Park, Robert Ezra, *obra citada*, [Race and Culture, The Free Press of Glencoe, 1964] *pág. 112.* "En algunos casos, como ocurre en las Indias Occidentales, el hombre de sangre mezclada puede, indirecta e inintencionalmente, contribuir a mantener en estado de subordinación al africano puro, haciendo de ese modo más segura la posición del europeo dominante". Park explica a continuación que al interponerse el híbrido entre el europeo de la cúspide y el negro de la base, éste último no podrá ascender a menos que sea aceptado por la casta o clase mulata.
Césaire, Aimé, *obra citada*, [Toussaint Louverture, Présence Africaine, París, 1962], *pág. 12.* En mayo de 1791, según un discurso de Raymond en la Asamblea francesa revolucionaria, los mulatos de Haití poseían la tercera parte de las tierras y la cuarta parte de los esclavos, además de desempeñar un importante papel militar que la guerra de la independencia norteamericana había puesto en evidencia. Raymond incluso presentó a la gente de color como los mejores garantes del orden esclavista. Textualmente dijo: "J'ai eu l'honneur de vous diré, Messieurs, qu'ils possédent un quart des esclaves, un tiers des terres". Más adelante el orador expresó que "aun cuando los negros quisieran rebelarse, no lo conseguirán, porque la gente de color, interesados en mantenerlos en la esclavitud, se unirán a los blancos, formando así una misma clase"; *pág. 150.* Asambleístas como Barnave, por ejemplo, opinaban que el buen uso del prejuicio del color garantizaba el orden colonial. Barnave preguntaba a la Asamblea: "¿Quién ha detenido la revuelta de los esclavos en Santo Domingo? La reunión de los hom-

el desplazamiento ni sus alcances. La realidad histórica se explica mejor mediante el concepto de traslación supeditada, de plegamiento volitivo, especulativo, utilitarista. No se trata desde luego de una afiliación momentánea, temporal, eventual, alterna, sino de una toma de posición prolongada, ilimitada, irrestricta, sin reservas, en acatamiento de los beneficios implícitos en la convivencia recetada por la pedagogía de la historia. De ahí que no se trate de una alianza ocasional de términos igualitarios, sino de una predisposición supeditada del subordinado que persigue evitar, por proximidad biológica, un pavoroso conjunto de infortunios seculares y, para la limitada mentalidad primitiva, irremediables.[2]

La historia particular del proceso de emancipación del esclavo negro en las colonias antillanas, representada en las etapas de la abolición de la esclavitud de las masas y en la constitución del estado haitiano, revela del modo más didáctico la proclividad etno-social del híbrido mulato. Tras un comienzo de protesta y reclamación de los hombres de color contra los colonos blancos, durante el cual se pugnaba por el reconocimiento de la igualdad política con la completa omisión de los negros esclavizados, quienes permanecían ajenos a los ecos de la efervescencia revolucionaria metropolitana, los mulatos de Haití cayeron rápidamente en el campo blanco tan pronto la insurrección negra tomó cuerpo hacia la finalidad precisa de la emancipación.[3] De modo que el estamento híbrido haitiano pasó a hacer causa común con los colonos y burócratas franceses y a recibir con igual o parecida intensidad y no menor violencia, los embates de la almacenada cólera racial de los afrohaitianos. Estos vieron necesariamente en el mulato la complicidad, la solidaridad con el enemigo irreconciliable.[4]

---

bres libres y los colonos blancos. ¿Quién la ha prevenido en Martinica? La reunión de los hombres de color libre y los colonos".

[2] *Ibidem, pág. 31.* En Haití hubo blancofilia del mulato y mulato-fobia del blanco racista. Coulthard, G. E., *obra citada*, [Race and Colour en Caribbean Literature, Oxford, University Press, London, 1962] *pág. 100.* El Dr. Price-Mars ridiculiza el orgullo de los mulatos que tratan de glorificar su origen bastardo y que son productos generalmente de concubinatos y ayuntamientos casuales.

[3] Brunschwing, Henri, *obra citada,* [*Le Negre Hors d'Afrique*, Revue Historique, Juillet-Septembre, 1963, Paris] *pág. 151,* donde el autor considera que los blancos incurrieron en la estupidez de combatir a los mulatos en lugar de entenderse con ellos.
Césaire, Aimé, *obra citada, pág. 13.* Los blancos franceses fueron racistas categóricos, cuyos prejuicios hicieron inevitable la revuelta de los mulatos. Julien afirma que "no pudieron subordinar sus prejuicios raciales a los intereses superiores".

[4] *Ibidem., pág. 214.* El autor afirma que "tan pronto el enemigo blanco hubo sido aniquilado, la reivindicación mulata por la igualdad se transformó en reivindicación de dominio, y que tan pronto el movimiento mulato encontró así su expresión política, provocó inmediatamente su contrario y el antagonismo de otra expresión política: el movimiento negro".
Coulthard, G. E., [Race and Colour in Caribbean Literature, Oxford University Press, London, 1962] *obra citada, pág. 100,* donde el autor alude a la "situación social en el Caribe, la

cual encuentra salida en la literatura, en la relación entre negros y mulatos, pues en muchos territorios antillanos el mulato tiendo a identificarse con los blancos o trata de establecer una sociedad mulata separada". Boxer, C. R., *Race Relations in the Portuguese Colonial Empire*, Oxford University Press, London, 1965, *pág. 32.* El fraile capuchino Girolamo Merolla escribió acerca de los mulatos de Angola, en 1691: "Ellos odian mortalmente a los negros, aun a sus propias madres, y hacen cuanto pueden por igualarse a los blancos..." Park, Robert Ezra, *obra, citada, pág. 111.* "Los grupos híbridos, particularmente si son el producto del cruce de grupos físicamente tan divergentes que el híbrido resultante puede ser fácilmente distinguido de ambos padres, ocuparán generalmente un *status* algo por debajo del europeo colonizador pero al mismo tiempo por encima del nativo o de cualquier otro grupo de sangre relativamente pura. En tal situación, la media-casta tiende a conformar la personalidad del llamado *hombre marginal,* es decir, un hombre destinado a vivir en dos culturas y en dos mundos"; *pág. 125,* donde el autor informa que los bastardos surafricanos (mulatos) rechazan toda identificación con los aborígenes (negros), a quienes consideran como inferiores, lo que muestra cómo también en otras áreas el mulato es igualmente negrófobo; *pág. 127.* Como ratificación de esto último, puede señalarse asimismo la existencia de una determinada estirpe que habita en el Transvaal integrada por descendientes de boers y nativos, mulatos que se niegan actualmente a cruzarse con los aborígenes del país, constituyéndose así en un grupo étnico homogéneo y relativamente distinto. Mézclanse, sin embargo, con los blancos. "En realidad —explica Park— ellos favorecen los matrimonios con blancos, con el fin, según suelen decir las mujeres negras de las plantaciones, de "mejorar el color de sus hijos".

Thompson, Era Bell, *Does Amalgamation Work in Brazil?* "Ebony", July 1965, *pág. 36.* El profesor Thales de Azevedo, de la Universidad de Bahía, declaró a Thompson que "los mulatos tienen más prejuicios contra los negros que los mismos blancos". Park, Robert Ezra, *obra citada.* "El mulato se empeña —afirma el Dr. Juan Bautista Lacerda en su obra *El Mestizo Brasileño*— en conducir a sus descendientes, a través del matrimonio, a ser tipos blancos puros".

Park, Robert Ezra, obra citada, *pág. 392.* Park señala que ha sido siempre disposición de los híbridos, "donde quiera que se les ha negado el *status* de raza dominante, compensarse a sí mismos mediante su separación de toda asociación con los negros y establecer una casta separada". Park también informa de ejemplos de mulatos que practican la discriminación respecto del negro en África del Sur y trae la similar apreciación de Maurice Evans, quien, refiriéndose a la comunidad mulata de los griquas surafricanos, dice: "Los griquas son un pueblo disoluto, degenerado, desmoralizado, haragán, dispendioso y débil". Más aún, Park acude a la afirmación de Leslie Buell, quien, aludiendo al grupo de los pardos de El Cabo, expresa: "Aparentemente, este grupo, que contiene a algunos de los más destacados no europeos de Sur África, está comenzando a degenerar".

Boxer, C. R., *obra citada, The Golden Age of Brazil, pág. 9.* El mulato ocupó frecuentemente el cargo de capataz en las plantaciones. Comas, Juan, *obra citada, págs. 22 y 23.* El autor reproduce la afirmación de Lipschutz en cuanto a que "el mulato desprecia a sus progenitores negros" y señala que el mismo autor afirma que en las Antillas británicas "el burgués mulato desprecia al obrero negro". Berry, también citado por Comas, declara que "el mulato, por tanto, odia su ancestro negro, anhela el *status* de los blancos, tiene más prejuicios en contra de una piel negra que los propios blancos, y está ansioso por conseguir cualquier posible

El hecho de que en las filas insurrectas de Boukman, Biassou y Toussaint Louverture se contasen ocasionalmente especímenes mulatos, no desvirtúa la disposición general de los grupos étnicos en pugna. Posteriormente, las reyertas entre Toussaint Louverture y el mulato Rigaud y entre Cristóbal y el mulato Petión mostraron la culminación del antagonismo entre negros y pardos en el proceso emancipador. Más tarde, y hasta recientemente, la pequeña oligarquía capitalista y proimperialista de los mulatos haitianos recobró eventualmente el dominio político, gracias al apoyo de los intereses foráneos.[5] El frustrado régimen del presidente Dumarsais Estimé marcó el fin, al parecer definitivo, de la hegemonía minoritaria de los mulatos haitianos.

En la historia dominicana el conflicto político no exhibe el neto deslinde de los campos raciales porque la virtual inexistencia de la discriminación étnica fomentó, desde

---

reconocimiento de la sociedad blanca".

Lémery, Henry, *Martinique, Terre Francaise,* G. P. Maisonneuve & Larose, París, 1962, *págs. 42 y siguientes.* También en Martinica los mulatos se opusieron y lucharon contra los negros en favor de los blancos. En la revuelta de octubre de 1822 los mulatos contribuyeron a sofocar la insurrección negra. El general Donzelet rindió "homenaje a la devoción y al celo de los hombres de la milicia, tanto a los blancos como a los mulatos". El propio ministro de Colonias en funciones, marqués de ClermomVTennerre, se conmovió en París por la actitud leal de los mulatos; *pág. 116.* En 1870, cuando la rebelión negra acaudillada por Lacaille, los mulatos, con la ayuda de algunos negros, volvieron a combatir contra los esclavos; *pág. 121.* En la década de 1880 se unieron negros y mulatos martiniqueños para luchar conjuntamente, pero a poco ya estaban los mulatos separándose de los negros para rebajarlos. El gran antiesclavista Schoelcher combatió la desunión y llegó a escribir que "el porvenir de los negros está en su alianza indisoluble con los mulatos, y recíprocamente". Ausubel, David P., *Maori Youth,* Holt, Rinechart and Winston, Inc., New York, 1965. Los pakehas son neozelandeses provenientes del cruce entre los ingleses colonizadores y los nativos maorís. El grado de mestizaje es generalmente de poca intensidad. Los pakehas son también decididamente contrarios a los maorís, a quienes profesan una adversión mayor que la de los propios ingleses. Llegan hasta a abstenerse de todo trato con los nativos puros. Es una prueba más del antagonismo objetivo y subjetivo entre el híbrido y el grupo étnico social y económicamente inferior, del cual procede por una parte; *pág. 160,* donde el autor acepta la trasmisión generacional de las estructuras diferenciales.

Césaire, Aimé, *obra citada, pág. 207.* El mulato Lapeinte entregó la Arcahaye a los ingleses y lo mismo hizo el mulato Labuissenniere con Leogane, durante la insurrección haitiana, cuando los mulatos se desinteresaron de la ciudadanía francesa que debían compartir con los negros; *pág. 282,* donde el autor alude a la hostilidad de los mulatos contra Toussaint Louverture. Poyen, Colonel H. de *obra citada, pág. 165.* Acerca del odio de los mulatos contra Toussaint Louverture.

[5] Halcro Ferguson, J., *obra citada,* [*El equilibrio racial en América Latina*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963] *pág. 97,* donde el autor cita a Leyburn, quien imputa a la ocupación norteamericana en Haití el restablecimiento de la hegemonía política del mulato haitiano.

la media colonia, la integración de la mayoría demográfica mulata, cuyo auge cuantitativo contó siempre con la brisa favorable de la decadencia colonial y la ausencia de la explotación en términos agudos de la población esclava. El mulato mayoritario domina política y demográficamente la escena dominicana desde las primeras manifestaciones de los disturbios *sui-generis* del país. De manera que el negro relativamente puro no exhibe en Santo Domingo figuración como grupo étnico cohesionado por las razones obvias ya aludidas en el caso haitiano, en tanto que sus especimenes figurativos aparecen, juntamente con el blanco, como expresiones minoritarias en función de miembros e instrumentos de la minoría reaccionaria, entremezclados en la abrumadora mayoría mulata que también predomina numéricamente en los grupos de terratenientes, mercaderes e intelectuales desprovistos de sentimiento patriótico y de conciencia nacional.[6]

Es evidente, sin embargo, que la exigua minoría blanca relativamente pura, es decir, sin mezclas aparentes, ha ido perdiendo terreno como núcleo étnico cada vez más minúsculo. La *mulatización,* frenada a lo largo de los años de la ocupación yanki, se recrudeció en el curso de la tiranía trujillista. De todos modos, esa minoría más blanca forma parte en su totalidad de la minoría oligárquica e instrumental que oficia en las manos de los amos foráneos del país. La galería iconográfica de los jefezuelos que han pasado por el poder público en la República Dominicana arroja un desproporcionado porcentaje de especimenes blancos relativamente puros, lo que representa la evidencia de que de algún modo la cada vez más microscópica minoría representativa de los colonizadores y de los inmigrantes blancos posteriores se halla, en su virtual totalidad, encajada en el sector reaccionario que ha dominado el país como real satrapía del poder extranjero. Esto, por supuesto, no es posible afirmarlo respecto de la aplastada minoría negra pura.

Huelga apuntar, cierto es, que el proceso de *mulatización* a base de la progresivamente reducida minoría blanca relativamente pura, ha estado a cargo, a partir de determinado punto histórico —de difícil ubicación, por otra parte— de las iniciales capas de

[6] Park, Robert Ezra, *obra citada, pág. 4.* "Cada individuo es el heredero de una doble herencia, física y moral, racial y cultural". Myrdal, Gunnar, *obra citada,* [*An American Dilema*, Harper & Row, New York, 1962] *pág. 6.* De cuanto afirma el autor se hace preciso recordar el problema de la doble herencia delictiva del híbrido americano. Efectivamente, dice Myrdal que de todos es conocido el hecho de que un indeterminado porcentaje de los colonizadores de América, durante el primer período, estuvo integrado por sujetos de historia delictiva. A tal evidencia histórica debe añadirse el hecho de que africanos "capturados en guerra, o que habían cometido crímenes, o que dejaron de pagar sus deudas, fueron vendidos a los tratantes de esclavos". Más todavía: el propio Myrdal admite que "los negreros, según se presume generalmente, pueden haber favorecido la reproducción de especímenes africanos de la población esclava dóciles y físicamente fuertes". "Las fuentes históricas suministran referencias frecuentes acerca de tales prácticas". Todo indica —decimos nosotros—, como se ve, que el mulato tiene a sus espaldas un verdadero complejo histórico de tipo moral.

mulatos. En otras palabras, los cruces entre blancos y negros relativamente puros, apenas se han venido produciendo en el país a partir del momento en que las necesidades socio-sexuales principiaron a satisfacerse a base de mulatos y blancos y de mulatos de grados y proporciones diversas entre sí. El espectáculo de la unión permanente entre blanco y negro— espectáculo siempre provisto de una fuerte carga de impacto óptico aun en los medios de efectiva indiscriminación racial— escasea cada vez más mientras aumenta la frecuencia del espectáculo de la unión de mulato y blanca y de mulato *arianizado y* afromulata. De ese modo, la *mulatización* a base de mulatos discurre más fluida y rápidamente, favorecida, por lo demás, por la acción de las condiciones tropicales en detrimento de los rasgos somáticos faciales y capilares de la raza blanca.[7]

Consecuentemente, el proceso de *mulatización* sobre la base de tales fórmulas y lineamientos apareja simultáneamente un proceso subsidiario de *arianización* de la comunidad, lo que lleva implícita la dirección y tendencia de la función y conducta del mulato en cuanto a su inocultable blancofilia.[8] El proceso de *arianización* ha sido

---

[7] Boxer, C. R., *obra citada, Race Relations in the Portuguesa Colonial Empire, págs. 13 y 14.* La experiencia histórica indica que los cruzamientos entre blancos y negras exhiben mayor incidencia en las islas, lo que ha resultado en una mayor procreación de mulatos en las colonias insulares. La amalgama racial en las islas portuguesas de San Tomé, Príncipe y Cabo Verde se completó rápidamente.

Thompson, Era Bell, *artículo citado,* pág. 7. "Así, el matrimonio mixto es para el hombre un medio de asimilación, lo que equivale —siendo como es la parte inferior en el ordenamiento de las jerarquías sociales— un medio para el ascenso social. En este caso, la mujer blanca se encuentra, por lo general, en inferioridad social respecto del hombre de color; el color de su piel es su dote más preciada y, en muchos casos, quizás lo único que ella aporta al matrimonio. En consecuencia, el cruce de razas mediante el matrimonio es sólo un caso especial del cruce matrimonial como vía de asimilación para pasar a otro conjunto étnico". Montagu, Ashley, *Human Heredity,* Signet, New York, 1963, *pág. 221..* Es un hecho curioso el de que la mayor parte de los rasgos europeos aparecen más frecuentemente en los descendientes híbridos hembras, lo que —comentamos nosotros— contribuye a valorizar a la mujer mulata como medio de *mulatización.* Reed, Sheldon C., *obra citada,, pág. 156.* El autor, que es, como se ha dicho, director del Instituto Dight de Genética, en la Universidad de Minnesota, revela cómo la mayor parte de las solicitudes de información y asesoramiento en el Instituto conciernen al problema de la herencia del color de la piel. Muchas veces los propios niños son llevados al Instituto para obtener de los biólogos la opinión acerca de "las posibilidades de pasar por blancos". Otra indagación frecuente es la que tiende a determinar cómo será la descendencia del menor.

[8] Thompson, Era Bell, *artículo citado, pág. 36.* "La acusación más común contra los mulatos, tanto por parte de los negros como de los blancos, es que el mulato "quiere ser blanco". Cuando interrogó al Dr. Rene Ribeire, antropólogo de Recife, acerca de si era inconveniente ser negro, el interpelado respondió: "Sí, nadie desea ser negro".

Bastide, Roger, *obra citada, pág. 94-* La transculturación fue una verdadera lucha por el *status*

originalmente descubierto y analizado en la colectividad brasileña, donde rigen soluras indiscriminatorias muy similares a las que particularizan la trayectoria social dominicana, aunque en la nación lusoamericana se observan atisbos de prejuicios raciales y actitudes discriminatorias que no se encuentran en la conducta social dominicana de la colonia y de la llamada autonomía, amén de que la presencia del amerindio y de una apreciable colonia asiática en el Brasil introduce otras peculiaridades en el hibridismo del país suramericano. Estas peculiaridades no se verifican en la mezcla exclusivamente blanquinegra de la República Dominicana. Interesa, en fin, subrayar una vez más en el mulato el papel *parcializado,* de inconsecuencia étnica, blancófilo y negrófobo, desempeñado bajo la atracción de un ascendiente y en detrimento del otro.[9]

No tiene lugar, pues, un proceso de *africanización* en la comunidad híbrida de blanco y negro, ni siquiera un proceso neutral de estabilidad mulata equidistante. Los movimientos de regreso al negro son aislados y escasos y apenas tienen como consecuencia la de retardar, en cierta medida indeterminable pero intrascendente, la arianización colectiva. La inmigración negra-haitiana y británico-antillana es de valor interesante, sin embargo, sobre todo en cuanto a la afluencia subrepticia de in-

---

social. Así, la civilización de los blancos, una vez fracasadas las insurrecciones, era deseada como la única solución para salir de una situación insoportable. Se emplearon dos formas: la cultural, mediante la adhesión al catolicismo y la adquisición de las costumbres y hábitos de los blancos; y la biológica, consistente en *limpiar la sangre* mediante el nacimiento de descendencia más clara.

Schurz, William Lytle, *obra citada, pág. 194-* La limpieza de sangre llegó a ser objeto de decretos metropolitanos. La corona, como un gesto de consideración, certificaba a veces el grado de blancura de los mulatos. "Durante mi permanencia en Caracas —dice Depons— una familia entera de color obtuvo del rey todos los privilegios inherentes a los blancos". En Colombia, por otra parte, existía una verdadera clasificación del grado de mestizaje y cualquier persona se ofendía si era llamada mediante la asignación de un grado más bajo que el suyo.

[9] Poyen, Colonel H. de, *obra citada, pág. 361.* El autor recoge la siguiente expresión del historiador Laujon, al aludir a la situación de los mulatos contra los negros: "contra los cuales ellos habían probado siempre su odio y su encarnizamiento". Lémery, Henry, *obra citada, págs. 36 y 37.* Napoleón comprendió la blancofilia del mulato. En Santa Helena se expresó de la siguiente manera: "La llegada del capitán general Leclerc fue seguida de un buen éxito completo, pero no supo continuarlo. Si hubiese seguido mis instrucciones secretas, que personalmente le trasmití, habría evitado muchas desdichas y se habría ahorrado grandes penas. Le ordené, entre otras cosas, asociarse con los hombres de color libres para contener mejor a los negros...".

Aptheker, Herbert, *obra citada, pág.- 391.* En la historia norteamericana fue famoso un tal Dr. Eoss, hijo de padre blanco y madre negra o mulata, natural de Alabama, quien escribía artículos periodísticos y pronunciaba conferencias en favor de la esclavitud. Tanto la historia haitiana como la norteamericana contienen numerosos ejemplos de la conducta inconsecuente y hasta traicionera del mulato respecto del negro.

migrantes haitianos clandestinos que aumentan o por lo menos sostienen la proporción cuantitativa del núcleo negro puro. De todos modos; *la arianización* como proceso del homogeneidad final es de duración incalculable.

Es perfectamente admisible la derivación de efectos y consecuencias sicosociales de la dinámica realidad histórica y sociológica que hemos reseñado respecto de la formación de la comunidad mulata que es el pueblo dominicano. Negarle fuerza generadora de modalidades de conducta a esa realidad aparecería una actitud simplista y anticientífica.[10] Pretender desconocer la acción modeladora del carácter nacional que dimana de esa pormenorizada realidad equivaldría a suprimir otra reconocida y obvia realidad: la de las características colectivas que particularizan las conductas -acciones y reacciones- de las sociedades y manifestaciones específicas, típicas, explicativas de la diferenciación entre las diversas respuestas colectivas ante los mismos agentes y hechos de provocación o excitación.[11]

---

[10] Ginsberg, Morris, *obra citada, Sociology, págs. 76 y 77.* Para el autor el carácter nacional "es un conjunto de disposiciones de pensamiento, sentimiento y comportamiento peculiares y ampliamente distribuidas en un pueblo dado y las cuales se manifiestan, con mayor o menor continuidad, en una sucesión de generaciones". "Es altamente probable —afirma Ginsberg— que si existen los caracteres y temperamentos nacionales en el sentido indicado, habrán grandes diferencias entre pueblos diferentes en el grado de homogeneidad que haya alcanzado el pueblo considerado globalmente y respecto de la permanencia y continuidad de los rasgos nacionales".

[11] Unesco, *revista citada, pág. 134.* El profesor Salzano, del Instituto de Ciencias Naturales de Porto Alegre, expresa que "las esperadas consecuencias de la mezcla racial son diferentes de acuerdo con la estructura genética de la población dada". Griéger, Paul, *obra citada*, [*La Caracteriologie Ethnique*, Presses Universitaires de France, Paris, 1961] *pág. 15.* La caracterología étnica comprende los estudios inherentes a lo que hay de específico en las diferentes variedades de grupos étnicos y a lo que hay de original en esos mismos grupos; *págs. 18 y 19,* donde el autor afirma que la experiencia enseña la existencia, en el comportamiento de los grupos humanos, en la orientación y estilo de sus actos... de un conjunto de rasgos característicos relativamente estables. La esencia de la realidad étnica no es otra cosa que lo que en un pueblo expresa su naturaleza biosicosociológica. "Se trata especialmente de reacciones elementales, de actitudes espontáneas, de modos de ser, de maneras de hacer, de formas de pensar que marcan el comportamiento de los individuos de todo un grupo, sin que ellos lo adviertan". El grupo étnico implica, así, un contenido, una suerte de materia prima sobre la cual, por una parte, los acontecimientos físicos del mundo exterior repercuten, y sobre la cual —lo que es más importante todavía— se registran las fluctuaciones de la vida social; *pág. 51.* El grupo étnico forma una totalidad consigo mismo a lo largo de su historia y una totalidad con el medio, considerado éste en sentido de ambiente. Griéger emplea entonces una fórmula para desarrollar la idea de una estructura del grupo étnico en un momento dado de su historia:

Sa = (Ca. Hi) E

o sea, *Sa,* significa síntesis actual, *Ca* es el carácter étnico, *Hi* la historia *y E el* medio ambiente. El medio ambiente condiciona la totalidad del desarrollo étnico, pues se trata no solamen-

El problema del mestizaje general y de la *mulatización* en particular da lugar a investigaciones inherentes a las peculiaridades de grupos humanos dotados de aptitudes diversas y capaces de producir rasgos culturales propios, rasgos y aptitudes que, a través de confluencias y yuxtaposiciones, han dado lugar a la heterogeneidad de los fenómenos sociales responsables del progreso del hombre.[12]

---

te del medio geográfico, sino también del medio social y mental. Lo físico no es más que un aspecto del medio, desde el momento que existe también el aspecto social de las regiones y de las barreras sociales y el aspecto síquico, formado por las ambiciones, los temores, los proyectos, etc.; *pág. 62,* donde el autor cita a Kreeber: "No hay razón para que razas que difieren anatómicamente no difieran también, hasta cierto punto, fisológica y sicológicamente". La misma tesis la comparte Franz Boas.

[12] Schwidetzky, Use, *obra citada, pág. 159.* El impacto producido por el choque entre dos actitudes místicas distintas tiene que ocasionar una serie de repercusiones síquicas formidables; *pág. 170.* "Por consiguiente, la transetnización es siempre un proceso bilateral en el que los dos participantes sufren una alteración". La autora señala "la vinculación íntima que en el hombre tiene lo orgánico con lo espiritual". Y añade: "Las cosas del espíritu intervienen con mucha profundidad y de modos muy diversos en el destino biológico de los grupos para que pueda suponerse que el cambio del ropaje espiritual se realiza sin otras consecuencias manifiestas. Cada situación histórica de un pueblo no sólo en su estructuración social y económica sino también en todas sus valoraciones espirituales, representa un individualísimo sistema de tamización y asimilación que determina los tipos biológicos que deberán ascender o descender socialmente y los sitúa en condiciones favorables para su posterior desarrollo. Por consiguiente, las condiciones internas para el desarrollo y progreso de un pueblo están codeterminadas por todos los valores ligados a la tradición, esto es, por los valores que —en el caso de fusión étnica— puede llegar a imponer una minoría al nuevo conjunto". "De mayor importancia aún para las condiciones externas de crecimiento y desarrollo de un pueblo y la posición que a éste le toque en el seno de otro, es el cambio espiritual de los individuos ocasionados por la transetnización".

Park, Robert Ezra, *obra citada, pág. 282.* "...el hombre individual es el portador de una doble herencia. Como miembro de una raza trasmite, mediante la reproducción, una herencia biológica. Como miembro de una sociedad o grupo social, por otra parte, trasmite, por comunicación, una herencia social. El complejo particular de caracteres hereditarios que caracteriza a los individuos de un grupo racial, constituye el temperamento racial. El conjunto particular de hábitos, posiciones, sentimientos, actitudes e ideales trasmitidos por comunicación y educación, constituyen una tradición social. Entre ese temperamento y esa tradición existe, según se reconoce generalmente, una íntima relación". Park también señala que son contundentes las diferencias o contrastes entre las reuniones masivas de dos grupos étnicos distintos.

El autor cita a E. B. Reuter, quien en *The Personality of the Mixed Blood,* afirma que los mulatos, como una clase, exhiben ciertos rasgos personales que los distinguen de los negros, con quienes son identificados tanto en Estados Unidos de Norteamérica como en África del Sur. Los mismos rasgos los distinguen de los blancos "con quienes ellos (los mulatos) están dispuestos a identificarse en todas partes". Park concluye sus observaciones y comentarios acer-

En tal sentido, si las combinaciones de genes influyen o determinan la conducta personal y social, parece incuestionable que los individuos resultantes de una amplia variedad de mezclas entre sujetos portadores de diversos grados de mestizaje,[13]

---

ca de la discriminación del mulato en detrimento del negro, señalando que "es cierto que el mulato en Estados Unidos, como ocurre generalmente con todos los híbridos, se ha dispuesto a escapar de la cadena en la cual su historia y sus orígenes lo han envuelto, mediante su separación de las masas negras...", aunque al mismo tiempo el autor subraya el hecho de que, al ser rigurosamente considerados también negros (en África del Sur y Estados Unidos) el mulato se ha visto obligado a hacer de la causa de los negros la suya propia. Coon, Carleton S., *obra citada, pág. 116,* El autor señala que los seres humanos varían en cuanto a su temperamento y expresa que "es una observación común entre los antropólogos que han trabajado en muchas partes del mundo en íntimo contacto con gentes de diferentes razas, que las diferencias temperamentales entre las razas no solamente existen, sino que también pueden ser previstas". "Las razas también difieren en el tamaño y peso de sus glándulas endocrinas, lo mismo que respecto de las sustancias de la orina. El estudio de estas variaciones apenas ha comenzado y muchos lectores, partidarios del dogma vigente según el cual todas las diferencias de conducta se deben a la capacidad del hombre para su aprendizaje, hallarán esto muy desagradable, pero la carga de la prueba queda sobre ellos. En fin, "tales diferencias no se vinculan al sistema endocrínico, hay que concluir entonces que el hombre es ciertamente un animal único".

Montagu, Ashley, *The Concept of Race,* The Free Press, Glencoe, 1964, *págs. 7, 16 y 17.* Dentro de una posición radicalmente contraria a la existencia de razas distintas, Montagu acepta el hecho de diferencias entre los seres humanos al expresar lo siguiente: "Es obvio que existen muchas diferencias entre los diferentes grupos de seres humanos, pero la concepción antropológica de las mismas es errónea, en tanto que el enfoque antropológico del estudio de tales relaciones es premendeliano y no es científico. "Desde luego que existen diferencias, pero deseamos un término adecuado para describir la existencia de las mismas". El autor comparte el mismo criterio de Huxley y de Haddon, quienes han propuesto el término *grupo étnico* para aludir a los conjuntos de seres humanos que exhiben los mismos rasgos.

[13] Dunn, L. C., *Heredity and Evolution in Human Populations,* Atheneum, New York, 1965, *pág. 96.* Señala el autor que las grandes razas continentales —europeos, asiáticos, africanos, australianos y amerindios— muestran las mayores diferencias entre sí en cuanto a las frecuencias de ciertos genes y en las combinaciones características. Así, Europa, por ejemplo, es el único continente en el cual los nativos tienen el gene *Rh-negativo* en altas frecuencias, en tanto que en África, en la región al sur del Sahara, todas las poblaciones examinadas tienen muy elevadas proporciones de un alele *Rh-positivo,* lo que las distingue claramente de otras poblaciones en las cuales el citado alele es raro o está ausente, pero se encuentra siempre con la misma frecuencia en las poblaciones de origen africano que se hallan asentadas en otras partes del mundo. Los etnógrafos serológicos lo llaman el *alele africano.* Otras investigaciones han determinado que los amerindios se caracterizan por la falta del grupo sanguíneo alele *B,* del alele *Rh-negativo* y del alele *K.* Por otra parte, los aborígenes australianos, afirma Dunn, se distinguen de otros pueblos continentales tanto por las frecuencias peculiares de sus genes sanguíneos como por sus caracteres físicos y culturales. Están desprovistos del alele

tendrán que exhibir una amplia variedad de actitudes y conductas. Aun aceptando la inexistencia de razas puras es innegable el hecho de que existen conglomerados híbridos que, por razón del largo tiempo transcurrido a partir de sus mezclas originales y por la limitada variación de las mismas y de las mezclas subsiguientes, tienen ya sus características afirmadas con un alto grado de estabilidad. No es éste el caso de las que podríamos calificar como mezclas recientes, en las cuales los procesos de sedimentación, adaptación y estabilización se encuentran todavía en períodos prácticamente iniciales si se toma en cuenta la realización del hibridismo hasta cierto grado de homogeneidad aparente.[14]

B, del alele *S,* del sistema *MNS* y del alele *Rh* negativo, pero tienen, en cambio, altas frecuencias del alele *M.* Las investigaciones de los aleles ponen en singulares aprietos a ciertas teorías acerca de la procedencia original de algunos pueblos del globo.

Montagu, Ashley, *obra citada, Human Heredity, pág. 38.* En un solo cruce las posibles combinaciones entre las 23 clases de cromosomas del macho y las 23 clases de cromosomas de la hembra, ascienden a 8.388.608, o sea, equivalente a 2 elevado a la potencia 23. Las posibilidades de tales combinaciones repetidas más de una vez equivalen a 1 en aproximadamente 70 trillones, o sea, 2 elevado a la potencia 23 multiplicado por 2 elevado a la potencia 23. Griéger, Paul, *obra citada, pág. 68.* Griéger estima. que la trasmisión de los genes no es evidentemente sino el aspecto exterior del proceso hereditario y que los genes son portadores de virtualidades que pueden ser tanto síquicas como orgánicas; *pág. 75.* No obstante la aceptación de la mutación y de otros factores, los biólogos modernos aceptan la existencia del genotipo, o sea, el conjunto de elementos permanentes que se trasmiten de generación en generación.

Heuse, Georges A., *Biologie du Noir,* Les Editions Problemes d'Afri-que Céntrale, Bruxelles, 1957, *pág. 5 y 7.* Los análisis serológicos y hematológicos demuestran que hay fenotipos que pueden ser considerados como característicos de las razas melanoafricanas y cromosomas esencialmente africanos, como ocurre con el fenotipo *P* y con el cromosoma *cDe(Ro).* Respecto de éste último puede afirmarse que, "si su frecuencia sobrepasa el 5% en una población determinada, se puede suponer generalmente una considerable proporción de mestizos". Por otra parte, los genes *K* son más raros en el negro que en el blanco europeo. La frecuencia del gene *Duffy (Fy)* parece ser bastante más débil en África que en Europa.

[14] Reed, Sheldon C., *obra citada, pág. 157,* donde el autor alude al estudio realizado por Stern, de conformidad con el cual "son cuatro o cinco pares mayores de genes los que responden de la diferencia en el color de la piel entre negros y blancos".

Unesco, *revista citada, pág. 158.* En el hombre, lo mismo que en los animales, la composición genética de cada población está sujeta a la influencia modificadora de diversos factores: selección natural, tendencia hacia la adaptación respecto del medio, mutaciones fortuitas que conducen a modificaciones de las moléculas de ácido desoxiribonucleico que determina la herencia, modificaciones aleatorias en la frecuencia de los caracteres hereditarios cualitativos, todo ello en una extensión que depende de los modos de reproducción y del tamaño de las poblaciones".

Ginsberg, Morris, *obra citada, Sociology, pág. 63,* donde el autor señala que "desde el punto de vista de la genética moderna la raza debe entenderse como un complejo de caracteres que, a

través de un aislamiento y de un intercruzamiento prolongado, ha alcanzado una cierta estabilidad".

Coon, Carleton S., *obra citada*, [*The Origin of Races*, Alfred A. Knopf, New York, 1963] *pág. 34.* "El principio es que, cuando una población ha sido invadida por miembros de otra raza, los genes que suministran la adaptación especial al ambiente local retienen su facultad selectiva y eyentualmente llegan a caracterizar a la población híbrida a través del proceso de la selección natural". Montagu, Ashley, *obra citada,* [*Race, Science and Humanity*, Van Nonstrand Company, Inc., New York, 1963], *Human Heredity, págs. 58 y 59.* El mulato propiamente dicho, esto es, el descendiente de blanco y negra representa físicamente un sujeto intermedio entre los padres blanco y negro. Pero, si dos mulatos se cruzan, sus descendientes no son propiamente mulatos aunque reciban el nombre genérico de tales. Podrán, por ejemplo, tener nueve hijos, de los cuales dos podrán tener piel oscura, pelo en espiral, nariz ancha, orejas pequeñas sin lóbulos. Otro u otros de los hijos podrán ser muy semejantes al blanco; pero los restantes mostrarán grados distintos de los mismos caracteres. Todo esto demuestra que los genes no se mezclan, sino que mantienen su integridad generación tras generación. Los mulatos contienen en sus cromosomas genes de rasgos negroides y genes de rasgos blancos y como quiera que los cromosomas están distribuidos al azar dentro de las células sexuales, algunas de éstas contendrán más genes blancos y otras más genes negros. Por consecuencia, si se unen dos células sexuales que contengan mayormente genes blancos, las posibilidades son mayores en cuanto a que el producto resultante será mayormente blanco en sus rasgos. Lo contrario sucederá si las células que se unen contienen mayormente genes negroides. En el caso clásico de la mujer híbrida de madre basuta (negra sudafricana) y padre inglés y la cual casó con un blanco, los dos hijos de éste último cruce nacieron casi totalmente blancos en el color de la piel y demás rasgos, lo que se explica por el hecho de que la madre contenía los genes blanco y negro en su óvulo y, al casar con un blanco que sólo contenía en su espermatozoide genes blancos, tuvo descendencia casi blanca, semejante al padre y a los abuelos paternos y a un abuelo materno.

La descendencia de las uniones de negros y blancos será de genotipo, $P_2\ p_2\ P_3\ p_3$, es decir, tres genes de pigmento oscuro curo y tres genes de pigmento claro. La primera descendencia mulata será intermedia entre los padres en cuanto a color se refiere. Ahora bien, las células sexuales del mulato contendrán tres genes de ocho diferentes combinaciones, como, sigue: $P_1\ P_2\ P_3$, Pj $P_a\ p_3$, $P_{1,}\ p_2\ P_3$, $P_1\ P_2\ P_3$, $P_1\ p_3\ p_3$, $P_1\ P_2\ p_3$, P $P_1\ p_2\ P_3$ y $P_1\ p_2\ p_3$. Así, cuando los mulatos se cruzan, sus descendientes mostrarán la siguiente distribución de colores, por ejemplo: veinte, o sea, casi la tercera parte de la generación F_2 tendrá tres genes de pigmento oscuro y tres genes de pigmento claro. Aproximadamente treinta, o sea, casi la mitad, tendrá dos genes de pigmento oscuro y cuatro genes de pigmento claro, o a la inversa, es decir, cuatro genes de pigmento oscuro y dos genes de pigmento claro y serán más claros o más oscuros que los padres. Aproximadamente 6 tendrán 5 genes de pigmento oscuro y un gene de pigmento claro y serán de color intermedio entre el negro y el mulato. Aproximadamente G tendrán 1 gene cíe pigmento oscuro y 5 genes de pigmento claro, por lo que serán de color intermedio entre blanco y mulato. Uno tendrá 6 genes de pigmento oscuro y será completamente negro. Otro tendrá 6 genes de pigmento claro y será completamente blanco. Es obvio, entonces, que un niño blanco no puede nacer de la unión de dos negros, ni uno negro nacer de la unión de dos blancos. Si ia piel de los padres es negra, tendrán genes negros

y podrán tener solamente niños color negro. Si la piel de los padres es blanca, tendrán entonces sólo genes blancos y podrán tener solamente niños blancos. Si uno de los padres tiene gene, oscuro, es decir, si es del genotipo PJ p_2 P_3 y se une a una persona que no tiene genes oscuros y *es* del genotipo PJ p_2 p_3, sucede que, debido al hecho de que los genes del color de la piel no son ni dominantes ni recesivos, los cinco genes blancos borrarán casi completamente los efectos del gene oscuro. Se ve entonces que las historietas de niños negros que nacen inusitadamente de padres blancos carecen de sentido. Si los padres tienen piel blanca los niños sólo pueden ser del mismo color aproximadamente.

Cuando los mulatos se unen a negros o a blancos el color de la piel de la mayor parte de sus descendientes es intermedio respecto de los padres. Las tres octavas partes de las células sexuales de los mulatos contienen dos genes de pigmento oscuro, otras tres octavas partes de los genes contienen un gene de pigmento oscuro, una octava parte de las células contienen tres genes de pigmento oscuro y la otra octava parte no contiene pigmento oscuro alguno. Como quiera que una célula sexual negroide contiene tres genes de pigmento oscuro, la descendencia de un cruce entre mulato y negro contendrá tres octavas partes con cinco genes de pigmento oscuro, tres octavas partes con cuatro genes oscuros, una octava parte con seis genes de pigmento oscuro y otra octava parte con tres genes de pigmento oscuro. La descendencia del cruce entre mulato y blanco contendrá tres octavas partes con dos genes de pigmento oscuro, tres octavas partes con un gene oscuro, una octava parte con tres genes de pigmento oscuro y otra octava parte sin gene de pigmento oscuro.

Dunn, L. C., *obra citada, págs. 120 y siguientes.* Para el profesor Dunn la trata de esclavos constituye una de las mayores dislocaciones étnicas de la historia del mundo. Los genes africanos han sido, de ese modo, trasladados al hemisferio occidental. Explica Dunn que en Estados Unidos de Norteamérica, donde, como se sabe, blancos y negros se han mantenido separados, es difícil precisar el grado mediante el cual los genes europeos se han difundido, por hibridismo, dentro de la población negra. Las estimaciones más aproximadas, realizadas por Glass, indican que los negros de Baltimore y New York tienen mezclas de genes europeos en proporción que oscila entre el 20 y el 30%, considerando el hecho de que el hibridismo entre blancos y negros norteamericanos ha tenido lugar sólo en escala y frecuencia muy reducidas. El cálculo se extiende hasta indicar que la rata de penetración de los genes europeos en la población negra estadounidense es de aproximadamente el 3% por generación en el curso de las doce generaciones transcurridas desde que ambos conglomerados conviven en Norteamérica. Otras de las dilucidaciones de importancia son las realizadas sobre algunos conglomerados negros, como en el caso de los Gullah, habitantes de la costa atlántica de Carolina del Sur y Georgia. Esa comunidad africana se caracteriza por la conservación casi intacta de muchos rasgos africanos, incluso el color de la piel y los caracteres faciales. Los estudios llevados a cabo demuestran que las frecuencias genéticas de los Sullah se asemejan más a los africanos occidentales de hoy que a los negros de New York o Baltimore. Otras observaciones han tenido como campo las comunidades insulares adyacentes a Norteamérica e incluso las pequeñas islas frente a ía costa de Honduras británica, donde los contrastes hereditarios, tanto los culturales como los biológicos, son sorprendentes. Por ejemplo, los genes de esas pequeñas comunidades son predominantemente africanos en tanto que el lenguaje y las costumbres son amerindias. Como se sabe, los pobladores de esas pequeñas islas hondureñas de jurisdicción británica se denominan caribes negros porque descienden de

Si admitimos, por ejemplo, que la comunidad española es una sociedad mezclada mediante la intervención de celtas, iberos, romanos, germanos, visigodos, moros, judíos, etc., debemos admitir también, necesariamente, dos aspectos de la mezcla hispana: en primer lugar, la semejanza o afinidad somática entre la gran mayor parte de los intervinientes en el hibridismo hispano, ya que no se trata de grupos étnicos contrastantemente disímiles; y, en segundo lugar, el grado de estabilidad somática que exhibe la colectividad hispana tanto por la aludida afinidad como por el larguísimo tiempo transcurrido a la largo del proceso. En el caso de las llamadas mezclas recientes no hay todavía, por falta de tiempo, sedimentación y estabilización de caracteres y, de acuerdo con los difícilmente determinables grados de la mezcla, es posible que durante algunas etapas del proceso predominen en el conglomerado tendencias y actitudes dadas.

Es preciso, por otra parte, considerar las que podríamos calificar de mezclas condicionadas y mezclas libres, entendiéndose por éstas últimas las mezclas desprovistas de factores ambientales de índole coactiva o de presión social, es decir, las mezclas resultantes de uniones espontáneas o simplemente selectivas, en tanto que las primeras representan procesos de hibridismo forzoso debido a la presencia de factores de coacción social propiamente dicha o de presión política o económica. La mezcla de amos y esclavos, pongamos por caso, implicaría la intervención de factores específi-

---

esclavos africanos deportados allí en el siglo XVIII tras algunas generaciones de permanencia en la isla antillana de San Vicente, págs. 120, 121 y 122. El problema genético de las comunidades aisladas, como algunas insulares, se agudiza por la existencia de un gran número, de ascendientes comunes a los pobladores, lo que supone, desde luego, la existencia de cierto grado de consanguinidad. El caso histórico dominicano, como consecuencia del aislamiento de la comunidad, sobre todo durante los siglos de depauperación agravada de la época colonial y, posteriormente, como resultado de los cambios de administraciones extranjeras y de las instauraciones despóticas, es evidentemente el de una población cerrada, caracterizada por su notable aislamiento. Más aún, la situación se ha hecho todavía ocasionalmente más aislada porque, como se sabe, durante los muchísimos años de despoblación o de población insuficiente, el aislamiento general estaba subdividido en aislamientos fraccionados distribuidos sobre una siempre pequeña parte de la isla. Como es de todos los dominicanos conocidos, la comunidad se caracteriza por los cercanos y lejanos nexos de parentesco entre los pobladores incluso de localidades distintas. Los vínculos familiares entre pobladores de ciertas regiones y poblaciones son ciertamente evidentes y muy concretos. En la República Dominicana, por tanto, el *inbreeding* es una realidad indiscutible.

Montagu, Ashley, *obra citada, Human Herdity, pág. 30,* donde se declara que todos los autores están de acuerdo, por ejemplo, en un defecto sanguíneo que afecta principalmente a los individuos de origen negroide. Es una condición genéticamente heredada y se la conoce como anemia de glóbulos falciformes. Dunn, L. C., *obra citada, págs. 50 y 51.* Los hematíes de la anemia falciforme fueron descubiertos en 1910 por el Dr. Herrick en la sangre de un negro antillano. Posteriormente el Dr. Paulding obtuvo el premio Nobel de Medicina por sus trabajos sobre el problema genético de la mencionada enfermedad.

cos de naturaleza incluso sicológica que, independientemente de su transmisibilidad hereditaria, impregnan tanto el molde donde tiene lugar el proceso híbrido como la existencia misma de los elementos participantes. Una situación es, en fin, la de productos resultantes que se desenvuelven libres de presiones sociales, políticas, económicas, y otra situación es la de productos resultantes que se desenvuelven dentro de las limitaciones y presiones derivadas de prejuicios discriminatorios, repudios, complejos y otros factores de presión social.

Coinciden en sus formas y contenidos la conducta social y personal del mulato en cuanto a su tendencia a la *arianización* y el tipo de defensa social abierta que hemos analizado anteriormente con ocasión del comportamiento colectivo en las agudizaciones de la crisis política. Ambas expresiones contienen el mismo espíritu paraservil de índole efusiva, congratulatoria, en cierto modo de significado sumiso pero halagador.[15] Semejante coincidencia no es, desde luego, un simple golpe de suerte,

---

[15] Park, Robert Ezra, *obra citada, pág. 97,,* donde el autor alude a la obtención de posiciones por medio de la adulación de parte del esclavo liberado.

Unesco, *revista citada, pág. 130.* "Las razas insulares, lo mismo que las que ofrecen una distribución insular en los continentes, muestran a menudo una variabilidad' reducida debido tanto a un más intenso efecto de la inducción aleatoria de los genes como a su origen de un grupo relativamente pequeño de individuos"; *pág. 347,* donde el autor cita a Theodor Waitz, quien observa que "donde quiera que vemos a un pueblo, no importa su grado de civilización, viviendo fuera del contacto y de la acción recíproca de otros pueblos, encontramos un determinado estatismo, inercia mental y desidia, todo lo cual hace casi imposible cualquier cambio de las condiciones políticas y sociales".

Ginsberg, Morris, *obra citada, Sociology*, [Oxford University Press, London, 1963], *págs. 84 y 85.* Distintas teorías han sido sugeridas para explicar la declinación de las civilizaciones sobre la base de los cambios raciales. "Así, la declinación de Roma ha sido imputada -a la mezcla de razas (Chamberlain), al excesivo intercruzamiento (Reinimayr), a la regresión de la selección natural producida por la guerra y las limitaciones de la natalidad, lo cual resulta en la eliminación de los mejores elementos de la sociedad (Seeck, Schllmayer y otros)". Griéger, Paul, *obra citada, pág. 20.* Para Keyserling "las ideas son, respecto de los seres pensantes y conscientes, excitantes tan activos como las sustancias químicas para los protozoarios". Es natural, por consecuencia, que cada pueblo reaccione de una manera diferente según sus aptitudes específicas, su grado y su ritmo de desarrollo; *págs. 23 y 24.* Agrega el profesor Griéger que las causas que determinan el estado político de un pueblo, su cultura, en fin, no son simples, no se reducen a una sola especie, puesto que unas son geográficas, otras manifiestan la persistencia del pasado y constituyen una tradición, otras localizan la influencia de otros pueblos, y otras, en fin, resultan de las necesidades internas de cohesión; *pág. 75,* donde el autor sostiene la tesis, muy extendida ciertamente, según la cual el aislamiento geográfico permite lograr una diferenciación hereditaria de los grupos humanos, entendiéndose por aislamiento todo lo que tienda a limitar el intercambio de genes entre tipos diferentes. Smirnov, Leontiev y otros, *obra citada, págs. 368 y 369.* "El origen de los sentimientos morales hay que buscarlos en la vida y actividad conjunta de los hombres, la generalización de los fines que se plantean y la

sino un sello de identidad puesto por la estructura étnica específica, armazón del complejo mulato. No se descubre en otros conglomerados híbridos y está absolutamente ausente en la otra mezcla americana —el mestizo de blanco e indio— carente de la vocación arianizante y de la defensa relajada y laxa. Estamos frente a modalidades, a tipos de conducta, a formas de reacción sobre todo. No se trata de respuestas esenciales distintas, sino de actitudes adjetivas que califican el comportamiento humano fundamental e invariable en confrontaciones y coyunturas dadas y preestablecidas. Este esclarecimiento es necesarísimo sobre todo a la luz de las concepciones de la dialéctica, puesto que no está en juego dentro de nuestra investigación la conducta humana fundamental en todas partes, sino las calificaciones de esa conducta en determinadas partes. En fin de cuentas, no es que el dominicano se conduzca esencialmente de manera contradictoria en el cotejo entre sus actitudes básicas y las de otros conglomerados. Estudiamos la peculiaridad que él estampa en la conducta general y unánime. Mucho menos perseguimos lograr afirmaciones de insoportable fisonomía racista; pero, alarmados, avergonzados ante las deprimentes acciones y omisiones de la sociedad a la que pertenecemos, hemos experimentado la necesidad de descubrir las explicaciones pertinentes.

A todo lo largo de su historia, a partir de su formación como sociedad definida, físicamente identificada en sus estamentos somáticos y económicos, el pueblo dominicano ha dado inconfundibles y pronunciadas denotaciones de un execrable servilismo político tanto en el plano internacional como en el nacional.

Aclaremos, respecto del ámbito internacional, que no aludimos al vicio de la entrega y sacrificio de la dignidad y los intereses nacionales que la universalidad de los gobiernos clasistas hispanoamericanos han venido ejerciendo detrás de los faldones norteamericanos. Esto último es un producto de clase y no de sociedad propiamente dicha.

El servilismo dominicano, en ambos campos, es, por lo contrario, un producto de sociedad y no sólo de clase. Es un tipo de conducta siempre presente en el acontecer histórico del país, tanto en las etapas de acentuación crítica como en las de intensidad amortiguada y aun en períodos de relativa normalidad dentro de la continua crisis en que se ha debatido la comunidad que ocupa la parte oriental de la Isla de Santo domingo.[16] En el aspecto internacional el servilismo vernáculo ha mostrado la

---

lucha común que llevan a cabo para alcanzarlos..." "Entre los sentimientos morales ocupan un lugar visible los sentimientos de deber y de responsabilidad, y el sentimiento del honor personal y social, del honor de la colectividad y de cada uno de sus miembros. El deber, la responsabilidad y el honor no solamente se reconocen conscientemente, sino que se sienten también emocionalmente".

[16] Wraith, Ronald and Simpkins, Edgar, *Corruption in Developing Countries,* George Alien and Unwin Ltd., London, 1963, *pág. 11.* "Quienes han tratado de vivir como hombres morales en una sociedad amoral, tarde' o temprano han cedido bajo presiones angustiosas". Entre

manifestación de la sujeción al poder foráneo a través de las continuas gestiones de sumisión y protectorado. Tales iniciativas crónicas es cierto que han sido encabezadas por los personeros oligárquicos en posesión del poder, pero secundados por sectores densos de la comunidad y por la indolente indiferencia de los restantes grupos, indiferencia indolente que no es más que la versión pasiva del servilismo diligente. Las tentativas interruptoras de la continuada oferta han quedado a cargo de la subminoría que estudiaremos oportunamente en el análisis del problema minoritario, problema clave de la problemática nativa en todos sus momentos históricos. La cooperación de la universalidad de la población nativa con el poder extranjero en función de ocupación ratifica la posición servil que ha acompañado las iniciativas de entrega a cargo de los grupos dirigentes.[17]

Mas, son las manifestaciones del servilismo interno las que interesa destacar ahora como expresión directamente vinculada a las peculiaridades intrínsecas del ser mulato y son ellas las que constituyen, por la índole de las vías de exteriorización y por los alcances fenomenales de su desenfrenada profusión, un verdadero caso único. A partir de la separación de 1844, el servilismo político campea en la historia dominicana de manera ininterrumpida y creciente a lo largo de las agudizaciones críticas, vale decir, en los períodos regidos por los hombres fuertes, hasta culminar horriblemente en la máxima crisis de la tiranía trujillista. La forma abyecta del halago y de la rendición, el endiosamiento y el halago feminoide sobrenadan en el ambiente nativo cada vez que el energúmeno de horca y cuchillo se enseñorea. El conferimiento de títulos y la ofrenda de la propia persona hasta los límites más inverosímiles sobresalen -como actos de adulación.[18] Al primer jefezuelo después de la separación, Pedro

---

éstas los autores enumeran las siguientes: la presión de la ambición que sólo puede ser satisfecha por medios ilegítimos, la presión insidiosa de una sociedad que adora el buen éxito material, la presión del derrotismo progresivo al comprenderse que la opinión pública condena tan levemente al transgresor que en realidad no vale la pena nadar contra la corriente.

[17] Dunn, L. C., *obra citada, pág. 12.* "El modelo humano más simple —dice el autor— es la población de una pequeña isla donde los matrimonios sólo tienen lugar entre los residentes y todos tienen tina ascendencia común. En una población semejante, la variedad de genes presentes cuando la comunidad se inició se mantendrán en los descendientes, a menos que sean aumentados por mutación o renovados por la emigración y la inmigración, o aun por la supervivencia de los portadores de diferentes surtidos de genes, o por otras influencias..."

[18] Wraith, Ronald and Simpkins Edgar, *obra citada, pág. 40.* En cuanto al servilismo de procedencia africana los autores expresan que la adulación se practica entre africanos cuando aparece el hombre que descuella por sus realizaciones físicas y su coraje en el campo de batalla: "le será rendida una adulación excesiva y le cantarán elogios, embarazosamente sicofánticos para el oído moderno..." "En África persiste la tradición del grande hombre, pero la riqueza y las posesiones han reemplazado el valor en la guerra como criterio de grandeza".
Goode, William J., *Religión Among the Primitives,* The Free Press, Glencoe, 1964, *págs. 44 y 108.* Abundando acerca de la adulación africana, véase lo que informa el autor: dentro de las

Santana, se le dan consagradas las perífrasis de *General Libertador y Jefe Supremo*. A Cabral, menos atrabiliario, se le nombra, más tarde, *Protector de la República.* A Buenaventura Báez se le reviste con el título de *Gran Ciudadano,* mientras la Asamblea lo designa *Dictador.* Luego es a Ulises Heureaux a quien se le entregan el honor y la dignidad, designándosele *Pacificador.* El peor de los monstruos del crimen, Rafael Trujillo, es quien llega a constituir el centro solar del ditirambo rastrero, cesto de cuantos parabienes y ditirambos es capaz de parir el meollo calenturiento del híbrido humillado. *Benefactor de la Patria, Ilustre Jefe, Padre de la Patria Nueva, Libertador Financiero, Egregio Conductor* son apenas ejemplos de las perífrasis nauseabundas que la inventiva mulata engendra en el insomnio adulador y en la vigilia desvergonzada.

No había límites mentales ni morales que atajasen el regreso de la servidumbre desbordada, desatada, empeñada en una viscosa contienda de tributaciones espontáneas, salidas de la fruición de adular. Poetas, escritores, médicos, abogados, ingenieros, dentistas, farmaceutas, filósofos, historiadores, absolutamente todos los académicos y autodidactas se dieron a sobresalir por encima de todos en la efusiva reverencia deshonrosa. No se concibe extravagancia que no fuese violada por toda una comunidad salpicada de excepciones que apenas pudieron esconder su abstención en los intersticios de la inmundicia general.

Es preciso detenernos en el carácter espontáneo del servilismo en la culminación trujillista del hundimiento. Es incuestionable la egolatría megalomaníaca del tirano, pero ella no hace presuponer en modo alguno que la abyecta pleitesía de que fuera objeto, juntamente forzoso en el halago y la tributación, No exigía la monstruosa criatura el profuso ditirambo cotidiano. Era éste una expresión voluntaria de todos los sectores y clases del país, no sólo de los núcleos mentalmente menos retrasados sino también de aquéllos que sellaban su admiración y su elogio con la marca de su impreparación, de su ignorancia, de su falta de estulticia intelectual. Cada quien hizo un derecho y un deber de la facultad de humillarse, de la capacidad individual para contribuir a la destrucción de la valoración ética colectiva. Nadie paraba mientes en su propia falta de cualidades intelectuales para la confección del halago ni en los límites de la normalidad del homenaje. De ahí que la ridiculez y la extravagancia alcanzasen una real categoría institucional. Lo único que no se le tributó a Rafael L. Trujillo fue lo que la más febrilmente humana resultaba incapaz de concebir, de imaginar, de soñar.

---

manifestaciones místicas se encuentran extravagantes manifestaciones de servilismo. En el ritual tikopia se emplea la fórmula ritual que se recitaba en Somosome: "Tú, Ancestro, yo cómo diez veces tu excremento". Entre los sicopias se empleaba la siguiente fórmula para pedir ayuda de la deidad en pro de la obtención de peces para la alimentación: "Yo cómo vuestro excremento, Tafaiata..."

Operóse una doble modalidad probablemente desconocida para el hombre: la rivalidad entre los centenares de miles de alabarderos y la expansión penetrante del contagio. Cada quien se esforzaba en la superación del competidor en el proceso de las regalías. Podrirse era un apasionado deporte profesional. Pudriéndose cada uno alcanzaba la pequeña prebenda o la probabilidad de sobrevivir, pero estas dos finalidades del deshonor y el miedo no necesitaban ser vislumbradas por el subconsciente para vivir la plenitud del tiempo consagrado a la alabanza. La execración se hizo clima natural en el que se vivió dentro de todos los elementos de la normalidad elaborada por la contribución unánime de la colectividad. No fue, pues, una irregularidad impuesta por la fuerza a contrapelo de la voluntad general, sino confeccionada por todos. Individuos y grupos que nada pretendían esperar del poder tiránico se enfrascaron en la competición servil. El tirano apadrinaba la mayor parte de las nupcias, bautizaba decenas de millares de niños y adultos, bendecía los hogares, regía, en fin, desde su trono, la totalidad de la vida individual y familiar del conglomerado. Los hombres claveteaban en sus paredes ricas o modestas la infamante targa que compraban a precio dé oro: "En esta casa Trujillo es el jefe".

El contagio servil se proyectó en todas las direcciones y dimensiones: lateralmente hacia el conciudadano indiferente o estéril, verticalmente hacia el hijo o hacia el superior jerárquico rezagado por la presteza del subordinado, profundamente contra todos los símbolos ciertos o ficticios que formaban el patrimonio histórico nativo. Los descendientes nacían y crecían bajo la irregularidad normalizada, bajo la tremenda crisis estabilizada, gracias al empeño de la unanimidad, por la adulación convertida en virtuoso deber ordinario. Que no se entienda por esto que el rito cotidiano alcanzaba formalidad y contenido de obligación, de cumplimiento más o menos volitivo. No. El deber se satisfacía con todos y cada uno de los rasgos del acto o función espontánea y la única presencia violentadora era la proveniente del acicate promovido por la pugna entre los oficiantes. La necesidad de superar el ajeno cumplimiento imponía cierta violencia en el ritmo de la vida cotidiana. Esta pugna se libraba entre individuos, entre familias, entre localidades, entre regiones. Sería insensato adelantar que el tirano trazó las pautas para tal egolatría. En primer término, no había pautas. En segundo lugar, ante la desbordada iniciativa no era posible la implantación de métodos ni sistematización alguna.

Hijos, calles, plazas, planteles, demarcaciones, montañas, caminos, asociaciones, puentes, todo, en fin, lo que es susceptible de ser denominado recibió el nombre temido y adorado. Engalanaban los esposos a sus cónyuges y los padres a epónimo eran vacas sagradas. Los hijos y parientes de la gusto esperma sublimizara los hogares. Las barraganas de sus hijas para que el ojo del sátrapa se prendase y el aufiera resultaban sustitutos de conformidad para la colectiva sumisión. El arte sólo conoció una finalidad. El retrato del *Amado Jefe* presidía salas y aposentos. Sin la más pequeña excepción, absolutamente todos los esfuerzos humanos estaban dirigidos a un

propósito: adular. Las más tiernas criaturas fueron iniciadas muy temprano en cualquiera de las formas del encomio. La omisión y la abstención eran crímenes contra la actitud unánime.

La iglesia y sus personeros nativos y extranjeros vaciaron sus arcas litúrgicas y políticas para redondear la entrega.[19] Cristo pasó a ocupar la cruz del buen ladrón junto al solio del *Amado Guía* moral y espiritual, pero vivo y coleando. Sólo cuando de la capital imperial del dólar y de la ostia de oro macizo llegaron las órdenes de que el susto producido por el Dr. Fidel Castro en la mayor Antilla forzaba la destrucción del nuevo Mesías, la aduladora furia vaticana se detuvo. Pero la abominación estaba ya consumada.

La infancia, la adolescencia, la pubertad, la madurez, como las cuatro estaciones del oprobio, desfilaban, mano al pecho, ante el César depravado. Lo que se narra de Gomorra, Sodoma, Babilonia y Roma en sus peores días de escarnio y desnudez es pálida crónica ante la honda y colosal perversión que vivió Ciudad Trujillo. Padrino de todos los vástagos, macho de todas las esposas, fauno de todas las célibes, auriga de todos los hombres, no hubo título capaz de ser llevado al pergamino que Trujillo no recibiese, ni beso que no se le ofrendase, ni incienso que no se le quemara. No dejó de ser una afortunada economía que el dios del país careciese de apetitos invertidos.

Dentro de cada acto o capítulo del servilismo se reproducía o complicaba el contenido adulatorio, de modo que cuando la calentura imaginativa no encontraba más retirados horizontes ni nuevas maneras de descanso, las ya habidas eran divididas, fraccionadas, complicadas para agrandar la ofrenda e incrementar el sentido de la incondicionalidad pervertida. Si un apartado o cercano poblado, por ejemplo, determinaba llamar su mejor calle por el nombre del Señor y así lo hacía saber al congreso del país, éste, antes de aprobar la petición, designaba una comisión de legisladores para que apreciaran en el propio lugar del bautizo si la calle merecía, por su ubicación topográfica y estado, la dicha y el honor de ostentar el divino apelativo. De regreso la inspección, el más veloz legislador propondría rápidamente la declaratoria de urgencia respecto de la proposición pedánea. De esa manera se hacían propias las ajenas iniciativas y se las aprovechaba para insuflarles nuevo y más grande agregado de pleitería y loa.

La escuela era tribuna y centro de peroración y didáctica serviles. El personal docente remontaba el genio y la figura del *Ilustre Conductor* en medio de sus recitaciones

[19] El clero nativo venía desde largo tiempo contribuyendo a la disolución de la comunidad, abanderado de la mediatización y cómplice de todas las infamias. Ya en julio de 1869, el propio presbítero Fernando Arturo de Merino, más tarde arzobispo y presidente de la República, se expresaba así desde su exilio en Barcelona, Venezuela, en carta al historiador José Gabriel García: "Otra cosa. He visto todo cuanto me refieres respecto de nuestro clero. ¡Qué tropa de viles!"

de fórmulas y problemas. Párvulos y zagaletones eran puestos a escribir los primeros ditirambos de la deshormonización generacional. Vivíase a la expectativa del pretexto para el desenfreno rastrero, a la caza del motivo para renovar consecutivamente el acto de presencia humillado. Una palabra, una contracción del emplumado soberano pasaba a ser razón poderosa para que desde todos los confines del país lloviesen mensajes laudatorios de la más deprimente castración general. "Mi mujer, mis hijos y yo sólo esperamos sus órdenes, Ilustre Jefe". Las rentas postales y telegráficas llegaron a revestir una especial importancia en la hacienda del tirano y del gobierno.[20]

[20] La práctica del servilismo y de la adulación ha llevado a los dominicanos a figurar incluso en el plano internacional. Y ello desde tiempo muy pasado. Hurgando en una historia de Puerto Rico —la de Lidio Cruz Monclova, Editorial Universitaria, Puerto Rico, 1952, tomo I, *págs. 251 y 252*— hemos dado con la siguiente muestra con ocasión de la confirmación en su cargo del general Miguel de la Torre en el mando de la colonia portorriqueña en 1830. He aquí el ejemplo despreciable: "El contento que ésta produjo, entre sus amigos, correligionarios y apadrinados, no resultó menor, *sobresaliendo en este orden* (itálicas muestras) un médico natural de Santo Domingo, llamado don Andrés López Medrano, quien hubo de escribir unos melosísimos *Proloquios o Congratulaciones a los Puertorriqueñas por el mando del Excmo, señor Gobernador y Capitán General Don Miguel de la Torre,* en los que, entre ciento y más cosas superváneas, escritas en estilo verboso y rimbombante, consignaba: "¿Quién es para nosotros Régulo en la probidad, Cincinato en la modestia, Fabricio en la sobriedad, Paulo Emilio en el desinterés? La Torre. ¿Quién con la prudencia de Pabio, el ardimiento de brazo de Escipión, la firmeza de Lúculo y la integridad de Catón, nos defiende y edifica, nos conserva y guía, nos alienta y engrandece? La Torre, etc., etc.".

VII
LA TIRANÍA Y EL IMPERIO

"Que la patria se vengue de la afrenta, que haga derramar lágrimas y haya ejemplar castigo".
Fernando Arturo de Merino

Dentro de la tradición totalitaria en América la tiranía trujillista rompió los moldes clásicos, creó nuevas modalidades y rebasó los límites que habitualmente alcanzan quienes por eufemismo son llamados hombres fuertes del mundo hispanoamericano. El fenómeno trujillista se debió en parte a las peculiaridades del tirano, pero, en parte también —y no pequeña—, a las características del pueblo dominicano. Aspirar a que la sola personalidad de Rafael L. Trujillo resulte responsable del insólito período y de sus rasgos específicos sería contrario a las disciplinas mentales más rústicas. La propia mitología no daría cabida a tan absurdo desaguisado y las realmente espantosas aristas y facetas del tirano deben interpretarse a la vez como emanaciones de su carácter y temperamento y como expresiones de la comunidad donde se desarrolló el fenómeno.

Rafael L. Trujillo era un arquetipo mulato presa del típico complejo de la ascensión social y de la *arianización.* El complejo estuvo siempre presente en todas y cada una de las manifestaciones de su conducta desde cuando, por supuesto, estaba muy lejos de disponer del mando omnipotente en la satrapía. Es un lugar común en las alusiones que se han hecho a su pasado el señalamiento de su frustración clasista como punto de partida de su sañuda actitud frente a la oligarquía que le despreciara alguna vez. Es un hecho notorio, fuera de toda discusión, la tendencia del energúmeno al disfraz y al cosmético en busca de la apariencia blanca. El desrizamiento del cabello y la adquisición de tonalidades rosáceas en el rostro fueron procedimientos de *arianización* en ningún momento descuidados por el sátrapa mulato. Por lo demás, sus fotografías y retratos debieron ser siempre retocados y perfilados hasta llegar a exhibir una fisonomía sublimada. Jamás paró mientes en que semejantes devaneos colidieran con la austeridad militar y con la dureza en la acción del autócrata brutal. Acerca de tales extremos de la personalidad de Trujillo no es necesario perder más explicaciones.

Guiado, pues, por sus resentimientos y complejos el mulato totalitario, soberano en

una comunidad de características propicias, ha sido el más sanguinario y despiadado déspota hispanoamericano y marcó, en los anales hemisféricos de la tiranía, precedentes que difícilmente serán alcanzados. Dentro de la historia social de Santo Domingo la era trujillista no representa otra cosa que el apogeo de la crisis. Tal apogeo necesitaba, para su desenvolvimiento, la maduración de las condiciones específicas y la presión de circunstancias coincidentes. El fenómeno trujillista fue así el resultado de cualidades personales del déspota en consonancia con las cualidades colectivas de la comunidad.

La egolatría y vanidad de Trujillo, en sus intensos grados de ridiculez,[1] no pueden verse como atributos individuales independientes de los atributos generales del conglomerado, sino como expresiones sociales fuertemente concentradas en el individuo, aun cuando el grado de concentración arroje aparentes contrastes de excepción. La misma crueldad del autócrata constituye una expresión social muy intensa de apariencia contrastante si se la coteja con algunas cualidades del carácter y modo de ser de la colectividad. Es ése un aspecto de la situación.

El otro aspecto es eminentemente funcional y corresponde a lo que podríamos llamar la físico-química del rejuego social, esto es, el conjunto de reacciones y compuestos colectivos producidos por el agente reactor. Es fácil verificar cómo el fenómeno trujillista contiene, adecuados y ajustados, todos los elementos afines y adaptables para la producción de resultados precisos. De ese modo, entonces, deben interpretarse la egolatría, vanidad y crueldad del energúmeno como los agentes necesarios para el desencadenamiento del servilismo, de la adulación y del miedo en los proporcionales grados de ridiculez y exceso.

El desprecio y la pita que el emperadorzuelo de la satrapía habría despertado en otro medio distinto, estuvieron sustituidos en Santo Domingo por el más dinámico e incontenible servilismo, la adulación desprovista de toda posibilidad de rubor y el miedo intestinal, todo ello caracterizado por un alto grado de seriedad y circunspección. El trasfondo de ópera bufa que se supondrá presente detrás de la tragedia que fue el insólito fenómeno trujillista, no existió en momento alguno.

No sólo entre propios sino tampoco ante extraños operaron en el país los reflejos del rubor. Aparece como increíble que extremos tan inauditos de postración y entrega fuesen acabados continua, interminablemente sin el mínimo sonrojo. La pleitesía y la divinización de la bestia ridícula, practicadas en escala feminoide, crearon la necesidad de la grandeza de Trujillo como recurso de justificación. La ficción del su-

1 Las muestras de la tragicómica extravagancia negroide que Haití exhibió a raíz de su liberación, cuando los brotes de reinado de opereta matizaron la consolidación de la independencia haitiana, fueron exhibidas, más de cien años después, por los dominicanos del reinado del *Benefactor de la Patria* y *Padre de la Patria Nueva.* El tirano emplumado, metido en uniformes creados exclusivamente para su ridícula indumentaria, instalaba el trono en la gran avenida capitalina para recibir la pleitesía de sus súbditos.

blime criminal no fue otra cosa que la necesaria satisfacción destinada a fundamentar la imperativa necesidad de sumisión. Habría sido curioso descubrir, en el apogeo de la farándula, el funcionamiento de los esfínteres en la llamada era de Trujillo. No habría otro modo satisfactorio de conocer el mecanismo íntimo a través del cual el hombre dominicano llegó cualquier día al hogar y claveteó en la pared una tarja de hierro con la leyenda "*En esta casa Trujillo es el Jefe*".

El Jefe era, pues, un personaje que se acicalaba y maquillaba. Pero el refinamiento que aplicaba a su cuerpo no se trasladaba a sus métodos de crueldad. La crueldad de Trujillo era primitiva, rudimentaria, salvaje. Jamás ha existido un déspota, fuera de los peores cesares romanos, para quien la vida humana significase un valor tan irrisorio. Trujillo ordenaba el asesinato como a través de un dispositivo automático. No había condición inherente a la víctima o a las circunstancias capaz de arredrarlo ni de hacerlo incurrir en titubeos. Ni el sexo, ni la nacionalidad, ni el parentesco entre la víctima y los prohombres ocasionales del régimen tenían influencia alguna sobre la drasticidad de la última medida. La supresión física del enemigo o del desobediente, o aun del simple renuente, se hizo un expediente tan rutinario e inexorable, que pocos años después de estar entronizada la tiranía los esbirros y secuaces aplicaban ya la última pena sin esperar la orden expresa del jefe supremo. Este jamás reconvino una resolución tomada por sus verdugos en cuanto a imponer la máxima pena. La precipitación de los áulicos, susceptible de ser reprimida por otros autócratas absolutistas, no mereció de Trujillo en momento alguno la menor reprimenda. Matar, no importa la identidad del muerto ni su culpa, era, en fin, el lema capital del régimen.

Trujillo era un criminal neto. La muerte significaba para él el recurso inmediato, siempre a la mano, expresión fundamental de su omnipotencia. Asesinando impunemente se demostraba a sí mismo su condición de ser supremo. Ningún otro castigo o atropello podía satisfacer su crónica sensación de todopoderoso. No es cierto que el asesinato fue empleado por él como medio para la rápida imposición del terror y, por consecuencia, para la pronta consolidación de su supremacía. Trujillo mataba por mandato imperativo de su personalidad esencialmente homicida, la cual no aceptaba la necesidad de implantar un estado terrorista como prerrequisito *sine qua non* de su hegemonía. Trujillo habría matado de la misma manera y en la misma frecuencia aunque la muerte resultase no sólo superflua sino contraproducente. Tenía plena conciencia de su predominio sobre un conglomerado cobarde y servil y hacía provecho de esa realidad ambiental para sentirse un ser valeroso y exhibirse como tal. En ningún momento matar fue para él una formalidad indispensable para la supervivencia de su reinado. El asesinato resultaba una manifestación irrefrenable de su siquis. Jamás lo hizo para ejemplarizar ni escarmentar, sino para suprimir pura y simplemente. En esa expresión de su yo criminógeno nadie podía detenerlo ni aun la certeza de la negación de los hechos. El genocidio haitiano de 1937 fue para él casi el fin de su supremacía entonces de siete años, pero lo habría cometido de nuevo en las

mismas circunstancias.

Trujillo era vengativo en grado extraordinario[2]. Muchos de sus crímenes sólo fueron la explicación de un acto de venganza cometido contra su víctima generalmente intrascendente y sin peligrosidad. La inconsecuencia de cualquiera de sus súbditos le irritaba bestialmente. La consideraba como un atentado a su indiscutible jerarquía y ordenaba entonces el asesinato con particular ensañamiento. Quien le hubiera merecido alguna vez algún favor, o aun una mera designación burocrática, estaba impedido de rebelársele, pues a su sensación de omnipotencia se unía la sensación de dueño absoluto. La aparente ingratitud la veía con ojos de propietario total y quien incurría en ella cometía una doble falta. La saña que desplegó en determinadas persecuciones y crímenes confirma cómo su criminalidad era exacerbada por la supuesta inconsecuencia o ingratitud de las víctimas. El asesinato de Jesús de Galíndez, una operación laboriosa, lenta, complicada y potencialmente contraproducente, estuvo estimulado tenazmente porque consideraba al profesor vasco, más que un enemigo, un ingrato.

Opinaba que merecía, no sólo obediencia, sino la sumisión más categórica e incondicional. Cuando su instinto vengativo y su posición criminal resolvían una acción determinada, resultaba imposible interrumpirla, desviarla o sustituirla. Agredía y maltrataba a los colaboradores que asomaban una contradicción, no importa que ésta fuese en beneficio de la continuidad del régimen. Su infalibilidad no era, pues, el resultado de la sobreestimación de su propia inteligencia, ni mucho menos de sus conocimientos, ni de su erudición. La infalibilidad era una condición inherente a su poderío irrestricto y a la hipertrofia de su derecho de propiedad absoluto.

Todos sus rasgos y cualidades fueron alimentados e hinchados por la abyección de sus esclavos. Se estableció así una inter-relación entre el autócrata mulato y la mulata comunidad sojuzgada[3]. El febril e ininterrumpido círculo vicioso de la adulación

---

2 Muchos de los peores crímenes del sátrapa fueron decididos en aras de su incalculable capacidad vengativa. El autor de este estudio salvó la vida por escaso margen cuando, expatriado en Venezuela, el tirano ordenó su secuestro y traslado al país como resultado de la publicación del panfleto *El Ladrón de San Cristóbal.* El embajador dominicano en Caracas, Félix W. Bernardino, reincidente ya como coautor de crímenes internacionales de Trujill**o,** tuvo a su cargo, con ocasión del estado policial que imperaba en Venezuela en 1953, la ejecución del plan siniestro. Una indiscreción del funcionario diplomático previno a la presunta víctima.

3 Maurel, Dr. Henri, *Le Theme de Protection et la Pensée Morbide,* Presses Universitaires de France, París, 1954. En determinada extensión tuvo lugar en la República Dominicana la difusión del estado mórbido de protección bajo forma colectiva, situación en la cual "los perseguidos se creen, al mismo tiempo que atacados por sus protectores, defendidos por ellos". El fenómeno es estudiado ampliamente por el Dr. Maurel: *pág. 41.* "Las ideas de protección aparecen en los delirios sistematizados progresivos de cierto tiempo de evolución. Su presencia es un índice de cronicidad"; *pág. 142 y 143,* donde el autor explica que el tema de la protección conlleva por sí mismo una estructura de pasividad que le es particular. El protegido es aquél que sufre y, según Morel y Legrand du Saulle, que no reacciona. Está, además, cons-

servil se transformó en la fuente nutritiva de la soberbia y de la egolatría del monstruo pardo. Habría sido imposible privarlo de la pleitesía aduladora; ello habría sido equivalente a una agresión más grave que un atentado a su persona física. De ahí que las contadas omisiones de sus lacayos en situaciones o coyunturas en las que era de todo punto riguroso la mención servil, las castigaba implacablemente con la misma fuerza que le merecía una ofensa imperdonable.

Muchos quisieron ver en Rafael L. Trujillo condiciones excepcionales de índole mental o instintiva que llevan implícita una valoración distinguida de las mismas. Nada menos ajustado a la realidad individual del déspota. Fuera de su fantástica capacidad criminal, nada tenía el déspota que no fuese el producto de la sociedad y de la fuerza. La parte de su biografía anterior a la toma del poder por vinculación o intoxicación de terceras personas, está completamente desprovista de *las demostraciones* que exhibió cuando se hizo súbitamente dueño de la situación interna de la satrapía. Trujillo carecía hasta del sentido del humor, pero le sobraba una incontenible vocación a la ridiculez. Sus años anteriores a 1930 no forman otra cosa que la anónima vida de cualquier ratero subdesarrollado, agobiado por frustraciones, cobardías, pequeñas ambiciones de aventurero mediocre. Cuando de golpe y porrazo le hicieron ver gráfica y objetivamente que tenía en las manos el poder militar único e indisputado, más que suficiente para asaltar la propiedad del país, lo aceptó difícilmente. No era siquiera el dueño original de una gran ambición, sino que por la vía del odio y la inquina política lo persuadieron a cometer una fácil felonía. Una vez en el camino del poder, no sólo imprevisto sino también improvisado, Trujillo abrió la compuerta de su peligrosidad criminal y dio rienda suelta a su gran capacidad delictiva, enseñada antes a través de pequeños hurtos y dos o tres estupros.

Jamás tuvo antes el mínimo rasgo encomiable ni aun dentro de su anonimato criminológico. Soportó desaires y bofetadas, insultos y desprecios que, por lo demás, hicieron poco daño a su deteriorada condición de ratero y de miembro de toda una familia de delincuentes anónimos que entraban en la cárcel y salían de ella al ritmo de las estadísticas de cualquier país subdesarrollado. El poder total le presentó de la noche a la mañana la posibilidad de *arianizarse* y de trepar por la enredadera social del pequeño país tarado por la estructura colonial. Asesinó entonces a quienes le

---

ciente de su pasividad; *pág. 160.* Los delirios de protección están impregnados de las categorías adlerianas de lo superior a lo inferior, de lo masculino a lo femenino, de lo activo a lo pasivo. Una situación de inseguridad forma su terreno de base; *pág. 57.* La sicosis alucinante crónica tiene una naturaleza esencialmente expansiva; *pág. 136.* La protección no es antagónica respecto de la persecución. Lejos de contradecirla, la complementa para expresar una experiencia dolorosa. El protegido es el que sufre. No reacciona; *pág. 140.* De acuerdo con el autor, "persecución y protección significan la misma cosa y constituyen la expresión dialogada, los elementos complementarios y no contradictorios de un mismo estado mórbido de la conciencia"

habían abofeteado y humilló a quienes le cerraron las puertas a su intromisión en lugares exclusivistas. Ninguno de los tristemente célebres tiranos de América usó jamás el poder para tan intrascendentes menesteres personales. De no haberse visto armado de ingente poderío no habría llevado a cabo venganzas tan tardías. Su obsesión vengativa fue también una emanación de su fuerza.

Faceta peculiar del tirano mulato fue su falta absoluta del sentido del ridículo. Cabría mejor decir que la noción de la ridiculez era inexistente para él. Sus actos y medidas tragicómicos difícilmente podrán ser aceptadas por las generaciones posteriores. Aun a sus contemporáneos extranjeros ha costado trabajo creerlas y aceptarlas. Designar general a su presunto infante adulterino de ocho años, equipararse a Dios, hacerse inventar mamarrachos militares, llevar bicornio emplumado, despojar de su nombre a la más vieja ciudad americana para imponerle el suyo, hacerse llamar por cien títulos patricios, denominar calles, plazas, escuelas, provincias con su nombre y toda esa gama inefable de extravagancias que caracterizaron la era de Trujillo, hace pensar, más que en la ridiculez, en la locura. Si todo no hubiese tenido lugar en un charco de sangre se diría que más bien se trataba de las mil bromas de un déspota de fieltro.

Es confirmatorio de la *inter-relación* entre el déspota mulato y la mulata comunidad el hecho de que tampoco para los siervos hubo lineamientos ridículos en la sangrienta zarzuela trujillista. Todos participaron de las peores extravagancias disputándose los primeros lugares y dando a luz las proposiciones más fantásticas[4]. Gran número de actos e iniciativas que rayaron en la locura surgieron de todos los estratos del conglomerado y algunos hubo de forma y contenido tan extraños que al propio ególatra le parecieron inaceptables. Hombres y mujeres vivían en perpetua vigilia en busca de propuestas sin precedentes, encaminadas a superar las anteriores[5]. El país

---

4 La escala de descenso recorrida por la comunidad en loor del tirano no es objeto de este trabajo. No hubo recurso de la imaginación que no fuese trillado por la mente enferma de la comunidad. Recordamos, a manera de simple ejemplo cómo una ciudadana apellidada Soriano propuso, en los comienzos de la era, que todas las madres lactantes del país desfilasen ante el monstruo con las criaturas en brazos. En el instante de pasar frente al sátrapa las progenituras harían la ofrenda de sus frutos. Por lo demás, América conoce buena parte de las hipérboles serviles de la colectividad dominicana.

5 Vayan a guisa de espantoso descenso glandular las siguientes estrofas de Antonio Fernández Spéncer, uno de los letrados más serviles de la era:

"Trujillo es la alegría,
por los caminos del maíz,
de la sonrisa.

Adela, Pablo, campesinos,
con sus pañuelos de trabajo,
con sus bueyes, sus vacas,

vivía íntegramente consagrado a loas y ditirambos, de tal modo dedicado a enaltecer a su verdugo que no es aventurado afirmar que, más que el latrocinio de la familia procera y de los favoritos de turno, fue la inversión de tanto esfuerzo en alabar al monstruo la razón principal de que nada se hiciese en cuanto a progreso material en tan largos treinta años de servilismo.

La misma *inter-relación* ofreció un aspecto de espantosa significación: el de la perversión criminal de los áulicos y verdugos del sátrapa. Trujillo no puede ser en buena ley el solo responsable, no ya de los crímenes cometidos en la era, sino tampoco, desde luego, de los grados de atrocidad que caracterizaron a gran número de los hechos vandálicos. La morbosidad presente en los hechos de sangre realizados por la tiranía estuvo mayormente a cargo de sus ejecutores.

Es evidente que el monstruo pudo señalar en casos dados el procedimiento y hasta pautar el ensañamiento de no pocos asesinatos y torturas, pero, generalmente, éstos fueron la obra casi exclusiva de los asalariados autores inmediatos. Por tanto, las circunstancias agravantes, inseparables de la perversidad en la ejecución, fueron productos de la mente y espíritu de los esbirros militares y civiles al servicio del despotismo. El grado de gozo criminal y de regocijo homicida de que estuvieron acompa-

---

salen a recibirlo.

Trujillo es viento rico,
es lluvia fina, generosa,
por estos campos de la paz,
fecundo riego, milagrosa mano.

Trujillo es una alondra en cada pecho,
una estrella de luz para las noches
del continente americano.

Abro esta puerta de madera fina.
Abro esta alegría de praderas,
para ti, universal Generalísimo,
para tu corona de victorias,
para tu paso fecundo y generoso.

Dialogan dos. Todos dialogamos:
—Sin Trujillo las tardes no me gustan,
los montes no me gustan.
—Sin Trujillo la tierra no es alegre.
—Es, sin dudas, el sol americano".

(Álbum Simbólico, publicaciones del Ateneo Dominicano, Santo Domingo; 1957, *págs. 131* y siguientes).

ñados los hechos, habla directa e irrebatiblemente de los dominicanos que ordinariamente pusieron su iniciativa y originalidad criminales en el curso de los hechos. Trujillo, por lo demás, no se delató a sí mismo las acusaciones contra ciudadanos renuentes o rebeldes, ni fue personalmente a aprehenderlos, ni usó sus propias manos para torturarlos salvajemente, ni apretó el gatillo de las armas homicidas. Esta fue la labor de muchos ciudadanos que frecuentemente calificaban con sus excesos la simple orden de matar y que hasta ejecutaron por cuenta propia asesinatos que el jefe no indicaba, a sabiendas de que éste no los reconvendría. La pormenorización de los crímenes fue, pues, la obra de los autores materiales.

Es evidente que todas y cada una de las tiranías de América contaron siempre, entre sus agentes de implantación y perduración, con la escoria social compuesta de delatores y torturadores. Pero en la República Dominicana la tiranía trujillista fue también peculiar en el aspecto de los pormenores macabros que integraron los asesinatos y atropellos. Desde el genocidio que segó la vida a más de doce mil haitianos hasta los terribles asesinatos de las hermanas Mirabal se asistió a la espantosa vocación criminal de los agentes del régimen. Crímenes de ese tipo no han formado parte de los anales tiránicos de América, donde los mandones de turno recurrieron sólo en última instancia a la supresión de la vida, tras emplear otras medidas menores de castigo y persuasión.

La drasticidad de los métodos trujillistas distinguió la tiranía insular en comparación con otras situaciones de opresión anteriores y concomitantes La implacable criminalidad del sátrapa no aceptó jamás lo que podríamos denominar la escala progresiva de penalidades que generalmente han acogido y aplicado los sátrapas hispanoamericanos. El arresto como medida de advertencia, la reclusión duradera como recurso policial para inutilizar y castigar la postura o la acción antidespótica, el juicio criminal provisto del aparato opresivo, la tortura, el exilio y, por último, la muerte han constituido las fórmulas contenidas en el *vademécum* del totalitarismo americano. Trujillo no siguió esos cauces. La prisión representaba la antesala inmediata de la muerte. El exilio no lo empleó jamás como medida de alejamiento. Las torturas fueron de ordinario modalidades lentas del asesinato. Sólo cuando la teatralidad del indulto convenía a sus fines el déspota dominicano sacrificaba su monstruosidad criminal.

A lo largo de la era la comunidad asumió una conducta de angustiosa pasividad. Durante los primeros años alguna torpe y pusilánime actividad conspirativa, calcada a la antigua y por tanto inadecuada para los inusitados métodos trujillistas, no logró otro resultado que el de exacerbar la represión y desencadenar la brutalidad. Pronto desaparecieron las pequeñas islas de la conspiración anacrónica y la pasividad servil se transformó en el signo de la situación. La muerte, sin embargo, no cesó de hacer acto de presencia en momento alguno, porque para ello no era necesario el designio de la liberación. Bastaba la retracción del habitante, el simple comentario, la abstención en

la farándula de la adulación, la mera sospecha, la mirada ingrata, para que la vida se perdiera en cualquier plaza o recodo del país. Los muertos de Trujillo no fueron, en su abrumadorísima mayor parte, sino los que de alguna manera incurrieron en la falta de retraerse o de abstenerse. La omisión —y no la acción antitotalitaria— fue, pues, el pecado capital de la minoría del pueblo que así, indirectamente, trataba de manifestar su repudio al *Jefe Amado.*

Esa minoría fue cada vez menor y, en los últimos años de la tiranía, la constituían solamente una ínfima fracción de la adolescencia integrada incluso por descendientes de destacados amigos y colaboradores del sátrapa. Su actividad carecía de objetivos y jamás pasó de los primeros pasos organizativos, trabajosamente marcados dentro de la cobardía y la corrupción reinantes[6].

Contrariamente a las coetáneas experiencias vecinas (cubana, venezolana, colombiana, guatemalteca, etc.) no hubo en Santo Domingo oposición ni lucha. El miedo acompañaba al dominicano aun durante mucho tiempo después de su evasión al exterior[7]. La maquinaria servil arrebataba continuamente a la dispersa subminoría cifras

---

6 Merloo, Joost A. M., *obra citada, pág. 36.* "...una vez que han surgido el temor y el pánico la gente sufre una singular pasividad en su conducta. No hace planes. Es como si se rindiera a lo que teme. Es en parte una reacción que Anna Freud denomina "identificación con el agresor"; *pág. 89.* "Pero el terror tiene también otros resultados. Al final causa en los sometidos una parálisis mental, así como el efectivamente paralizado comienza a someterse y a cooperar con los cabecillas del terror. En psicología a esto so le llama identificación con el enemigo más fuerte y sumisión a él".

7 Ibidem, págs. 30 y 31. Brousseau describe una fase del miedo caracterizada por el estupor, "una rendición pasiva a la muerte, la llamada catalepsia. El sujeto queda completamente paralizado por el miedo y espera pasivamente la muerte"; *pág. 51.* "Una moral conmovida y confusa prepara el terreno para el pánico". *Pág. 26* y *27.* "A menudo un pánico latente es creado por la amenaza de un régimen de terror y tiranía. Primero el hombre está indefenso, y tolera en silencio el terror y la injusticia. Está paralizado. En su desesperación sólo tiene la esperanza de que el peligro y el dolor mayores no lo alcanzarán, de que otros —extraños o vecinos— serán golpeados en lugar suyo. Se reprime la compasión humana, se reprime todo sentimiento social hacia la víctima y el perseguido..."

En la República Dominicana imperó durante la tiranía trujillista lo que se denomina *el terror frío.* Asimismo, la corrupción resultó acelerada por el característico aumento del apetito sexual en el pánico latente. Palou, Jean, *La Peur dans l'Histoire,* Les Editions Üuvrieres, París, 1958, *pág. 18,* donde el autor señala que el miedo es también retroactivo; *pág. 19.* Palou afirma que "una de las secuelas normales del miedo, secuela que podría llamarse automática, es la reacción brutal de quien lo experimenta. Tal secuela implica una idea de autodefensa. Esta va desde el simple puñetazo hasta el crimen jurídicamente denominado legítima defensa". Sin embargo, el miedo dominicano durante la tiranía trujillista careció de reacción brutal. Estuvo caracterizado por la parálisis. Birney, Robert O. and Teevan, Richard C, *Instinct,* D. Van Nostrand Company Inc., Princeton, 19G1, *pág. 153.* El autor cita a Tinbergen, quien entiende los actos instintivos como "altamente estereotipados, movimientos coordinados cuyo

que instintivamente asomaron su tendencia a resistir. Los progenitores, a través del ejemplo castrado y cíe la represión y prédica domésticas, hicieron de sus hijos los nuevos siervos y lacayos. Trujillo apadrinaba ahijados y nupcias por millares, en escala ciertamente industrial. La comunidad había decidido vivir para siempre en la ignominia y el deshonor. Más tarde, proseguiría demostrándolo con creces, aun después de la desaparición física del monstruo[8].

No operaron en la República Dominicana las leyes socioeconómicas traducidas de la conducta de otros conglomerados. No produjo la intensidad de la opresión consecuencias subjetivas ni objetivas en sentido contrario. No dio origen la escandalosa miseria del pueblo a estallidos de protesta ni, mucho menos, a la madurada decisión liberadora, siquiera a largo plazo, en los sectores universalmente tenidos como generadores de la incubación revolucionaria. La propia muerte violenta del sátrapa no causó otra cosa que expectativa y pánico[9]. El estado de corrupción y deshormonización generales estaba demasiado avanzado[10]. La historia de la era quedó así dentro del marco de una crónica vergonzosa, incapaz de constituir el ejemplo histórico estimulante que las generaciones toman como punto de apoyo para el cumplimiento de sus deberes de significación.

Podía preverse, por ende, que el país adolecería más tarde de la peor de las desgracias: la falta de sanciones materiales y morales[11]. El número de corresponsales en la longitud y profundidad de la tiranía había roto los moldes de las proporciones clásicas y la subminoría incontaminada era una expresión infinitesimal carente absolutamente de influencia sobre el problema de la reparación.

Rafael L. Trujillo llegó a ser, en la hora oportuna del proceso de disolución social, el

---

aparato neuromotor corresponde a la constitución hereditaria del animal". Lorenz, por su parte, habla de características de conducta que son "hereditaria e individualmente fijadas"; *pág. 162.* Lorenz también estima que "algunos modos de conducta son heredados, en tanto que otros resultan adquiridos por la experiencia individual".

8 *Ibidem., pág. 171.* De acuerdo con las experiencias de Charmichael, quien está de acuerdo con G. H. Parker, los seres humanos son nueve décimas partes de actitudes congénitas y una décima parte de actitudes adquiridas.

9 Las escenas de desesperación y llanto en grupos correspondientes a todos los sectores sociales causaron perplejidad en América en la ocasión del asesinato del tirano.

10 Glover, Edward, *Psicología, del Miedo y el Coraje,* Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1963, *pág. 14.* "La moral de cada país es su arma secreta. Es también su armadura secreta". El dominicano tuvo miedo de tener miedo; *pág. 13.* "...Hitler creía lógicamente que, frente al enemigo, la primera y fundamental tarea consistía en desmoralizarlo. En otras palabras, en reducirlo a la condición de rebaño"; *pág. 66.* El autor entiende que, "en una guerra prolongada y difícil, la moral civil puede decidir la victoria o la derrota. Es la última línea de defensa".

11 Wraith, Ronald and Simpkins, Edgar, *obra citada, pág. 13,* donde se alude a las situaciones en las que el entusiasmo de los jóvenes puede transformarse en cinismo ante la ausencia de sanciones en los países subdesarrollados y corruptos.

agente histórico requerido e impuesto por las circunstancias sobre la colectividad irremediablemente desgastada. El desgaste comenzó a producirse en el país mucho antes de que la comunidad llegase a tener cohesión y estructura. En ningún momento del necesariamente inorgánico proceso nacional existió lo que pudiera tenerse como bosquejo o embrión de modalidad colectiva. Llegado a un punto de creación aparente el artificio social dominicano fue apenas una silueta impotente. Los altibajos del caos se sucedían impulsados por la misma fuerza negativa de todo artificio. A los empeños empecinados de una subminoría ignorantemente creadora, cuyas ejecutorias constitutivas estaban de antemano condenadas a una productividad limitada, temporal y mediatizada, se oponía la verdadera gran fuerza antagónica, negativa, natural y, a la postre, irremediablemente victoriosa.

Otros conglomerados artificiosamente colocados en el camino de la organización social y nacional cumplieron su tentativa histórica y desaparecieron como entidades autónomas. Otros, organizados sobre bases de aparente precariedad, han sobrevivido a través de momentáneas desapariciones nacionales y disponen hoy, provistos de tradiciones y minorías efectivas, de firmes bases y claras perspectivas de consolidación progresiva. Otros, subdesarrollados, acribillados de miserias insólitas, desgarrados por el imperialismo, cuentan con los suficientes fundamentos sociales para asegurar su supervivencia y afirmar sus esperanzas. Pero alguno contiene eficazmente diseminado en su seno el germen de la disolución inexorable.

Trujillo personificó la culminación del proceso disolutivo de un pueblo estructurado artificiosamente en la vía de la organización social, a contrapelo de las condiciones históricas, geográficas y políticas, precariamente constituido en razón de una composición étnica de muy difícil estabilización sicosociológica[12]. La historia de la cual es actor el conglomerado insular dominicano refleja esa compleja precariedad: una etapa colonial negativa, paralítica, desprovista de impulso transformador ascendente, caracterizada por la intensa vocación dependiente, subordinada, crónicamente infantil; y una etapa nominalmente republicana, durante la cual las cualidades permanentes en el curso de la primera etapa irrumpen continuamente con resultados regresivos o, por lo menos, constitutivos de un trauma crónico que impide la integración de los factores básicos de la nacionalidad. Entre las cualidades coloniales permanentes se cuentan la inflamada tendencia a la dependencia metropolitana, la ausencia de aspiraciones autónomas, el retardo de los signos evolutivos. Entre los factores básicos de la nacionalidad que están ausentes, se enumeran: la falta absoluta de una conciencia nacional, la inexistencia de una minoría progresista cuantitativamente eficaz, la au-

12 Lasswell, Harold D. and Lerner, Daniel, *World Revolutionary Élites,* Massachusetts Instituto of Technology, Cambridge, 1965, *página 18.* Los autores muestran la siguiente fórmula para determinar la conducta política: toda respuesta política *(R)* puede ser explicada en términos de factores ambientales ordinarios *(A)* que actúan sobre factores de predisposición *(P).*

sencia de dignidad nacional. En su lugar han campeado, con soberano dominio, la proclividad a la anexión o al protectorado, el incomparable entreguismo a lo foráneo de parte de todos los sectores vernáculos, el servilismo adulatorio, el miedo colectivo, todo hasta caer en el estado de dirección norteamericana como fase posterior al estado de intervención imperial.

La tiranía trujillista culminó el proceso gracias a la coincidencia de una fuerza opresiva excepcional, por una parte, y de la maduración de las condiciones disolventes, por la otra, coincidencia que tiene lugar oportunamente a raíz de períodos históricos de carácter preparatorio y vinculados tanto a la irrupción del trujillismo como a la descomposición de las condiciones negativas (persistencia del *animus* anexionista, dictadura de Ulises Heureaux, injerencia yanki de 1900 a 1916 y ocupación militar norteamericana de 1916 a 1924). La culminación trujillista realiza la maceración final del organismo colectivo mediante la expansión y penetración de la corrupción y del acobardamiento generales.

Las condiciones económicas y el estado regresivo de subdesarrollo responden, desde luego, de un considerable porcentaje de la situación, pero su responsabilidad no puede ser sobrecargada hasta el extremo, según la periférica apreciación de los cursantes del kindergarten marxista, de hacerlas únicas responsables de la situación característica dominicana, en cuya gestación y apogeo han intervenido otras causas además de las inherentes a la distribución y control de los medios de producción[13].

Considerado como sátrapa hispanoamericano Trujillo es una criatura directa del

---

13 Cahnman, Werner J. and Boskoff, Alvin, *obra citada, pág. 65.* "Una cosa es clara: Marx no significó que la conducta humana estaba determinada exclusivamente por motivos e intereses económicos; su empeño fue poner énfasis sobre los límites y necesidades imperativos que las condiciones económicas imponen sobre todas las actividades humanas".

Kuusinen, Otto V. y otros, *Manual, de Marxismo-Leninisrno,* Editorial Grijalbo S. A., México, 1960, *pág. 490.* "Los dogmáticos, al contrario, no quieren considerar las peculiaridades nacionales en el curso de la revolución. Exigen que en todos los lugares se lleve a cabo la revolución. Exigen que en todos los lugares se dado de una vez para siempre. También esta posición puede causar daño sensible al movimiento revolucionario. La gran fuerza del socialismo reside precisamente en que se afirma como resultado de la creación revolucionaria de las masas y se incorpora a la vida de cada nación en formas que el pueblo comprende y hace suyas, orgánicamente relacionadas con la estructura de su vida nacional. Y los dogmáticos, al no tener presente las peculiaridades nacionales y limitarse a copiar mecánicamente la experiencia de otros países, traban la acción creadora de las masas, debilitan la fuerza de atracción del socialismo y le crean dificultades complementarias en su camino".

Bastide, Roger, *obra citada, pág. 557.* Bastide, marxista de la Sorbona, entiende que, "si los fenómenos económicos y, más particularmente, los regímenes de producción tienen una importancia innegable, no debemos aceptarlos sino a condición de no permanecer dentro de una sociología *aplatie,* sino de considerar también los niveles superpuestos dentro de una sociología económica de profundidad..."

imperialismo. Ningún otro tirano de América representa una consecuencia tan inmediata y una creación tan inconfundible de la política imperial como Rafael L. Trujillo[14]. Quienes le llamaron *El Chacal del Caribe* no pudieron hacer mejor perífrasis zoológica ni más atinada representación política.

En la especie trujillista no se trata de la llegada al puesto de mando de la satrapía de un sujeto perteneciente a los sectores nativos cómplices del amo imperial, ni de la irrupción de algún caudillo de extracción popular absorbido de inmediato por la persuasión productiva o la presión de los agentes metropolitanos. Trujillo se hizo proimperialista sirviendo ignominosamente en las filas de la infantería de marina yanki que ocupó el país de 1916 a 1924. Recibió instrucciones de los oficiales ocupantes e intervino activamente en la persecución y represión de los escasos habitantes que por una u otra razón hicieron alguna resistencia a las fuerzas invasoras.

Trujillo se *norteamericanizó* con anterioridad a su llegada al poder de la satrapía, cuando no soñaba siquiera con que el proceso de la conservación del *statu quo* local dentro del imperio pudiera depararle la oportunidad del inusitado ascenso. Cuando éste se produjo, mediante una variante específica de la fórmula del cuartelazo hispanoamericano, Trujillo era ya una pieza yanki por formación, mentalidad y entrenamiento. Como guardián del *statu quo,* esto es, como sátrapa, Trujillo fue, en su irrupción, un elemento gratísimo a los intereses y agentes imperiales, puesto que, en su condición de hechura ultramarina del imperio, debería, natural y lógicamente, ser el tipo de mayordomo fiel e ideal.

Sólo la voracidad económica de Trujillo llegó más tarde a constituir un punto crítico en cuanto a los intereses locales del imperio. Andando el tiempo la condición criminal del sátrapa, proyectada hacia los delitos contra la propiedad, y la escasa dimensión del país, acarrearon la inevitable colisión entre el sátrapa eficaz e incondicional y los intereses estructuralmente económicos de la plutocracia yanki. Pero la adaptación del imperialismo encauzado por Franklin Delano Roosevelt hacia una fase digestiva y de conservación bajo la presión de las condiciones internacionales a partir de 1933, permitió la compatibilidad entre las voracidades de Wall Street y de Trujillo. El valor económico de los intereses del imperio no significaba, sobre todo si se le compara con el rendimiento de las inversiones en otras provincias hemisféricas, un sacrificio imposible, mucho menos cuando él implicase la consolidación y el asegu-

14 Rafael L. Trujillo fue incorporado como suboficial a las fuerzas norteamericanas de ocupación que invadieron la República Dominicana en 1916. Se le empleó fundamentalmente para la persecución de campesinos dominicanos que protestaban contra la ocupación como guerrilleros en la región oriental del país. Cuando los norteamericanos desocuparon el territorio dominicano, Trujillo quedó como oficial de la fuerza armada nativa, en cuyos rangos ocupaba el tercer cargo de importancia. Pocos años después llegó a la jefatura del ejército y, en 1930, a la presidencia de la República mediante el golpe de estado que derribó al presidente Horacio Vásquez.

ramiento de los valores estratégicos y políticos del imperio en toda el área del Caribe. Apreciando en su valor exacto la capacidad de hurto y expoliación característica del sátrapa, los dirigentes metropolitanos impusieron a los inversionistas yankis la necesidad y conveniencia de "sacrificar", por reducción, el producto de las comparativamente modestas inversiones en Santo Domingo, a cambio de los máximos dividendos en los aspectos políticos y estratégicos del Caribe en una etapa crítica para el señorío imperial en el mundo. La amenaza nazi, primero, y el desafío soviético inmediatamente después, obligaron al imperio a sacrificar parcial y localmente dividendos económicos en aras de un rendimiento estratégico y político perfectamente traducible en guarismos económicos a lo largo y ancho de una zona vital para la supervivencia del imperio. De ese modo predominó la conveniencia de permitir la hegemonía de la voracidad trujillista dentro de los límites reducidos de la satrapía dominicana. Por lo demás, el predominio económico trujillista, en cuanto a su productividad y mercadeo, encajaba fructuosamente en otros aspectos del imperialismo que no eran propiamente los inherentes a las inversiones locales en la República Dominicana. El azúcar y los demás artículos del negocio de Trujillo no abandonaron en momento alguno el cuadro del control y regulación imperialistas.

Resuelto así el problema de la colisión de la voracidad económica del sátrapa eficacísimo, éste rindió por más de un cuarto de siglo los más valiosos servicios a los intereses generales del imperio americano. Sólo la irrupción de la revolución cubana puso fin a la relación Washington-Trujillo en 1961, cuando las circunstancias obligaron a las autoridades metropolitanas a prescindir del sátrapa ya decadente, cuya desaparición aleatoria abrigaba peligros fácil y prudentemente abortables.

El valor político y estratégico de la provincia dominicana se multiplicó como consecuencia de la revolución cubana. El resorte de la multiplicación no era ya el mero bosquejo de amenaza representado por el distante poder nazi y, sucesivamente, por la también distante revolución soviética, sino la vecina y trepidante revolución socialista del Dr. Castro debajo de la axila florideña. Ese resorte tomó forma y cuerpo en 1959, cuando el régimen castrista, confundido por algunos grupos dominicanos del destierro, cayó en el error de la invasión de junio, un inexorable fracaso que anunció a los norteamericanos las posibilidades de la exportación revolucionaria, obligó al asesinato de Trujillo y a la entronización del estado de dirección como grado más avanzado de la intervención que venía realizando hasta 1961.

Desde este último punto de vista el fiasco de junio de 1959, carente de toda posibilidad de buen éxito, implicó, aun sin tomar en cuenta los designios *putchistas* del pequeño grupo de dominicanos que burló la fraternal disposición cubana, una gran responsabilidad al precipitar en Santo Domingo la nueva estrategia preventiva del imperialismo sin la menor perspectiva de triunfo. El pueblo dominicano, corrompido, desorganizado y empavorecido no podía ofrecer una sola posibilidad de victoria. Sólo sirvió para que Washington entendiese la necesidad de remachar la hecatombe

de Constanza, Maimón y Estero Hondo mediante la transformación de la intervención clásica en dirección desembozada de toda la escena provincial. A ello se añadió la reducción de la débil e insuficiente subminoría dominicana de vanguardia mediante la liquidación de muchos de los cuadros progresistas que dolosamente fueron conducidos al sacrificio por la bribonería de media docena de asaltantes políticos antitrujillistas. Un feo negocio de cadáveres realizado por aventureros de "izquierda" y de derecha confusamente amalgamados.

Trujillo, por su parte, nublado por su propia incapacidad y huérfano del olfato político de asesores competentes, no captó el próximo desenlace de su tragicomedia. No pensó que su victoria de 1959 habría de convertirse, dos años después, en su propio asesinato proyectado y auspiciado por sus protectores de más de treinta años. Tampoco lo previó después, cuando la rebelión clerical, movida por la cooperación vaticanista solicitada por el imperio, indicaba inequívocamente que había perdido los favores metropolitanos. Con razón expresa uno de los más crudos y reveladores comentaristas del último acto del trujillato, que el viejo sátrapa, carcomido por la incontinencia urinaria y por la amortiguación de los reflejos, murió ignorante del sello norteamericano de su asesinato[15].

Tal fue la tenebrosa función en Santo Domingo del tirano Trujillo, espécimen único de sátrapa hispanoamericano, compendio totalitario que tuvo de Tiberio y Melgarejo la afición a la bebida; de Calígula la pretensión de ser dios; de Nerón la sed patológica de gloria, el título de Padre de la Patria, la inclinación al genocidio y la imitación de llamar a Santo Domingo como aquél Nerópolis a Roma; la avaricia de Galba; de Otón la depravación, la lascivia, la vanidad y el acicalamiento feminoide; como Vitelio, vengativo; la lujuria y la monstruosidad de Cómodo y Estrada Cabrera; inmoral y ladrón como Caracalla y Somoza; la ridiculez de Heliogábalo y Ubico. Carecía de la austeridad de Francia y Gómez; del patriotismo de Rosas; de la limitación que al servilismo imponía el mismo Tiberio; de la conciencia nacionalista de Cipriano Castro; de la honradez de García Moreno; del coraje de Belzú. De Belcebú y de todos tenía la sumada crueldad.

15 Para los detalles del complot norteamericano que puso fin a la vida del tirano, ver: Gen. Arturo Espaillat. *The Last Caesar,* Henry Regnery Company, Chicago, 1963.

VIII
LA CORRUPCIÓN NORMALIZADA

...una oligarquía mal inspirada y falta de civismo".
José Gabriel García"

No es posible prolongar en más espacio el catálogo del apogeo del servilismo dominicano, campo donde la corrupción incontenible habría de disolver las bases sociales de la colectividad incapaz de proveer a su propia perdurabilidad como ente éticamente organizado. Baste la síntesis de que no es posible concebir exceso alguno ni límite de contención que no fuesen rebasados con largura por una sociedad que se entregó íntegra e intrínsecamente al endiosamiento del criminal, pero no al endiosamiento del modo como un artesano confecciona un pedestal para subir en él a un ser supremo, sino del modo entrañable, orgánico, visceral, haciendo entrega de todos los principios y valores de conformidad con los cuales la comunidad habría venido rigiendo mal que bien su existencia colectiva. El endiosamiento atrabiliario y absurdo, no de un simple personaje, héroe o poblador austero, sino de un vulgar y reconocido y tradicional delincuente.

Se confunden a primera vista, como dos aspectos de una misma conducta, la defensa abierta de la sociedad ante la agudizada crisis —defensa flaca de los valores físicos que implica el sacrificio de los valores éticos, de la que ya hemos escrito antes— y el servilismo extremo. Mas, en realidad, es éste último un elemento constitutivo de aquélla, su vehículo más expresivo, su instrumento de relajamiento. Es el servilismo la expresión primera y primordial de la sociedad que abre sus murallas e invita la penetración disolvente del peor enemigo. Es el medio de la ofrenda y entrega de sus intangibles tesoros resguardados: la sociedad que saca sus ligamentos y nexos vinculatorios y los introduce en las fauces monstruosas por el procedimiento adulatorio, tan intenso y extenso que habrá de conducir inexorablemente a la disolución fundamental de toda la entidad orgánica.

Entramos así los dominicanos en la fase de la extinción moral de una organización humana que nunca dejó de afirmarse sobre la precariedad más cruda. La fase de la corrupción general como expresión objetiva, visible, de la liquidación —acaso predeterminada— de la organización. La colectividad en lucha larga e intermitente por alcanzar el *status* social moderno que regresa al estadio de gran tribu inorgánica, mas sin los valores rudimentarios pero intactos y progresivos de la entidad tribal. No se

trata de una regresión por simple retroceso, sino del salto atrás por destrucción rápida de los inacabados cimientos subjetivos de la organización. El país andaba desde luego regresando siempre, pero al ritmo más o menos lento pautado por las leyes del subdesarrollo. He aquí que entonces tiene lugar de repente la catástrofe consistente en la disolución social relativamente brusca, porque el hecho de que se haya llevado a cabo en treinta, en cincuenta años, no significa, en términos histórico-sociales, que no se trate de un proceso destructivo rápido y violento.

El país ha retornado a la fecha cuando se echaban las bases que habrían de sostener el aparato social y se urdían los bosquejos de los principios subjetivos rectores de los tipos de convivencia y de moralidad humanos, deparados por la historia que abarcó la isla y sus acontecimientos decisivos. Es claro que la situación de desolación moral es más deprimente que entonces y que el panorama general es de otra índole, preñado además de perspectivas muy sombrías, toda vez que cuando comenzó a formarse la comunidad resultante del impacto colonial no se destruyó lo que no existía, en tanto que hoy ha sido hecho polvo toda una sedimentación de largo tiempo, sedimentación estructural laboriosísima, muy precaria, cierto es, más que incompleta, inacabada, atravesada de injusticias, desniveles, desigualdades, atropellos, pero por lo menos teóricamente susceptible de enderezamiento y afincada sobre principios éticos perfectamente compatibles con el deseado sistema desigualdad y justicia prometido por la revolución socialista.

La situación dominicana actual puede representarse gráficamente como una inversión de las estadísticas. En otros términos: es la situación donde lo que existe en otros territorios en proporciones de excepción, impera en Santo Domingo en términos de generalidad. La institucionalización de la inmoralidad y de la ilicitud ha revertido la forma de vida, y la falta de la sanción[1], en cualquier grado o escala, constituye el símbolo creciente de la perversión y degradación de hombres, mujeres y niños[2].

En su entreguismo antipatriótico, la indiferencia de los que pregonan su apoliticidad, el robo, el asesinato, el adulterio, la delación, la tortura, la prostitución, el hambre, el ideal de vida yanki obrando como atracción y ejemplo irreverentes, todo ello sin sanciones, en un medio domado para la sumisión ilimitada, empavorecido, sobornada la ignorancia por la rica impiedad del imperio, la corrupción ensanchada y honda ha tenido y tiene su mejor cultivo. Nada es allí condenable. Los más inconcebibles y fabulosos actos ilícitos, pero sobre todo inmorales, no son condenables. No existe el repudio, que es la forma rudimentaria de la sanción. La facultad de indignarse ha sido erradicada, suprimida. Nadie profiere una protesta de naturaleza ética ni siquiera entre dientes. El hombre ha perdido el honor, la dignidad, la vergüenza, la conciencia

1 Ver nota número10, del capítulo VI y nota número 11 del capítulo VII.

2 Mouchez, Philippe, *Demographie,*Presses Universitaires de France, París,1964, pág. *150.* "Los niños tienen normalmente la tendencia a pensar que el medio en el cual han nacido es representativo del mundo entero".

hormonal. La mujer que alguna vez lo amaba y admiraba le perdió, viéndolo transitar por el inmundo trayecto, toda consideración y respeto, para de inmediato prostituirse ella misma. Los hijos encauzados en la incontable imitación del doblegamiento humillante de los progenitores. Olvidada la capacidad de sancionar como si jamás hubiese existido. Hay que probar con qué fluidez vende un hombre el milímetro cúbico de honor que pudiera quedarle y con qué facilidad se entrega una mujer libre o ajena.

El proceso precipitado de la corrupción nativa, originado en las causas ya señaladas, se incubó y tuvo sus pródromos durante la ocupación militar norteamericana de los ocho años (1916-1921). El soberbio poderío del imperio y la falacia de la motivación del crimen internacional iniciaron la desmoralización final de la frágil resistencia ótica de la comunidad. Los desmanes abominables de la infantería de marina yanki en campos y ciudades, las torturas y las muertes, sumados al ejemplo nocivo de los nativos *colaboracionistas* (entre quienes figuró irrestrictamente el futuro tirano Rafael L. Trujillo), quebraron los residuos generales que habían sobrevivido a toda una historia de inconsciencia nacional, miserias, mercadeo de la mercancía patria, destrucción de los esfuerzos de la minoría de vanguardia de efectividad ocasional, explotación y vocación servil.

El poder disolvente de la ocupación totalitaria se esparció como un corrosivo espantoso sobre la desgraciada comunidad, sembrando en ella la terrible reventazón que estallaría en los años trujillistas. La desocupación del país, lograda sin contenido épico ni heroico, mayormente debida a la presión oral y política ejercida por algunos gobiernos y hombres de América, no pudo inyectar a la comunidad contenido revitalizador alguno. La desocupación no destiló en la precaria sociedad las gotas de relativa recuperación que infiltró la restauración armada de 1865. Por lo contrario, la desocupación incruenta de 1924 había estado precedida por la frustración, por acción extranjera, de los designios anexionistas mixtos de 1868. El país careció, en dos momentos de suma peligrosidad, de la tonificación reactivante, del propio esfuerzo heroico. La desocupación tuvo mucho de dádiva extraña, solidaria pero extraña, sumada, por lo demás, a la ocupación también incruenta de 1916, cuando faltó el gesto siquiera semiorganizado de la protesta armada. La comunidad venía ya desprovista de dignidad patriótica.

Pero no ha sido la ocupación incubadora de 1916 a 1924 la sola contribución del imperio norteamericano a la precipitación de la corrupción nacional de 1930 en adelante. El apresamiento de la isla, que la plutocracia imperialista realizó a través de la vida política, económica y estratégica de la Hispaniola, resultaba un catalizador determinante del marasmo y del círculo vicioso del subdesarrollo general. A las trabas y taras de origen específicamente vernáculo se había añadido la obstrucción del agarre imperial sobre el monocultivo, obstrucción traducida en la intervención clásica en el hemisferio desde los tiempos del fundador de la injerencia norteamericana en Hispa-

noamérica, el sexto presidente John Quincy Adams. Atizando revueltas, arrancando concesiones, pirateando la siempre tambaleante administración pública nativa de principios de siglo, introduciendo el germen de la descomposición en todos los rincones del país, los agentes de la plutocracia imperial opusieron impedimentos demasiado insuperables ante cualesquiera posibilidades de rectificación y desarrollo nativos. Sería ocioso reiterar aquí los típicos procedimientos y las consabidas consecuencias de la penetración yanki en el área del Caribe.

Aparecieron con ocasión del establecimiento del estado soviético los primeros aspavientos norteamericanos respecto del régimen socialista en la América Hispana. Publicistas y políticos yankis calificaban ya de gobierno bolchevique el régimen de Venustiano Carranza en México. Son, pues, ya viejas las alarmas de Wall Street y Washington que hoy les sirven a ambas capitales para desplegar en el Continente la más feroz y descarada intervención, particularmente desnuda en los países del Caribe. Mucho tienen que envidiar los días actuales a los peores años del primer Roosevelt, de Taft y de Wilson, cuando la intervención contaba con intervalos de respiración menos trabajosa y disneica que la que hoy pueden realizar nuestros fatigados pulmones.

La dependencia colonial y sus secuelas de intervenciones e injerencias han dado lugar en el país, todo de conformidad con el modelo imperialista, a la formación del puente de la complicidad entre el poder foráneo y la casta oligárquica nativa compuesta de terratenientes y mercaderes. Por esta vía participó el imperio yanki en el insidioso proceso degenerativo de la corrupción nacional. Señalemos que ningún otro sector oligárquico de América adolece de la proclividad hacia lo foráneo en grado tan intenso como el dominicano. Una historia sin par, rebosada de anexiones, tentativas de protectorado, apelaciones a la simpática fuerza extranjera, expectativas constantes de soluciones provenientes del exterior y de otras expresiones de supeditación y dependencia, demuestra, hasta la saturación, la fácil, abierta, bochornosa alianza entre los intereses nativos de explotación y los designios mercantiles del imperio. Como quiera que la coincidencia de tales intereses capitalistas, vernáculos y externos, coincide a su vez con un estado de crasa inexistencia de conciencia nacional en todas y cada uno de los sectores y clases dominicanos, no es posible esconder el hecho de que la propensión a la expedita intromisión extranjera es una característica de la colectividad entera. De la misma manera que la oligarquía burguesa ha recurrido al auxilio o protección extraña para asegurar, consolidar o resguardar los resortes de sus privilegios oficiales y a su tradicional exacción, las fuerzas ocasionalmente ubicadas como contrapuestas al sector oligárquico en el poder, también han mantenido siempre una actitud de apelación o expectación en cuanto a la facultad y capacidad decisorias de la fuerza extranacional. No es menos cierto que esos núcleos de apelación xenófila, en función de dirección política, no representan genuinamente a las masas populares, pero es a todas luces innegable que éstas, desorientadas y perturbadas, carecen inclu-

so de instinto nacionalista y cuando no han asumido una conducta de neto sabor oferente ante el poder extraño, por lo menos han denotado una apática indolencia y una solidaria pasividad.

En otra parte estudiamos el problema minoritario como única manifestación incompleta y defectuosa del estado letal de la conciencia nacional y de sus eclosiones intermitentes en el acontecer histórico de la República Dominicana. La minoría de vanguardia, cuantitativamente insuficiente y cualitativamente ineficaz, representa la antítesis de esa mezcla de sentimientos y disposiciones subalternos de la enorme mayoría nativa.

El sentimiento de supeditación es terreno abonado para la corrupción. La existencia constantemente expuesta a los dictados de la voluntad extranacional ya expensas de los mismos, significa un estado latente de desmoralización. Es también un emporio del miedo, por cuanto en ello está implícito un aferramiento exagerado a la conservación de los valores físicos en detrimento de los valores éticos. El signo de renuncia a la lucha imperativamente peligrosa en el sostenimiento de la autonomía constituye una liquidación del mecanismo moral y espiritual de la resistencia. La falta del ejercicio do los actos de conciencia nacional predispone al abandono do los frenos de carácter ético capaces de retardar y hasta de prevenir efectivamente el descenso de la desmoralización colectiva. Un pueblo que baje su guardia frente a la acción horadante del poder extranjero está condenado a la putrefacción.

La desmoralización es, por supuesto, la antesala de la difusión infecciosa en el medio. La historia enseña que las sociedades que hacen el sacrificio de una proporción de sus integrantes como símbolo de la dignidad nacional, sobreviven físicamente a la postre lo mismo que las que no ejercitan su defensa agresiva o estoica, pero conservan revitalizados sus recursos subjetivos germinales, que garantizarán el resurgimiento social no importa el lapso de duración del sojuzgamiento por el predominio de la fuerza bruta. La difusión del temor en las sociedades laxas, presas del complejo de supeditación y, más que abiertas a la penetración detergente y a la desvinculación interna, oferentes de su contenido esencial constitutivo, es atroz e incalculable. El miedo se torna endémico y su transmisión vertical es inevitable porque los hijos de padres acobardados aprenden y asimilan también el ejemplo y la diaria lección pavorosa.

Funesta hecatombe es asimismo la de una sociedad cuyas mujeres participen también de la inversión de las estadísticas. La mujer que pierde el sostén que le representan la admiración y el respeto hacia el hombre configura la fase final y decisiva de la pulverización social. Cincuenta años han bastado para la transmutación de la mujer dominicana, alguna vez paradigma de sacrificio protector y arquetipo de tesorera de la dignidad nacional. Contrariamente a lo que acontece en materia política y filosófica, una sociedad no puede permitirse el lujo de revertir las estadísticas en su trasfondo ético. El pueblo cuyos hombres corrompen a sus mujeres, a sus hijos, mediante la renuncia de su honor, se disuelve irremediablemente en la viscosidad de sus excre-

ciones. El pesar económico, la maceración social, el infortunio político jamás deberían alcanzar y lesionar la estructura ética del conglomerado. Cuando ello ocurra la liquidación es inexorable.

Hay quienes se detienen, por benevolencia, por miopía o por inhibición patriótica, en la mera superficie del drama dominicano, calificando la catástrofe en términos de desperfecto fisiológico. Identifican así enfermedad y síntomas. El rezago dominicano no es otra cosa sino un signo apenas del mal profundo y desastroso. El hecho de que el país haya permanecido a la zaga de otros territorios subdesarrollados, de que esté fuera aún de la lamentable cadencia hemisférica, no tiene más valor que el de un efecto de la profunda causa de la disolución social, término previsible de una historia que no podía desembocar en otra suerte de paradero. Trátase del caso de una sociedad inepta para su propia conservación constitutiva, desarrollada sobre bases absurdas, zarandeada además por la inclemencia de fuerzas poderosas, síquicamente predispuesta hacia la desintegración, dotada incluso hasta de una infortunada ubicación geográfica que ha hecho más efectiva y fructuosa la sustancial ineptitud. La historia conoce de sociedades que se han perdido en ella y que luego aparecen como tragadas por la propia trayectoria de la humanidad.

La inversión de las estadísticas en la República Dominicana ha culminado en la corrupción normalizada, estable, que marcha ya hacia lo tradicional. La corrupción se ha expandido y se ha afirmado tanto que constituye desde ya una tradición clásica para las generaciones futuras del país. La comunidad corrompida contempla, siente y entiende los fenómenos excepcionales como hechos ordinarios, comunes, institucionales. Así sucede, por ejemplo, con el adulterio, la complicidad, la prevaricación, el peculado. Todas, absolutamente todas las modalidades de la indignidad son actos de omisión o de comisión ordinarios y normalizados. Los reflejos del rubor ya no funcionan. Trátase de un conglomerado donde nadie tiene que avergonzarse ante nadie. Dos hombres que se encuentren son ambos reos o autores de los mismos hechos ilícitos o inmorales. Dos mujeres que se encuentren son ambas culpables de la misma perversión. Nadie tiene que rehuir a nadie. Nadie tiene que sonrojarse frente a nadie.[3] Los valores que la sociedad adoptó como sus fundamentos han sido abandonados, liquidados. Una sociedad puede cambiar su régimen económico, sus instituciones políticas, y perdurar como tal. Pero una sociedad no puede suprimir sus bases, sus principios éticos escogidos como cimientos sociales, y permanecer como tal.[4] La agrupación física de habitantes continúa, sobre todo en el caso de población

3 Ver la obra citada *Corruption in Developing Countries* por Wraith and Simpkins. Kelle, V. y Kovalzon, M.. *obra diaria, pág. 96.*

4 Kroebor A., *obra citada, pág. 29.* "Una sociedad humana exige la conducta permanentemente motivada de seres humanos en un medio conductivista culturalmente constituido, que está cognoscitivamente estructurado con referencia tanto a la naturaleza del cosmos como al yo, en el que los significados y los valores tradicionales desempeñan un papel vital en las organi-

insular geográficamente limitada, pero la sociedad desaparece, se disuelve. La vida prosigue en términos de simple vecindario, sin preceptos inviolables, sin conceptos respetables.[5]

Acaso no exista un signo más expresivo de la corrupción y de la cobardía colectivas que el uso generalizado —también normalizado— del anónimo en todos los planos y órdenes cotidianos. El anónimo es en Santo Domingo un instrumento político, religioso, familiar, económico. Es un medio normal de expresión de un conglomerado donde nadie puede enrostrar a nadie nada que él mismo no haya cometido u omitido. Es asimismo el arma usual para agredir a quien ose alzar la voz o levantar el dedo en un sentido circular, giratorio. Es desde luego difícil precisar el porcentaje de correspondencia anónima que circula diariamente en el servicio postal dominicano, pero es indudable que la proporción es asombrosa. La recepción de un anónimo postal o telefónico no constituye un hecho susceptible de provocar la más pequeña sorpresa, sino que, por el contrario, es un acto habitual, normalizado.

Nada, como se sabe, uniforma y homogeniza más que la coparticipación delictual o inmoral. Genérase una suerte de solidaridad entre corruptos, la cual reemplaza la vinculación social productora de los diferentes resortes de sanción colectiva. La ausencia de la sanción pública, pero, sobre todo, la falta absoluta de sanción privada, es otro signo revelador de los estados de corrupción profunda y amplísima. Una comunidad, en fin, que deroga la totalidad de los cánones éticos por ella voluntaria y tácitamente adoptados como normas de su propio ordenamiento colectivo y como condición *sine qua non* de su estructura fundamental, es una sociedad desintegrada, una enorme pandilla de delincuentes o inmorales.

Cuando el servilismo se hizo pauta de vida cotidiana y profesión universal del conglomerado, con la consecuente progresión competitiva propia de los hechos antisociales, el conglomerado adoptó como reglas de coexistencia formas de conducta colectiva incompatibles con los valores éticos que habían sido seleccionados como vínculos sociales de imperiosa preeminencia y de ineludible obligatoriedad. No se trató de un cambio o sustitución equiparable a la derogatoria de una norma realizada por decisión organizada de la universalidad de los miembros del conglomerado o de alguno de sus órganos de dirección o expresión consciente. Lo que aconteció no fue otra cosa que una defensa colectiva incompatible con los vínculos adoptados, contradictoria de la moral que no había sido derogada por la previa resolución de cuerpo social. La comunidad fue insensible y ominosamente cayendo en la autonegación y en la contradicción a través del predominio cada vez mayor de los elementos integrantes de su propia ineptitud estructural y funcional, a lo largo de una defensa

---

zaciones de las necesidades y de les fines..."

5 Kourilsky, Raoul; Soulairac, Andró et Grapin, Fierre, *Adaptation et Agressivité.* Presses Universitaires de France, París, 1965, *pág. 146.* Las neurosis, las psicosis y las perversiones no son más que regresiones, esto es, regresos a adaptaciones anacrónicas.

intrínsecamente antisocial. La descomposición de la sociedad no representó una aislada precipitación en los años trujillistas. Durante los seis lustros de Trujillo tuvo lugar la culminación de un proceso cuyas fases anteriores, preparatorias, se calibran en el curso histórico del conglomerado. Desgaste, reversiones, morbosidad, estrangulación, la gran confabulación antinacional, todo el desarrollo degenerativo se palpa en las páginas más afectadas por la insuflación de leyendas y encomios exagerados, con los cuales se ha querido pergueñar una historia superheroica principalmente en los recuentos militares llenos de extravagancias imaginativas y de necia vanidad.

El espectáculo histórico es equiparable a un largo curso de maceración llevada a término por hombres presas de una espantosa locura. Resulta indigesto aceptar que los actores activos y pasivos hayan obrado con conciencia y voluntad. Por el contrario, todo indica que no han sido sino decenas, centenas de millares de instrumentos manipulados por fuerzas atávicas omnipotentes. Es aceptable la tesis de que, puestos a vivir de nuevo tras el término de la obra destructiva, los mismos seres se comportarían otra vez de la misma manera porque carecen absolutamente de alternativa. Reiteramos que nuestra historia no ha podido ser elaborada de modo distinto y que somos los *robots* movidos por fuerza causales insoslayables. Hijos del absurdo, mulatos, insulares, mal parados en un punto desafortunado del planeta.

Es claro que el conglomerado continuará viviendo su existencia vegetativa, moviéndose en la charca descompuesta, cumpliendo sus necesidades biológicas, reproduciéndose, animado de los más rústicos apetitos, alargando y ahondando la corrupción, consolidando la inversión de las estadísticas como la nueva tradición para las generaciones por venir.[6] No desaparecerán los seres físicos portadores de instintos e impulsos primarios, desasidos de frenos éticos y espirituales, desasistidos de valores morales, apoyados en las bases repugnantes que las últimas generaciones han cimentado sobre la insidiosa herencia recibida de las que iniciaron la decadencia cuando apenas hubo meras perspectivas de constitución nacional. El conglomerado proseguirá, pues, llevando la vida animal propia de la manada adicta a los patrones mayoritarios resultantes de la inversión operada: deshonor, indignidad, hurto, adulación, prostitución, servilismo, celestinaje, cobardía.

El transcurso de la tragedia ha estado motorizada por un factor negativo de sempiterna vigencia: la ausencia de sanciones en el campo político entendido en su mayor extensión. Es innegable que el campo político ha obrado como el primordial foco vector del germen corruptor. Ha sido la lucha por el poder —grotesca, primitiva,

6 Smirnov, Leontiev y otros, *obra citada, págs. 379 y 380,* donde los autores insisten sobre el problema tradicional de los jóvenes. "El adolescente —afirman— percibe sus sentimientos como positivos de acuerdo con las exigencias morales o, por el contrario, vive uno u otro sentimiento como inmoral, que debe ser dominado o excluido". Y agregan: "En esta edad tiene aún más importancia el conocimiento de los principios morales. Los sentimientos del joven están determinados por su ideología".

irrestricta— y el empeño por la conservación del mismo, las fuentes que han proyectado sobre el ámbito nativo los virus de la corrupción. El mando político como concreción de poder para fines oprobiosos —enriquecimientos, prebendas, arbitrariedades— ha fungido de generador de pasiones, atropellos, crímenes, traiciones, diversas formas de la antipatía, etc.— Fue la atracción por la que comenzaron las primeras manifestaciones de la perversión. Esta, sin embargo, no permaneció radicada en las áreas sociales directamente conectadas con las actividades políticas específicas, sino que se diseminó paulatinamente hacia todo el propicio complejo social, pudriéndolo. El mecanismo de la perversión política contagiosa es atributo de los territorios subdesarrollados,[7] donde las ventajas del poder público suplantan a toda una serie de fuentes diversas de bienestar y holgura que, en los países desarrollados o en desarrollo, polarizan la atracción de las aspiraciones del hombre en sociedad.

El fenómeno es común en toda Hispanoamérica, donde las estructuras jerárquicas no contienen los elementos místicos y espirituales que están presentes en las comunidades africanas y asiáticas. Mas, acontece que en la mayor parte de los países americanos no existen los factores que permiten la propagación corruptora incontenible ni se producen las modalidades de defensa social que favorecen la penetración multidimensional del mal. Ahora bien, en Santo Domingo todo ha contribuido a la corrupción generalizada: la índole étnica de los habitantes, la cuestión geográfica, el absurdo histórico-político, la presión de la fuerza foránea, como características específicas unidas a las condiciones y circunstancias —principalmente económicas— comunes a muchos territorios subdesarrollados. Es lógicamente en las peculiaridades y no en los atributos genéricos, donde hay que buscar la explicación de la hecatombe dominicana en sus diversos aspectos: imposibilidades o por lo menos dificultades extremas en la constitución de la conciencia nacional, ritmo regresivo o por lo menos estancamiento en la integración de la minoría progresista, defensa social abierta en las agudizaciones críticas, hipertrofia del terror, perturbaciones sicosociales de origen étnico. La falta total de sanción respecto de las acciones y complicaciones, políticas ha sido, repetimos, el factor negativo que apadrinó la diseminación del mal. Este factor de omisión ha trabajado de modo virulento y corrosivo. La ausencia de penalidad ha obrado por dos vías: la del disfrute de las utilidades del poder y la de la incitación que nace de los ejemplos de la impunidad.

Las peores traiciones a la patria, los más detestables cómplices o coautores de crímenes morales y materiales contra los intereses colectivos, los casos de máxima depravación atentatoria contra la moral pública, el servilismo inconcebible, jamás han recibido la más leve acción punitiva, no ya en el momento cronológicamente oportuno, sino tampoco retrospectivamente por mandato de la posteridad[8]. Los ejemplos son

7 Ver Wraith and Simpkins, *obra citada.*

8 Alfau Duran,Vetilio, *Américo Lugo, Antología,* Librería Dominicana, 1949, *pág. 34.* Lugo afirmó que, en la comunidad dominicana, "el crimen mismo no es una mancha perdurable".

de todas y cada una de las épocas y de todos y cada uno de los órdenes. El autor de la decapitación de la República de 1844 mediante la reanexión a España y de repugnantes asesinatos, Pedro Santana, todavía es objeto de polémica entre santanistas y antisantanistas. Buenaventura Báez, factor de la misma enajenación, mariscal de España, autor del tratado de anexión a Estados Unidos de Norteamérica y de brutales crímenes, fue llevado al poder varias veces por el consenso entusiasta de las mayorías nacionales y en las más inimaginables circunstancias. Manuel de Jesús Galván, áulico de tiranos y vendepatria reincidente, es honrado como figura nativa por una sola obra de ficción histórica. Desiderio Arias, guerrillero semianalfabeto, codestructor de la nacionalidad y padrino descollante de la tiranía trujillista, mereció, a la muerte del tirano, el honor de una denominación urbana. Joaquín Balaguer, primer esbirro intelectual y heredero de Trujillo, es hoy una de las personalidades políticas de mayor número de prosélitos en todo el país. Juan Sánchez Ramírez, cabecilla de la primera reanexión a España y precursor del entreguismo criollo, es alabado aun por la universalidad de los intelectuales vernáculos. Los nexos originales del tirano Trujillo con los órganos de acción del imperio lo llevaron a denominar una calle de Santo Domingo con el nombre de U.S. Marine Corps, en honor de la fuerza de ocupación norteamericana que suprimió la soberanía dominicana de 1916 a 1924; desaparecido el déspota, permanece aun la bochornosa y humillante denominación. Son éstos abultados ejemplos tomados de la superficie histórica del país, sin rebuscamiento ni penetración.

La ausencia de la sanción rectificadora ha estimulado el auge de la corrupción, puesto que, simultáneamente, las generaciones han contemplado cómo los mayores y menores desafueros de lesa patria merecieron y merecen el reconocimiento laudatorio. Nadie ha visto, pues, condenados, repudiados ni contenidos los peores desafueros contra los valores y principios, no sólo en el plano de los sagrados intereses superiores, sino tampoco en las más restringidas esferas. Nadie, pues, ha tenido ni tiene que ruborizarse por execración ni infamia alguna.[9] Un país desposeído de la sanción moral en todas las escalas y grados no pasa de ser un emporio fecundo de transgresiones. La desmoralización ha sido la perpetua invitada a presidir la vida pública y privada de la colectividad.

El poder clerical rindió una notable cooperación en la desmoralización de la ignorancia y del subdesarrollo. Aparte de la política romana, común en todos los medios subdesarrollados, de alianza con el capitalismo, la expoliación y el imperio, el clero de turno en el país, en su mayor parte extranjero, condujo una actitud de colabora-

9 *Ibidem., pág. 35.* Para Francisco Henríquez y Carvajal la sociedad dominicana no se depurará definitivamente sino por el buen sentido "junto al continuo esfuerzo vigoroso de los buenos dominicanos que por desgracia no son muy numerosos". "No lo son efectivamente, porque la mayor parte de los dominicanos son seres enfermos, inficionados de vicios morales o de ilusiones que falsean completamente el esfuerzo intelectual".

ción intensa con los catalizadores de la corrupción. Jamás se contempló un contubernio tan estrecho entre la curia y el monstruo como el mantenido en Santo Domingo entre el tirano y los presbíteros. La escoria de las sacristías españolas e italianas oscureció la pobreza y la tardanza mulatas, particularmente en los abismos de la crisis. El *tedeum* y la misa de salud en honor de invasores y déspotas formaron copiosamente el otro ejemplo degradante. Arzobispos que anduvieron por los campos azarosos predicaron que el agua y el fruto eran dones del sátrapa y dios quedó reducido a la condición de cómplice o secuaz de los mandarines. Luego de santificar a Trujillo, por ejemplo, untándole óleo en las garras y en el equipo genital, la íntima confabulación entre Washington y San Pedro determinó el viraje que dio la espalda al genocida y que estuvo encabezado, desde luego, por un obispo español y otro norteamericano.

Es hora de compendiar el proceso dominicano del envilecimiento.

A.— Una marcada predisposición servil asomada siempre en la vida nativa, palpables a flor de historia sus rostros execrables: el de la solicitud inextinguible hacia el postor extranjero(España, Francia, Reino de Cerdeña, Inglaterra, Estados Unidos) y el del inconcebible servilismo de postración ante el gobernante criminal. La vocación servil respecto del poder foráneo y respecto del amo vernáculo revelan el complejo de supeditación. Los períodos de convulsión aparentemente regidos por la belicosidad y la rebeldía, transcurridos entre regímenes de fuerza, deben interpretarse como de búsqueda inconsciente y fatalista del estado de opresión. Este requería, para su implantación, la presencia del déspota, del hombre fuerte provisto de las condiciones de mando y de inescrupulosidad indispensables para el establecimiento del despotismo. En tanto no se encontrase al bárbaro necesario, privaba el estado de revuelta. Tan pronto apareció el energúmeno solicitado, el estado convulsivo quedaba reducido a simples estertores cada vez más distantes que se apagaban rápidamente. La inservibilidad del régimen tiránico, expresada en términos de incompetencia o de decrepitud, imponía por sí misma la necesidad de sustituirlo. Tenía lugar la revuelta triunfante o la eliminación personal, generalmente producidas gracias a la participación de sujetos que formaban parte del régimen o de algún modo vinculados a él. La traición ha estado siempre presente en uno u otro caso. La decadencia del tirano, tras largos años de sojuzgamiento, sonaba la hora del reemplazo. Santana, Báez, González, Heureaux, Cáceres, Trujillo, suman un total de largos años de opresión dentro de los 121 años transcurridos a partir de la separación de Haití. Los ensayos gubernativos de Espaillat, Billini y Bosch resultaron incómodos, inadecuados a la vocación de la colectividad. Los demás cayeron, cada uno a su vez, por su incapacidad de ser jefes absolutos y eficaces. Defraudaron la predisposición servil de sus propios partidarios y no supieron ni pudieron imponerse sobre sus contrarios. No respondieron, pues, a la búsqueda del amo. Carecieron de las condiciones primitivas e inmorales indispensables para satisfacer el complejo de sumisión del conglomerado. Durante la

vigencia de cada déspota los componentes de la subminoría de vanguardia morían bajo el aparato de represión o se marchaban.

Los intereses personales del déspota coincidían con los designios estratégicos y económicos del imperialismo a partir de 1870. La vinculación entre el tirano y el poder imperial ha sido siempre una constante histórica, cualquiera que fuese el origen nativo del déspota. Este ha resultado en todo momento un verdadero sátrapa, sea por selección de los representantes del imperio, ya por autodeterminación del autócrata una vez en el poder vernáculo. Al tirano le era valiosa, en veces vital, la connivencia y el respaldo del imperio; a éste le resultaba útil y confortable la existencia del hombre fuerte incondicional. Cada satrapía vigorosa y estable significa la prevención de problemas y preocupaciones económicos y estratégicos en el área respectiva. El único sátrapa que, no obstante ser hechura elaborada del imperio, le produjo molestias espinosas al *statu quo* imperial, fue Trujillo, tanto por sus agresiones contra Haití como por su voracidad económica. Pero, las circunstancias de coincidir el déspota con las amenazas de tipo ideológico sobre la seguridad e integridad del imperio (nazi-fascismo, socialismo) obligó a la metrópoli a soportarlo y sostenerlo hasta que el desarrollo indomable de la misma amenaza ideológica, unido a la decadencia del sátrapa, forzaron su liquidación.

Los intereses económicos del déspota y de la burguesía —terratenientes y mercaderes— de ordinario han coincidido cuando el primero ha surgido de la segunda. La triple *entente* la integraban los intereses imperiales. Sin embargo, cuando el sátrapa no ha salido de la casta-clase expoliadora, sino que gracias al aparato militar provenía de los estratos desposeídos, se operaba una colisión entre el tirano y parte de la burguesía. La voracidad económica del primero chocaba con el haber económico de determinados terratenientes y mercaderes, quienes no sólo veían recortada su explotación sino también agredido su patrimonio comercial e inmobiliar. El estamento burgués no resultaba disminuido, puesto que nuevos ricos amparados por la tiranía engrosaban la casta-clase como añadidura a la burguesía de estirpe. La consecuencia del fenómeno consistía en la ampliación del estrato expoliador mediante la incorporación de nuevos elementos enriquecidos gracias a los privilegios de turno.

Aspecto característico de esta última modalidad es la oposición que contra el despotismo libró la porción de la casta-clase afectada por la voracidad del sátrapa. Tal oposición tiende medularmente hacia la solución externa, esto es, a la solicitud que se hace al poder imperial para que reste su protección y respaldo al mandarín insaciable. En tanto el gobernante autocrático permanezca útil a la metrópoli, ésta no prestará mayor atención a las requisitorias de la fracción lastimada de la burguesía.

La vocación servil tiene raíces étnicas y su auge se produce en el seno de la única comunidad mulata de la tierra, todo de conformidad con el complejo síquico del híbrido de negrero y esclavo, de negrero dominador que no invade y sojuzga a la población nativa de ajeno territorio, sino que traslada de un hábitat a otro muy dis-

tante a la masa subyugada en demostración de poderío absoluto, y de esclavo que sumido en la impotencia acentuada por la traslación encuentra el escape paliativo en el mejoramiento de la condición de su descendencia gracias a la mezcla étnica con el opresor. En el fruto del cruce entre dos grupos étnicos somáticamente disímiles tiene lugar el fenómeno de la proclividad hacia una de las partes de la mezcla (blancofilia) en detrimento de la otra (negrofobia). El mulato intenta una evasión histórica y una renuncia al eclecticismo. Pugna por *arianizarse y,* consecuentemente, por *desafricanizarse.* Este fenómeno podría incluso explicar la paradoja africana del retardo o renuencia en la derrota del colonialismo portugués —el colonialismo de la metrópoli más débil— en las colonias lusitanas, donde el dominador ha logrado procrear una apreciable capa mulata gracias a su disposición indiscriminatoria. Es irónica paradoja la "democrática" denominación empleada en el hibridismo brasileño, cuando se habla y se escribe, con implícito sentido racista, acerca de la *arianización y desafricanización* del Brasil, es decir, la dilución de la piel negra en el solvente blanco. Todo ello, naturalmente, muy de acuerdo con los esfuerzos muy occidentales y muy antirracistas de la Unesco.

B. — El complejo mulato se expresa objetivamente a través de la blancofilia y, subsidiariamente, de la negrofobia[10]. El deseo, empeño y afán de ser o aparecer más blanco

10 Moreau de Saint-Mery, M. L., *Descripción de la Parte Española de Santo Domingo,* Editora Montalvo, Santo Domingo, 1944, *pág. 84.* "El carácter de los españoles de Santo Domingo es en general una mezcla bastante rara de envilecimiento y de orgullo. Rastreros y serviles cuando es necesario, quieren sin embargo aparecer arrogantes"; *pág. 94.* "Es también rigurosamente cierto que la gran mayoría de los colonos españoles son mestizos, que tienen todavía más de un rasgo africano que los traicionan luego, pero que han hecho disimular un prejuicio que podría considerarse nulo". Lugo, Américo, *obra citada, pág. 237.* El autor describe la vida colonial: "La sustitución del trabajo por la ociosidad, madre de todos los vicios; la poca comunicación y el mucho aislamiento; la falta de rectitud, la falsía, la libertad abusiva, el predominio del instinto y del interés, de una parte; y de la otra el ejercicio de la autoridad miliciana en los campos, de manera generalmente injusta y casi siempre impune; la pesada influencia económica de los hateros sobre la miseria general y la sumisión y servilismo del esclavo, cuya existencia se hallaba mezclada a la vida íntima del amo..., todo derribó las barreras sociales, acalló la voz del respeto humano y juntó a los seres de las más opuestas razas y de la más diversa condición". Comas, Juan, *obra citada., pág. 22.* "Lipschutz ofrece una clara visión de conjunto, señalando la lucha entre mulatos y negros en Haití, ya que los primeros dominan económica, política y socialmente"; los mulatos en Haití son "europeos de color, en sus vestidos, sus gustos, sus opiniones y aspiraciones". El mulato desprecia a sus progenitores negros. Afirma Lipschutz que en las Antillas británicas "rige una hipocresía racial extrema. El burgués mulato desprecia al obrero negro y le encuentra los mismos defectos que el mestizo anota en el indio. Una mayor claridad de piel tiene gran valor social".
Rodríguez, Demorizi, E., *obra citada, La Era de Francia en Santo Domingo", pág. 207,* donde el autor cita a Chanlatte acerca de la matanza de mulatos por los negros: "Muy bien saben ellos (los negros) que los blancos sin los mulatos, son tan pocos, que no quedaría uno quince

distorsiona la conducta social del mulato, sobre todo en los planos u órdenes donde el hecho de ser negro recuerda o reactiva la cuestión infamante del esclavo africano. La adulación exacerbada es una tendencia de la conducta del mulato. La hipertrofia del miedo es otra. El mulato se defiende adulando en las circunstancias de peligro e inicia así la carrera de la conservación de los valores físicos mediante el sacrificio de los valores éticos. La adulación no es otra cosa que una modalidad de defensa individual y colectiva, la forma de defensa social abierta. Hijo de dos huéspedes —llegado uno en son de conquista, traído el otro en función de siervo— el mulato adolece de una débil y todavía inconsciente vinculación telúrica respecto del territorio que le ha sido legado por la escogencia de uno de sus ascendientes y por imposición de éste sobre el otro. La inacabable y circularmente viciosa formación de una conciencia nacional es un derivado de la falta de secularidad profunda en los nexos entre hombre y tierra.

La negrofobia se manifiesta, sobre todo en los mulatos de los estamentos superiores, en la actualidad antihaitiana siempre vigente aun en sus formas inéditas. La historia del país está preñada de iniciativas de sumisión colonialista en busca de la metrópoli blanca y la mayor parte de las veces se alegó la haitianofobia para las tan reiteradas solicitudes de protectorado. No es aventurado afirmar que si la vecina comunidad fuera blanca la unificación de la isla sería un hecho cumplido y concreto desde 1821. La tenue línea del color es, pues, la responsable de la continuación del absurdo geográfico-político constituido por el territorio insular de 70.000 kilómetros cuadrados dividido en dos estados topográfica, económica y demográficamente desiguales. Es, por ende, temerario aseverar que el sentimiento haitianófobo sea una expresión patriótica y no el lado negativo de la blancofilia. La constante histórica ilativa ha sido la del país en venta o alquiler al postor blanco.

En la actualidad la realidad de la supeditación del país a los designios del gobierno norteamericano ha rebasado los límites de la figura de la clásica intervención que rebosa la historia americana y que opera hoy en la gran mayor parte del hemisferio como consecuencia de la agresividad imperial dentro de la estrategia norteamericana

---

minutos después de firmado el decreto de su expulsión".

Berry, B., *Race Relations,* Houghton Mifflin Co., Cabridge, *páginas 322* y *123.* "Esta fuerte conciencia del "color" sirve no sólo para aislar a los blancos de los negros, sino que forma también una barrera entre el negro y el mulato, y aun dentro de los mestizos evita el desarrollo de cualquier intento de cohesión o lealtad de grupo. El mulato, por tanto, odia a su ancestro negro, anhela el *status* de los blancos, tiene más prejuicios en contra de una piel negra que los propios blancos, y está ansioso por conseguir cualquier posible reconocimiento de la sociedad blanca". Boxer, C. R., *obra citada, The Golden Age of Brazil, pág. 17.* "Un capuchino italiano observó la posición de los mulatos en Angola, posición que en algunos aspectos era muy similar a la brasileña: odian de muerte a los negros, incluyendo a sus propias madres que los traje ron al mundo, y realizan cuanto pueden para equipararse a los blancos".

poscastrista. El *entreguismo* que se observa en muchas de las administraciones hispanoamericanas no puede equipararse, no obstante sus repugnantes cometidos, a la función de absoluta y voluntaria sumisión de parte de los mercaderes y terratenientes dominicanos, secundados por el estado de amaestramiento a que han sido sometidos el miedo y la inconsciencia nacional del país. No existe, pues, una situación de intervención, sino un verdadero estado de dirección yanki en los destinos del país dominicano. Es fácil comprender cómo la absorción de la siempre minúscula autonomía vernácula es varias veces mayor que la ejercida por la metrópoli sobre el llamado Estado Libre Asociado de Puerto Rico, donde la metáfora denominativa permite que determinadas disposiciones de la diputación insular portorriqueña exhiban algún tono de localismo legal que, desde luego, en ningún caso contraría los intereses metropolitanos.

En Santo Domingo se ha pasado, pues, del estado de injerencia al estado de dirección.[11] No quedan siquiera las trazas de soberanía que dejan la subordinación política y el *entreguismo* como aparente decisión de un gobierno minuciosamente adherido a los designios del gobierno superestructural. No se observan, tampoco, los signos de la intromisión del poder imperial que *sugiere y pide,* incluso con sujeción a las fórmulas protocolares. Existe una dirección completa de la administración local, con inclusión de los menores detalles. El país no es gobernado de conformidad con los intereses de Washington, sino gobernado por Washington aun en cuanto a los mecanismos puramente rutinarios y nimios. En los aspectos de índole necesariamente inusitada, los cuales pueden hacer acto de presencia intempestivamente, pero sin mayor trascendencia, el pequeño sátrapa —que ya no es el tirano eventualmente capaz de arrebatos personales— pregunta o llama para la solución más conveniente. De manera que el cambio de utensilio ha privado al país de la minúscula autonomía que podía ocasionalmente ostentar cuando estaba en juego la voluntad o el albedrío del tirano para operar un acto de limitadísima proyección.

C. — La sensación de desamparo insular constituye un factor de agravamiento de la situación entera. Se reproduce siempre lo que ha sido un factor de influencia a lo largo de la historia del país desde el siglo XVI. La extinción por exterminio (tanto debido a los estragos de epidemias como a la ferocidad y dureza del conquistador) de la población amerindia fue en buena parte resultante de la situación de aislamiento y, sobre todo, de apresamiento de la comunidad. La idea del pequeño territorio circundado priva influyentemente sobre la conducta del habitante y ejerce sobre él una presión favorable al desarrollo de las tendencias procedentes de otras causas. En oportunidades es difícil precisar si el caso insular es un factor de acentuación o una verdadera causa matriz, respecto de la cual otras causas vendrían a ser factores de agravamiento o agudización. La hipertrofia y el contagio del miedo, el desbocamien-

11 Entendemos que existen cuatro grados en la escala de la intervención del estado imperialista en la jurisdicción del estado sojuzgado: presión, injerencia, dirección y ocupación.

to servil, la gran adulación, aparecerían entonces como derivaciones de la sola condición geográfica, agravadas por la sicopatología del mulato y por la falta de vinculación telúrica.

La desconexión insular genera una sensación de aislamiento gracias a la cual el poblador se siente más a merced de las agudizaciones de la crisis. El individuo y la comunidad se ven más a expensas de la fuerza superior. La sensación es de doble efecto: aislamiento y apresamiento. El aislamiento, además de resonar en los problemas y caracteres del subdesarrollo, croa un sentimiento de soledad social, extremada en el caso dominicano por una historia de escasas relaciones de todo tipo con el resto del mundo. La comunidad se ha sentido realmente aislada, desasistida, vacía de los recursos morales y materiales que se desgajan del intercambio. Simultáneamente, cogido entre el puñal y el mar, el conglomerado se encuentra en una posición de suprema impotencia, de máximo temor, de fluida entrega, de doblegamiento fácil.

A los efectos de la insularidad deben añadirse los influjos sicosociales inherentes al trasplante de las masas africanas intracontinentales al limitado hábitat de la isla, trasplante que complicó el desajuste causado por la traslación a gran distancia y por la demolición de la institución familiar y de los nexos tribales entre las oleadas de esclavos.

D. — La situación de pobreza, suma y crónica, regresiva como cuadra al cuadro general del subdesarrollo, ha hecho también su donación generosa de influjos a la tragedia de la corrupción. Pobreza y corrupción no son estados necesariamente conjuntos, pero es indudable que entre ambos se da a menudo una interrelación de catálisis que hace de las dificultades económicas un abono para la propagación corruptora. Algunos lectores de folletos marxistas en autobuses y otras clases de vehículos de transporte colectivo se consuelan el rubor patriótico permaneciendo en la orilla del problema mediante la aplicación de fórmulas simplistas al drama del país. Una manera tan superficial de hacer diagnósticos sociales no rinde, claro está, mayor cosa. Entender que la insólita realidad dominicana es el producto exclusivo de las condiciones económicas y de la desnivelada distribución de los medios de producción, todo ello zarandeado por los zarpazos del imperialismo, es algo que no va más allá de la situación general de las comunidades dependientes y subdesarrolladas. Pero, lo dominicano es, además, otra cosa. Acaso esto explique la ausencia de mención del caso de Santo Domingo dentro de la nómina de pueblos que se tienen como luchadores por la propia liberación y por el triunfo del socialismo en la parte del mundo todavía engullida en las fauces del imperialismo. Han sido tan desconsoladoras las demostraciones y pruebas ofrecidas por el pueblo dominicano respecto de lo que deberían de ser sus oportunidades de liberación, propiciadas algunas de ellas por la solidaridad revolucionaria, que sería en cierta medida lógico que los compañeros solidarios hayan apreciado como dispendiosa cualquiera inversión de esfuerzos en crear posibilidades de liberación en Santo Domingo. El comportamiento general en los ejemplos

de Luperón, Constanza y Las Manaclas, no obstante los errores y vicios en los cuales se incurrió durante los respectivos procesos, ha sido abominable y vergonzoso. La actitud colectiva frente al estado de dirección imperial de la política del país — actitud de inerme indolencia, de amaestrada sumisión y de desproporcionado miedo aun después de la desaparición de Trujillo— ha venido a ratificar la evidencia de la ineptitud e incapacidad mostradas por la comunidad en cuanto concierne a su lucha por la independencia. No es que pretendamos exigir que el pueblo dominicano se halle ya en las proximidades de la fase culminante de su liberación. No. No es siquiera la ausencia absoluta de signos positivos, dentro de un posible proceso preparatorio, lo que ensombrece la escena insular. Es la abrumadora y decisiva presencia de signos y peculiaridades aterradoramente negativos lo que informa el pronóstico de la irreversibilidad. Otras colectividades de América se hallan todavía a larga distancia de sus vísperas de liberación, pero es lo cierto que no exhiben dentro del marco de su drama, los rasgos nugatorios que están alarmantemente presentes en el caso de la República Dominicana.

El solo complejo de causas económicas y sus derivados directos o indirectos no alcanza a explicar la parálisis regresiva y el abismo de disolución en que ha caído la comunidad. Es menester explicar la historia y la sociología de Santo Domingo también a través de otras fuentes. El subdesarrollo y la dependencia colonial no significan la supresión de los recursos y reservas morales y espirituales de una sociedad. El desgaste ético, el deterioro general característico de la regresión del subdesarrollo no llega por sí solo a cancelar las fuerzas diversas del pueblo, mucho menos a transformarlas en verdaderas antifuerzas, en síntomas de negación absoluta. Los pueblos africanos, asiáticos y americanos, aun los que atraviesan todavía la espesura de las sombras de opresión, acumulan sus reservas y asumen la modalidad cerrada de defensa ante la agresión del contubernio entre el imperio y sus cómplices vernáculos. Lo mismo realizó el pueblo ruso durante la larga y dura noche del zarismo.

La conservación de los valores éticos es el medio de que se valen las sociedades para poder disponer, en el momento propicio, de sus recursos y fuerzas celosamente defendidas. Es en la defensa individual y colectiva, en el curso de las agudizaciones de la crisis, donde reside la inexorabilidad de la destrucción o de la supervivencia. La naturaleza del poder opresivo es siempre la misma. Es el modo de resistirlo lo que varía. El precio en valores físicos que se paga es también el mismo siempre, guarismos más, guarismos menos. Lo doloroso resulta que, pagando el mismo precio en valores físicos, se hayan sacrificado los valores éticos de una manera irreparable.

EL PROBLEMA MINORITARIO

". . .porque la gente de esta tierra es henemiga de que se haga justicia en ella..."

Alonso de Herrera., carta al rey desde Santo Domingo, 20 de mayo de 1563.

IX
EL QUANTUM MINORITARIO

Sócrates: —"¿A qué llamas tú el pueblo?"
Eutidemos: —"A los pobres".

El resurgimiento nacional dominicano se halla obstruido por un problema sustancial: el de la proporción minoritaria. Se podría denominar mejor el problema de la desproporción minoritaria. Más que una obstrucción, el impedimento constituye un verdadero freno. Su importancia es de orden básico por dos razones:

a) el caso está vinculado a la fase de arranque del proceso de transformación sociopolítico; y

b) es un problema objetivo de inexorables implicaciones subjetivas.

Efectivamente, la necesidad de la proporción minoritaria representa un prerrequisito ineludible para marcar por lo menos el punto de partida de toda transformación político-social. Es evidente que la presencia de la proporción minoritaria no significa la seguridad de la realización del proceso revolucionario o meramente transformador, pero ella es una condición *sine qua non* para que el proceso emprenda su dinámica

En tanto no se produzca en el seno de la comunidad la formación de la minoría motorizadora, la sociedad urgida de cambios fundamentales, profundos, se debatirá, con mayor o menor ruido, en la agudización del subdesarrollo múltiple, en el estado de parálisis social, en el círculo vicioso de la falta de impulso progresista o en el desorden bullicioso y anárquico característico de los estadios sociales de dinamismo insuficiente.

Situaciones de deterioro de muy peligrosas repercusiones podrían agravar las distintas y por lo menos parcialmente equivalentes etapas primarias de estancamiento. Cualquier error de acción o de cálculo puede generar consecuencias agravantes de la estructura social general. Tales errores provienen generalmente de los vicios o defectos que acompañan, en calidad de séquito característico, al problema de la desproporción minoritaria.

Piérdese con frecuencia de vista el hecho de que, precisamente, el elemento integrado por la minoría desproporcionada, entendida como expresión meramente numérica, forma parte del cuadro general de las llamadas condiciones objetivas a que alude la dialéctica materialista. Como sucede en la mayor parte de las condiciones prerre-

volucionarias el problema de la desproporción minoritaria no puede ser forzado en cuanto a su solución extemporánea. Tratándose, como se trata, de un problema susceptible de ser traducido, por lo menos teóricamente, a expresiones numéricas, resulta imposible y temerario presionar su solución a través de coacciones violentas. Contrariamente a lo que acontece respecto de determinadas condiciones subjetivas, las condiciones objetivas sustanciales de naturaleza concreta no pueden ser objeto de elaboración forzada, so pena de que la presión caiga en situaciones artificiales, falsas, y más que suicidas, condenablemente genocidas.

Los vicios y defectos que, como hemos señalado, circundan y atraviesan el problema de la desproporción minoritaria representan, en la mayor parte de los casos, los síntomas de la ausencia o insuficiencia de las condiciones objetivas preparatorias de la transformación social a profundidad. Los clásicos de la revolución atribuyen una índole patológica social a esos defectos y vicios, pero la experiencia histórica enseña que es más lógico y saludable entenderlos en función de deficiencias estructurales, orgánicas, signos, en fin, más bien de inmadurez que de estados gripales del conglomerado.

Los cambios sociales de trascendencia son el resultado inmediato o mediato de la acción de las minorías eficaces. Esta es una de las lecciones incontrovertibles de la historia. Se da por implícito el signo positivo de los cambios, puesto que los procesos degenerativos o regresivos, amén de estar signados por marcas de desviación, no alcanzan la categoría de cambios, sino que constituyen simples modalidades de deterioro social colectivo e individual.

Aparece como una peculiaridad de las comunidades humanas su incapacidad de permanencia más o menos indefinida en un punto dado de su trayectoria. No se trata solamente ele los rasgos inherentes al subdesarrollo económico y su incontenible descenso material y cultural, sino de la evidente imposibilidad de mantener las condiciones y perfiles morales en estado de invulnerabilidad indefinida. La sociedad, si no avanza, retrocede; carece de capacidad de suspensión, de flotación y, si deja de generar fuerzas progresivas, las engendrará de retroceso.

Incluso sería perfectamente posible que las condiciones materiales emanadas de los recursos ambientales naturales estén mágicamente dosificadas para mantener la invariabilidad de las formas de vida fundamentales. Mas, de todos modos, la comunidad se deteriora, gravada como está por su propia necesidad de adelantar o de retroceder, amén de la distorsión corrosiva que sobre sus resortes y tegumentos ejercen continua y eventualmente sus fallas y virtudes específicas, mejoradas o empeoradas por las respectivas condiciones y circunstancias de su escenario y de los nexos de éste con medios y colectividades vecinos o distantes.

Toca a las minorías, en todos y cada uno de los casos, mejor aun a la eficacia de su proporción social, la responsabilidad de la delineación de la fisonomía colectiva y el impulso de los arranques transformadores. A lo largo de la historia revolucionaria la

minoría aparece integrada por los técnicos de la revolución.

También la minoría, en términos estrictos de expresión numérica, ha tenido a su cargo la opresión y explotación de las comunidades, como es de evidencia histórica indiscutible. Respecto de esta última experiencia no hacemos alusión a las implicaciones de la fuerza como recurso y complemento del régimen opresivo o explotador. De modo que la historia nos aparece, dentro del cauce de las luchas sociales, como la contrapartida de minorías técnicas: la de los opresores y la de los insurgentes. La primera realiza sus designios con el auxilio de la fuerza por ella erigida como tenedora de los medios legalizados de la violencia; la segunda ejecuta los suyos por medio de la movilización de las masas y de la violencia ¡legalizada.

El problema de la proporción no existe, pues, en el campo de la minoría opresora, puesto que su desproporción está contrabalanceada por los recursos de la fuerza. No es éste el caso, desde luego, de la minoría insurgente —liberadora, revolucionaria o meramente transformadora—. La necesidad de su proporción es ineludible, desde el momento que ella carece de los suplementos de la fuerza legalizada. Tal es la piedra angular de la fase inicial, decisiva, del proceso de transformación socio-política. La desproporción minoritaria constituye la recarga pesada en cuanto a la producción de la parálisis social y no hay medio viable para prevenir sus desastrosos efectos si cualquier acción es emprendida o desatada sobre su insuficiente realidad demográfica.

Es cierto que la alianza eventual y lógicamente precaria entre la minoría desproporcionada y algún sector de los poseedores de la fuerza enemiga[1] podría dar lugar a prerresultados positivos inmediatos de consistencia igualmente precaria; pero, si no se produce un súbito crecimiento de la proporción minoritaria, la derrota sobrevendrá irremisiblemente a manos de los sectores reaccionarios y de los tenedores de la fuerza que continúen siendo fieles al *statu quo* de la explotación o, en el mejor de los casos, a manos del inconsciente aliado precario en posesión de los medios de violencia restados momentáneamente a la reacción. Estas dos últimas eventualidades no son otra cosa que conocidas modalidades históricas de la contrarrevolución, la cual no es sino la destrucción del impulso revolucionario por razones de insuficiencia.

Se hace necesario distinguir entre la minoría insuficiente y la minoría deficiente. Para nuestro estudio ambas formas minoritarias representan la minoría desproporcionada o minoría imperfecta. La insuficiencia es una condición enteramente aritmética, ob-

[1] Cesaire, Aimé, *obra citada, pág. 190,* donde el autor cita a Lenin de la siguiente guisa: "Lenin ha dicho lo que es preciso pensar de la noción de compromiso: que si a revoluciónanos inexperimentados el compromiso aparece como peligroso e incomprensible, para el revolucionario auténtico es inseparable de la acción: el compromiso, es decir, en fin de cuentas el arte de utilizar de la manera más minuciosa, más circunspecta, más inteligente, la menor fisura entre los enemigos, lo mismo que la menor posibilidad de asegurar un aliado numéricamente fuerte, aunque fuese un aliado temporal, condicional, poco sólido y poco seguro".

jetiva. Ella plantea una situación de relación, esto es, de proporción; una situación, en síntesis, eminentemente variable dentro de los diversos conglomerados que puedan ser considerados, sobre todo cuando distintos factores de influencia actúan sobre los términos de la relación. Tales factores son de naturaleza variable y, a sus veces, están dotados de un poder de influencia de intensidad también variable según los casos y las condiciones dados. Los casos y, sobre todo, las condiciones cambian a lo largo de una extensa gama de hipótesis sociales. Los factores capaces de influir en la configuración del problema minoritaria son de carácter económico, cultural, histórico, étnico, geográfico, internacional y sociológico. Como es natural, el mismo factor no influye de la misma manera y hasta la misma profundidad en todas las hipótesis.

Es difícil establecer cuadros o esquemas apriorísticos precisos en cuanto a la configuración de las minorías desproporcionadas en el seno de distintos tipos de comunidades. Los responsables de esa dificultad que no permite trasladar el problema a cifras matemáticas dependen, fundamentalmente, del conjunto de factores y de la multiplicidad de sus influjos caracterizadores y modificadores. Es también difícil cualquier ordenación *a priori* sobre la base de la jerarquía o prioridad de los factores en punto al valor de sus influencias.

En síntesis, un mismo factor puede influir diferentemente en la proporción minoritaria de dos sociedades incluso semejantes en su estructura y composición generales. Asimismo, la múltiple coincidencia de los factores es capaz de causar muy distintas caracterizaciones y modificaciones en cada colectividad. Tentativamente, por ejemplo, nos sentiríamos animados a reconocerle al factor económico una valoración determinante, una verdadera hegemonía, en el orden de prioridad de los influjos actuantes sobre la configuración y proporción de la minoría, pero ello aparece como correcto no más allá de ciertos límites. La práctica, esto es, la experiencia histórica y presente lo demuestra hartamente y, además, con demasiada frecuencia. El factor económico opera más directamente respecto de otras realidades.

En este punto es valiosa una oportuna digresión. Deseamos referirnos a la posible relación existente entre el problema de la minoría y el cuadro general de las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para la eclosión o estallido o arranque del proceso revolucionario. En general es posible afirmar que la existencia o inexistencia de la proporción o desproporción minoritaria, escapa del cuadro general de las condiciones subjetivas requeridas por la dialéctica prerrevolucionaria. En cuanto al aspecto estrictamente aritmético el problema minoritario encajaría dentro del esquema general de las condiciones objetivas, mas, en cuanto concierne al aspecto no aritmético, el problema escapa asimismo del cuadro general de las condiciones objetivas. Efectivamente, considerar el problema de la proporción minoritaria en su totalidad como parte integrante de las condiciones objetivas, sería un paso en falso, producto de un espejismo político de cuya aparente realidad podrían desprenderse costosísimos errores. Hemos aludido ya el carácter inasible del cálculo de las minorías y a su

circunstancial variabilidad inherente. No debe, por lo demás, confundirse el asunto de proporción o desproporción de las minorías técnicas, políticas, revolucionarias o aun simplemente reformadoras, pero siempre encargadas del arranque o despegadura de la transformación social, en función directa de la misma, con la condición relativa al ánimo o sentir de las masas o de amplios sectores de la comunidad en un momento dado. Nada se logra con la disposición de los sectores populares, fustigados por la opresión política y agobiados por la exacción económica, si falla la función determinante de la minoría cuantitativamente suficiente y cualitativamente eficaz. Es éste —el de la eficacia— el aspecto del problema que sale de la jurisdicción dominada por las condiciones objetivas.

Más aún: es perfectamente posible la existencia de la minoría suficiente, pero en evidente estado de inutilidad como consecuencia de su difusa presencia o de vicios y síndromes sociales que anulan los resultados positivos susceptibles de derivar de su satisfactoria expresión numérica. Esta situación la analizaremos en el curso del estudio de lo que podríamos denominar la patología minoritaria, que no es otra cosa que la penetración dialéctica en el campo de las deformaciones infantiles —de diversa etiología— de la minoría suficiente.

Hemos hecho mención, líneas atrás, de la minoría cualitativamente eficaz. Con efecto, tratamos de exponer el otro aspecto imprescindible del pequeño grupo social de intervención inicial y decisiva en el estallido de la transformación. La expresión numérica proporcional de la minoría, esto es, la cantidad minoritaria, no es por sí sola bastante. De nada vale que el sector determinante de la explosión haya alcanzado su justa y exacta proporción aritmética. Es ineludiblemente necesario que el grupo minoritario contenga, además, la calidad mínima indispensable para imprimir sentido positivo a su peso y función promotores y directivos.

Es fácil entender que nos encontramos ante el aspecto de más difícil conformación. Es el aspecto crucial del problema. Es inseparable de dos subaspectos de insustituible valor formativo: el de la coincidencia de procedimientos y el de la unidad de objetivos. Respecto de ambos subaspectos surgen en primer lugar las cuestiones tácticas y estratégicas. Consecuentemente, la falta de coincidencia en el método de excitación y operación y la ausencia de identidad en cuanto a la precisión de los objetivos concretos, echan por tierra los hipotéticos resultados de todas las demás condiciones favorables que pueda exhibir y prometer una satisfactoria proporción minoritaria. Sin ambas condiciones esenciales de la minoría suficiente nada podrá obtenerse en materia de acción iniciadora revolucionaria.

La cuestión es sumamente grave por las dificultades emanadas de las deficiencias y resabios propios de las comunidades deformadas o políticamente incipientes. La dispersión de los esfuerzos y la contraproducente y contradictoria autonomía de los subgrupos que componen la minoría representan la difícilmente superable sobrecarga que gravita, frenándolo, sobre el problema minoritario. Ya en el terreno de la

práctica revolucionaria la cuestión que enfocamos es, amén de sobrepeso, una fuente constantemente susceptible de vomitar consecuencias no sólo lamentables, sino al mismo tiempo elaboradoras de fenómenos de deserción, de pérdidas cuantitativas e inmolaciones infructuosas, de descomposición popular y, en fin, de toda clase de desastrosos resultados negativos que, cuando menos, convierten la lucha libertadora en un insoluble círculo vicioso. Y de éste al estado de nueva sumisión el camino es corto y, naturalmente, de incalculable duración la nueva permanencia en el viejo punto de partida.

La fatiga de las masas, movidas por los distintos compases de los subgrupos minoritarios y describiendo meros conatos de espirales fugazmente alucinantes, es, pues, el paradero inexorable del desajuste y desarticulación de los subgrupos de la minoría aritméticamente suficiente pero políticamente deficiente. La acción revolucionaria inicial se transforma en la danza de las horas. Pero no serían horas de sesenta minutos. Son horas de cien años.

La dirección dispersa, obediente a las ataduras no ya de los intereses de los varios subgrupos sino de las simples, pero no por simples menos criminales ambiciones de dirigentes típicamente inversionistas, puede incluso no dar lugar a movimientos y hechos antagónicos, a verdaderas colisiones operativas entre las respectivas militancias dirigidas, obedientes. No es necesario que se produzca una verdadera incompatibilidad de mecanismos políticos para que los esfuerzos presuntamente desencadenadores caigan detrás de etapas rebasadas.

Es perfectamente natural el fenómeno socio-político de una minoría compuesta por la suma de pequeños grupos ostensiblemente motorizados por el mismo afán e idéntico quehacer revolucionarios o transformadores. Es perfectamente posible esa característica social en muchas comunidades oprimidas. Más aún: podríamos afirmar que tal subdivisión constituye el estado ordinario de cosas en las sociedades políticas explotadas. Lo extraordinario resultaría encontrar la minoría indivisa, compacta, compuesta por integrantes de un solo grupo político. La subdivisión o parcelamiento de la minoría revolucionaria es, pues, el estado normal ele la situación minoritaria. Advirtamos, desde luego, que tal subdivisión debe entenderse normalmente exenta de toda exhibición patológica y de toda deformación estructural. Trátase, pues, de un estado sano de subdivisión, de un fenómeno sociológico natural y normal, cuya pluralidad no significa propiamente fraccionamiento ni balcanización. La coexistencia de los subgrupos minoritarios integrantes de la minoría revolucionaria o transformadora es el estado socio-político normal previo a la toma del poder. Sólo en el poder revolucionario es posible lograr la fusión de los subgrupos minoritarios mediante la reducción de los propósitos particulares de cada subgrupo o como consecuencia de la consolidación en el dominio del estado del subgrupo victorioso.

Para que la subdivisión minoritaria no resulte nociva, aun sin presentar afecciones patológicas ni deformaciones estructurales, es preciso que los subgrupos se sujeten

respetuosamente a dos denominadores comunes: la coincidencia de procedimientos y la unidad de objetivos. Estos dos denominadores comunes son los únicos medios capaces de prevenir el círculo vicioso, el dispendio inútil de los esfuerzos, el retroceso y el desastre. Y esto es indestructiblemente cierto aun considerando el problema minoritario como fenómeno socio-político químicamente puro o como experimento aséptico en el vacío. Que si a la ausencia de ambos denominadores comunes se añaden los eventuales v frecuentes vicios y enfermedades y las menos frecuentes pero aun más graves anormalidades intrínsecas, las frustraciones y los fracasos desoladores serán de incalculables y hasta irremediables repercusiones.

Tanto la cuestión de los procedimientos de lucha como la de la identidad de objetivos se estudian mejor desde un punto de vista negativo. Digamos ante todo que se trata de procedimientos tácticos y que los objetivos deben comprenderse en función de finalidades concretas e inmediatas entendidas como capítulos de una estrategia general. Queda por el momento fuera de estudio el objetivo supremo de la conquista del poder; pero se enfocan los objetivos consistentes en los hechos y reacciones que tienden a producir el deterioro de las posiciones enemigas, el debilitamiento de su poderío legalizado, la polarización antagónica de los subgrupos de derecha y hasta la colisión violenta entre algunas de las facciones reaccionarias. Todos los objetivos inmediatos no son de naturaleza destructiva en cuanto a su logro en el campo enemigo. Entre ellos se cuentan igualmente objetivos de naturaleza afirmativa dentro del campo revolucionario, como son las realizaciones vinculadas a la organización general de la lucha y a la incorporación de las masas para constituir el protoplasma de la minoría liberadora.

Veamos, pues, a grandes rasgos, el enfoque negativo del anterior aspecto del problema. A grandes rasgos, desde luego, porque un estudio más minucioso tendrá su lugar forzosamente en otra monografía de la historia sociológica del pueblo dominicano. Por ahora hacemos frente al fundamental problema de la minoría, cuya comprensión es básica con miras a la fructuosidad de la teoría y de la práctica dañada o incorrecta, tenida como experiencia lamentable de la vanguardia revolucionaria. Este estudio no está alentado por propósitos meramente contemplativos. Lo presiona un empeño de utilidad liberadora, fructuosa, plenamente fructuosa.

¿Adonde conduciría una lucha encaminada por los varios subgrupos minoritarios a lo largo de procedimientos distintos, incompatibles muchas veces, a menudo contradictorios y hasta contrapuestos? Al desastre. No hay otro fin de viaje si se impregna la lucha de tan contraproducentes fórmulas, de itinerarios discordantes, excesivamente autónoma, ni siquiera originada en las pasiones esencialmente revolucionarias, sino en la ignorancia, en la autosuficiencia, en el cretinismo. Los episodio de nuestra historia y del presente empañado y desprovisto de perspectivas provechosas, deben ser poderosamente suficientes para la rectificación del combate y para la eliminación o auto-eliminación de los deportistas de la revolución y hasta del martirio. Un pue-

blo tan subdesarrollado y tan recargado de taras y deficiencias como el nuestro no necesita mártires, sino hombres capaces. Al error del martirio deportivo siguen, en pueblos como el nuestro, secuelas devastadoras. Los pueblos paralíticos no resultan estimulados por los mártires, ni mucho menos sacudidos por los muertos inútiles. Por lo contrario, resultan amedrentados, acobardados, resignados, porque el cadáver amateur o los despojos del paranoico hacen aparecer más fuerte, más invencible, más aterrador el poderío reaccionario.

Sólo en los pueblos provistos de conciencia y sin los efectos de la corrosión intrínseca puede el martirio transformarse en acicate o excitación liberadora[2]. Sólo en tales pueblos resulta fructuoso el mártir fortuito. Pero, en comunidades como la nuestra, el mártir erróneo no tiene otra descendencia que el auge de la impotencia propia y el gigantismo del poderío represivo. Los muertos que van y los muertos que vienen no producen otra cosa que una mayor proclividad a la sumisión y al *entreguismo.* El fantasma del enemigo invulnerable y todopoderoso significa la derrota indefinida. La inteligencia es la única arma de las minorías, entiéndase bien, la única arma. No existe otra para la desnivelada lucha. La revolución no es una inversión dislocada de sangre explotada, vertida por el solo ejercicio de una especie de masoquismo olímpico. La revolución es una técnica. Menos daño produce el talento cobarde que el guapetón cretino. Ser revolucionario no estriba en asumir una actitud figurativa, sino en esconder una actividad eficiente. Cada quien tiene derecho de disponer de sí mismo de conformidad con sus propias facultades, pero ese derecho termina donde el dislate o el suicidio se trasforma en consecuencia funesta para la colectividad oprimida. Nadie tiene el derecho de dañar al pueblo en nombre de la revolución.

¿Adonde conducirá la persecución ele objetivos diferentes, a veces imprecisos, en otras hasta inexistentes o invisibles, de parte de los varios subgrupos minoritarios? La debilidad inherente a todo grupo minoritario se ve así acentuada por esta otra dispersión de los esfuerzos minoritarios. Podrá no existir contradicción ni antagonismo entre los objetivos finales de subgrupos, pero la falta de unidad entre las finalidades inmediatas, consecuencia de las diferencias entre las mismas, redundará en perjuicio de la eficiencia y utilidad de la lucha. La unidad estratégica es fundamental como condición para la fructuosidad de la lucha minoritaria. La sola perspectiva de reforzar y acrecer el rendimiento de la acción depende de la identidad de fines. El ejercicio de la fuerza en una sola y determinada dirección multiplica la intensidad de la presión y amplía subjetivamente los frentes de acción.

Pero, contrariamente a lo que podría entenderse, no se trata, cuando se habla de unidad de objetivos, de meros actos menores que no representan otra cosa que simples

[2] Efectivamente, absolutamente anodinas han sido las repercusiones del ejemplo de los mártires dominicanos. Ni la muerte de Sánchez a manos de los vendedores de la República a España en 1861, ni la de Puello en las garras de los mismos traidores, ni la de Duvergé, ni la de Máximo Cabral frente a los invasores yankis de 1916, han obrado como precedentes fructuosos para las generaciones sucesivas.

desplazamientos promovidos por consignas o solicitudes a corto plazo o de índole esencialmente accidental o subsidiaria, como son las manifestaciones callejeras o los desfiles dirigidos al logro de concesiones reaccionarias, actos de calle o de plaza que, si carecen de la imponencia útil y no aparecen respaldados por posibilidades aun aparentes de acciones mayores, no culminarán en otro resultado que la indiferencia oficial y la inevitable exhibición de la propia impotencia minoritaria. Por lo demás, el abuso o simple exceso de tales actos de carácter apenas emblemático, de índole generalmente improductiva, conducirá, temprano o tarde, no sólo a la fatiga de las masas incipientes, sino también —lo que es más grave todavía— a la evidencia de la propia debilidad y a la autoconvicción de la inutilidad de parte de los sectores tal vez entusiastas, pero desprovistos de mística y firmeza revolucionarias. De modo que a la hipertrofia aparente del poderío reaccionario resultante de la divergencia de los procedimientos, se yuxtapone, como desmejoramiento de la precaria capacidad minoritaria, la puesta en evidencia —para amigos y enemigos— de la impotencia de la minoría. De modo y manera que las dos sobrecargas negativas que comentamos no sólo carecen de consecuencias prácticas valiosas, sino que al mismo tiempo producirán generalmente disoluciones o extinciones enormemente nugatorias y muchas veces irreparables durante largo tiempo.

El problema minoritario se transforma, como se ve, en un delicado resorte revolucionario cuya manipulación inexperta o inadecuada representa un ingente peligro para la lucha liberadora. No se concretan los riesgos a la esterilidad, el dispendion y las pérdidas materiales y humanas, sino que los daños pueden alcanzar las dimensiones del retroceso, de la reversión, del cansancio, de la resignación y de la sumisión inerte y crónica.

Ese aspecto del problema se agudiza en las comunidades retrasadas donde no existe propiamente lo que podríamos denominar la división del trabajo revolucionario.

Es una experiencia sociológica unánimemente aprobada que las colectividades primitivas se caracterizan por la falta de división en el trabajo social o por la presencia de un índice muy bajo en la distribución del trabajo colectivo. La misma ley social puede ser trasladada al plano de la revolución en las comunidades políticamente primitivas. No ya el trabajo revolucionario, sino el mismo quehacer sencillamente político debe reunir determinadas condiciones de distribución indispensables para su rendimiento positivo. Este nuevo aspecto del problema minoritario es también de importancia suma y también es inseparable del factor humano de las minorías, de la calidad mental y técnica de ese factor humano, se entiende. El aspecto en cuestión se hace más trascendente en el subplano revolucionario que lo que podría serlo en el plano social, puesto que la circunstancia numérica que acompaña a la noción de minoría agrava las derivaciones del primitivismo por la falta o el bajo índice de la división del trabajo transformador. De ahí que los efectos de tal deficiencia cultural general son mayores y peores en razón inversa al número de componentes humanos del grupo.

En otras palabras, a menor cantidad de individuos corresponden mayores consecuencias derivadas de una escasa división del trabajo.

Es, en fin de cuentas, una cuestión de imperfección, pero también de escasa e inferior productividad. La sociedad primitiva se paraliza cuando en su seno no tiene lugar un determinado grado de división laboral. Mejor aún, semejante sociedad vive en estado de casi continuo estatismo. Su progreso es lento y generalmente imperceptible. En el grupo político derivan, desde luego, los mismos efectos, las mismas resultantes de depreciación, pero son más resaltantes, más concretas dentro de la negación o esterilidad característica. El estatismo es más evidente. El movimiento político podrá ser ruidoso, movido, pero más concreta e irremisiblemente infecundo.

El bajo índice de la división del trabajo político, revolucionario es, por supuesto, propio de los grupos políticos y revolucionarios de las comunidades primitivas, bárbaras, semibárbaras o simplemente retrasadas. Incluso en la eventualidad en que en una colectividad semejante se produzca, a presión de factores específicos, de naturaleza mixta, esto es, errores y negligencia en el campo reaccionario y aprovechamiento fructuoso y afortunado en el campo liberador, la toma del poder por la minoría, las limitaciones inherentes al índice inferior de la división del trabajo político, constituirán un pesado lastre no sólo para los problemas de la conservación del poder, sino también para el logro de los buenos éxitos iniciales del poder revolucionario.

Un índice bajo de la división de atribuciones coincide generalmente con las deformidades tan frecuentes en el sector humano minoritario, las cuales, naturalmente, agravan la crisis derivada de la simplicidad laboral. Así, el caciquismo, el caudillismo, el personalismo, en fin, en todas sus variadas formas y matices, resultan incluso no ya complicaciones extrañas de la crisis de valores revolucionarios y políticos, sino consecuencias directas de las fallas y escaseces propiamente dichas, desde el momento que la concentración de funciones y capacidades eventualmente adecuada, lleva apareada la correspondiente concentración de poderes en distintos componentes minoritarios. Nada tiene esto que ver, por supuesto, con la génesis y auge del líder capaz, pero posiblemente saturado o, por lo menos, rebosado de funciones tanto primordiales como subsidiarias o accesorias. La conservación del poder y la misma rectitud revolucionaria se verían, por consecuencia, en condiciones de dificultad y de oscilación o desviación, respectivamente. Prevalecería sobre el cuadro general de la revolución triunfante un tono de precariedad peligrosísimo *y,* sobre todo, abocado a alternativas de inmovilismo o de dictadura revisionista y hasta contrarrevolucionaria.

La gran mayor parte de los países hispanoamericanos y, particularmente, por razones obvias, la República Dominicana, tienen desde luego un bajísimo índice de división del trabajo político y revolucionario. Esta sobrecarga gravita pesadamente sobre el problema minoritario de estos países retrasados, reduciendo marcadamente las posibilidades de la lucha de liberación y aumentando proporcionalmente el impacto y los

reflejos del poderío reaccionario e imperialista. Los recursos del bando opresor nativo y foráneo cuentan así con un nuevo cauce de resistencia y contra-ataque provisto por las perspectivas prácticas tanto de colisión entre los subgrupos de la vanguardia minoritaria de la revolución como de escisión en el seno de cada sub-grupo.

El bajo índice de división laboral constituye, pues, un importante *handicap* en detrimento del problema minoritario, cuya condición especial se ve sometida a tal gravamen originador de dos especies de perjuicios: disminución de la productividad y mayor lentitud e imperfección de la lucha, por una parte, y agrietamiento de los subgrupos, cuyos flancos se hacen más vulnerables a la agresión golpista o insidiosa de parte del frente reaccionario e imperialista, por la otra. Es más que evidente, con efecto, que la decapitación de los subgrupos minoritarios —mediante la eliminación física, la cárcel o el exilio— ofrece más tentadoras perspectivas a las fuerzas del orden y de la explotación. Para reducir a la inercia o, cuando menos, a la más rotunda esterilidad de acción a los subgrupos, le bastaría al frente enemigo un simple y corto proceso de liquidación dirigido contra los escasos dirigentes claves e inmediatamente insustituibles por razón de la rudimentaria distribución del trabajo político o revolucionario. La actual ofensiva imperialista en Hispanoamérica tiene, en gran parte, con miras a la minimización y dislocación del movimiento liberador, su fundamento estratégico en la anteriormente bosquejada realidad peculiar de la gran mayor parte de los países hemisféricos, donde los subgrupos minoritarios de dirección carecen de una cantidad apreciable de líderes capaces en función activa y de una regular reserva de sus sustitutos potenciales.

Hemos hecho mención de la absoluta imposibilidad de llevar el problema minoritario cuantitativo a expresiones numéricas de naturaleza apriorística. No es factible, ciertamente, poder establecer un régimen de cálculo estadístico respecto de la proporción aritmética de la minoría suficiente en el seno de una colectividad[3]. La imposibilidad crece en razón directa al estado de subdesarrollo y retraso político y económico. No es susceptible de tabulación el *quantum* minoritario. Sin embargo, no significa esa imposibilidad la inexistencia del límite numérico o rata de proporción en la relación entre una comunidad dada y el número de sujetos integrantes de la minoría promotora de la fase realmente inicial —y no meramente introductiva— de la transformación social profunda y amplia. En teoría, por ende, el *quantum* existe. Teóricamente debe producir e en un momento dado el surgimiento de la proporción suficiente. La imposibilidad estriba, pues, en el conocimiento previo o actual del momento en que se alcanza la relación proporcional suficiente y, por tanto, en la

[3] Lasswell, Harold D. and Lerner, Daniel, *obra citada.* Tanto este estudio del Massachusetts Institute of Technology como otros trabajos similares del mismo centro de investigaciones sociopolíticas, arrojan interesantes perspectivas para el estudio estadístico de los procesos revolucionarios. Recomendamos, además, *The Emerging Elite,* que es un estudio acerca de la dirección política en Ceilán, y *The Turkish Political Elite.*

determinación de la cantidad minoritaria necesaria para llegar a ser suficiente y útil.

Podría pensarse que el análisis de las filiaciones partidarias o el mero cálculo de las integraciones celulares significarían una base infalible o siquiera aproximada para llegar a la fijación proporcional de la minoría de vanguardia. En la práctica no sucede así. No es la simple cuenta de habitantes inscritos o registrados lo que permitiría precisar el *quantum* de la proporción. Mejores conclusiones emanan del instinto político, de lo que podríamos llamar el ojo clínico revolucionario. La responsabilidad de la dificultad que observamos recae, como ya hemos apuntado, sobre un cúmulo variable de factores y realidades originarias o de circunstancias que inciden sobre la mecánica del resorte explosivo del problema minoritario. Esos factores son objetivos y subjetivos, tangibles e intangibles, físicos y sicológicos. Es en el grado de incidencia y en la mutabilidad de tales factores donde reside la piedra angular del problema proporcional de relación. La dificultad en la previsión de las fallas representa una manifestación sintética del asunto social que nos ocupa. La más minuciosa pormenorización de los datos y el más detallado escudriñamiento de los informes de naturaleza estadística, no bastan para el logro de la expresión numérica determinante. Existen, en resumen, defectos ocultos, oxidaciones sociales, disfunciones colectivas de índole fisiológica y síquica, inhibiciones, hábitos de sumisión, degeneraciones de carácter ético, vicios de la defensa colectiva y toda una gama de realidades y factores imperceptibles para el estudio de superficie y muchas veces no desentrañables para la disección sociológica.

Tendríamos en las manos una fórmula maravillosa si a través de una sencilla adición de unidades pudiésemos arribar a la posesión del resorte aritmético del problema. Ello no es así, infortunadamente. Despréndese de semejante realidad la necesidad ineludible de disponer de conductores minoritarios capaces, dotados de penetración sociológica, versados en historia y ciencia política, nivelados de corazón y espíritu, pues no es ni puede ser tarea para esquizofrénicos ni torpes la dirección de tan precario trabajo, esencial y decisivo, como es el de tratar de echar a andar, desde un punto de partida tan ahumado y hundido, la revolución liberadora de un pueblo subdesarrollado, aturdido, domado por los peores instrumentos imperiales y rodeado, sobre todo, de las más adversas condiciones humanas y geográficas.

Prerrequisito de la despegadura de la transformación y, por tanto, finalidad a mínimo plazo de la conducción minoritaria es la incorporación de las masas del pueblo a la revolución[4]. Obra ingente, descomunal, por las siguientes razones principales en el caso específico de la comunidad dominicana:

a) virtual inexistencia de condiciones de índole política en las masas, consideradas tanto desde el punto de vista colectivo como desde el punto de vista individual:

[4] *Ibidem, paya. 202 y 203.* "Ningún pequeño grupo revolucionario, en un moderno estado de masas, puede esperar adueñarse del poder y organizarlo sin ganar para su causa a un número sustancial de la población".

pésimo índice de ignorancia, inhibición del coraje, hipertrofia del miedo, secularidad del servilismo, inoperancia de las causas de naturaleza económica, corrupción inigualable en los sectores llamados a ser fuentes de los cuadros de lucha, disolución de los resortes éticos, expansión del egoísmo y toda suerte de síndromes sectarios e infantiles;

b) presencia de enormes vallas reaccionarias e imperiales de ordenación sucesiva y las cuales transforman la liberación en una desesperante carrera de obstáculos cada vez de mayor altitud;

c) intervención desnaturalizada y paralizante de los grupos centristas que desvían los impulsos y tendencias populares hacia los mitos de la demagogia y la mediatización en detrimento de los objetivos genuina-mente revolucionarios;

d) efectos estratégicos de inmediata vigencia provenientes de la sorpresa y consolidación de la extraordinaria revolución cubana, y los cuales actúan en sentido negativo por cuanto han dado lugar al incremento de la previsión derechista e imperial, a la fluidez de la iniciativa represiva de ésta última, a la máxima hegemonía táctica de los comandos norteamericanos sobre las fuerzas de la violencia legalizada de los territorios coloniales o dependientes, al aumento de los conocimientos del poder opresor acerca de los métodos y recursos de la lucha revolucionaria; y e) las condiciones sico-sociales del mulato y la cuestión insular.

La comunidad dominicana necesita de una minoría cuantitativamente suficiente y cualitativamente eficiente, no ya para su transformación, sino, antes que eso, para su nueva normalización social.

X
LA SUBMINORÍA NACIONAL

"El estado dominicano no nació viable. Murió asfixiado en su cuna".

Américo Lugo

En la historia dominicana la minoría de vanguardia ha tenido una participación peculiar en el curso de los distintos procesos de trascendencia política de índole separatista o autonomista. Ha sido también peculiar la intervención regresionista, dentro de los mismos límites, de la gran minoría reaccionaria, actora principal de varios episodios de *entreguismo* antinacional. La historia dominicana ofrece un marcado sello particular aun dentro del marco hispanoamericano y como parte de la historia general de los países dependientes y subdesarrollados.

La particularidad de nuestra historia puede resumirse de la siguiente manera:

a) el pueblo dominicano constituye la única comunidad americana que ha recorrido la travesía histórica de haber sido colonia española, colonia francesa, nuevamente territorio español, territorio bajo dominación haitiana y país ocupado militar y administrativamente por Estados Unidos de Norteamérica;

b) como resultado de las alternativas referidas el pueblo dominicano realizó una tentativa incruenta y mediatizada de independencia contra España en 1821, la separación de Haití en 1844, nueva lucha de restauración de la soberanía en 1863 contra España y recuperación de su autonomía en 1924 contra Estados Unidos de Norteamérica;

c) la República Dominicana es el único país de América que ha estado ocupado por otras dos naciones del hemisferio (por Haití de 1822 a 1844 y por Estados Unidos de Norteamérica de 1916 a 1924);

d) es el único estado de América que, tras de ser nominalmente soberano, declaró su reanexión a España, amén de haber luchado con anterioridad contra la administración francesa, no en pos de su autonomía, sino para convertirse nuevamente en colonia española en la primera década del siglo XIX;

e) constituye, junto con la República de Haití, un caso de estado insular sin precedentes históricos;

f) la República Dominicana es parte integrante del fenómeno constituido por la coexistencia de dos naciones en una misma pequeña isla; y

g) trátase de un estado cuyo gobierno, en dos oportunidades, decidió anexar el país a dos distintas potencias (a España en 1861 y a Estados Unidos de Norteamérica en 1868), aparte de otras tentativas anexionistas que no cristalizaron en resoluciones oficiales formales.

De tales antecedentes históricos se desprenden interpretaciones de máxima importancia para la comprensión de nuestra realidad pasada y presente, a saber:

A. — La formación de la conciencia nacional ha sido un largo proceso de lenta integración que está muy lejos de haber concluido. Las violaciones de la soberanía sólo merecen la protesta patriótica de una minoría política y en ningún caso las masas nacionales han participado espontáneamente en las manifestaciones nacionalistas. En el país no sólo existe una numerosa minoría reaccionaria dirigente de repugnante postura *entreguista,* sino que la misma se ha visto siempre secundada por la indiferencia popular ante el problema de la soberanía. Esa gran minoría todavía se atreve a mediatizar la República mediante convenios en que se pacta el recurrir a las tropas norteamericanas en la eventualidad de perturbaciones políticas internas[1], sin que se produzcan manifestaciones de indignación.

B. — La gran minoría antinacional, complementada por los amplios sectores urbanos y rurales indiferentes, ha estado dirigida sucesivamente por los propietarios latifundistas y por la alta burguesía comercial que hoy comprende a los grandes terratenientes y al principal comercio del país.

C. — Predomina aún en la colectividad dominicana el complejo de desembarco extranjero, razón por la cual es probablemente la sola comunidad americana que siente y cree en la inexorabilidad de una segura ocupación del territorio nacional cuando así lo exija el interés del gobierno norteamericano de conformidad con el de los cómpli-

[1] El consejo de Estado, mamotreto colegiado de gobierno con que el imperialismo sustituyó a Balaguer a raíz de la muerte de Trujillo, suscribió con el encargado de negocios norteamericano Calvin Hill Jr., en fecha 8 de marzo de 1962, un tratado de asistencia militar entre los gobiernos de Washington y Santo Domingo, mediante el cual la satrapía dominicana solicitaría de la metrópoli el envío de fuerzas militares en caso de que así lo exigiesen las circunstancias. El Consejo de Estado, sin embargo, jamás dio a la luz pública el infamante convenio. En fecha 23 de abril de 1964, presionado por las circunstancias, el Triunvirato integrado por Reíd Cabral, Tavárez Espaillat y Cáceres Troncoso, se vio en la necesidad de promulgar el convenio mediante resolución N° 219. La Gaceta Oficial en la que se publicó el tratado fue de circulación muy restringida, con el fin de mantener el oprobioso acuerdo fuera del dominio del gran público. Más tarde, descabezado el régimen turiferario y espurio del Triunvirato por la insurrección de abril de 1965, el convenio no pudo operar por hallarse el Palacio Nacional y las dependencias administrativas del gobierno en manos de los insurrectos. Fue entonces cuando la Junta Militar de San Isidro, compuesta por Wessin Wessin, incurrió en la ignominia de pedir la ocupación del país por tropas yankis mediante la ya célebre correspondencia suscrita por esa execrable expresión africana denominada Pedro Bartolomé Benoit.

ces nativos del imperialismo[2].

D. — Todos los conglomerados urbanos del país están ciertos de que los representantes civiles y militares de Washington dirigen prácticamente el gobierno nativo, al mismo tiempo que contemplan la presencia de los emisarios extranjeros en las sedes del poder público, sin que ello origine expresiones colectivas de repudio fuera de las protestas esporádicas de las direcciones de los subgrupos revolucionarios.

Sobrenada a lo largo de toda la historia dominicana la tendencia hacia la sumisión al poder extranjero en detrimento, no sólo de los intereses cotidianos del pueblo, sino también y sobre todo de la autonomía nacional. Los actores de esa entrega inmoral han sido siempre las familias latifundistas y comerciantes, secundadas y suplementadas por la gran mayor parte de los profesionales e intelectuales del país, muchos de éstos provenientes de la clase media e incluso de las filas populares. La actitud instrumental de los serviles internacionales ha implicado, desde luego, una doble significación: la ineptitud de los exponentes de la clase oligárquica formada de terratenientes y vendedores de mercancía importada y la falta absoluta de honor en esas bochornosas estirpes que se postran ante los extraños poderosos con el mismo espíritu que los hacía recientemente ofrecer sus esposas e hijas a la familia del tirano Rafael Trujillo. Más que el resultado de una conveniencia de intereses, es una necesidad de entrega servil que encuadra perfectamente dentro de la específica sicosemiología mulata.

La falta de honor y conciencia nacionales queda grabada en las aparentes contradicciones del grupo oligárquico y sus anexos. Durante los últimos años de la ocupación militar norteamericana de 1916 y en razón del contagio meramente político a que comprometía la actitud de muy contados ciudadanos nacionalistas, pertenecientes a las filas intelectuales y artesanales, y hasta de ciudadanos extranjeros[3] que dictaron una ejemplar lección de dignidad patriótica a la burguesía nacional entonces enchapada de burocratismo y de colaboración con los ocupantes, algunos oportunistas de la oligarquía nativa trataron de asumir la actitud de protesta e intransigencia frente a los interventores extranjeros. Era la pose de la hora menos cinco minutos. Años después, durante la tiranía trujillista y después de muerto el déspota por maquinación norteamericana y a manos de agentes yankis nativos, el poder imperial no tenía ni tiene siervos más complacientes que muchos de los mismos protestantes artificiales

[2] La sensación de ocupación, fomentada sobre la ausencia de conciencia nacional por el periódico merodeo de las unidades navales norteamericanas a lo largo de las costas del país, cristalizó al fin el 28 de abril de 1965, cuando la subminoría de vanguardia de la capital dominicana puso audazmente al borde de una derrota inminente a las tropas de la base de San Isidro. Esa sensación de de desembarco había predominado como continuo estado de ánimo general en el país después de la muerte de Trujillo.

[3] Manuel Flores Cabrera y Horacio Blanco Fombona, venezolanos, entre otros.

de las postrimerías de la ocupación[4].

La historia contemporánea de la oligarquía nativa desprovista de conciencia y honor nacionales arranca propiamente de la figuración de su arquetipo individual, el latifundista Juan Sánchez Ramírez, en la primera década del pasado siglo. Sánchez Ramírez representa, ciertamente, un ejemplo extraordinario de terrateniente colonial y de reaccionario clásico. Cuando ya en América tenían lugar los pródromos de la independencia política y cuando en nuestra misma isla se hallaba constituido el primer estado latinoamericano, el latifundista Sánchez Ramírez no acaudilla ni encauza un movimiento separatista contra la administración francesa de la parte oriental de la isla, como habrían de hacerlo sus congéneres en Sur América, sino que se levanta en armas para retrollevar el país nuevamente a la oscura condición de territorio español, sustituyendo el dominio liberal del régimen posrevolucionario francés por el viejo despotismo ibero con base en la censura absoluta, en la expoliación y en el abandono y la incompetencia administrativos. El llamado reconquistador de 1808 y sus secuaces integraron la gran minoría regresiva del primer fenómeno de trascendencia que marca el verdadero principio de nuestra historia política nacional.

Tras trece años de incuria y deterioro colonial surge en el territorio oriental de la isla la primera minoría semiprogresista encabezada por José Núñez de Cáceres, proclamador de la separación de España en 1821. No existía siquiera el germen de la conciencia nacional y la mediatizada intención del forjador de nuestro primer seudoestado cayó bajo el peso de las necesidades y de la sabiduría política haitianas. Núñez de Cáceres proclama la separación de España, pero declara la incorporación del país a la Gran Colombia.

Una historia escrita con adulteraciones graves y deformadoras ha escondido en sus páginas las auténticas interpretaciones y ha callado verdades de importancia capital. La ocupación haitiana no representó realmente la presencia en el territorio oriental de la isla de fuerzas cuantiosas del país occidental. Tropas formadas de habitantes orientales constituyeron la soldadesca y gran parte de la oficialidad de ocupación, lo mismo que la casi totalidad de la burocracia administrativa fue desempeñada por nuestros antepasados. No sería exagerado afirmar que se trató de una autooctipación. La tesis de la indivisibilidad política de la isla y la ascendencia que implican los años de consolidación autónoma de la vecina nación, lubricaron el mecanismo del acatamiento a la jerarquía del gobierno de Puerto Príncipe. Los escasos grupos que entonces emigraron abandonaron la isla por escrúpulos racistas y sólo una mínima proporción de esos emigrantes dejaron el solar nativo, bajo la presión del nuevo dueño, por causa de sus afinidades, con la intentona de relativa autonomía que sólo había durado pocos días.

Se necesitaron dieciséis años de dictadura boyerista, igualmente enérgica y organiza-

[4] El caso del Dr. Viriato Fiallo, candidato presidencial de la oligarquía en 1962, es típico.

dora sobre las dos partes insulares, para que tomara forma la nueva minoría partidaria de la autonomía en la región antes española. La tesis separatista de Duarte y algunos de sus compañeros iniciadores de la gestación republicana no fue unánimemente compartida por todos los que se adscribieron a la conspiración trinitaria. Más que ideología autonomista hubo mucho de incompatibilidad discriminatoria respecto del haitiano. Los mismos principios duartianos fueron de pobre valor ideológico, en su mayor parte, para justificar la autonomía. Los alegatos concernientes a las diferencias de lengua, color, religión y costumbres son de pobrísima expresión ética como portadores del ideal de libertad e independencia. En Duarte lo elevado fue la sublime mezcla del desprendimiento y el infortunio. Su exposición de motivos resume prejuicios burgueses y discriminatorios. Estas son realidades históricas y filosóficas que no deben permanecer por más tiempo ocultas detrás del ditirambo y la loa. El Padre de la Patria es nuestro más grande hombre, pero su estatura tiene dimensiones humanamente moderadas. De él nos ilumina y, más que iluminarnos, nos sorprende, su generosidad material y espiritual. Más que prócer fue mártir y, más que ideólogo, apóstol. Su bondad desgraciada no mueve a la vibración, pero sí a la ternura. Es el símbolo eterno de la desgraciada república por él concebida y pagada[5].

Diecisiete años después de proclamada la República Dominicana fue entregada por la minoría terrateniente y comerciante a la potencia imperial que la había colonizado oscuramente. La decapitación nacional contó con la anuencia tácita o expresa o con la indiferencia de amplios sectores populares incorporados al patricidio por lo que los peores historiadores reaccionarios denominan "la flor de las familias". Fue una vergonzosa iniciativa que ya había tenido sus asomos, en desmedro de la dignidad nacional, en los propios días de la separación de 1844, cuando los mismos latifundistas e intelectuales que habían colaborado incondicionalmente con el gobierno haitiano, pugnaron, a brazo partido y pierna entera, por entregar a Francia el territorio. Se les conoce en la historia con el nombre de *afrancesados;* pero el gobierno de París, escarmentado por la derrota de sus fuerzas coloniales a manos de los negros de la pequeña zona occidental de la isla, rechazó la entrega que no había solicitado[6].

---

[5] Duarte, Padre de la Patria, abandonó el país en 1843 por la tenaz persecución haitiana. Regresó una vez proclamada la República en 1844, para ser casi inmediatamente deportado ese mismo año por el dictador Santana. Retornó de nuevo al país 20 años después, cuando se libraba la lucha contra España. Virtualmente deportado de nuevo por las autoridades restauradoras, abandonó el país ese mismo año para jamás retornar a él. Murió en Caracas en 1876. A partir de su primer destierro en 1843 vivió en la patria apenas un año y en el exterior 33 años. Hondamente desgarrado su espíritu por la perversidad de sus compatriotas no se dignaba ya leer la correspondencia que esporádicamente recibía de Santo Domingo. A la hora de su muerte, en Caracas, sus también desventuradas hermanas hallaron guardadas las cartas que el apóstol no había querido leer durante los últimos años de su vida. Los sobres de la correspondencia estaban intactos, sin rasgar.

[6] Como se explica en otro lugar de este trabajo, los regímenes metropolitanos de Londres,

El regreso de 1861 a España fue iniciativa y gestión exclusiva de la reacción nativa y el régimen peninsular fue prácticamente forzado a la reanexión. No hubo, pues, agresión española, sino aceptación de la entrega tras mucho estudiar las condiciones y perspectivas. Fue un crimen de los reaccionarios insulares y un error de sus congéneres metropolitanos. Debemos afirmar honestamente que la reincorporación a España no fue otra cosa que el resultado de la perseverante y continua gestión de entrega del país ante varias capitales extranjeras de parte de la minoría de negociantes. Londres, París y Washington no hallaron provecho en la fácil oferta porque los respectivos gobiernos expansionistas se lo impedían recíprocamente. España no era ya potencia de temer y pudo aceptar el voluntario obsequio. El mundo americano no ha conocido jamás episodio más vergonzoso para los anales hemisféricos, pues en el caso de la fabricación de Panamá la obra de mano y la intriga fueron casi totalmente norteamericanas. Lo único panameño fue la complicidad.

El trueque del país, a cambio de unas cuantas condecoraciones y salarios coincide, sin embargo, con la primera prueba de que se engendra ya el embrión de la conciencia nacional. Esa prueba embrionaria está contenida en el manifiesto de Francisco del Rosario Sánchez contra la reanexión a España y fue expresada desde el extranjero, desde el exilio. La evidencia del comienzo de la gestación quedó ratificada precisamente con la acción de Sánchez al recurrir, sin mayores miramientos, al concurso haitiano con el propósito de tratar de prevenir el crimen de los latifundistas y mercachifles. Sánchez era un mulato de extracción popular, hijo de negro liberto, y había sido nervio principal de la conspiración febrerista de 1844 contra el *gobierno* de Puerto Príncipe[7]. Su protesta patriótica —primera manifestación pública dominicana que puede llevar ese apellido— constituye uno de los escasos documentos públicos que honran el gentilicio. Pero fue una airada y violenta diatriba nacionalista dirigida, no contra el invasor extranjero, sino contra "la flor de las familias" del solar. La dirección de la alocución sanchista representa un terrible símbolo para la eterna y trágica vergüenza de los dominicanos.

En 1863 estalla la granada patriótica de una nueva conspiración minoritaria que tiene resonancias rurales de bastante interés. Con la restauración de la República se bosqueja mejor el feto de la conciencia nacional, aunque de seguidas se verá que la gesta-

---

París y Washington se restringían recíprocamente la facultad de aceptar las ofertas de anexión o protectorado de los gobernantes dominicanos, de conformidad con la política imperial de no alterar el *status quo* de la estratégica área del Caribe.

[7] Francisco del Rosario Sánchez destacaba como promesa de un eficaz conductor americano al conducir a fructuoso resultado la conspiración antihaitiana de 1844. Incurrió en condenables flaquezas durante los últimos 17 años de su vida. Su martirio de 1861, a manos de los traidores que habían vendido el país a España, reivindicó honrosamente su memoria, pisoteada luego por sus descendientes.

ción no concluirá cabalmente. Se hará interminable[8]. El simple hecho de que fue en la séptima década del siglo pasado cuando estábamos proclamando la desvinculación de España enseña que los dominicanos estábamos retrasados en América. Andábamos con una desventaja de cincuenta años.

En su espíritu y alcance la reanexión de 1861 a la vieja metrópoli representa una repetición de la reconquista de 1808. El proteccionismo político ocupaba la general mentalidad nativa. Un complejo de impotencia, favorecido por la conveniencia de los comerciantes, latifundistas e intelectuales, era la expresión práctica del estado mental y moral de entonces, el cual perdura todavía en la universalidad del conglomerado. El dominicano es el único pueblo de América que abriga aun la conmoción y la sensación de que el desembarco de los infantes de marina yankis es en cualquier momento una inexorable realidad ineludible. El ánimo público vive *preparado* para recibir y aceptar la contingencia. Existe, pues, viva predisposición constante hacia la ocupación del país por las tropas norteamericanas. Predomina la estructura mental y espiritual, netamente colonial, en la, que la resignación sustituye a la indignación. La comunidad se halla, pues, retrasada también respecto de sí misma, puesto que en cuanto a la evolución de la conciencia nacional la situación es inferior a la existente en 1861. De hecho, el país vive ocupado por el gobierno de Washington y es absolutamente ostensible la dirección política, policial y militar extranjera en el cotidiano acontecer del imperio. No tratamos de significar que Santo Domingo es el único país americano intervenido, sino la forma indisimulada de la dirección extraña y el grado de la misma, lo que no es otra cosa que la consecuencia de que el poder imperialista se ha percatado de la pervivencia de la sensación colonial prevaleciente en la comunidad dominicana.

En 1865, tras dos años de guerra fluida que representaba un círculo vicioso principalmente por la falta del peso colectivo abrumador en favor de la causa patriótica[9], el gobierno español optó por la retirada presionado sobre todo por la propia opinión pública peninsular[10]. El poder nativo volvió a poco a las mismas manos que lo deten-

[8] El hecho de que la restauración de la autonomía en 1865 fuese seguida de línea formal anexión del país a Estados Unidos de Norteamérica en 1868, sólo tres años después, constituye el más anonadante fenómeno deprimente de toda nuestra historia. La insurrección iniciada en 1863 contra el dominio español prometió significar la incontenible formación de la conciencia nacional de los dominicanos. La perspectiva fue aniquilada inmediatamente por resolución de los mismos nativos.

[9] Los insurrectos de 1863 combatieron denodadamente contra fuerzas españolas y dominicanas. La prolongación de la lucha durante dos años se debió inobjetablemente al hecho de la colaboración de un considerable número de dominicanos que pugnaron por la permanencia del *statu quo* colonial. Nativos de reconocido coraje, como el general Juan Suero, a quien llamaron *El Cid Negro* los peninsulares del régimen colonial, murieron incluso con las armas en la mano combatiendo contra la soberanía nacional.

[10] La prensa peninsular de la época exhibe el cálido debate que libró la opinión pública espa-

taban cuando la reincorporación a España. La desaparición física del arquetipo del traidor latifundista —Pedro Santana— no significó desde luego cambio alguno en los intereses antinacionales de "la flor de las familias". Y tres años después ya estaban de nuevo los terratenientes y los mercachifles, asesorados por los intelectuales a su servicio, suscribiendo, ante la complicidad o la indiferencia del pueblo, un nuevo tratado de anexión a potencia extranjera, instrumento rubricado entre la administración del presidente norteamericano Ulysses Grant y el sátrapa dominicano Buenaventura Báez.

La falta de materialización anexionista no implicó en ningún caso la presencia de una conciencia nacional antagónica[11]. La maniobra fracasó por razones de política interna estadinense, procedentes del racismo septentrional. El senado de Washington, removido por las filípicas de Charles Summer, echó abajo el pacto suscrito. Fue extraordinariamente curioso el hecho de que los veteranos guerrilleros de la todavía fresca contienda restauradora no encabezaran una protesta armada o en cierto modo enérgica contra el convenio que hacía nugatorios y dispendiosos los cruentos esfuerzos que implicó el restablecimiento de la República. No se explica el fenómeno sino mediante la admisión de que la rebelión del 63 no pasó de ser un brote insurrecto de retórica autonomista, pero de temperamento intestinal.

No es disecar ahora la historia episódica lo que interesa al aspecto socio-político que tratamos de estudiar, sino destacar la pecularidad, la precaria función histórica de la mejor minoría nativa y las mismas fases de la minoría regresiva, ultrarreaccionaria, en la historia de un raro país de América, ambas minorías protagonistas ante masas que restaron siempre su contribución aplastante al núcleo progresista, desprovisto de tendencia ideológica, es cierto, pero instintiva o casualmente en función de vanguardia, y que brindaron al déspota de turno su inconsolable sumisión y, a sus amos económicos, su indolente apatía o su servil diligencia. Ante los millares de ojos han estado presentes, como ejemplos podridos, los símbolos malditos: el primer novelista Galván, amanuense de sátrapas nativos y sicario del apetito extranjero; los descendientes de los contados próceres sosteniéndoles la casaca a los tiranos de turno y abriéndoles las puertas a los interventores del imperio; los forjadores de la adulación cesárea, las metamorfosis de "libertadores" en vendepatrias, los protestantes de ayer entregados mañana u hoy mismo. La absurda patria[12].

ñola en pro de la desocupación de Santo Domingo. Véase, entre otras, la recopilación titulada *De la Cuestión de Santo Domingo* (Nueve Interesantes Artículos que publicó *El Independiente),* Imprenta de C. Moliner y Compañía, Madrid, 1865.

[11] Posteriormente a la fallida anexión de 1868 la historia recibe nuevas recidivas de lesa patria. Entre otras, la de Hereaux y la de Morales Languasco, sin incluir el doblegamiento de 1905 y 1907, cuando el país entregó al imperialismo norteamericano el control de las rentas de aduanas.

[12] La absurda patria. Hombres que alguna vez enarbolaron la bandera de la autonomía volvie-

Los intentos provenientes del complejo proteccionista prosiguieron incubándose siempre y sólo a la muerte del tirano Ulises Heureaux se experimenta un nuevo avance en la conformación de la conciencia nacional. Este último se manifiesta en un cambio de modalidad en la alineación de la soberanía y coincide con el auge del proceso imperialista propiamente dicho del capitalismo norteamericano. El país no se ofrece en anexión o venta, pero se hipoteca. Obsérvase incluso hasta cierto grado de resistencia a renunciar la soberanía física, pero no a recorrer el camino del gravamen financiero. La nueva etapa coincide, por lo demás, con las adquisiciones territoriales de Estados Unidos de Norteamérica en detrimento de España y con la necesaria digestión de los pedazos del mundo que acababan de ser deglutidos por el monstruo. Nace en el norte la etapa del vasallaje económico de los mercados retrasados, en sustitución de las adquisiciones territoriales en propiedad desembozada. Ya los ministros yankis no sugieren ni estimulan la entrega, sino que se ocupan en hacer y apretar los amarres de la subordinación hipotecaria.

Es difícil, por ende, precisar si la minoría terrateniente y fenicia nativa había comenzado a experimentar los efectos de las secreciones internas de las glándulas del honor y del rubor nacionales, o si todo se debió a la mera política del mercadeo y del préstamo impuesto por el fomento industrial imperialista que, por lo demás, hallaba a su disposición los nuevos canales de la caótica anarquía intestina. La lucha por las aduanas y la degeneración del egoísmo y la ambición aldeanos, enfrascados en las viciosas contiendas civiles que asumieron la categoría de criminal deporte, no parecen indicar propiamente un progreso del nacionalismo latifundista y rudimentariamente burgués, sino más bien un éxtasis de la corrupción del deshonesto *entreguismo*, manejado y conducido de conformidad con el cambio en las finalidades formales del imperio. En las masas privaba el sempiterno estado de inconsciente indiferencia dúctil y de sumisión irresponsable[13].

---

ron sobre sus pasos para favorecer la enajenación del territorio nacional o el arrendamiento de alguna porción del mismo. La absurda patria. Máximo Gómez, generalísimo de la independencia política de Cuba, combatió en Santo Domingo a favor de las autoridades españolas de la reanexión de 1861.

[13] Carta de Fernando Arturo de Merino a José Gabriel García, 16-7-1869. "Me dices que con la unión sincera de los dominicanos inteligentes podría salvarse la Patria... ¿Cuántos y quiénes son esos inteligentes capaces de pensar con rectitud y buena fe en la salvación de la Patria? Los más, ¿no llevan en la frente el estigma de Caín? De entre esos inteligentes, ¿no han surgido los traidores de todas las épocas? ¿No han sido también ellos los que han inspirado los tiranos, insuflando en los pulmones de héroes modestos al principio, los sentimientos de ambición y los cálculos del despotismo? ¿Quienes sino los inteligentes de hoy llevaron a Cabral al precipicio y forman la corte miserable del *Gran Ciudadano?* Ojalá que los hombres de mediana ilustración de Santo Domingo, no se hubiesen prostituido!... Sí, amigo, no nos alucinemos: en nuestro país sobreabunda lo malo, lo perjudicial, todo elemento de ruina, ya la clase ilustrada en su mayor parte está prostituida"...

Esta verdad aparece confirmada por la actitud general consecutiva frente a los "convenios" dominico-yankis de 1905 y 1907, a la ocupación militar por la infantería de marina de 1916 a 1924[14], a la tiranía trujillista de los 30 años y, sobre todo, a la situación caracterizada por la manufacturación mixta del nuevo estado policial que empieza a modelarse en septiembre de 1963, tras dos años de infructuoso esfuerzo reformador a cargo de la minoría de vanguardia que se estrelló no sólo contra el poderío castrense de la reacción, sino también contra la incuria y la apatía orgánicas del mulataje corrupto.

La minoría de vanguardia ofrece una trayectoria desordenada en la historia del pueblo mulato. Obsérvase cómo progresa su efectividad y cuantía de 1821 a 1844 a 1863. Mas, a partir de esta última fecha, se detiene su configuración progresiva y entre 1865 y 1964 —cien años— no existe prácticamente sentimiento ni mentalidad nacionalistas. Los apetitos y veleidades de terratenientes y burgueses alimentan el vórtice de las contiendas intestinas. Es de apuntar que la decadencia disolvente de la precaria minoría adicta a la autonomía coincide con la hegemonía del imperialismo yanki en el área del Caribe. Mientras en la región se debatían los intereses franceses, ingleses y españoles, tomaba cuerpo el pequeño grupo autonomista y la soberanía volvió por sus fueros, renaciendo cada vez que las propias manos nativas la pusieron en el cieno. Pero cuando tuvo lugar la fallida tentativa de anexión a la potencia angloamericana, en 1868, no hubo verdaderas insurgencias ni oposición concreta[15] contra el vil intento y la denominación republicana se salvó gracias a los prejuicios racistas de un grupo de senadores norteamericanos. El hecho cierto fue el de que la gran mayor parte de la gente pensante e influyente del país aceptaron, de buen grado, abiertamente, la nueva decapitación de la soberanía. La caricatura de plebiscito que se realizó para presentar ante Washington el deseo anexionista discurrió tranquilamente, sin mayores protestas, no obstante la hoy aceptada adulteración de la voluntad nacional que se elaboró en distintas partes del territorio negociado. No hicieron acto de presencia los Sánchez y Cabral provistos de la elocuencia de 1861, sino que más bien puede verse retrospectivamente cómo el general Cabral y Luna, tras un insoluble balbuceo de resistencia, no era otra cosa que el hombre que había caído del solio presidencial en medio de maniobras de la misma índole lesiva. Otro ejemplo trastornador del caos mulato.

La universalidad de los hombres públicos o privados fueron incapaces de indignarse

[14] Ver parte final de la nota N° 3 del capítulo III.

[15] El general Cabral y Luna se debatió entre ocultamientos y reapariciones en el escenario suroccidental del país como único opositor a los designios de Báez y Grant. Su autoridad moral estaba decaída por sus propios pasos en pro del arrendamiento de Samaná pocos años antes. El general Luperón mantuvo una esporádica oposición en condiciones más precarias todavía, pues operaba desde el exterior. En síntesis: la oposición a la entrega del país careció de apoyo popular.

o reventar ante la realidad de pasar por el poder con el respaldo norteamericano. Lo más que se descubría, pero como simple brote de la apetencia de poder y de dinero, era el pronunciamiento contra el pequeño amo de turno apoyado por el gobierno yanki, pero con la singular ocurrencia habitual de que una y otra vez en el mando impreciso el nuevo manipulador de las aduanas y rentas se sometía mansamente a los dictados del ministro residente o del vicealmirante de visita.[16] ¡Qué imposible ha sido en este país echar las bases de la dignidad humana!

Cuando, al fin, en 1916, la ocupación militar coronó la continua ingerencia yanki, materializaron gestos aislados, demasiado individuales, capaces de señalar apenas que la dignidad personal y nacional no había abandonado su estado fetal. Es cierto que el presidente Jiménez rechazó la oferta de sostén extranjero para continuar en el poder. Es cierto que Federico Velázquez se negó a fungir de mandadero ejecutivo, aunque ya antes había prestado su participación, en la convención de 1907. Cierto es también que Máximo Cabral murió en franca resistencia y que Gregorio Gilbert había castigado a los invasores en la persona de uno de sus jefezuelos. Pero se trató de hechos aislados que denotaban la existencia de partículas dispersas de dominicanidad.[17] Ante la inminencia de los desembarcos de la infantería de marina norteamericana se constituyeron, en algunas provincias, comités de acción tendentes a oponer resistencia armada, acaso insuficiente, pero que habría puesto en buen nombre la dignidad del país y de su historia. Mas, al materializar la amenaza de usurpación, los comités se evaporaron.[18] Algunas localidades, la capital incluso, creyeron protestar mediante la permanencia de la población en sus viviendas. Hay manifestaciones negativas en las que resulta difícil determinar la línea divisoria entre la protesta y la

[16] El sistema imperial retozaba con las marionetas mulatas: alternativamente llamándolas al orden o inyectándoles excitación para acelerar revueltas.

[17] El país careció de movimientos equiparables a los de Charlemagne Peralte en Haití y de Augusto César Sandino en Nicaragua, ambos en situaciones similares.

[18] Cuando se hizo evidente el *animus ocupandi* del gobierno norte-americano de Wilson, en algunas ciudades del país se integraron comités de resistencia con el propósito de oponer vías de hecho ante el atropello. Como quiera que la ocupación del país procedió sucesivamente por localidades los comités tenían una jurisdicción limitada a la población de su constitución. En el momento del desembarco de la marinería yanki los comités no operaron de acuerdo con la aparentemente definida decisión que los había creado. Del comité de San Pedro de Macorís formaba parte el mozalbete Gregorio Urbano Gilbert, quien ha narrado al autor, en profusa correspondencia, los pormenores de su heroica actitud. Al requerir a los miembros del comité petromacorisano el cumplimiento de la finalidad protestante que se habían prometido, sólo encontró evasivas y pretextos. Gilbert se armó entonces de un pequeño revólver que tomó del negocio del señor Pedro Pérez Torres y de una bandera dominicana que obtuvo en la farmacia del Lic. Pedro E. Pérez Garcés, se dirigió al punto de desembarco de los infantes norteamericanos y allí, enarbolando la bandera y haciendo uso del arma, disparó contra la oficialidad del grupo invasor, dándole muerte a un alto oficial extranjero.

resignación, por una parte, y el silencio y el miedo, por la otra.

La muerte por inmolación heroica colectiva no se conoce en la historia nacional, salpicada de incoherentes sacrificios aislados entre los temblores del miedo y de la rendición. Faltan los movimientos heroicos de pequeñas, no ya grandes masas, motorizadas por la coincidencia del ideal del patriotismo o de principios éticos. La historia del país ha quedado esperando varios episodios como el de Sánchez en 1861. Y no ha valido el hecho contundente de que la misma historia haya provisto las coyunturas y las ocasiones que han reclamado la conducta ejemplar del patriotismo inconfundible. La historia dominicana ha sido una ininterrumpida oportunidad fallida, para la grandeza honrosa, pero sus páginas están tiznadas de traición en todos los órdenes y matices. Se ha venido procesando la queratinización de la vergüenza.

La condición regresiva de subdesarrollo ha tirado, hacia atrás y abajo, de los aspectos morales y políticos de la semicolonia. Así se explica, en parte, el trunco proceso de la conciencia nacional informe y el deterioro corrosivo de los recursos éticos del pueblo. De ahí que la situación general raye hoy en lo irremediable. Los ocho años de ocupación militar yanki y los treinta de tiranía trujillista asestaron golpes anonadantes a un pueblo ideológica y espiritualmente impreparado aun para menores traumatismos. El signo de la desesperanza cubre todo el pequeño ámbito nacional ganado por la podredumbre. El país es un guiñapo social dominado por una espantosa proporción de canallas y prostitutas. Los primeros no son simples hombres aviesos y pérfidos que hayan hecho del delito su profesión u oficio, sino seres sin honra, sin tormentos, sin preocupaciones púdicas, que se han habituado ya al desgaste de los elementos básicos de la honestidad social. Sírvenle al amo extranjero sin un ápice de remordimiento, luego de entregarles sus hembras de familia al tirano ya sus hijos. Entre el dueño extranjero y sus lacayos nativos no se interpone la maldición mental del siervo forzoso ni la corta inhibición del subyugado reacio. En los lacayos no funcionan ya los reflejos del rubor. Están deshormonizados y obran sin limitaciones, sin frenos, sonreídos, tratando de enriquecerse o de mantener a como haya lugar la miserable existencia. Unos cuantos adoptaron frente al tirano reciente una actitud de platónico aislamiento narcisista, almacenando energías inmorales para entregarse a la ciénaga tan pronto como el déspota desapareció. Hoy contribuyen a la prosecución de los desmanes y de la ignominia que ensombrecieron la vida vernácula de 1930 a 1961, sin ofrecer siquiera la posibilidad del arrebato personalista que Trujillo eventualmente protagonizara.

Veamos lo que expresa como exhibición generalizada de un grupo social determinado, la Comisión Internacional de Juristas con sede en Ginebra, Suiza: "En la República Dominicana la influencia ejercida por el abogado tiene igual importancia. No puede vanagloriarse de su actuación durante el régimen de Trujillo; fue el primero en pedir que no se castigara a los que habían torturado y se habían aprovechado del amparo de Trujillo. Las manos de los hombres de leyes quedaron machacadas por un

igual y las masas despreciaban al abogado. El foro dominicano era fundamentalmente contrario a la elección de Bosch y después de su victoria adoptó una actitud negativa. Las críticas de las reformas propuestas fueron de un carácter exclusivamente destructivo y la abogacía se opuso a las transformaciones económicas y sociales, que era acuciante realizar en la República Dominicana si se quería instaurar la democracia, Cuando se produjo el golpe de Estado, la abogacía no levantó la voz para protestar en calidad de grupo social organizado. Algunos juristas protestaron aisladamente y varios lo hicieron con vigor: algunos eran comunistas; otros liberales cuyo valor estaba a la altura de sus convicciones. Los abogados dominicanos no pueden referirse con orgullo a su actuación a lo largo de los últimos treinta y cinco años. Su actuación durante el año pasado merece el mayor oprobio.

"El abogado dominicano es un caso particular de una clase profesional existente en muchas partes del mundo. Este abogado ha adquirido de modo gradual la consideración de elemento exclusivamente negativo. Por la misma naturaleza de su profesión, su función le sitúa entre los conservadores y no entre los revolucionarios, pero no puede ser mero espectador; ha de lanzarse a la corriente de la historia si quiere desempeñar la misión social que le corresponde. No puede servir de obstáculo a las reformas si no quiere merecer con justicia la repulsa desdeñosa de Lenin: "El abogado es la hez de la historia".[19]

No hay razón para pretender que cuanto se afirma de los abogados nativos no deba extenderse necesariamente a los demás grupos sociales (médicos, ingenieros, dentistas, militares, burócratas, comerciantes, latifundistas, etc.). La degeneración ha sido lógicamente un proceso homogéneo. Aspirar a lo contrario sería un sencillo optimismo deleznable.

Son, desde luego, la burguesía y los propietarios de la tierra los representativos por excelencia de la desvergüenza nativa. La gran minoría reaccionaria, cabeza de los peores corrompidos nativos, no está, sin embargo, sola en el cieno del oprobio. La clase media dominicana, principal componente de la burocracia oficial y de la empleomanía privada, exhibe un espectáculo desalentador y terrible. Sus antes promisoras filas se hallan infestadas en grado difícilmente reparable. Concretadas exclusivamente a la supervivencia biológica carecen completamente de valores éticos vigentes. Excepción hecha de la escasísima minoría de vanguardia, la clase media no representa otra cosa que el sostén incondicional de terratenientes y mercaderes y, al mismo tiempo, por supuesto, el eco ruidoso o callado de la voz de mando imperial que resuena diariamente en el ámbito insular. Es una capa social castrada y en precipitación incontenible. No se ve la fuerza telúrica capaz de hacerla volver sobre sus pasos y de conferirle su universal condición de reserva de la dignidad nacional.

---

[19] *Boletín de la Comisión Internacional de Juristas,* N° 17, diciembre, 1963, Ginebra, págs. 28 y 29.

Las masas populares, hambrientas y analfabetas, amaestradas por la ocupación extranjera de 1916 a 1924 y por la tiranía de 1930 a 1961, completan el panorama degradante. Es un rebaño estúpido y desorientado, obediente de consignas desenfadadas y carentes de la consistencia estoica que en otros países del mismo hemisferio marca un alto al naufragio social.

Los exponentes que lloraron histéricamente la muerte del déspota en mayo de 1961 representan el baldón del pueblo que, en la ciudad, todavía ignora lo que fue y significó el gobernante delincuente y, en el campo, cree firmemente que el tirano no ha muerto. De todo lo anterior nace una actitud contemplativa, desnutrida, torpe, indiferente, servil y cobarde como acaso no la conozca otra región del mundo.

Tal es la etapa presente de la comunidad dominicana como producto histórico agravado por un alarmante retroceso correspondiente tanto al subdesarrollo económico más craso como a una mezcla de dos razas que en ninguna otra parte ha materializado en proporciones similares. El mulato constituye un resultado social característico, capaz de imprimir variantes inusitadas a la misma dialéctica. Que cuando Lenin tradujo las leyes de la sociedad histórica es lástima que no haya conocido un medio experimental tan desolador y peculiar como ese producto desesperanzado de dos huéspedes recientes: el hispano avasallador, absolutista, y el africano traído en amarras a lo largo del más nefasto trasplante humano de la historia.

Del análisis socio-histórico se concluye que la minoría de vanguardia en el país dependiente y subdesarrollado ha sido cuantitativamente insuficiente y cualitativamente ineficaz. Los efímeros resultados positivos, progresistas de 1844 y 1865, no representan hechos afirmativos sólidos sino confluencias circunstanciales favorecidas por acontecimientos externos. Esto es particularmente cierto en cuanto toca a los sucesos de 1844. La restauración autónoma de 1861 exhibe una mejor categoría política. En 1844 la minoría estrictamente autonomista representaba una minoría dentro de la minoría general antihaitiana[20] (compuesta además por anglófilos, afrancesados, hispanófilos, yankófilos y otros subgrupos de ideología imprecisa). En 1863, el estallido de Capotillo estuvo mediatizado por un apreciable sentimiento de decepción provocado por la lesión política, burocrática y económica de España, la cual mereció una medular atención lastimera en los pronunciamientos básicos de la rebelión. Que no existía aritméticamente una seria proporción de conciencia nacional lo confirma el simple transcurso de tres años, a cuyo término tuvo lugar el atentado de 1868 contra la soberanía recientemente restaurada.

Durante el período de guerras provincianas y despotismos comprendido entre 1870 y 1915, cuando culmina la ocupación norteamericana, se desliza un proceso precisa-

[20] La minoría duartista no sólo representaba una subminoría sino que era el blanco de burlas y sátiras de los demás subgrupos proteccionistas. Afrancesados y compartes se mofaban de las pretensiones de los trinitarios en cuanto a constituir un estado autónomo.

mente contrario a la integración de la conciencia dominicanista. Cualquier tendencia en esa dirección se disolvía en la fluidez de las conquistas y reconquistas del poder y cualquier inclinación hacia el desarrollo del sentimiento nacionalista queda rápidamente eclipsada por las viciosas necesidades de la pugna personalista. El carácter antinacional de ese período es, pues, evidente. En lugar del nacionalismo cobró cuerpo y forma el personalismo más rancio y rústico. De ese modo, cualquier disperso sub-grupo que alentase preocupaciones o sensaciones patrióticas era desplazado por el remolino patricida o caía por propia fuerza de gravedad en la apatía o en la indiferencia,

La nueva y casi absoluta hegemonía norteamericana, acentuada sobre todo a raíz de la guerra hispano-yanki y del crimen de Panamá, era empleada por los ridículos núcleos nativos que se disputaban el poder en razón directa a sus necesidades y ventajas. Se era antinorteamericano o proyanki según se estuviera en el poder o en la manigua, sin que rigiera una regla fija que determinase la orientación de los sentimientos de las alianzas de hecho pasajeras entre las pandillas revoltosas y los designios foráneos. Se vio en veces la interposición imperial favoreciendo a guerrilleros y, en otras, se la vio respaldando a gobiernos. El apoyo variable y cambiante lógicamente contribuyó a obstruir la definición del sentimiento —que no la mentalidad— patriótico, por lo menos en un número valioso de habitantes. Ese sentimiento quedó sólo abrigado en contados individuos que generalmente no participaban en actividad política alguna.

La clásica e histórica apelación de los sectores reaccionarios nativos al auxilio o concurso extranjero ha constituido una característica siempre presente en la historia dominicana. En otros ejemplos históricos universales se han registrado y se registran los ejemplos suministrados por la reacción que recurre a la intervención extranjera para hacer frente a movimientos populares. Casos concretos y expresión de ese rasgo, reaccionario universal lo representan la solicitud de auxilio de la nobleza durante la primera revolución francesa, la misma solicitud de la burguesía reaccionaria francesa ante la insurgencia popular de 1871, los reclamos de la burguesía menchevique y de los cuadros aristócratas rusos durante la fase inicial de la revolución socialista soviética, la cooperación nazi-fascista con el franquismo en el curso de la guerra civil española. En la historia dominicana la aceptación —en veces requerida, pero en otras como remate de la iniciativa imperialista— de la complicidad extranjera ha sido un denominador común en el curso de las sucesivas etapas del devenir histórico. No hay, en ese aspecto, caso semejante en el pasado remoto e inmediato de nación alguna. La solicitud de protección foránea arranca desde la brutal reconquista de 1808 y la llamada independencia efímera de 1821 hasta la desocupación, norteamericana de 1924 y los reiterados intentos de la alta burguesía desterrada durante la tiranía trujillista.

Pero es hoy cuando, frente a los fantasmagóricos conatos de amenaza popular, los

sectores reaccionarios nativos han llevado su repugnante *entreguismo* hasta los límites del paroxismo proxenetista. Los mismas rufianes —típicos especímenes de los parásitos de la prostitución— que entregaban a los Trujillo a sus cónyuges e hijas, se lanzaron a la más baja mendicidad delictiva en petición de la ayuda yanki para deshacerse del sucesor Balaguer, para interrumpir la constitucionalidad popular de Bosch y, hoy, para deportar del territorio nacional a los escasos hombres idóneos y nacionalistas capaces de fustigar a la canalla oligárquica de rufianes y prostitutas vendepatrias.

El estado de entrega total que impera en el país en nada se distingue de la abolición de la soberanía correspondiente a la reanexión a España en 1861. A través de los representativos del latifundismo y de la burguesía Washington dirige a la República Dominicana de la misma manera que lo hace en Puerto Rico. La situación es tan degradante, que el *status* colonial dominicano representa un tipo de dependencia absoluta mucho más conveniente para el gobierno imperial que los estados de ocupación militar completa, puesto que: a) no existe la necesidad de mantener en el territorio colonial fuerza alguna de ocupación; b) no hay gastos de administración relativos a la presencia física de tropas y burocracia, en un país donde el interés yanki es primordialmente sólo de índole política y estratégica y no económica; c) aun la propia misión militar y la embajada norteamericanas comprenden uno de los más reducidos personales en comparación con las misiones y embajadas en otros países de América Latina); d) la ocupación política del país permite al imperialismo guardar las formas jurídicas internacionales en cuanto a no dar cabida a la acusación de ocupación militar y a disponer del voto dominicano en las reuniones internacionales sin temor a sorpresas ni a exigencias intempestivas.

Jamás se ha visto una más cómoda y abyecta colonización sin tropas ocupantes. Un *status* debido no tanto a la coacción original foránea como a la iniciativa de los *entreguistas* reaccionarios que recurren al protectorado norteamericano para anular una derrota electoral abrumadora. La situación política, en lo concerniente a la formación de una conciencia nacional, representa un estadio regresivo en comparación con las demostraciones anteriores en determinados momentos históricos. La regresión política corresponde ordenadamente al cuadro general de la regresión del subdesarrollo y a la acentuación de la dependencia colonial. No existe en África ni en América un ejemplo más terriblemente desesperanzador que el caso de la República Dominicana dirigido, en la presente decadencia oscurantista, por la históricamente típica minoría de terratenientes y mercaderes antipatrióticos, solicitantes sempiternos de la dominación extranjera.

Paralelamente a la inmutabilidad política experimentada por la minoría reaccionaria conductora no ha ocurrido algo mejor en el campo de la minoría de vanguardia. Efectivamente, ésta no ha alcanzado aun el número necesario para ser suficiente ni la necesaria calidad para ser eficaz. Si se toma en consideración el aumento demográfi-

co de la comunidad es fácil concluir que tanto cuantitativa como cualitativamente la minoría progresista ha sufrido un retroceso en cuanto a su conformación e integración, si se la compara con las precarias minorías de 1844 y 1863. No ha tenido lugar en el seno de la minoría el aumento por lo menos aritmético habido en la colectividad. La sociedad ha crecido, pero no ha ocurrido lo mismo en su núcleo de vanguardia.

Es evidente que el simple transcurso del tiempo no basta para el crecimiento cuantitativo y cualitativo de la minoría transformadora en los conglomerados retrasados. El mero discurrir cronológico conlleva, en los medios subdesarrollados, el continuo deterioro de las características culturales. Es ésta una ley implacable que causa estragos en todos y cada uno de los aspectos sociales.

La composición e integración de la presente sociedad dominicana exhibe, pues, la existencia de una precarísima minoría progresista aritméticamente insuficiente y cualitativamente ineficaz. Hablando en términos concretos, estamos en presencia de una, verdadera *subminoría.* En otras palabras, sólo existe un incompleto número de integrantes humanos que a su insuficiencia numérica unen una incuestionable deficiencia de calidad. El grupo mental y espiritual de dirección es, desde luego, impotente para toda acción políticamente positiva y progresista. El conglomerado se encuentra, por consecuencia, en una posición regresiva en la que lo único visible es el deterioro constante de los vestigios embrionarios de avance potencial. Las condiciones constitutivas elementales desmejoran continuamente. Hay, en fin, desproporción e incapacidad y ambos atributos aumentan inconteniblemente.

X
LA SUBMINORÍA NACIONAL

"El estado dominicano no nació viable. Murió asfixiado en su cuna".

Américo Lugo

En la historia dominicana la minoría de vanguardia ha tenido una participación peculiar en el curso de los distintos procesos de trascendencia política de índole separatista o autonomista. Ha sido también peculiar la intervención regresionista, dentro de los mismos límites, de la gran minoría reaccionaria, actora principal de varios episodios de *entreguismo* antinacional. La historia dominicana ofrece un marcado sello particular aun dentro del marco hispanoamericano y como parte de la historia general de los países dependientes y subdesarrollados.

La particularidad de nuestra historia puede resumirse de la siguiente manera:

a) el pueblo dominicano constituye la única comunidad americana que ha recorrido la travesía histórica de haber sido colonia española, colonia francesa, nuevamente territorio español, territorio bajo dominación haitiana y país ocupado militar y administrativamente por Estados Unidos de Norteamérica;

b) como resultado de las alternativas referidas el pueblo dominicano realizó una tentativa incruenta y mediatizada de independencia contra España en 1821, la separación de Haití en 1844, nueva lucha de restauración de la soberanía en 1863 contra España y recuperación de su autonomía en 1924 contra Estados Unidos de Norteamérica;

c) la República Dominicana es el único país de América que ha estado ocupado por otras dos naciones del hemisferio (por Haití de 1822 a 1844 y por Estados Unidos de Norteamérica de 1916 a 1924);

d) es el único estado de América que, tras de ser nominalmente soberano, declaró su reanexión a España, amén de haber luchado con anterioridad contra la administración francesa, no en pos de su autonomía, sino para convertirse nuevamente en colonia española en la primera década del siglo XIX;

e) constituye, junto con la República de Haití, un caso de estado insular sin precedentes históricos;

f) la República Dominicana es parte integrante del fenómeno constituido por la coexistencia de dos naciones en una misma pequeña isla; y

g) trátase de un estado cuyo gobierno, en dos oportunidades, decidió anexar el país a dos distintas potencias (a España en 1861 y a Estados Unidos de Norteamérica en 1868), aparte de otras tentativas anexionistas que no cristalizaron en resoluciones oficiales formales.

De tales antecedentes históricos se desprenden interpretaciones de máxima importancia para la comprensión de nuestra realidad pasada y presente, a saber:

A. — La formación de la conciencia nacional ha sido un largo proceso de lenta integración que está muy lejos de haber concluido. Las violaciones de la soberanía sólo merecen la protesta patriótica de una minoría política y en ningún caso las masas nacionales han participado espontáneamente en las manifestaciones nacionalistas. En el país no sólo existe una numerosa minoría reaccionaria dirigente de repugnante postura *entreguista,* sino que la misma se ha visto siempre secundada por la indiferencia popular ante el problema de la soberanía. Esa gran minoría todavía se atreve a mediatizar la República mediante convenios en que se pacta el recurrir a las tropas norteamericanas en la eventualidad de perturbaciones políticas internas[1], sin que se produzcan manifestaciones de indignación.

B. — La gran minoría antinacional, complementada por los amplios sectores urbanos y rurales indiferentes, ha estado dirigida sucesivamente por los propietarios latifundistas y por la alta burguesía comercial que hoy comprende a los grandes terratenientes y al principal comercio del país.

C. — Predomina aún en la colectividad dominicana el complejo de desembarco extranjero, razón por la cual es probablemente la sola comunidad americana que siente y cree en la inexorabilidad de una segura ocupación del territorio nacional cuando así lo exija el interés del gobierno norteamericano de conformidad con el de los cómpli-

[1] El consejo de Estado, mamotreto colegiado de gobierno con que el imperialismo sustituyó a Balaguer a raíz de la muerte de Trujillo, suscribió con el encargado de negocios norteamericano Calvin Hill Jr., en fecha 8 de marzo de 1962, un tratado de asistencia militar entre los gobiernos de Washington y Santo Domingo, mediante el cual la satrapía dominicana solicitaría de la metrópoli el envío de fuerzas militares en caso de que así lo exigiesen las circunstancias. El Consejo de Estado, sin embargo, jamás dio a la luz pública el infamante convenio. En fecha 23 de abril de 1964, presionado por las circunstancias, el Triunvirato integrado por Reíd Cabral, Tavárez Espaillat y Cáceres Troncoso, se vio en la necesidad de promulgar el convenio mediante resolución N° 219. La Gaceta Oficial en la que se publicó el tratado fue de circulación muy restringida, con el fin de mantener el oprobioso acuerdo fuera del dominio del gran público. Más tarde, descabezado el régimen turiferario y espurio del Triunvirato por la insurrección de abril de 1965, el convenio no pudo operar por hallarse el Palacio Nacional y las dependencias administrativas del gobierno en manos de los insurrectos. Fue entonces cuando la Junta Militar de San Isidro, compuesta por Wessin Wessin, incurrió en la ignominia de pedir la ocupación del país por tropas yankis mediante la ya célebre correspondencia suscrita por esa execrable expresión africana denominada Pedro Bartolomé Benoit.

ces nativos del imperialismo[2].

D. — Todos los conglomerados urbanos del país están ciertos de que los representantes civiles y militares de Washington dirigen prácticamente el gobierno nativo, al mismo tiempo que contemplan la presencia de los emisarios extranjeros en las sedes del poder público, sin que ello origine expresiones colectivas de repudio fuera de las protestas esporádicas de las direcciones de los subgrupos revolucionarios.

Sobrenada a lo largo de toda la historia dominicana la tendencia hacia la sumisión al poder extranjero en detrimento, no sólo de los intereses cotidianos del pueblo, sino también y sobre todo de la autonomía nacional. Los actores de esa entrega inmoral han sido siempre las familias latifundistas y comerciantes, secundadas y suplementadas por la gran mayor parte de los profesionales e intelectuales del país, muchos de éstos provenientes de la clase media e incluso de las filas populares. La actitud instrumental de los serviles internacionales ha implicado, desde luego, una doble significación: la ineptitud de los exponentes de la clase oligárquica formada de terratenientes y vendedores de mercancía importada y la falta absoluta de honor en esas bochornosas estirpes que se postran ante los extraños poderosos con el mismo espíritu que los hacía recientemente ofrecer sus esposas e hijas a la familia del tirano Rafael Trujillo. Más que el resultado de una conveniencia de intereses, es una necesidad de entrega servil que encuadra perfectamente dentro de la específica sicosemiología mulata.

La falta de honor y conciencia nacionales queda grabada en las aparentes contradicciones del grupo oligárquico y sus anexos. Durante los últimos años de la ocupación militar norteamericana de 1916 y en razón del contagio meramente político a que comprometía la actitud de muy contados ciudadanos nacionalistas, pertenecientes a las filas intelectuales y artesanales, y hasta de ciudadanos extranjeros[3] que dictaron una ejemplar lección de dignidad patriótica a la burguesía nacional entonces enchapada de burocratismo y de colaboración con los ocupantes, algunos oportunistas de la oligarquía nativa trataron de asumir la actitud de protesta e intransigencia frente a los interventores extranjeros. Era la pose de la hora menos cinco minutos. Años después, durante la tiranía trujillista y después de muerto el déspota por maquinación norteamericana y a manos de agentes yankis nativos, el poder imperial no tenía ni tiene siervos más complacientes que muchos de los mismos protestantes artificiales

[2] La sensación de ocupación, fomentada sobre la ausencia de conciencia nacional por el periódico merodeo de las unidades navales norteamericanas a lo largo de las costas del país, cristalizó al fin el 28 de abril de 1965, cuando la subminoría de vanguardia de la capital dominicana puso audazmente al borde de una derrota inminente a las tropas de la base de San Isidro. Esa sensación de de desembarco había predominado como continuo estado de ánimo general en el país después de la muerte de Trujillo.

[3] Manuel Flores Cabrera y Horacio Blanco Fombona, venezolanos, entre otros.

de las postrimerías de la ocupación[4].

La historia contemporánea de la oligarquía nativa desprovista de conciencia y honor nacionales arranca propiamente de la figuración de su arquetipo individual, el latifundista Juan Sánchez Ramírez, en la primera década del pasado siglo. Sánchez Ramírez representa, ciertamente, un ejemplo extraordinario de terrateniente colonial y de reaccionario clásico. Cuando ya en América tenían lugar los pródromos de la independencia política y cuando en nuestra misma isla se hallaba constituido el primer estado latinoamericano, el latifundista Sánchez Ramírez no acaudilla ni encauza un movimiento separatista contra la administración francesa de la parte oriental de la isla, como habrían de hacerlo sus congéneres en Sur América, sino que se levanta en armas para retrollevar el país nuevamente a la oscura condición de territorio español, sustituyendo el dominio liberal del régimen posrevolucionario francés por el viejo despotismo ibero con base en la censura absoluta, en la expoliación y en el abandono y la incompetencia administrativos. El llamado reconquistador de 1808 y sus secuaces integraron la gran minoría regresiva del primer fenómeno de trascendencia que marca el verdadero principio de nuestra historia política nacional.

Tras trece años de incuria y deterioro colonial surge en el territorio oriental de la isla la primera minoría semiprogresista encabezada por José Núñez de Cáceres, proclamador de la separación de España en 1821. No existía siquiera el germen de la conciencia nacional y la mediatizada intención del forjador de nuestro primer seudoestado cayó bajo el peso de las necesidades y de la sabiduría política haitianas. Núñez de Cáceres proclama la separación de España, pero declara la incorporación del país a la Gran Colombia.

Una historia escrita con adulteraciones graves y deformadoras ha escondido en sus páginas las auténticas interpretaciones y ha callado verdades de importancia capital. La ocupación haitiana no representó realmente la presencia en el territorio oriental de la isla de fuerzas cuantiosas del país occidental. Tropas formadas de habitantes orientales constituyeron la soldadesca y gran parte de la oficialidad de ocupación, lo mismo que la casi totalidad de la burocracia administrativa fue desempeñada por nuestros antepasados. No sería exagerado afirmar que se trató de una autooctipación. La tesis de la indivisibilidad política de la isla y la ascendencia que implican los años de consolidación autónoma de la vecina nación, lubricaron el mecanismo del acatamiento a la jerarquía del gobierno de Puerto Príncipe. Los escasos grupos que entonces emigraron abandonaron la isla por escrúpulos racistas y sólo una mínima proporción de esos emigrantes dejaron el solar nativo, bajo la presión del nuevo dueño, por causa de sus afinidades, con la intentona de relativa autonomía que sólo había durado pocos días.

Se necesitaron dieciséis años de dictadura boyerista, igualmente enérgica y organiza-

[4] El caso del Dr. Viriato Fiallo, candidato presidencial de la oligarquía en 1962, es típico.

dora sobre las dos partes insulares, para que tomara forma la nueva minoría partidaria de la autonomía en la región antes española. La tesis separatista de Duarte y algunos de sus compañeros iniciadores de la gestación republicana no fue unánimemente compartida por todos los que se adscribieron a la conspiración trinitaria. Más que ideología autonomista hubo mucho de incompatibilidad discriminatoria respecto del haitiano. Los mismos principios duartianos fueron de pobre valor ideológico, en su mayor parte, para justificar la autonomía. Los alegatos concernientes a las diferencias de lengua, color, religión y costumbres son de pobrísima expresión ética como portadores del ideal de libertad e independencia. En Duarte lo elevado fue la sublime mezcla del desprendimiento y el infortunio. Su exposición de motivos resume prejuicios burgueses y discriminatorios. Estas son realidades históricas y filosóficas que no deben permanecer por más tiempo ocultas detrás del ditirambo y la loa. El Padre de la Patria es nuestro más grande hombre, pero su estatura tiene dimensiones humanamente moderadas. De él nos ilumina y, más que iluminarnos, nos sorprende, su generosidad material y espiritual. Más que prócer fue mártir y, más que ideólogo, apóstol. Su bondad desgraciada no mueve a la vibración, pero sí a la ternura. Es el símbolo eterno de la desgraciada república por él concebida y pagada[5].

Diecisiete años después de proclamada la República Dominicana fue entregada por la minoría terrateniente y comerciante a la potencia imperial que la había colonizado oscuramente. La decapitación nacional contó con la anuencia tácita o expresa o con la indiferencia de amplios sectores populares incorporados al patricidio por lo que los peores historiadores reaccionarios denominan "la flor de las familias". Fue una vergonzosa iniciativa que ya había tenido sus asomos, en desmedro de la dignidad nacional, en los propios días de la separación de 1844, cuando los mismos latifundistas e intelectuales que habían colaborado incondicionalmente con el gobierno haitiano, pugnaron, a brazo partido y pierna entera, por entregar a Francia el territorio. Se les conoce en la historia con el nombre de *afrancesados;* pero el gobierno de París, escarmentado por la derrota de sus fuerzas coloniales a manos de los negros de la pequeña zona occidental de la isla, rechazó la entrega que no había solicitado[6].

---

[5] Duarte, Padre de la Patria, abandonó el país en 1843 por la tenaz persecución haitiana. Regresó una vez proclamada la República en 1844, para ser casi inmediatamente deportado ese mismo año por el dictador Santana. Retornó de nuevo al país 20 años después, cuando se libraba la lucha contra España. Virtualmente deportado de nuevo por las autoridades restauradoras, abandonó el país ese mismo año para jamás retornar a él. Murió en Caracas en 1876. A partir de su primer destierro en 1843 vivió en la patria apenas un año y en el exterior 33 años. Hondamente desgarrado su espíritu por la perversidad de sus compatriotas no se dignaba ya leer la correspondencia que esporádicamente recibía de Santo Domingo. A la hora de su muerte, en Caracas, sus también desventuradas hermanas hallaron guardadas las cartas que el apóstol no había querido leer durante los últimos años de su vida. Los sobres de la correspondencia estaban intactos, sin rasgar.

[6] Como se explica en otro lugar de este trabajo, los regímenes metropolitanos de Londres,

El regreso de 1861 a España fue iniciativa y gestión exclusiva de la reacción nativa y el régimen peninsular fue prácticamente forzado a la reanexión. No hubo, pues, agresión española, sino aceptación de la entrega tras mucho estudiar las condiciones y perspectivas. Fue un crimen de los reaccionarios insulares y un error de sus congéneres metropolitanos. Debemos afirmar honestamente que la reincorporación a España no fue otra cosa que el resultado de la perseverante y continua gestión de entrega del país ante varias capitales extranjeras de parte de la minoría de negociantes. Londres, París y Washington no hallaron provecho en la fácil oferta porque los respectivos gobiernos expansionistas se lo impedían recíprocamente. España no era ya potencia de temer y pudo aceptar el voluntario obsequio. El mundo americano no ha conocido jamás episodio más vergonzoso para los anales hemisféricos, pues en el caso de la fabricación de Panamá la obra de mano y la intriga fueron casi totalmente norteamericanas. Lo único panameño fue la complicidad.

El trueque del país, a cambio de unas cuantas condecoraciones y salarios coincide, sin embargo, con la primera prueba de que se engendra ya el embrión de la conciencia nacional. Esa prueba embrionaria está contenida en el manifiesto de Francisco del Rosario Sánchez contra la reanexión a España y fue expresada desde el extranjero, desde el exilio. La evidencia del comienzo de la gestación quedó ratificada precisamente con la acción de Sánchez al recurrir, sin mayores miramientos, al concurso haitiano con el propósito de tratar de prevenir el crimen de los latifundistas y mercachifles. Sánchez era un mulato de extracción popular, hijo de negro liberto, y había sido nervio principal de la conspiración febrerista de 1844 contra el *gobierno* de Puerto Príncipe[7]. Su protesta patriótica —primera manifestación pública dominicana que puede llevar ese apellido— constituye uno de los escasos documentos públicos que honran el gentilicio. Pero fue una airada y violenta diatriba nacionalista dirigida, no contra el invasor extranjero, sino contra "la flor de las familias" del solar. La dirección de la alocución sanchista representa un terrible símbolo para la eterna y trágica vergüenza de los dominicanos.

En 1863 estalla la granada patriótica de una nueva conspiración minoritaria que tiene resonancias rurales de bastante interés. Con la restauración de la República se bosqueja mejor el feto de la conciencia nacional, aunque de seguidas se verá que la gesta-

---

París y Washington se restringían recíprocamente la facultad de aceptar las ofertas de anexión o protectorado de los gobernantes dominicanos, de conformidad con la política imperial de no alterar el *status quo* de la estratégica área del Caribe.

[7] Francisco del Rosario Sánchez destacaba como promesa de un eficaz conductor americano al conducir a fructuoso resultado la conspiración antihaitiana de 1844. Incurrió en condenables flaquezas durante los últimos 17 años de su vida. Su martirio de 1861, a manos de los traidores que habían vendido el país a España, reivindicó honrosamente su memoria, pisoteada luego por sus descendientes.

ción no concluirá cabalmente. Se hará interminable[8]. El simple hecho de que fue en la séptima década del siglo pasado cuando estábamos proclamando la desvinculación de España enseña que los dominicanos estábamos retrasados en América. Andábamos con una desventaja de cincuenta años.

En su espíritu y alcance la reanexión de 1861 a la vieja metrópoli representa una repetición de la reconquista de 1808. El proteccionismo político ocupaba la general mentalidad nativa. Un complejo de impotencia, favorecido por la conveniencia de los comerciantes, latifundistas e intelectuales, era la expresión práctica del estado mental y moral de entonces, el cual perdura todavía en la universalidad del conglomerado. El dominicano es el único pueblo de América que abriga aun la conmoción y la sensación de que el desembarco de los infantes de marina yankis es en cualquier momento una inexorable realidad ineludible. El ánimo público vive *preparado* para recibir y aceptar la contingencia. Existe, pues, viva predisposición constante hacia la ocupación del país por las tropas norteamericanas. Predomina la estructura mental y espiritual, netamente colonial, en la, que la resignación sustituye a la indignación. La comunidad se halla, pues, retrasada también respecto de sí misma, puesto que en cuanto a la evolución de la conciencia nacional la situación es inferior a la existente en 1861. De hecho, el país vive ocupado por el gobierno de Washington y es absolutamente ostensible la dirección política, policial y militar extranjera en el cotidiano acontecer del imperio. No tratamos de significar que Santo Domingo es el único país americano intervenido, sino la forma indisimulada de la dirección extraña y el grado de la misma, lo que no es otra cosa que la consecuencia de que el poder imperialista se ha percatado de la pervivencia de la sensación colonial prevaleciente en la comunidad dominicana.

En 1865, tras dos años de guerra fluida que representaba un círculo vicioso principalmente por la falta del peso colectivo abrumador en favor de la causa patriótica[9], el gobierno español optó por la retirada presionado sobre todo por la propia opinión pública peninsular[10]. El poder nativo volvió a poco a las mismas manos que lo deten-

[8] El hecho de que la restauración de la autonomía en 1865 fuese seguida de línea formal anexión del país a Estados Unidos de Norteamérica en 1868, sólo tres años después, constituye el más anonadante fenómeno deprimente de toda nuestra historia. La insurrección iniciada en 1863 contra el dominio español prometió significar la incontenible formación de la conciencia nacional de los dominicanos. La perspectiva fue aniquilada inmediatamente por resolución de los mismos nativos.

[9] Los insurrectos de 1863 combatieron denodadamente contra fuerzas españolas y dominicanas. La prolongación de la lucha durante dos años se debió inobjetablemente al hecho de la colaboración de un considerable número de dominicanos que pugnaron por la permanencia del *statu quo* colonial. Nativos de reconocido coraje, como el general Juan Suero, a quien llamaron *El Cid Negro* los peninsulares del régimen colonial, murieron incluso con las armas en la mano combatiendo contra la soberanía nacional.

[10] La prensa peninsular de la época exhibe el cálido debate que libró la opinión pública espa-

taban cuando la reincorporación a España. La desaparición física del arquetipo del traidor latifundista —Pedro Santana— no significó desde luego cambio alguno en los intereses antinacionales de "la flor de las familias". Y tres años después ya estaban de nuevo los terratenientes y los mercachifles, asesorados por los intelectuales a su servicio, suscribiendo, ante la complicidad o la indiferencia del pueblo, un nuevo tratado de anexión a potencia extranjera, instrumento rubricado entre la administración del presidente norteamericano Ulysses Grant y el sátrapa dominicano Buenaventura Báez.

La falta de materialización anexionista no implicó en ningún caso la presencia de una conciencia nacional antagónica[11]. La maniobra fracasó por razones de política interna estadinense, procedentes del racismo septentrional. El senado de Washington, removido por las filípicas de Charles Summer, echó abajo el pacto suscrito. Fue extraordinariamente curioso el hecho de que los veteranos guerrilleros de la todavía fresca contienda restauradora no encabezaran una protesta armada o en cierto modo enérgica contra el convenio que hacía nugatorios y dispendiosos los cruentos esfuerzos que implicó el restablecimiento de la República. No se explica el fenómeno sino mediante la admisión de que la rebelión del 63 no pasó de ser un brote insurrecto de retórica autonomista, pero de temperamento intestinal.

No es disecar ahora la historia episódica lo que interesa al aspecto socio-político que tratamos de estudiar, sino destacar la pecularidad, la precaria función histórica de la mejor minoría nativa y las mismas fases de la minoría regresiva, ultrarreaccionaria, en la historia de un raro país de América, ambas minorías protagonistas ante masas que restaron siempre su contribución aplastante al núcleo progresista, desprovisto de tendencia ideológica, es cierto, pero instintiva o casualmente en función de vanguardia, y que brindaron al déspota de turno su inconsolable sumisión y, a sus amos económicos, su indolente apatía o su servil diligencia. Ante los millares de ojos han estado presentes, como ejemplos podridos, los símbolos malditos: el primer novelista Galván, amanuense de sátrapas nativos y sicario del apetito extranjero; los descendientes de los contados próceres sosteniéndoles la casaca a los tiranos de turno y abriéndoles las puertas a los interventores del imperio; los forjadores de la adulación cesárea, las metamorfosis de "libertadores" en vendepatrias, los protestantes de ayer entregados mañana u hoy mismo. La absurda patria[12].

ñola en pro de la desocupación de Santo Domingo. Véase, entre otras, la recopilación titulada *De la Cuestión de Santo Domingo* (Nueve Interesantes Artículos que publicó *El Independiente),* Imprenta de C. Moliner y Compañía, Madrid, 1865.

[11] Posteriormente a la fallida anexión de 1868 la historia recibe nuevas recidivas de lesa patria. Entre otras, la de Hereaux y la de Morales Languasco, sin incluir el doblegamiento de 1905 y 1907, cuando el país entregó al imperialismo norteamericano el control de las rentas de aduanas.

[12] La absurda patria. Hombres que alguna vez enarbolaron la bandera de la autonomía volvie-

Los intentos provenientes del complejo proteccionista prosiguieron incubándose siempre y sólo a la muerte del tirano Ulises Heureaux se experimenta un nuevo avance en la conformación de la conciencia nacional. Este último se manifiesta en un cambio de modalidad en la alineación de la soberanía y coincide con el auge del proceso imperialista propiamente dicho del capitalismo norteamericano. El país no se ofrece en anexión o venta, pero se hipoteca. Obsérvase incluso hasta cierto grado de resistencia a renunciar la soberanía física, pero no a recorrer el camino del gravamen financiero. La nueva etapa coincide, por lo demás, con las adquisiciones territoriales de Estados Unidos de Norteamérica en detrimento de España y con la necesaria digestión de los pedazos del mundo que acababan de ser deglutidos por el monstruo. Nace en el norte la etapa del vasallaje económico de los mercados retrasados, en sustitución de las adquisiciones territoriales en propiedad desembozada. Ya los ministros yankis no sugieren ni estimulan la entrega, sino que se ocupan en hacer y apretar los amarres de la subordinación hipotecaria.

Es difícil, por ende, precisar si la minoría terrateniente y fenicia nativa había comenzado a experimentar los efectos de las secreciones internas de las glándulas del honor y del rubor nacionales, o si todo se debió a la mera política del mercadeo y del préstamo impuesto por el fomento industrial imperialista que, por lo demás, hallaba a su disposición los nuevos canales de la caótica anarquía intestina. La lucha por las aduanas y la degeneración del egoísmo y la ambición aldeanos, enfrascados en las viciosas contiendas civiles que asumieron la categoría de criminal deporte, no parecen indicar propiamente un progreso del nacionalismo latifundista y rudimentariamente burgués, sino más bien un éxtasis de la corrupción del deshonesto *entreguismo*, manejado y conducido de conformidad con el cambio en las finalidades formales del imperio. En las masas privaba el sempiterno estado de inconsciente indiferencia dúctil y de sumisión irresponsable[13].

---

ron sobre sus pasos para favorecer la enajenación del territorio nacional o el arrendamiento de alguna porción del mismo. La absurda patria. Máximo Gómez, generalísimo de la independencia política de Cuba, combatió en Santo Domingo a favor de las autoridades españolas de la reanexión de 1861.

[13] Carta de Fernando Arturo de Merino a José Gabriel García, 16-7-1869. "Me dices que con la unión sincera de los dominicanos inteligentes podría salvarse la Patria... ¿Cuántos y quiénes son esos inteligentes capaces de pensar con rectitud y buena fe en la salvación de la Patria? Los más, ¿no llevan en la frente el estigma de Caín? De entre esos inteligentes, ¿no han surgido los traidores de todas las épocas? ¿No han sido también ellos los que han inspirado los tiranos, insuflando en los pulmones de héroes modestos al principio, los sentimientos de ambición y los cálculos del despotismo? ¿Quienes sino los inteligentes de hoy llevaron a Cabral al precipicio y forman la corte miserable del *Gran Ciudadano?* Ojalá que los hombres de mediana ilustración de Santo Domingo, no se hubiesen prostituido!... Sí, amigo, no nos alucinemos: en nuestro país sobreabunda lo malo, lo perjudicial, todo elemento de ruina, ya la clase ilustrada en su mayor parte está prostituida"...

Esta verdad aparece confirmada por la actitud general consecutiva frente a los "convenios" dominico-yankis de 1905 y 1907, a la ocupación militar por la infantería de marina de 1916 a 1924[14], a la tiranía trujillista de los 30 años y, sobre todo, a la situación caracterizada por la manufacturación mixta del nuevo estado policial que empieza a modelarse en septiembre de 1963, tras dos años de infructuoso esfuerzo reformador a cargo de la minoría de vanguardia que se estrelló no sólo contra el poderío castrense de la reacción, sino también contra la incuria y la apatía orgánicas del mulataje corrupto.

La minoría de vanguardia ofrece una trayectoria desordenada en la historia del pueblo mulato. Obsérvase cómo progresa su efectividad y cuantía de 1821 a 1844 a 1863. Mas, a partir de esta última fecha, se detiene su configuración progresiva y entre 1865 y 1964 —cien años— no existe prácticamente sentimiento ni mentalidad nacionalistas. Los apetitos y veleidades de terratenientes y burgueses alimentan el vórtice de las contiendas intestinas. Es de apuntar que la decadencia disolvente de la precaria minoría adicta a la autonomía coincide con la hegemonía del imperialismo yanki en el área del Caribe. Mientras en la región se debatían los intereses franceses, ingleses y españoles, tomaba cuerpo el pequeño grupo autonomista y la soberanía volvió por sus fueros, renaciendo cada vez que las propias manos nativas la pusieron en el cieno. Pero cuando tuvo lugar la fallida tentativa de anexión a la potencia angloamericana, en 1868, no hubo verdaderas insurgencias ni oposición concreta[15] contra el vil intento y la denominación republicana se salvó gracias a los prejuicios racistas de un grupo de senadores norteamericanos. El hecho cierto fue el de que la gran mayor parte de la gente pensante e influyente del país aceptaron, de buen grado, abiertamente, la nueva decapitación de la soberanía. La caricatura de plebiscito que se realizó para presentar ante Washington el deseo anexionista discurrió tranquilamente, sin mayores protestas, no obstante la hoy aceptada adulteración de la voluntad nacional que se elaboró en distintas partes del territorio negociado. No hicieron acto de presencia los Sánchez y Cabral provistos de la elocuencia de 1861, sino que más bien puede verse retrospectivamente cómo el general Cabral y Luna, tras un insoluble balbuceo de resistencia, no era otra cosa que el hombre que había caído del solio presidencial en medio de maniobras de la misma índole lesiva. Otro ejemplo trastornador del caos mulato.

La universalidad de los hombres públicos o privados fueron incapaces de indignarse

[14] Ver parte final de la nota N° 3 del capítulo III.

[15] El general Cabral y Luna se debatió entre ocultamientos y reapariciones en el escenario suroccidental del país como único opositor a los designios de Báez y Grant. Su autoridad moral estaba decaída por sus propios pasos en pro del arrendamiento de Samaná pocos años antes. El general Luperón mantuvo una esporádica oposición en condiciones más precarias todavía, pues operaba desde el exterior. En síntesis: la oposición a la entrega del país careció de apoyo popular.

o reventar ante la realidad de pasar por el poder con el respaldo norteamericano. Lo más que se descubría, pero como simple brote de la apetencia de poder y de dinero, era el pronunciamiento contra el pequeño amo de turno apoyado por el gobierno yanki, pero con la singular ocurrencia habitual de que una y otra vez en el mando impreciso el nuevo manipulador de las aduanas y rentas se sometía mansamente a los dictados del ministro residente o del vicealmirante de visita.[16] ¡Qué imposible ha sido en este país echar las bases de la dignidad humana!

Cuando, al fin, en 1916, la ocupación militar coronó la continua ingerencia yanki, materializaron gestos aislados, demasiado individuales, capaces de señalar apenas que la dignidad personal y nacional no había abandonado su estado fetal. Es cierto que el presidente Jiménez rechazó la oferta de sostén extranjero para continuar en el poder. Es cierto que Federico Velázquez se negó a fungir de mandadero ejecutivo, aunque ya antes había prestado su participación, en la convención de 1907. Cierto es también que Máximo Cabral murió en franca resistencia y que Gregorio Gilbert había castigado a los invasores en la persona de uno de sus jefezuelos. Pero se trató de hechos aislados que denotaban la existencia de partículas dispersas de dominicanidad.[17] Ante la inminencia de los desembarcos de la infantería de marina norteamericana se constituyeron, en algunas provincias, comités de acción tendentes a oponer resistencia armada, acaso insuficiente, pero que habría puesto en buen nombre la dignidad del país y de su historia. Mas, al materializar la amenaza de usurpación, los comités se evaporaron.[18] Algunas localidades, la capital incluso, creyeron protestar mediante la permanencia de la población en sus viviendas. Hay manifestaciones negativas en las que resulta difícil determinar la línea divisoria entre la protesta y la

[16] El sistema imperial retozaba con las marionetas mulatas: alternativamente llamándolas al orden o inyectándoles excitación para acelerar revueltas.

[17] El país careció de movimientos equiparables a los de Charlemagne Peralte en Haití y de Augusto César Sandino en Nicaragua, ambos en situaciones similares.

[18] Cuando se hizo evidente el *animus ocupandi* del gobierno norte-americano de Wilson, en algunas ciudades del país se integraron comités de resistencia con el propósito de oponer vías de hecho ante el atropello. Como quiera que la ocupación del país procedió sucesivamente por localidades los comités tenían una jurisdicción limitada a la población de su constitución. En el momento del desembarco de la marinería yanki los comités no operaron de acuerdo con la aparentemente definida decisión que los había creado. Del comité de San Pedro de Macorís formaba parte el mozalbete Gregorio Urbano Gilbert, quien ha narrado al autor, en profusa correspondencia, los pormenores de su heroica actitud. Al requerir a los miembros del comité petromacorisano el cumplimiento de la finalidad protestante que se habían prometido, sólo encontró evasivas y pretextos. Gilbert se armó entonces de un pequeño revólver que tomó del negocio del señor Pedro Pérez Torres y de una bandera dominicana que obtuvo en la farmacia del Lic. Pedro E. Pérez Garcés, se dirigió al punto de desembarco de los infantes norteamericanos y allí, enarbolando la bandera y haciendo uso del arma, disparó contra la oficialidad del grupo invasor, dándole muerte a un alto oficial extranjero.

resignación, por una parte, y el silencio y el miedo, por la otra.

La muerte por inmolación heroica colectiva no se conoce en la historia nacional, salpicada de incoherentes sacrificios aislados entre los temblores del miedo y de la rendición. Faltan los movimientos heroicos de pequeñas, no ya grandes masas, motorizadas por la coincidencia del ideal del patriotismo o de principios éticos. La historia del país ha quedado esperando varios episodios como el de Sánchez en 1861. Y no ha valido el hecho contundente de que la misma historia haya provisto las coyunturas y las ocasiones que han reclamado la conducta ejemplar del patriotismo inconfundible. La historia dominicana ha sido una ininterrumpida oportunidad fallida, para la grandeza honrosa, pero sus páginas están tiznadas de traición en todos los órdenes y matices. Se ha venido procesando la queratinización de la vergüenza.

La condición regresiva de subdesarrollo ha tirado, hacia atrás y abajo, de los aspectos morales y políticos de la semicolonia. Así se explica, en parte, el trunco proceso de la conciencia nacional informe y el deterioro corrosivo de los recursos éticos del pueblo. De ahí que la situación general raye hoy en lo irremediable. Los ocho años de ocupación militar yanki y los treinta de tiranía trujillista asestaron golpes anonadantes a un pueblo ideológica y espiritualmente impreparado aun para menores traumatismos. El signo de la desesperanza cubre todo el pequeño ámbito nacional ganado por la podredumbre. El país es un guiñapo social dominado por una espantosa proporción de canallas y prostitutas. Los primeros no son simples hombres aviesos y pérfidos que hayan hecho del delito su profesión u oficio, sino seres sin honra, sin tormentos, sin preocupaciones púdicas, que se han habituado ya al desgaste de los elementos básicos de la honestidad social. Sírvenle al amo extranjero sin un ápice de remordimiento, luego de entregarles sus hembras de familia al tirano ya sus hijos. Entre el dueño extranjero y sus lacayos nativos no se interpone la maldición mental del siervo forzoso ni la corta inhibición del subyugado reacio. En los lacayos no funcionan ya los reflejos del rubor. Están deshormonizados y obran sin limitaciones, sin frenos, sonreídos, tratando de enriquecerse o de mantener a como haya lugar la miserable existencia. Unos cuantos adoptaron frente al tirano reciente una actitud de platónico aislamiento narcisista, almacenando energías inmorales para entregarse a la ciénaga tan pronto como el déspota desapareció. Hoy contribuyen a la prosecución de los desmanes y de la ignominia que ensombrecieron la vida vernácula de 1930 a 1961, sin ofrecer siquiera la posibilidad del arrebato personalista que Trujillo eventualmente protagonizara.

Veamos lo que expresa como exhibición generalizada de un grupo social determinado, la Comisión Internacional de Juristas con sede en Ginebra, Suiza: "En la República Dominicana la influencia ejercida por el abogado tiene igual importancia. No puede vanagloriarse de su actuación durante el régimen de Trujillo; fue el primero en pedir que no se castigara a los que habían torturado y se habían aprovechado del amparo de Trujillo. Las manos de los hombres de leyes quedaron machacadas por un

igual y las masas despreciaban al abogado. El foro dominicano era fundamentalmente contrario a la elección de Bosch y después de su victoria adoptó una actitud negativa. Las críticas de las reformas propuestas fueron de un carácter exclusivamente destructivo y la abogacía se opuso a las transformaciones económicas y sociales, que era acuciante realizar en la República Dominicana si se quería instaurar la democracia, Cuando se produjo el golpe de Estado, la abogacía no levantó la voz para protestar en calidad de grupo social organizado. Algunos juristas protestaron aisladamente y varios lo hicieron con vigor: algunos eran comunistas; otros liberales cuyo valor estaba a la altura de sus convicciones. Los abogados dominicanos no pueden referirse con orgullo a su actuación a lo largo de los últimos treinta y cinco años. Su actuación durante el año pasado merece el mayor oprobio.

"El abogado dominicano es un caso particular de una clase profesional existente en muchas partes del mundo. Este abogado ha adquirido de modo gradual la consideración de elemento exclusivamente negativo. Por la misma naturaleza de su profesión, su función le sitúa entre los conservadores y no entre los revolucionarios, pero no puede ser mero espectador; ha de lanzarse a la corriente de la historia si quiere desempeñar la misión social que le corresponde. No puede servir de obstáculo a las reformas si no quiere merecer con justicia la repulsa desdeñosa de Lenin: "El abogado es la hez de la historia".[19]

No hay razón para pretender que cuanto se afirma de los abogados nativos no deba extenderse necesariamente a los demás grupos sociales (médicos, ingenieros, dentistas, militares, burócratas, comerciantes, latifundistas, etc.). La degeneración ha sido lógicamente un proceso homogéneo. Aspirar a lo contrario sería un sencillo optimismo deleznable.

Son, desde luego, la burguesía y los propietarios de la tierra los representativos por excelencia de la desvergüenza nativa. La gran minoría reaccionaria, cabeza de los peores corrompidos nativos, no está, sin embargo, sola en el cieno del oprobio. La clase media dominicana, principal componente de la burocracia oficial y de la empleomanía privada, exhibe un espectáculo desalentador y terrible. Sus antes promisoras filas se hallan infestadas en grado difícilmente reparable. Concretadas exclusivamente a la supervivencia biológica carecen completamente de valores éticos vigentes. Excepción hecha de la escasísima minoría de vanguardia, la clase media no representa otra cosa que el sostén incondicional de terratenientes y mercaderes y, al mismo tiempo, por supuesto, el eco ruidoso o callado de la voz de mando imperial que resuena diariamente en el ámbito insular. Es una capa social castrada y en precipitación incontenible. No se ve la fuerza telúrica capaz de hacerla volver sobre sus pasos y de conferirle su universal condición de reserva de la dignidad nacional.

---

[19] *Boletín de la Comisión Internacional de Juristas,* N° 17, diciembre, 1963, Ginebra, págs. 28 y 29.

Las masas populares, hambrientas y analfabetas, amaestradas por la ocupación extranjera de 1916 a 1924 y por la tiranía de 1930 a 1961, completan el panorama degradante. Es un rebaño estúpido y desorientado, obediente de consignas desenfadadas y carentes de la consistencia estoica que en otros países del mismo hemisferio marca un alto al naufragio social.

Los exponentes que lloraron histéricamente la muerte del déspota en mayo de 1961 representan el baldón del pueblo que, en la ciudad, todavía ignora lo que fue y significó el gobernante delincuente y, en el campo, cree firmemente que el tirano no ha muerto. De todo lo anterior nace una actitud contemplativa, desnutrida, torpe, indiferente, servil y cobarde como acaso no la conozca otra región del mundo.

Tal es la etapa presente de la comunidad dominicana como producto histórico agravado por un alarmante retroceso correspondiente tanto al subdesarrollo económico más craso como a una mezcla de dos razas que en ninguna otra parte ha materializado en proporciones similares. El mulato constituye un resultado social característico, capaz de imprimir variantes inusitadas a la misma dialéctica. Que cuando Lenin tradujo las leyes de la sociedad histórica es lástima que no haya conocido un medio experimental tan desolador y peculiar como ese producto desesperanzado de dos huéspedes recientes: el hispano avasallador, absolutista, y el africano traído en amarras a lo largo del más nefasto trasplante humano de la historia.

Del análisis socio-histórico se concluye que la minoría de vanguardia en el país dependiente y subdesarrollado ha sido cuantitativamente insuficiente y cualitativamente ineficaz. Los efímeros resultados positivos, progresistas de 1844 y 1865, no representan hechos afirmativos sólidos sino confluencias circunstanciales favorecidas por acontecimientos externos. Esto es particularmente cierto en cuanto toca a los sucesos de 1844. La restauración autónoma de 1861 exhibe una mejor categoría política. En 1844 la minoría estrictamente autonomista representaba una minoría dentro de la minoría general antihaitiana[20] (compuesta además por anglófilos, afrancesados, hispanófilos, yankófilos y otros subgrupos de ideología imprecisa). En 1863, el estallido de Capotillo estuvo mediatizado por un apreciable sentimiento de decepción provocado por la lesión política, burocrática y económica de España, la cual mereció una medular atención lastimera en los pronunciamientos básicos de la rebelión. Que no existía aritméticamente una seria proporción de conciencia nacional lo confirma el simple transcurso de tres años, a cuyo término tuvo lugar el atentado de 1868 contra la soberanía recientemente restaurada.

Durante el período de guerras provincianas y despotismos comprendido entre 1870 y 1915, cuando culmina la ocupación norteamericana, se desliza un proceso precisa-

[20] La minoría duartista no sólo representaba una subminoría sino que era el blanco de burlas y sátiras de los demás subgrupos proteccionistas. Afrancesados y compartes se mofaban de las pretensiones de los trinitarios en cuanto a constituir un estado autónomo.

mente contrario a la integración de la conciencia dominicanista. Cualquier tendencia en esa dirección se disolvía en la fluidez de las conquistas y reconquistas del poder y cualquier inclinación hacia el desarrollo del sentimiento nacionalista queda rápidamente eclipsada por las viciosas necesidades de la pugna personalista. El carácter antinacional de ese período es, pues, evidente. En lugar del nacionalismo cobró cuerpo y forma el personalismo más rancio y rústico. De ese modo, cualquier disperso sub-grupo que alentase preocupaciones o sensaciones patrióticas era desplazado por el remolino patricida o caía por propia fuerza de gravedad en la apatía o en la indiferencia,

La nueva y casi absoluta hegemonía norteamericana, acentuada sobre todo a raíz de la guerra hispano-yanki y del crimen de Panamá, era empleada por los ridículos núcleos nativos que se disputaban el poder en razón directa a sus necesidades y ventajas. Se era antinorteamericano o proyanki según se estuviera en el poder o en la manigua, sin que rigiera una regla fija que determinase la orientación de los sentimientos de las alianzas de hecho pasajeras entre las pandillas revoltosas y los designios foráneos. Se vio en veces la interposición imperial favoreciendo a guerrilleros y, en otras, se la vio respaldando a gobiernos. El apoyo variable y cambiante lógicamente contribuyó a obstruir la definición del sentimiento —que no la mentalidad— patriótico, por lo menos en un número valioso de habitantes. Ese sentimiento quedó sólo abrigado en contados individuos que generalmente no participaban en actividad política alguna.

La clásica e histórica apelación de los sectores reaccionarios nativos al auxilio o concurso extranjero ha constituido una característica siempre presente en la historia dominicana. En otros ejemplos históricos universales se han registrado y se registran los ejemplos suministrados por la reacción que recurre a la intervención extranjera para hacer frente a movimientos populares. Casos concretos y expresión de ese rasgo, reaccionario universal lo representan la solicitud de auxilio de la nobleza durante la primera revolución francesa, la misma solicitud de la burguesía reaccionaria francesa ante la insurgencia popular de 1871, los reclamos de la burguesía menchevique y de los cuadros aristócratas rusos durante la fase inicial de la revolución socialista soviética, la cooperación nazi-fascista con el franquismo en el curso de la guerra civil española. En la historia dominicana la aceptación —en veces requerida, pero en otras como remate de la iniciativa imperialista— de la complicidad extranjera ha sido un denominador común en el curso de las sucesivas etapas del devenir histórico. No hay, en ese aspecto, caso semejante en el pasado remoto e inmediato de nación alguna. La solicitud de protección foránea arranca desde la brutal reconquista de 1808 y la llamada independencia efímera de 1821 hasta la desocupación, norteamericana de 1924 y los reiterados intentos de la alta burguesía desterrada durante la tiranía trujillista.

Pero es hoy cuando, frente a los fantasmagóricos conatos de amenaza popular, los

sectores reaccionarios nativos han llevado su repugnante *entreguismo* hasta los límites del paroxismo proxenetista. Los mismas rufianes —típicos especímenes de los parásitos de la prostitución— que entregaban a los Trujillo a sus cónyuges e hijas, se lanzaron a la más baja mendicidad delictiva en petición de la ayuda yanki para deshacerse del sucesor Balaguer, para interrumpir la constitucionalidad popular de Bosch y, hoy, para deportar del territorio nacional a los escasos hombres idóneos y nacionalistas capaces de fustigar a la canalla oligárquica de rufianes y prostitutas vendepatrias.

El estado de entrega total que impera en el país en nada se distingue de la abolición de la soberanía correspondiente a la reanexión a España en 1861. A través de los representativos del latifundismo y de la burguesía Washington dirige a la República Dominicana de la misma manera que lo hace en Puerto Rico. La situación es tan degradante, que el *status* colonial dominicano representa un tipo de dependencia absoluta mucho más conveniente para el gobierno imperial que los estados de ocupación militar completa, puesto que: a) no existe la necesidad de mantener en el territorio colonial fuerza alguna de ocupación; b) no hay gastos de administración relativos a la presencia física de tropas y burocracia, en un país donde el interés yanki es primordialmente sólo de índole política y estratégica y no económica; c) aun la propia misión militar y la embajada norteamericanas comprenden uno de los más reducidos personales en comparación con las misiones y embajadas en otros países de América Latina); d) la ocupación política del país permite al imperialismo guardar las formas jurídicas internacionales en cuanto a no dar cabida a la acusación de ocupación militar y a disponer del voto dominicano en las reuniones internacionales sin temor a sorpresas ni a exigencias intempestivas.

Jamás se ha visto una más cómoda y abyecta colonización sin tropas ocupantes. Un *status* debido no tanto a la coacción original foránea como a la iniciativa de los *entreguistas* reaccionarios que recurren al protectorado norteamericano para anular una derrota electoral abrumadora. La situación política, en lo concerniente a la formación de una conciencia nacional, representa un estadio regresivo en comparación con las demostraciones anteriores en determinados momentos históricos. La regresión política corresponde ordenadamente al cuadro general de la regresión del subdesarrollo y a la acentuación de la dependencia colonial. No existe en África ni en América un ejemplo más terriblemente desesperanzador que el caso de la República Dominicana dirigido, en la presente decadencia oscurantista, por la históricamente típica minoría de terratenientes y mercaderes antipatrióticos, solicitantes sempiternos de la dominación extranjera.

Paralelamente a la inmutabilidad política experimentada por la minoría reaccionaria conductora no ha ocurrido algo mejor en el campo de la minoría de vanguardia. Efectivamente, ésta no ha alcanzado aun el número necesario para ser suficiente ni la necesaria calidad para ser eficaz. Si se toma en consideración el aumento demográfi-

co de la comunidad es fácil concluir que tanto cuantitativa como cualitativamente la minoría progresista ha sufrido un retroceso en cuanto a su conformación e integración, si se la compara con las precarias minorías de 1844 y 1863. No ha tenido lugar en el seno de la minoría el aumento por lo menos aritmético habido en la colectividad. La sociedad ha crecido, pero no ha ocurrido lo mismo en su núcleo de vanguardia.

Es evidente que el simple transcurso del tiempo no basta para el crecimiento cuantitativo y cualitativo de la minoría transformadora en los conglomerados retrasados. El mero discurrir cronológico conlleva, en los medios subdesarrollados, el continuo deterioro de las características culturales. Es ésta una ley implacable que causa estragos en todos y cada uno de los aspectos sociales.

La composición e integración de la presente sociedad dominicana exhibe, pues, la existencia de una precarísima minoría progresista aritméticamente insuficiente y cualitativamente ineficaz. Hablando en términos concretos, estamos en presencia de una, verdadera *subminoría.* En otras palabras, sólo existe un incompleto número de integrantes humanos que a su insuficiencia numérica unen una incuestionable deficiencia de calidad. El grupo mental y espiritual de dirección es, desde luego, impotente para toda acción políticamente positiva y progresista. El conglomerado se encuentra, por consecuencia, en una posición regresiva en la que lo único visible es el deterioro constante de los vestigios embrionarios de avance potencial. Las condiciones constitutivas elementales desmejoran continuamente. Hay, en fin, desproporción e incapacidad y ambos atributos aumentan inconteniblemente.

XII
LAS CUATRO VALLAS

"Y sobre todo no celebren tratados con los Estados Unidos, porque no son honrados".
Emiliano Tejera, poco antes de morir.

Al deterioro puro y simple que resulta de la decadencia inherente al subdesarrollo y al retraso del pueblo dominicano se añaden factores que coadyuvan en el mismo sentido descendente. Entre tales factores se cuentan:

1. — *La ubicación geográfica del país, encajado dentro de la zona vital de los intereses políticos y estratégicos inmediatos del imperialismo norteamericano.*

Es indudable que la posición geográfica del territorio dominicano en el mar Caribe contribuye a crear y fomentar los obstáculos de origen foráneo que se oponen a la constitución y auge de la minoría de vanguardia. Estos obstáculos nacen, no ya de la represión auspiciada o promovida, por la metrópoli, sino mejor aún de las medidas de prevención que el poder imperial adelanta ahora ininterrumpidamente con el fin de evitar la materialización de situaciones peligrosas o simplemente aleatorias. Las medidas preventivas están destinadas a suprimir toda condición o circunstancia propicia susceptible de permitir el desarrollo de los elementos de la integración liberadora. Se persigue con ellas el mantenimiento continuo de un clima inadecuado para la coexistencia aún dispersa y desarticulada de esos elementos. El imperialismo no está ya ahora a la expectativa, en asechanza de los fenómenos o brotes demostrativos de que la conciencia nacional se articula y conforma, sino que se halla en ininterrumpida acción tendiente a prevenir la creación del ambiente de condiciones mínimas indispensables para que irrumpa, con posibilidades de resistencia y auge, la conciencia nacional liberadora representada por una minoría progresista cuantitativamente suficiente y cualitativamente eficaz.

Entre tales medidas puede enumerarse: el golpe de estado pentagonal de septiembre de 1963, la dispersión planificada de los escasos dirigentes capaces e insobornables y de los reducidos cuadros disponibles mediante prisiones y deportaciones seleccionadas y metódicas, el aniquilamiento brutal de determinados guerrilleros incipientes y precipitados como ejemplo amedrentador, la realización de simulacros militares dirigidos a descorazonar a insurrectos en potencia, la celebración de elecciones con participación exclusiva de candidatos incondicionales, la solución abortiva de períodos

políticos cuya desembocadura natural madurada podría dar lugar a situaciones libres del dominio de los agentes imperiales, como aconteció en el caso de la liquidación de Rafael L. Trujillo.

La iniciativa vigente de carácter preventivo del imperio ha tenido mucho que ver con el susto cubano. Ciertamente, la trascendental revolución cubana en una porción insular situada debajo de la misma axila metropolitana constituye la mayor sorpresa que ha experimentado una potencia colonial en la historia del mundo. La distancia ha sido, obviamente, siempre, un factor coadyuvante a los propósitos autonomistas. La revolución castrista mostró a los círculos civiles y militares del imperialismo yanki la factibilidad de la sorpresa revolucionaria a través de cualquier relajamiento de la vigilancia, del descuido en la previsión o del cálculo erróneo sobre las posibilidades de las comunidades subyugadas en determinadas condiciones coloniales y en medio de favorables circunstancias internacionales. La revolución socialista cubana ha hecho que el imperialismo estadinense multiplique sus recursos y medidas de previsión, en detrimento de las posibilidades inmediatas de otros conglomerados dependientes que se encuentran en particulares condiciones y circunstancias de incapacidad o impotencia, de retraso y desorganización.

El pueblo dominicano no ajustició al sátrapa Rafael L. Trujilo la noche del 30 de mayo de 1961. Ni siquiera fue un sector reducido del pueblo el autor del tiranicidio. Tampoco se trató de un golpe de mano urdido y descargado por algún pequeño grupo divorciado de los intereses populares. El crimen, no obstante la participación en él de unos cuantos ciudadanos del país, carece absolutamente de la marca nativa. Fue un hecho, en su significación y contenido, independiente, ajeno a la voluntad dominicana, decidido, proyectado, preparado y cometido por el poder imperial norteamericano que hasta poco tiempo antes protegía y usaba al tirano como fijador efectivo del *statu quo* en la isla Hispaniola. De modo que es impropio denominar ajusticiamiento la muerte del occiso. Trátase de un asesinato agravado, calificado.

Ciudadanos dominicanos y norteamericanos intervinieron en el proceso de la muerte de Trujillo. Los primeros obraron con el carácter de instrumentos de ejecución. El miedo, ya clásico en el país, fue vencido en los autores nativos tanto por la poderosa decisión de las autoridades yankis como por la notoria y descalificadora senectud del tirano. Todo indica que algunos años antes el gobierno de Washington habría tenido que emplear ejecutores inmediatos de otra nacionalidad. Es una verdad histórica conocida por la universalidad de los dominicanos que el anciano déspota estaba en vertiginosa decadencia, presa ya de los presagios de la desaparición e incluso víctima del relajamiento de los esfínteres y del apagamiento de los reflejos. El asesinato del 30 de mayo de 1961 fue, pues, el de los residuos de un autócrata.

Trujillo fue, por otra parte, la víctima de su propia impunidad. Habituado ya al gran miedo de sus súbditos, dueño y señor del temor de sus lacayos, Trujillo abusaba, desde muchos años atrás, de la más elemental prudencia. El tirano tenía conciencia

plena de la hipertrofia del miedo de la colectividad y había adoptado hábitos de apóstol, costumbres de bienhechor. Andaba sin protección de escolta, incluso en las más imprudentes condiciones. Había estado treinta años observando religiosamente costumbres de riesgo evidente, como la de pasearse cada noche a pie a lo largo de dos o tres kilómetros, siempre por el mismo trayecto. Trujillo tenía, pues, confianza en sus siervos nativos y en sus cómplices foráneos. Erró respecto de éstos últimos.

El abuso de la propia impunidad permitió a las autoridades yankis proyectar el crimen y reducir el miedo de sus instrumentos vernáculos. Mediante la promesa de suministro y protección extendida hasta la toma del poder por los cómplices nativos, el gobierno norteamericano obtuvo la vacilante cooperación de los asesinos criollos. Gente que históricamente ha vivido pendiente de las soluciones extranjeras, particularmente de las decisiones norteamericanas durante los últimos cien años, cedieron en la medida de su miedo ante el vuelco que experimentaba el poder protector del sátrapa y la garantía insuperable de quedar bajo la misma protección después del crimen. La probabilidad de salvar la vida era cosa cierta. Sucedió que el poder protector que traicionó al sátrapa traicionó también a sus asesinos materiales, todo ello de conformidad con el plan elaborado de antemano en beneficio de los designios del imperio, de la necesidad de ponerle fin al reino del tirano y de prevenir problemas posteriores con los ejecutores del asesinato.

Aparte de las ya copiosas referencias a la mano acerca de cómo las autoridades yankis urdieron la eliminación de Rafael L. Trujillo, la comprensión de los móviles del crimen es fácil y fluida. La consolidación de la revolución antiimperialista cubana advirtió con gran alarma a la metrópoli respecto de la factibilidad de la sorpresa irreversible en cualquiera de las provincias del reino. De tal advertencia derivó la nueva modalidad de la política imperial en cuanto al abandono de la manipulación rutinaria y tradicional de la simple conservación del *statu quo.* El equilibrio internacional promovido por el fortalecimiento nuclear de la Unión Soviética aleccionó al régimen de Washington sobre la necesidad de prevenir el hecho cumplido revolucionario en el hemisferio americano. Se hacía necesario, por tanto, adelantarse a las hipótesis y posibilidades reales, lomar la iniciativa de previsión mediante la precipitación de' soluciones forzadas en todos los casos susceptibles, por cualquier orden de circunstancias, de desembocar en situaciones de peligro para los intereses norteamericanos. Lo aleatorio desapareció así del cuadro general de la política imperial sustentada en gran parte sobre el *entreguismo* y la incondicionalidad de las satrapías. Imponíase, en fin, llevar la previsión a sus últimos extremos solucionando *a priori* los casos propensos a entrar inesperadamente en desenlaces sorpresivos.

De todas las situaciones locales del imperio la tiranía de Rafael L. Trujillo representaba *le cas dangereux,* el caso provisto de contenido peligroso, de carga aleatoria, cuya solución era preciso forzar a través de la precipitación del final de su proceso. En íntima correlación respecto de la revolución cubana y del equilibrio universal, las

razones tenían el siguiente peso específico: a) vecindad entre Santo Domingo y La Habana;

b) vinculación histórico-política entre cubanos y dominicanos;

c) necesidad del régimen castrista en cuanto a crear una metástasis de diversión en la zona del Caribe; d) el precedente de las invasiones antitrujillistas de Cuba a Santo Domingo en junio de 1959; e) la decadencia del tirano y de su régimen como fuente de problemas morales y materiales dentro de la solidaridad hemisférica (atentado contra Betancourt, agresividad contra Muñoz Marín y el régimen figuerista de Costa Rica, hegemonía de Trujillo sobre el gobierno haitiano, controversia de última hora entre el sátrapa dominicano y el Vaticano, etc.)

No obstante la notoria incapacidad del pueblo dominicano para crear por sí solo una encrucijada de peligro, resultaba teóricamente de temer el aprovechamiento de cualquier coyuntura de parte de fuerzas revolucionarias externas. Los cuidados del buen padre imperial, sorprendido por el susto cubano, obligaban al Pentágono y a los demás órganos encargados de la conservación de la estructura del imperio, a suprimir toda eventualidad propicia, aún remotamente, para el surgimiento del segundo susto hemisférico. Si el tirano Rafael L. Trujillo moría apaciblemente o era derribado por una sacudida interna, la situación era susceptible de tornarse peligrosa si podía ser aprovechada por las fuerzas revolucionarias internacionales. El vacío de poder producido por la ausencia de un sátrapa de treinta años de mando absolutista constituía, por sí sólo, una eventualidad de contenido aleatorio.

Era necesario, por consecuencia, controlar con anterioridad la situación dominicana inmediatamente posterior a la falta del sátrapa. La única manera de llevar a la práctica esa previsión *a posteriori* era la de realizar por propia decisión la desaparición del tirano, de modo que los hechos concomitantes y subsiguientes quedasen bajo el control absoluto de la policía imperial, conocida de antemano la ineptitud de los dominicanos para introducir elementos de variación en el curso de la aplicación del plan preventivo. El único punto crítico consistía en envalentonar a un grupo de súbditos acobardados del sátrapa, pero la evidencia material de apoyo yanki y la promesa, lógica en principio, de protección inmediata constituía precisamente la fórmula mágica para hormonizar a unos cuantos dominicanos que, por supuesto, se contaban entre los servidores criminales del mismo sátrapa. Tratábase de un crimen cortesano planeado por la madre patria y para ser ejecutado bajo los auspicios metropolitanos.

Ahora bien, frente a la problemática especie resultante de la fabricación de héroes artificiales ante los ojos simples del pueblo tan largamente zurrado y abatido, y con miras al presumible caos que resultaría del encuentro de ambiciones entre los ejecutantes del asesinato y entre éstos y los herederos del tirano, el gobierno yanki debía decidirse por el engaño a los autores materiales del crimen, entre quienes, dicho sea de pasada, se hallaban energúmenos culpables de diversas monstruosidades dentro del régimen trujillista, criminales ya probados al servicio del amo condenado a des-

aparecer. La perspectiva ideal, más saludable, recomendaba, pues, adelantar hacia la transición "democrática" a través del gobierno de los herederos de Trujillo, fuesen éstos designados previamente por el tirano o por los propios autores intelectuales del hecho de sangre. Antes de experimentar la segura situación de tener que deshacerse después de los "héroes" manufacturados, era por mucho preferible escoger el procedimiento de la sucesión natural del *de cujus.* Por lo demás, los cuidados del buen padre imperial no podían darse el lujo de afrontar la explosión de los nuevos apetitos nacidos del heroísmo manufacturado'.

De ese modo, la estrategia abarcaba la desaparición de Rafael L. Trujillo e inmediatamente el sacrificio de los criminales materiales. Efectivamente, de la veintena de comprometidos en el crimen del 30 de mayo de 1961, todos, con excepción de dos afortunados, fueron a sus veces liquidados por los sucesores naturales del sátrapa. El plan de mantener la situación dominicana bajo control antes y después de la muerte de Trujillo y como prevención contra todo riesgo, se aplicó correcta y ajustadamente, facilitado por la degeneración nativa. El único error —error de cálculo por vía deductiva— en que incurrieron los estrategos del imperio consistió más tarde en considerar como anodino evento, dentro de la prolongación del plan, la elección de Juan Bosch para proseguir la "democratización" de Santo Domingo. Bosch era por su condición de artista, un tipo de *homo novis* para los jerarcas del imperio, pero sus relaciones con los demócratas hemisféricos al servicio del *statu quo* confundieron a la metrópoli. La plutocracia, desde luego-, no estaba en condiciones de distinguir las posibilidades de diferencia entre un artista y los mercaderes, terratenientes, aventureros, políticos frustrados y drogómanos concupiscentes. Pequeñas sutilezas que no pueden ser percatadas por los vendedores de aceite para automóviles habría de forzar a los señores metropolitanos a guillotinar el "experimento democrático" de Santo Domingo cuando apenas Bosch contaba con seis meses y días en el puesto de mando insular. De todos modos, ganaron así una nueva adquisición para perfeccionar el sentido de la previsión extrema, que es un sentido que generalmente aparece cuando su uso resulta inoperante. Del hecho histórico consistente en la completa desconexión entre el pueblo dominicano y el asesinato del sátrapa Rafael L. Trujillo derivó la máxima facilidad con que se ha desarrollado la conversión del estado de intervención en estado de dirección, la cual ha tenido lugar en Santo Domingo como fenómeno extremo dentro del panorama general del imperio.

Aún sin participación en un hecho de esa naturaleza, una comunidad normal dentro del standard del subdesarrollo económico y político puede ser perfectamente capaz de modificar en parte o, por lo menos, de condicionar el proceso subsiguiente. En Santo Domingo la aplicación de la estrategia de la prevención extrema de parte del imperio se ha realizado con la máxima comodidad. El paso de intervención a dirección ha sido marcado con extrema, fluidez, a plena lubricación. La comunidad corrompida, disuelta, ha sido incapaz de oponer la más nimia defensa y el imperialismo

ha culminado su control en la instalación de un nuevo sátrapa *sui generis,* un instrumento sajón carente de los atributos de ferocidad característicos de los autócratas clásicos de América, pero provisto abrumadoramente de una tremenda capacidad de apoderado especial y de la condición de mandadero bilingüe, pues el inglés es su lengua original.[1] Naturalmente, el país carece de la condición de dignidad mínima para no merecer semejante degradación colonial.

Una verdad es evidente: el imperio no asesinó a su criatura y criado para luego abandonar la satrapía a la buena de Dios o de la izquierda. La lubricada superficie sobre la cual se deslizó el proceso de la prevención condujo, como hemos visto, al presente estado de dirección, el cual no es comparable, ni siquiera con el espectáculo de Puerto Rico, donde leyes y escrúpulos impuestos por la hermenéutica de la política doméstica federal fijan al imperio la necesidad de mantener la vigencia de determinados mitos políticos. El dominio metropolitano en Santo Domingo es absoluto y desembozado. No existen siquiera ribetes del cinismo que tan pródigamente florece en todos los confines del reino. La dirección pública y ostensible a cargo de la embajada y de la misión militar es una realidad que en otras circunstancias integraría el arquetipo del escándalo. No se guarda una sola fórmula de apariencia como aconteció durante los treinta años trujillistas, cuando el apetito económico del tirano forjaba de cuando en vez violentas contradicciones de superficie. La sumisa postración de la comunidad amaestrada es tan compleja que no es menester ahora encabezar la satrapía con el diputado sanguinario típico de la historia de América. Un esmirriado bedel bilingüe, con figura de *jockey* de Vermont Park, es suficiente.

En teoría, la perspectiva de recuperación dominicana implicaría la superación de cuatro obstáculos sucesivos y cada uno de mayor altura que el precedente. Son los siguientes:

1. — La propia incapacidad síquica y orgánica formada por la masa desposeída y paralizada que es anticomunista "porque el socialismo la despojará de todo cuanto tiene o posee". La comunidad debe luchar contra sí misma, contra su propia deficiencia estructural y contra su descomposición acabada.

2. — Los encomenderos de la oligarquía y la gran mayor parte de la esquemática clase media que funciona como apéndice antropológico de la primera. Sacrificados ya los valores óticos en su totalidad, la satisfacción de las necesidades materiales y la práctica de la conservación a todo costo de los valores materiales, tienen en el país una fuerza de gravedad irresistible. La desmoralización total no permite que la subminoría progresista aumente cuantitativamente una pulgada. Por lo contrario, la subminoría que pretende resistir y acaso luchar pierde diariamente cifras gracias a la osmosis de la perversión y a la esterilidad demasiado cruda del empeño.

3. — Las fuerzas armadas de carácter burocrático e hipertrofiadas. El número de

[1] Donald Joseph Reid Cabral. Este libro fue escrito en 1964.

efectivos militares y policiales es mayor que en un país como Venezuela, dieciocho veces más grande en superficie y en estado de guerra civil. Imaginar que la realidad conformada por las fuerzas armadas dominicanas es asimilable a la de los restantes países americanos, estaría fuera de toda proporción. Las fuerzas armadas de Santo Domingo no constituyen un cuerpo militar deformado y viciado como el existente en áreas aproximadas (Nicaragua, Paraguay, Guatemala, Ecuador, Honduras), donde todavía predomina la clásica escena proverbial de América, sino una desbordada banda de criminales burocráticos[2] que ingresan a las filas con conocimiento previo y exacto del ejercicio de la criminalidad insoslayable. Basta el más efímero y periférico contacto con cualesquiera oficiales para que funcionen en el investigador los reflejos de la incredulidad. Es la ignorancia absoluta, armada e impune, en función ya habitual de institucionalizar todas y cada una de las manifestaciones de la transgresión. Fuerzas armadas burocráticas sin tradición de defensa nacional y asalariadas para el cometido de la represión, no importa los grados de ésta. Faltos de todo género de iniciativas morales, los oficiales y clases desempeñan un oficio de criminalidad profesional. No existe la remoción propia de los sistemas de conscripción o reclutamiento, sino el engrosamiento continuo de aspirantes que se esfuerzan en el ingreso a sabiendas de la naturaleza de las actividades que deberán cumplir. No se trata siquiera de los cuerpos castrenses movidos eventual e inusitadamente por las órdenes del cuartelazo intermitente, sino de verdaderos artesanos del estado de criminalidad crónica. La incondicionalidad de la oficialidad bajo la dirección norteamericana es mayor que bajo Trujillo, puesto que ahora disponen de la soltura administrativa que el tirano ladrón jamás permitió. Tiene perfecta conciencia del estado de impotencia colectiva de la comunidad, razón por la cual carece hasta del freno que imponen las fluctuaciones del poder. Sólo se amedrenta ante la idea del poderío supremo de las fuerzas del imperio y este temor suprime en su fase germinal cualquier brote de la ambición o de la rivalidad. Trujillo la habituó a una capacidad económica, fraudulenta, de simples rateros, lo que la hace inmune a los desbocamientos de la voracidad política. Sus componentes no son miembros de casta ni atraviesan planteles de conocimientos técnicos, razón por la cual observan respecto del amo el mismo abyecto servilismo generalizado en el país, pues proceden del mismo pueblo en largo proceso de deshormonización. Sobre todo cuando el ilimitado ejercicio criminal no lo realiza en función de provecho autónomo, sino siempre en beneficio de la fuerza que se le sobrepone.

4. — El poder imperial. Acerca de los efectos del poderío norteamericano sobre la comunidad civil y los cuerpos castrenses insulares aparece un fenómeno de índole inhibitoria que agudiza el estado de cobardía específica del país. Superpuesta sobre la totalidad del conglomerado rige la convicción absoluta de que en cualquier momento

[2] Acerca de las características del régimen burocrático, del cual es una manifestación típica el dominicano, véase la obra citada *The Political System of Empires,* por S. N. Eisenstadt.

histórico, sean cuales fueren las circunstancias, el desembarco de la infantería de marina y demás fuerzas de ocupación yankis, serán un hecho incontrovertible. Amén de tratarse de la extensión del gran miedo vernáculo hasta el lindero internacional, el fenómeno tiene raíces en el hecho histórico de la alegre y fácil ocupación militar de 1916.

El estado de atemorización debe ser agudizado de conformidad con el ritmo del pánico periódico o intermitente. La exacerbación del miedo procede a través de símbolos que personifican la fuerza superior. Durante la tiranía trujillista el ruido de los motores de los vehículos "Volkswagen" empleados por el régimen como medios de represión, simbolizó la crisis de pánico de la comunidad. La sumisión irrestricta bajo la dirección extranjera tiene asimismo su símbolo empavorecedor en la circunnavegación del país a cargo de los portaviones norteamericanos. Ante la visión de las unidades navales yankis en el piélago insular la figura sicointelectual del desembarco inevitable hace acto de presencia en la universalidad de los nativos. El fenómeno es de índole inhibitoria porque en modo alguno la idea —sensación de la invasión violatoria— acarrea concomitantemente la decisión, por lo menos en una proporción importante del conglomerado, de resistir la agresión militar extranjera. Por lo contrario, entra en actividad el mecanismo que predispone a la aceptación de la presunta realidad como un hecho incontenible e irremediable.

Por otra parte, el imperio, acostumbrado a un siglo de solicitudes de los ocupantes del poder nativo —desde Báez a Balaguer— en el sentido de protección de la tenencia del solio ejecutivo, sabe a ciencia cierta que la sensación y la idea del desembarco incruento están a la mano del nativo y que su desencadenamiento opera con la sola presencia del símbolo. Créase así un círculo vicioso muy común en los anales de la sicopatología. El fenómeno, por lo demás, no se reproduce hoy en parte alguna del hemisferio, mucho menos después de la pedagógica ocurrencia de Playa Girón en 1961, y su vigencia en Santo Domingo tiene, desde luego, el valor de lo sintomático. Es comprensible, por tanto, que con una intención rutinaria de carácter medicinal las autoridades subalternas del imperio ordenen periódicamente la humeante regata de sus portaviones ante las poblaciones costeras del país.

El lector podrá extraer sus propias conclusiones acerca de las posibilidades de un pueblo mal dotado y encanallecido frente a las cuatro vallas que se levantan en el camino de su adecentamiento y dignificación, no digamos de su liberación. La perspectiva empeora porque ese pueblo carece de reservas como consecuencia de su disolución social, del insólito grado de su corrupción. Las nuevas generaciones, que son, en teoría, las únicas posibles reservas potenciales, son rápidamente, más que absorbidas, tragadas por el contagio degenerativo. Tales nuevas generaciones irrumpen dentro de la comunidad presa del proceso disolvente, manifiestan su instintiva proclividad en favor de la reivindicación, de las sanciones, de la necesaria regeneración revolucionaria. Más, prontamente, la nueva gente queda a su vez disuelta en el panta-

no circundante. La lucha se entiende estéril y demasiado desproporcionada. Trátase de una subminoría que no logra repercutir en el grueso de la comunidad podrida y el soborno, la fatiga, la desesperación, la presión familiar, utilitarista, se encargan de establecer rápidamente la homogeneidad putrefacta. Las nuevas generaciones necesitan, cuando menos, condiciones mínimas de crecimiento, desarrollo y protección. No se exige la aparición espontánea de un régimen revolucionario de la noche a la mañana, sino la creación de un mínimo de envolturas sociales capaces de detener la absorción que las condiciones reinantes ejercen sobre los nuevos estamentos incontaminados.

Es cierto que el tirano desapareció, como era de esperarse, pero las categorías negativas por él acentuadas continúan vigentes y normalizadas. La colectividad aprendió a vivir de un modo peculiar gracias al sacrificio de los valores éticos en aras de los valores materiales y la forma de vida elaborada por todo un proceso histórico de más de un siglo hasta culminar en la hecatombe trujillista, es la que dicta las pautas generales aun sobre quienes nada tuvieron que ver en su elaboración. Sólo protegiendo a las nuevas generaciones con un mínimo de condiciones de asepsia social, mediante la contención de los vicios y de la desmoralización de los mayoritarios sectores infestados, podría obtenerse el derecho de esbozar perspectivas de recuperación.

Tal fue el valor histórico que prometió el gobierno de medio año del presidente Bosch, no obstante su carencia de espíritu revolucionario y sus errores de psicología electoral, los cuales, avanzamos aquí, le granjearon paradójicamente la victoria a través de la prédica de la mansedumbre en una comunidad acobardada en grado superlativo. Bosch asomó, en los pocos meses de semigobierno, que estaba en disposición de contener por lo menos el trabajo virulento de la corrupción. Pero su decencia de miras, su ilusión patriótica, su soledad mecánica, limitadas por el contrapeso de su temperamento y carácter inadecuados para las medidas enérgicas y hasta cruentas, dieron al traste con su ensayo preparatorio rápidamente degollado por los mismos males que era necesario mantener a raya: la corrupción, el miedo y el perverso interés imperialista a cargo del comando pentagonal y plutocrático, del cual estaba momentáneamente divorciada la posición del presidente Kennedy respecto de determinadas pautas.

La efímera administración de Bosch y su derrocamiento por la triple fuerza de la oligarquía, de la dirección militar yanki y de la pandilla de asesinos castrenses nativos, constituyeron el pródromo más notable del crimen de Dallas pocas semanas más tarde. Kennedy acababa de expresar pública y privadamente su respaldo a la todavía tímida actitud del presidente dominicano, en contraposición con la estrategia de prevención abortiva asumida ya como fórmula categórica del Pentágono y de la plutocracia yanki. Bosch acababa, a su vez, de colidir en el pequeño país con la misión

militar norteamericana en pleno,[3] a cuyos miembros había censurado directamente sus relaciones extralimitadas con la oficialidad insular. La impericia diplomática del embajador de Washington, John B. Martin, cuya propia incapacidad fue sorprendida por el cuartelazo del 23 de septiembre de 1963, contribuyó en gran parte a la celeridad del golpe de estado contra Bosch. La ineptitud del improvisado diplomático no permitió que la iniciativa del presidente Kennedy en la propia capital del imperio pudiese al menos prolongar la vida de la administración dominicana. De todos modos, la protesta del mandatario estadinense y su subsiguiente negativa a extender el reconocimiento al gobierno de facto insular precipitaron, a sus veces, como signos de la pasajera controversia entre la Casa Blanca y el Pentágono, el asesinato de John F. Kennedy, la alternativa de rigor para los monopolistas y generales metropolitanos, quienes vacilaban ante el extremo del golpe de estado contra el mandatario rebelde. En Estados Unidos de Norteamérica el cuartelazo carecía de precedentes. No así el asesinato presidencial. Este último era, por supuesto, la selección obligada.

La actitud norteamericana posterior al golpe de estado del 23 de septiembre de 1963 no significa otra cosa que la recuperación del estado de dirección momentáneamente sacudido durante el corto período de Bosch. El expresidente constituyó una sorpresa para tirios y troyanos. Se le esperaba sumiso e indigno por sus anteriores, recientes nexos con los entregados que sucumbieron a ciertas realidades hemisféricas, sobre todo cuando Bosch carecía de pasado intransigente y aparecía, por su historia personal, alejado de todo radicalismo. Su candidatura, no obstante determinados detalles de omisión captados por el imperio en el curso de la campaña electoral, hacía presagiar un diputado cómodo en la presidencia de la satrapía. En otras palabras, la sustitución de Balaguer, el sucesor de Trujillo, y del Consejo de Estado, el *entreguismo* elevado a la categoría colegiada, por el señor Bosch, no despertaba alarma alguna y auguraba, tras la hermenéutica "democrática" del imperio, la legalización constitucional del estado de dirección. Bosch no rompería, pues, el plan de control elaborado simultáneamente con el asesinato de Trujillo; no sería, en fin, una solución de continuidad en el desenvolvimiento de la solución del pequeño problema dominicano susceptible, potencialmente, de escapar del rígido dominio metropolitano si el tirano decadente moría sin zapatos a manos de alguna enfermedad o achaque, o calzado de ambos pies a manos de una acometida con apoyo fidelista.

Pero el presidente Bosch partió el hilo del plan preconcebido; y no lo hizo mediante una agresión rebelde —que para ello careció de tiempo, de colaboradores y de carác-

[3] El incidente, acaecido poco antes del golpe de estado de 1963, consistió en una urgente convocatoria que hizo el presidente a los miembros de la misión militar norteamericana, a quienes increpó en presencia del embajador John Bartlow Martin por las irregulares relaciones sostenidas por los militares del imperio con la oficialidad de la satrapía. Bosch, por razones de política tradicional, ha callado el incidente en "sus escritos y declaraciones posteriores".

ter—sino por medio de un bosquejo de establecimiento en el país de lo que podríamos llamar una especie de sistema ateniense en el fresco feudo trujillista. El mandatario se había sentido animado por el aliento del presidente Kennedy, quien no le había tratado con la soberbia prebostal característica del emperador hemisférico de turno en el palacio blanco. Bosch creaba, así, el mismo peligro, o un peligro mayor, que el que representaba la inexorabilidad de la desaparición de Trujillo si ésta hubiese sido dejada a la buena de Dios o del diablo. La libertad boschista —sin deportaciones ni asesinatos ni encarcelamientos de miembros de la débil e incipiente subminoría de vanguardia— era una apertura aleatoria susceptible, en realidad teóricamente, de desembocar a la larga en el segundo susto continental. Bosch atentaba de ese modo contra la estrategia de máxima prevención del imperio al permitir libertad de acción cívica a nacionalistas y socialistas en su gran mayor parte cargados de las deficiencias típicas de la historia vernácula y colocados en medio de una colectividad castrada, desorientada e inepta. Los yankis, sin embargo, abastecidos de su propia experiencia en cuanto a las posibilidades de realización de las colectividades mediocres, no estaban dispuestos a permitir siquiera que se forjasen los prerrequisitos más o menos necesarios para la producción mediata de milagros.

El error imperial respecto de Bosch tiene que hacer, esencialmente, con la condición intelectual del expresidente derribado. Este representaba un caso nuevo en las historias provinciales del imperio. No se trataba de la llegada al poder del clásico coronel, del banquero o del mandarín panameño que son los transeúntes encargados del mando provincial en América. Bosch era un hombre de letras, un artista que llegaba a la presidencia con dos finalidades capitales: pasar honestamente a la historia de su pequeña y abrumada patria y reivindicar su nombre de cualquier turbidez pasada, abofeteando de paso a quienes hasta el momento de su victoria electoral le habían hecho blanco de las peores injurias. De ambas finalidades tenían que nacer forzosamente realizaciones y abstenciones inaceptables para la tolerancia imperial y la voracidad de la infame oligarquía nativa, la cual estuvo algunos años incapacitada de mantener el ritmo clásico del enriquecimiento colonial porque la diputación local estuvo a cargo del empresario Rafael L. Trujillo.

Bosch no podía, pues, perdurar en el camino que había emprendido, sobre todo cuando, además, estaba desprovisto de la posibilidad de respaldo heroico del pueblo, al cual él mismo suministró la última dosis de pasividad a lo largo de una campaña electoral de deshormonización.

2.—*La situación internacional como consecuencia del equilibrio de fuerzas que representa una potencia o bloque de potencias respecto de otra potencia o bloque de potencias.* Este factor circunstancial está en íntima relación con el anterior y respecto del mismo la distancia geográfica juega un papel de primera importancia. Este factor se hace más influyente cuando la correlación de fuerzas internacionales está integrada, no por potencias del mismo carácter reaccionario, sino por potencias esencialmente

antagónicas en cuanto a la finalidad de su poderío, cuando, en fin, de un lado del equilibrio se hallan potencias dispuestas a colaborar en la liberación de los territorios sojuzgados por el otro extremo de la relación de fuerzas. La presencia de las potencias amigas o teóricamente aliadas de los países dependientes en lucha por su liberación, produce el doble fenómeno de crear condiciones favorables para el buen éxito de los esfuerzos liberadores de los territorios mejor preparados intrínsecamente para la independencia y más incómodamente ubicados respecto del uso de los medios de prevención y represión de parte de las potencias imperialistas. Tal fenómeno de resultados desiguales no niega la consecuencia general de conformidad con la cual la existencia del bloque revolucionario socialista significa por sí sola la creación de condiciones genéricas favorables a los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y dependientes, pero sí establece o fija lo que podríamos denominar un orden de lucha liberadora, según las distintas zonas geográficas de influencia y el grado de preparación y capacitación internas de los países oprimidos.

Tampoco significan los resultados desnivelados del fenómeno en cuestión que los pueblos ubicados en las zonas peligrosas y desprovistas de la capacitación y preparación propicias deben resignarse, en su posición menos favorable, a esperar el cambio conveniente en la correlación de fuerzas internacionales. Por lo contrario, tales pueblos geográfica e intrínsecamente infortunados deben redoblar sus esfuerzos en pro de los logros elementales de preparación y capacitación, no sólo como propia contribución a sus propósitos de liberación, sino también como aportación a la más pronta decisión de la lucha de los pueblos más afortunados y al alcance de la cada vez mayor homogeneidad del grupo de países dependientes en combate activo contra las fuerzas internas y externas de sumisión. Efectivamente, la creación de perturbaciones de masas o de focos insurreccionales en los territorios más fácilmente accesibles para las fuerzas y los recursos imperialistas repercute en la disminución de la presión imperial sobre los territorios menos cómodos para la acción de dichos recursos y fuerzas.

Por otra parte, la necesidad de mejorar las condiciones objetivas y subjetivas de las comunidades más retrasadas, amén de acelerar la oportunidad liberadora, habrá de permitir el máximo aprovechamiento de las eventuales coyunturas propicias que emanan intempestiva o inusitadamente del proceso de la correlación de fuerzas internacionales, coyunturas que, de otro modo, pasarían sólo contemplativamente para las comunidades en perenne estado de impreparación e incapacidad.

3.—*Incapacidad intrínseca de determinadas comunidades humanas, las cuales experimentan una virtual incapacidad para la integración y conformación efectivas de la minoría de vanguardia.*

Determinadas colectividades no sólo se encuentran en pésimas condiciones de incapacidad e impreparación, sino que también exhiben la imposibilidad casi absoluta respecto de las perspectivas visibles o aun presumibles en la ruta de su liberación nacional. Trátase de conglomerados donde no operan de manera regular los princi-

pios y leyes de la dialéctica y en el seno de los cuales no funcionan correctamente las causas tenidas como determinantes de efectos previsibles. Son casos de excepción en los cuales, por ejemplo, los mismos factores que bajo las mismas circunstancias y condiciones producen determinados resultados en otros medios, carecen en ellos de fuerza generadora alguna a lo largo de lapsos muy prolongados y, en veces, en el curso de casi la totalidad de su historia. No se trata simplemente de comunidades en las que ha podido fallar un conato festinado de revolución o una eufórica situación pre-revolucionaria. Deseamos aludir a pueblos no sólo impedidos de adelantar siquiera a un ritmo lento e irregular y hasta caótico, sino que se muestran con dificultades de locomoción tan completamente nugatorias que hacen pensar en la existencia de estructuras o lesiones paralíticas de dificilísimo remedio. La dialéctica no rechaza ni cierra sus puertas a ciertas evidencias de carácter intangible, pero de signos objetivos, las cuales no sólo no son incompatibles con las ciencias sociales sino que complementan o suplementan sus recursos y pautas. Las experiencias y manifestaciones de naturaleza síquica no pueden ser apartadas drásticamente de las interpretaciones materialistas de la sociedad humana[4] y hay incluso factores pertenecientes al ambiente o hábitat cuya influencia modificadora o cambiante es de todo punto innegable.[5] Más aún, existen errores históricos contra-naturales, consagrados de manera contumaz, que constituyen en realidad verdaderos absurdos sociales mantenidos y sostenidos a contrapelo del sentido común y de la lógica. Regresando al origen de semejantes incongruencias permanentes, es posible, al recorrer fielmente sus historias, dar con explicaciones dialécticas que no se alcanzan a través de otros métodos de interpretación y estudio. La índole artificial de algunas realidades actuales es, muchas veces, la genuina fuente de insuficiencias perpetuas o de deformaciones crónicas peculiares de esas realidades, cuya estructura y dinámica regresiva o inercia virtual no se entienden de otro modo. Torpezas propias e intereses extraños han pretendido y logrado construir y cimentar auténticos absurdos que resultan consecutivamente consolidados por esos mismos intereses y torpezas. Y es posible llegar de esa manera a hechos históricos seculares de muy difícil rectificación y a problemas sociales de solución laboriosísima.

Hoy asistimos, pongamos por caso, a la confrontación del problema chipriota, para

[4] Naville, Pierre, *obra citada, pág. 311,* donde el autor concluye afirmando que "las relaciones entre los métodos y los dominios particulares de la sicología y los de la ciencia social admiten, pues, formas variadas y complejas *que es necesario determinar en cada caso*".

[5] *Ibidem, pág. 11.* "Pero el materialismo dialéctico no es un conjunto de dogmas, un "sistema" cerrado, una construcción total y, por eso mismo, tatuada de apriorismo, sustraída a las formas nuevas de la experiencia y de la teoría. El materialismo dialéctico es, por lo contrario, un método de interpretación y de investigación, un "hilo director para la noción" y, como todo método eficaz, él se modifica también con la transformación que la evolución de nuestra sociedad nos propone y que debemos resolver por nuestras propias fuerzas".

cuya solución el punto de vista turco propone la absurda división de la diminuta isla en dos estados. Si semejante tesis fuere acogida no se estaría solucionando un problema sino dividiéndolo en dos, esto es, duplicando la perturbación en la seguridad de que inmediata o mediatamente habría dos problemas arrojados a la inmensidad del tiempo. Aun implantando la obligatoriedad del uso de anticonceptivos para chipriotas de estirpe turca, los dos problemas originarios culminarían en una serie impredecible de problemas, a saber: el problema chipriota griego, el problema chipriota turco, el problema chipriota greco-turco, el problema greco-turco metropolitano y los problemas imprevisibles entre otros estados aislados o políticamente favorecedores, por propios intereses, del estado chipriota griego, del estado chipriota turco, de Grecia y de Turquía.

Es perfectamente posible que en semejante error se haya incurrido anteriormente en la historia con la correspondiente multiplicación de problemas y, lo que es peor todavía, con la inevitable consolidación de todas y cada una de las consecuencias y derivaciones agravantes del error. Dentro de cada estado, generalmente nominal durante un espacio de tiempo de duración imprevisible, se desarrollan y toman cuerpo sensaciones, emociones, egoísmos, criterios, apetitos, necesidades, pugnas, designios, estados de ánimo y mentales que son precisamente los que luego harán dificilísima, laboriosísima, la rectificación del error originario y la solución de los múltiples problemas por él engendrados innecesariamente. El fraccionamiento o balcanización del mundo y, particularmente, de las zonas coloniales cuyos territorios han de transformarse, conviene a los intereses imperiales. La creación de reducidas jurisdicciones dependientes facilita su administración, dominio y explotación al mismo tiempo que asegura la vigencia colonial y dificulta la supervivencia autónoma. La polarización del patriotismo es muchas veces una creación artificial de los imperios que contribuye a su supervivencia y a la perdurabilidad de su influencia neocolonial. El aforismo "divide y vencerás" tiene en esta fase de la historia universal su mejor verificación calculada. Por lo demás, las grandes potencias cambiaban así sus grandes billetes territoriales en menudo para las indemnizaciones de guerras.

El territorio insular de reducida dimensión no es propiamente adecuado para el asentamiento del estado. Las islas pequeñas no han sido en la historia ejemplos frecuentes de asientos de naciones autónomas. Los archipiélagos representan una más adecuada base física para la vida política independiente, ya que existe una relación complementaria entre las porciones insulares que los componen. Los casos de estados no sólo perdurables sino de evidente hegemonía regional o universal, asentados en archipiélagos (Gran Bretaña, Japón), constituyen ejemplos históricos concretos y antiguos. No ha sucedido lo mismo con las islas individuales, cuya existencia como naciones soberanas es sólo en los tiempos contemporáneos cuando ha sido posible verificar (Islandia, Chipre, Ceilán, Madagascar, Malta). Si tomamos solamente las porciones de una sola isla el caso resulta insólito a la luz de la historia.

Cuando a principios del siglo XIX el estado independiente de Haití surgió como entidad autónoma en la tercera parte de la isla Hispaniola, el acontecimiento carecía de precedentes. El fenómeno sólo se repitió en el caso de la República Dominicana en 1844 y, más tarde, de Cuba, ya en territorio insular completo, un siglo después. Centenares de islas pequeñas continúan siendo colonias y posesiones de metrópolis situadas generalmente a considerable distancia. Los casos de porciones insulares de Borneo y Nueva Guinea todavía bajo jurisdicciones metropolitanas, no obstante la gran población de Indonesia, son significativos. Durante cien años la isla Hispaniola, portadora de dos estados nominalmente independientes, fue singular ejemplo histórico en el mundo. Haití vio su soberanía suprimida durante cuatro lustros a partir de 1915, pero su independencia fue hasta esa fecha rigurosamente sostenida y en ningún momento de su historia cobró auge en la república negra movimiento alguno tendente a alienar la autonomía nacional. En la República Dominicana la soberanía nacional ha estado continuamente amenazada no sólo por el apetito imperialista, sino también por el anexionismo de sus habitantes. Durante los 22 años de dominio haitiano sobre toda la isla la soberanía insular resplandeció como nunca antes y como nunca después.

Causas económicas, políticas y de integración produjeron el derrame haitiano sobre toda la isla. Poderosas razones de defensa nacional, de geografía humana y política, de protección racial y de lógica social, sirvieron de base a la tesis haitiana de la indivisibilidad política de la pequeña isla. Para los antiguos esclavos africanos dueños de su propia suerte por primera vez en África y América, después de la embestida colonizadora europea contra los dos continentes, resultaba indudablemente perturbadora y problemática la perenne tendencia de la comunidad vecina en busca de metrópolis poderosas, lo que equivalía al contaminado empeño de tratar de traer a la isla la presencia física de un imperio explotador. La lucha por la liberación de los esclavos y por la independencia haitiana es uno de los más extraordinarios movimientos de la humanidad, no sólo por las finalidades perseguidas, sino también por el poderío de los diferentes enemigos que fueron sucesivamente derrotados en un área de sólo 27.000 kilómetros cuadrados.

La conciencia nacional haitiana existe confirmada desde los albores de la independencia. Que esa conciencia nacional haya sido originada por el pavor a la esclavitud inhumana, no representa desmejoramiento alguno para quienes por encima de todos los defectos y calamidades han mantenido siempre elevado el honor nacional. La minoría mercantil y latifundista haitiana, reaccionaria desde luego, ha estado caracterizada por la segregación racial. Es una minoría de mulatos y blancos en pugna siempre con la abrumadora mayoría de negros. En las ocasiones en que esa minoría ha detentado el poder su objetivo inmediato ha sido la expoliación de las masas paupérrimas, pero a través del respeto de la soberanía nacional impuesta por la gran mayoría negra de la población. La coalición burguesía-imperialismo ha sido constituida,

desde luego, pero sin el atentado de lesa autonomía. Las páginas de la historia haitiana están repletas de la honesta altivez de sus hombres públicos, en sus varias categorías, frente al poder extranjero. Hombres como los mulatos Dartiguenave y Lescot son excepciones muy dispersas.

Cuando en 1821 el seudoautonomista José Núñez de Cáceres proclamó la separación de España, pero colocando la parte oriental de la isla bajo el protectorado de la Gran Colombia, donde no había sido aún abolida la esclavitud, los líderes haitianos, dirigidos por el estadista Jean Pierre Boyer, se apresuraron, movidos asimismo por necesidades de economía política y por la invitación de fuertes grupos de la población oriental, a tomar posesión de la totalidad del territorio insular. La llamada dominación haitiana fue una verdadera conjugación de las dos poblaciones. Las tropas encargadas de guardar el orden público en la región española eran, en su gran parte, nativas de la misma, así como la burocracia. Representantes legislativos de la parte española formaban parte de las cámaras en Puerto Príncipe. El presidente Boyer siguió una relativa política promiscua de amalgama demográfica y los rigores dictatoriales del régimen no constituyeron una exclusividad de la parte ocupada, sino que incidieron sobre la totalidad del territorio. De ahí que la insurrección contra el dictador fue un movimiento específicamente haitiano aprovechado de inmediato por los separatistas orientales. Aunque la ideología duartista, génesis política de la nueva República Dominicana, exhibió rasgos y conceptos autonomistas de inspiración europea, ella se vio adulterada por escrúpulos racistas de segregación haitianófoba.

Evidentemente, la creación de la República Dominicana representó la precaria constitución de un nuevo estado en un territorio inadecuado. La falta de precedentes geográfico-históricos permite pensar que la fundación del estado dominicano constituye un absurdo político, sobre todo si se toma en cuenta la baja densidad de población de la región insular elevada a la categoría de entidad autónoma. Lo mismo podría afirmarse respecto de la fundación del estado haitiano en 1804, pero en los acontecimientos que tuvieron lugar en la porción occidental de la Hispaniola a fines del siglo XVIII y principios del XIX estuvieron en juego designios de liberación racial y la finalidad suprema de romper el yugo esclavista. La proclamación del estado haitiano fue así el corolario ineludible de la abolición violenta de la esclavitud, amén de haber sido realizada mediante el rompimiento de los vínculos de dependencia colonial, que supeditaban el país a los designios imperiales de la metrópoli francesa. La extensión de la jurisdicción haitiana a toda la isla Hispaniola en 1822, mediante la ocupación de la parte oriental de la misma, resultaba, por tanto, el otro inexorable corolario de la insurgencia antiesclavista. Es claro que tal extensión jurisdiccional no podía haberse ejecutado anteriormente de conformidad con la racional política defensiva haitiana respecto de cualquier potencia colonial. No cabe sorpresa alguna frente al hecho de que, en 1822, a raíz del vacío del poder metropolitano que produjo la desvinculación incruenta de la región oriental respecto de España y su fallida pues-

ta en dependencia de la Gran Colombia, la administración haitiana extendiese su dominio hasta cubrir todo el territorio dentro las fronteras naturales de la pequeña isla. El gobierno haitiano no estranguló prácticamente un nuevo estado, sino que previno un simple cambio de posesión de la región oriental vecina.

Dos hechos deben entenderse como indicativos de que no existió entonces en la porción oriental de la Hispaniola el *animus* autonomista: la desvinculación de España no fue propiamente el resultado de una decisión de soberanía sino de un cambio de metrópoli, en tanto que la ocupación haitiana subsiguiente no tropezó con la más leve resistencia física. Más aún: la mutación de Núñez de Cáceres no fue respaldada ni en el momento de su ejecución ni posteriormente por sectores que pudieran tomarse como representativos de una proporción considerable de la población. En una comunidad en la que apenas dos lustros antes se había producido el regreso a España, no debe ser causa de sorpresa que el rompimiento de las amarras con la vieja metrópoli haya sido recibido apática y contemplativamente por la mayor parte de la población. Está ya claro que no existían ni vestigios de conciencia nacional. El país carecía, además, de población numérica suficiente para constituir un genuino estado nuevo. Es una evidencia histórica que el presidente Boyer había recibido invitaciones orientales para que cubriese con su jerarquía la totalidad del territorio insular. La consolidación y estabilidad del estado haitiano representaba una convincente atracción para apreciables núcleos de la población antiguamente española. Y la misma España, por lo demás, no había mostrado reacción concreta alguna ante la novación política de finales de 1821.

Por otra parte, cuando en 1844 y años subsiguientes se libra la contienda militar resultante de la separación febrerista y de la proclamación de la República Dominicana, la guerra tiene lugar siempre en territorio oriental y en ningún momento las armas del nuevo estado, las más de las veces victoriosas en la defensa, penetraron en la jurisdicción haitiana propiamente dicha. La oportunidad, sin embargo, era propicia para forzar una paz firme impuesta o exigida por los vencedores en Puerto Príncipe o para apoderarse del dominio de la isla entera conservando la unicidad del estado insular. Acaso predominaron los escrúpulos racistas haitianófobos o el complejo colonial de la partición de la isla en dos jurisdicciones dependientes.

La misma tesis del pavor haitianófobo, gracias a la cual una escuela histórica ha pretendido justificar la reanexión a España en 1861, presta fuerzas al absurdo geográfico-histórico de la división de la Hispaniola en dos estados y a la precariedad del sostenimiento de la soberanía más joven. La tesis, por lo demás, ratifica la prevaleciente haitianofobia racista en sustitución de la ausente conciencia nacional. Es difícil determinar hasta donde congenia con la ética patriótica la postura de una sociedad que deseaba la existencia pacífica en función colonial antes que la convivencia con la población mayoritariamente negra que ya contaba con la prioridad política en la isla. Todo indica que se habían transformado en herencia poderosa las rencillas colonia-

les, las cuales traducían la animadversión contra los aventureros que hicieron de la parte occidental de la isla el punto de partida de travesuras delictivas consistentes en hurtos de ganado, contrabandos y ocupaciones fraudulentas de fincas y haciendas despobladas. Es igualmente difícil precisar el límite de la influencia del complejo del híbrido mulato tan proclive a preferir la sumisión a su ascendencia menos oscura.

Lo cierto es que la constitución del estado precario —complicada la precariedad insular por la ya vieja edad embrionaria de sus procesos básicos, no ya inconclusos sino perpetuamente incipientes— ha creado atribuciones y deberes. Ha creado deberes y atribuciones en sus hijos desesperados y perplejos ante la inercia tenaz de la patria, pero ha forjado también, al mismo tiempo, medios y oportunidades de utilitarismo, venta y entrega para sus hijastros que la negocian como una fruta vieja.

Existe, pues, la obligación heredada de continuar y perpetuar el disparate geográfico-político que nos legaron idealistas equivocados, quienes no tuvieron la fortuna de nacer en otro lugar de la tierra más propicio para sembrar sueños y luchas, o rabiosos racistas que debieron haber venido al mundo en los paraísos del planeta. No es posible a estas horas echar atrás lo andado ni devolver la herencia. Tienen que ser cumplidas las obligaciones, pero éstas habrán de ser enderezadas hacia metas más acordes con los mejores principios humanos de sanción implacable, de convivencia insular, de comprensión histórica, de ecuánime justicia. Nosotros, los dominicanos, no somos propietarios ancestrales de la isla. Somos hijos fortuitos de dos huéspedes que se fijaron en ella de muy distintos modos. Los dueños originales ya no existen, ni siquiera como símbolos de los impactos históricos que sacudieron la isla. Esos dueños yacen escondidos para siempre y cumplen después de muertos la generosa función de hacer fértil la tierra arrebatada.

Para el cumplimiento de los deberes y atribuciones irrevocables el país ha menester de una minoría suficiente y eficaz, patriótica y revolucionaria. El presente porcentaje de desproporción entre la minoría de vanguardia y la población caracteriza al grupo transformador como una subminoría insuficiente e ineficaz, desprovista de influencia decisiva, carente de resistencia y protección, incapaz aun de imprimir siquiera en la situación nacional una sensación de respeto, huérfana incluso de cohesión, manejada por los egoísmos polarizadores. El desgaste del modesto valor cívico ha producido estragos en una comunidad tarada que goza del bullicio en los momentos de soltura, pero que se repliega cobardemente ante la presencia de la represión. La falta de agresividad es un signo negativo notable, ya que el coraje civil está suplantado por la rápida tendencia a recurrir a la indiferencia bajo el cómodo disfraz de la llamada apoliticidad. Es ciertamente inconcebible la pasiva indiferencia con que el conglomerado ha contemplado, sin inmutarse, los más terribles espectáculos y los más vergonzosos episodios. La evidencia de las más degradantes provocaciones carece de reacciones. La comunidad es una gran espectadora linfática desprovista aun de los resortes primitivos, no importa la índole del crimen ejecutado ante sus ojos. Ni la presen-

cia de un acorazado yanki en el piélago del país ni el asesinato horroroso de tres hermanas hermosas son capaces de mover el menor ademán viril. Todo, absolutamente todo, va seguido de un extraordinario silencio público que pertenece a la misma clasificación del cierre de puertas y ventanas que realizó la población capitalina en la ocasión de la ocupación militar norteamericana de 1916.

Si ahondáramos hoy en las inhibiciones de la pasividad no sería laborioso descubrir que semejante indolencia no es el resultado de un intenso esfuerzo de contención personal y colectiva, sino un crónico estado de relajamiento. La circunstancia de que alguien en función de patriotismo o de defensa social reciba la muerte o padezca el infortunio, no sólo carece de repercusiones solidarias violentas, sino que excita a los siervos a las más bajas identificaciones con la fuerza criminal. Caben aquí las dilucidaciones y análisis que en otra parte de esta historia sociológica intentamos para arrancar la explicación de determinadas peculiaridades. Es preciso estudiar las manifestaciones específicas de defensa individual y social en medio de la crisis, la escasísima capacidad de resistencia moral, la falta de resignación digna y la proclividad a la congratulación servil. Es necesario penetrar en las fáciles iniciativas de gratificación en favor de los agentes de la maldad y la opresión, en el desconocimiento del estoicismo temporal, en el doblegamiento cervical ante la amenaza latente o expresa, en la debilidad, en fin, ante el avance del contagio servil.

La acelerada predisposición hacia el relajamiento espiritual y ético y la rapidez con que contribuye a la tremenda disolución de los resortes morales, son las características del ente social híbrido de blanco y negro, integrante de una comunidad que se defiende mediante el halago al poderoso en vez de la retracción protectora.[6]

---

[6] Shishkin, A. F., *Ética Marxista,* Editorial Grijalbo, S. A., México, 1966, *pág. 19.* "Las normas morales abarcan la conducta de las personas no sólo en el marco de la vida privada, sino todo el comportamiento del individuo respecto a las demás personas y a la sociedad. Las relaciones del individuo con la sociedad, la combinación del interés personal y el social ha sido siempre el problema principal de la moral"; *pág. 73,* donde el autor cita a Lenin: "La moral sirve para que la sociedad humana se eleve, se emancipe de la explotación del trabajo"; *pág. 78.* "El desarrollo económico no determina la moral de una forma directa y autónoma, sino, comúnmente, sólo en última instancia determina el sentido en que se modifican o transforman los puntos de vista de las personas, sus normas de comportamiento, estimaciones, etc."; *pág. 79.* "En todas las épocas de la sociedad de clases, la moral, al igual que las demás formas de la ideología, ha experimentado la extraordinaria influencia de la política de la clase dominante; también ha ejercido una gran influencia sobre la moral la labor educadora de la clase dominante, ejercida, especialmente, a través de la escuela"; *pág. 80.* "Las cuestiones fundamentales de la vida de la sociedad no se pueden resolver mediante la mera lucha ideológica, mediante la propaganda de las nuevas ideas y de la nueva moral. Estas cuestiones se resuelven con una dirección política acertada..."; *pág. 129.* "El individuo responde política y moralmente del daño causado a la sociedad no sólo cuando actúa en contra y para mal de la sociedad, previendo las consecuencias sociales de su comportamiento y deseándolas, sino también cuando no prevé las

Hemos apuntado anteriormente la imposibilidad de traducir a guarismos aritméticos la desproporción minoritaria. No puede llevarse a expresión numérica la realidad de la subminoría. El hecho socio-político consiste en que todavía es escasa y reducida la cantidad de miembros de la comunidad empeñados en la necesidad patriótica de promover y realizar una transformación, un cambio en la dependencia y en la organización del país. Esa cantidad escasa y reducida representa una desproporción enorme en relación con la población total de la colectividad. De tal desproporción emana la consecuencia práctica de que la subminoría no es capaz de ejercer influencia efectiva sobre el todo demográfico ni, mucho menos, de promover los fenómenos ordenados que constituyen un proceso de dinámica política. La subminoría no crece, no ha crecido jamás. En otras palabras, el pequeño núcleo inicial no gana la adhesión indispensable de nuevos miembros para aumentar su tamaño numérico. Al mismo tiempo los componentes subminoritarios son de calidad deficiente. La negatividad del medio social no permite la conquista, la incorporación de nuevos habitantes al ritmo y proporción suficientes para transformar la subminoría en minoría. En síntesis: hay sordidez y esterilidad sociales. El trabajo adquisitivo y asimilador de los pensadores y luchadores subminoritarios no rinde resultados más allá de determinados límites; tampoco los ha rendido nunca. La subminoría transformadora ha sido siempre eso: una subminoría. El medio social no suministra nuevos luchadores en la proporción suficiente ni en la continuidad necesaria en relación con el crecimiento bruto de la población.

Es forzoso llegar a la conclusión de que la desenfrenada corrupción y las condiciones síquicas y caracterologías del mulato —dos factores complejos recíprocamente muy trabados— tienen mucho que ver con la desolación social. Ante una situación preñada de problemas, estructuras y episodios tan graves, es difícil imputar la indolente esterilidad a la simple causa de la depauperación. Los factores económicos que en otras partes y en distintos tiempos desembocan en determinados efectos —que si no son claramente decisivos por lo menos ostentan un carácter a todas luces estimulador— carecen de potencialidad en el país dominicano. El estado negativo de la comunidad ha llegado hasta el punto de que apenas es dable vislumbrar perspectivas de posible restauración de cualidades insustituibles en toda sociedad para prometer siquiera el mantenimiento de la lucha esperanzada. Los débiles, desordenados y extinguibles brotes del período inmediatamente posterior al asesinato del tirano Trujillo han servido para dejar apreciar que son muy profundos los estragos estructurales de la descomposición operada durante los últimos cincuenta años de la historia vernácula. La colectividad ha sido lesionada hasta en sus más íntimos resortes, hasta

---

consecuencias sociales de sus actos, aun cuando podía y debía preverlos"; *pág. 132.* "En la lucha de la clase oprimida por su liberación, su moral es un poderoso instrumento de las transformaciones sociales"; *pág. 237.* "En la ética marxista, el concepto de honor es inseparable del concepto del deber".

en las reconditeces que parecían intangibles y alojadas en ubicaciones inaccesibles para las armas y drogas de las crisis. Otros conglomerados sometidos a rigores similares han reaparecido con sus recursos y facultades intactos, averiados solamente los descompuestos integrantes de la minoría culpable. Nunca se vio antes un cultivo humano tan adecuado para la virulencia antisocial.

No sorprende, entonces, que sobre tal insolvencia colectiva las fuerzas imperiales y sus aliados nativos actúen sin limitación alguna en las diferentes direcciones y dimensiones. Dentro del marco del país esas fuerzas mixtas no se someten siquiera a los frenos que en otros territorios se aplican ellas mismas bajo el propio mandato del respeto a las peores tradiciones del cinismo y del crimen. La República Dominicana viene siendo desde hace ya tiempo el teatro donde se aprende a concebir lo inconcebible. Allí son rebasadas las más lejanas fronteras de la perversidad y de la comedia. Allí se vienen realizando experimentaciones de poder absolutista que no podrían reproducirse en otras partes. Los opresores reaccionarios saben a ciencia cierta que la situación del pequeño pueblo permite, sin la menor advertencia potencial, la absoluta libertad de destrucción. Allí no proceden siquiera las maniobras formalistas que se cumplen en otros campos de opresión para conservar la explotación y la conveniencia estratégica o política dentro de los moldes clásicos. La fiera soberana sabe harta y perfectamente no sólo que la selva carece de peligros, sino también que le pertenece incluso la mecánica completa de las leyes de la naturaleza.

En este estado de cosas la minoría no representa siquiera el pretexto para tratar de justificar las mayores depredaciones soeces. En un reciente libro compaginado patológicamente por uno de los intrascendentes sicarios del tirano Rafael L. Trujillo, se observan afirmaciones sintomáticas tremendas. En una de ellas dice el autor, con revelado orgullo, que "el dominicano lo soporta todo, menos la estrechez". La realidad es que el dominicano soporta la estrechez en todas sus formas, incluso la uretral. Pero, cuando la soporta, no es para enarbolarla como un trapo de redención o protesta, sino para diluirla en el servilismo más abyecto. No se retira, pues, a orinar dolorosamente gota a gota.

CONCLUSIONES

"Je parle de millions d'hommes a qui on a inculqué savamment la peur, le complexe d'infériorité, le tremblement, l'agenouillement, le désespoir, le larbinisme".
Aimé Cesaire.

¿Cuáles causas aparecen como responsables de la falta de constitución de una minoría de vanguardia cuantitativamente suficiente y cualitativamente eficaz en la República Dominicana?

Resumamos:

1. — La hipertrofia del instinto de conservación en un conglomerado pleno de taras amorales, muchas de las cuales tienen su origen en las características del hibridismo mulato, producto de dos huéspedes: el blanco explotador y el negro esclavo, cuya mezcla da lugar a un producto humano de peculiares modos de conducta social en el curso de las crisis de opresión.

No hemos tratado de inferir ni, mucho menos, de proponer una tesis racista, pero sí de reconocer modalidades de reacción humana que no se observan sólo en determinados individuos, sino que caracterizan a la universalidad de un conglomerado cuyo denominador común característico es notoriamente la identidad étnica. No es repudiable como prejuicio racista la observación de formas particulares de conducta que resultan patrimonio específico de una sociedad mestiza muy peculiar y, más todavía, única en el mundo en cuanto a que la generalidad de sus componentes contienen el rasgo común de la misma mezcla en mayor o menor grado. Negar la existencia de una sicología nacional, del conjunto de cualidades caracterológicas o idiosincrásicas, sería científicamente temerario. Acéptase el rasgo nacional como una evidencia sicosocial y acogemos diariamente una cualidad dominante y generalmente presente en la enorme mayor parte de una colectividad, como acontece sin mayores aspavientos respecto de la flema inglesa, la tacañería escocesa, el mercantilismo armenio o hebreo, la vehemencia latina.

No porque sea despectiva debe de ser rechazada la verdad del rasgo social común, ni tenido como signo de teoría racista tendiente a poner un grupo étnico dado en clasificación apriorística de inferioridad respecto de otro. Características desagradables suelen aparecer al lado de otras muy plausibles y no hay grupo étnico ni mezcla de

grupos que no tenga de ambas. No hacemos alusión tampoco a pureza racial alguna ni pretendemos aseverar que es muestra de impureza tal o cual característica general de una colectividad considerada. Simplemente anotamos una manera especial de comportarse en la situación irregular de crisis opresiva.

Hemos subrayado, al hacer mención de una forma específica de conducta, la naturaleza y finalidad de la modalidad ni cuestión. Apreciamos que la conducta servil en circunstancias de peligrosidad para el sujeto susceptible también de obrar distintamente, es en el fondo una modalidad de defensa individual y social, y que si la misma no representa un valor coincidente con el concepto de dignidad, no es una razón para eludir o refutar la categoría verídica de la interpretación.

2. — De la hipertrofia del instinto de conservación y de la modalidad servil de la conducta defensiva ha derivado una catastrófica dilución de los valores éticos sociales. Esta dilución se ha traducido en degeneración y corrupción, pérdida y deterioro de cualidades y alteración y daño en la estructura social original o, por lo menos, precedente. La sociedad ha quedado sin frenos, sin estribos, sin fundamentos.

El logro de la existencia vegetativa se realiza sin contención moral alguna. El individualismo ha tomado un cuerpo gigantesco pero depravado. Cada quien asegura su sobrevivencia o su progreso a como haya lugar. El decoro, la honestidad, el pudor, el honor y todos los demás valores específicamente humanos se han abandonado en el curso de una desbocada ceremonia cotidiana comparable a la inefable decisión colectiva de deshacerse públicamente del vestido propio. Se encuentran dos integrantes de semejante comunidad como se encontrarían frente a frente dos seres desnudos que nada tienen que ocultarse ni imputarse ni sancionarse ni temerse. Se ha evaporado bilateralmente la noción de sanción: no la abriga y la nutre uno ni la espera ni la teme el otro. Ha desaparecido, pues.

En un medio semejante desaparece también la noción de lo inconcebible por el auge descomunal de lo concebible. La facultad de concebir ha perdido el límite de su elasticidad. Donde no existe límite para hacer y deshacer tampoco lo hay para concebir. La depravación ha resultado así un efecto natural de la ilimitación objetiva y subjetiva. La adulación, la perversidad, la villanía, el adulterio, el anónimo, la sevicia, la delación y otros tantos aspectos degenerativos, no son fenómenos sociales de excepción sino de frecuencia y generalización. La corrupción de la mujer —proceso maligno que ha operado en brevísimo tiempo y con pasmosa celeridad— representa uno de los síntomas atroces a los fines del diagnóstico y del pronóstico. Tal decadencia constituye, sin embargo, uno de los procesos más explicables y terribles. La observación directa e ininterrumpida de la perversión del hombre ha devastado la propia dignidad de la mujer. No puede la hembra humana preservar su entereza, su honor, ante el compañero que destruye los suyos. Es imposible conservar indefinidamente el desnivel exagerado entre los géneros humanos. El rebajamiento público y privado del hombre causa una tremenda repercusión contagiosa y amoral en la compañera

que trueca su admiración por repugnancia. Junto al hombre envilecido la mujer no tiene otra alternativa que la de asimismo envilecerse. Y cuando estallan y se aparejan ambas decadencias todo está perdido.

Todo indica que el país ha estado bajo la presión muy intensa del despotismo durante muy largo tiempo. Mas, la comunidad ha debido resistir mejor y experimentar un deterioro menos estructural, menos profundo, menos amplio y general, tanto en cuanto a la cantidad de afectados como en lo que concierne a la variedad de signos putrefactos. Otra clase de defensa social que hubiese puesto en práctica la colectividad habría limitado en fondo y forma, en cantidad y especie, el daño moral y espiritual. Sin embargo, sería de particular interés calcular si el mismo conglomerado hubiere sido capaz de oponer, a la acción degeneradora del absolutismo, otro tipo, otra categoría de conducta defensiva, como sería una defensa de retracción social, de replegamiento resignado, de protección, en fin, de cuanto el totalitarismo no podría alcanzar y pervertir a menos que el individuo y la sociedad tomen la iniciativa de ofrecérselo. ¿Podría la comunidad mulata responder de otra manera a la presión tiránica? ¿Era acaso dable que el híbrido de blanco y negro reaccionase ante la acción despótica de una manera diferente? Las respuestas sociales son, como las individuales, actitudes de naturaleza constitutiva, sobre las cuales es apenas perceptible la influencia modificadora de factores adquiridos tales como la cultura y la educación. El servilismo y la adulación dominicanos tuvieron sus más bajos y depravados exponentes en los grupos intelectuales y pensantes del país. Los cánticos y ditirambos más repugnantes de la historia servil de la humanidad, en honor de un delincuente iletrado, están recopilados en los treinta años del absolutismo trujillista. Es difícil llegar a admitir que el espíritu humano haya podido alguna vez descender a abismos tan execrables y que la conciencia del hombre haya podido resistir un envilecimiento tan atroz. El régimen totalitario de gobierno no es una creación dominicana, pero en parte alguna del mundo ni en momento alguno de la historia puede ser encontrado un ejemplo tan abyecto como el conformado por la colectividad dominicana a lo largo de los seis lustros de Trujillo. Los más imponderables recursos morales quedaron macerados en el curso de una ilimitada carrera hacia la disolución social. El daño de tal desintegración no es factible medirlo todavía. Lo prueba la patente evidencia actual confirmada por el total descaro y la completa desvergüenza que protagonizan hoy los peores capitanes del oprobio nativo. El funcionamiento de aquella estructura indecente prosigue impávidamente.

3. — La condición geográfica —tanto la insularidad del territorio como la doble nacionalidad que en él se asienta— ha contribuido a la conformación peculiar de la sociedad. Haití, sin embargo, no obstante haber atravesado períodos de agudísimas crisis políticas culminantes en implacables despotismos, no ha dado a los anales de la indecencia pública los signos abominables que están indeleblemente grabados en la historia dominicana. No es precisamente la haitiana una comunidad híbrida, sino que

en ella predomina de manera abrumadora la población negra intacta.

De todos modos, la noción y la sensación de lo que podríamos denominar *desamparo insular* ha debido agudizar la conducta constitutiva de la colectividad mulata. La sicología propia del habitante de un territorio insular, los signos de su carácter, son evidencias sociales aceptadas y comprobadas por la sociología y la geografía humana.[1] Las características del isleño han de ser más marcadas en razón inversa al tamaño del territorio insular. Es muy seguro que la intensidad de penetración, la carga despótica de la tiranía trujillista no habría alcanzado el mismo grado en un país continental. La presencia de un conjunto de fronteras parece limitar el primitivismo totalitario al mismo tiempo que permite una defensa mejor a la sociedad sojuzgada. Las posibilidades de escape y la relativa pero indiscutible dilución de la fuerza opresiva en razón directa a las dimensiones del país, constituyen dos factores de importancia. En un territorio reducido y, además, aislado, la opresión es más intensa, más fuerte, más uniforme, más pareja, más total, amén de que en un territorio insular la sensación de atrapamiento ha ele resultar un factor agravante en detrimento de las víctimas.

La sensación de desamparo acentuó la vocación servil del híbrido de blanco y negro, lo predispuso en favor de la entrega sexualoide ante el amo todopoderoso y debilitó no sólo su capacidad de resistencia, sino también los límites de la misma.[2] La formación y el clímax del miedo estuvieron presididos por una mayor rapidez. Mayor fue a la vez el poder contagioso del pánico. Al tirano se le entregó todo por vía sodomista: el cuerpo, el alma, los bienes, el intelecto, la esposa, la hija, el honor, la dignidad. Pero no se aferró tanto hombre inmoral a la salvación justificadora que derivaría de la isla. Los pueblos cubano, haitiano, inglés, siciliano, han padecido regímenes de fuerza, autocráticos, sin descender al abismo del oprobio que descubrió el dominicano. La insularidad no tiene otro alcance que el de agravar adjetivamente una causa sustantiva.

La condición binacional de la isla pudo haber obrado favorablemente, pero, por lo contrario, resultó también agravante por la haitianofobia de la colectividad domini-

---

[1] Hassinger, Hugo, *obra citada, pág. 13.* El autor expresa la necesidad de "un enfoque geográfico de los escenarios históricos". Y agrega: "Por eso la introducción a una obra de Historia debería consistir siempre en el examen de la escena ocupada por colectividades humanas estáticas y animada por los hechos y las vicisitudes de los pueblos y los estados".

[2] *Ibidem, pág. 197.* Aludiendo a Inglaterra y su historia el autor afirma que ese caso particular "es una demostración elocuente de que las premisas básicas de la condición natural de un país y de su situación geográfica están expuestas, en el curso de las vicisitudes de la evolución humana, a enormes cambios de valor y que, en último término, el hombre sigue siendo la medida de todas las cosas en el terreno de las manifestaciones antropogeográficas y poli ti cogeográficas, aunque la naturaleza conserva su importancia en cuanto a las posibilidades y el volumen del movimiento evolutivo de un país".

cana, por la sensación —confirmada eventualmente por la realidad política de las relaciones oficiales entre los dos gobiernos— de que el poder trujillista penetraba en Haití como por casa propia y porque la existencia del estado vecino hacía todavía más pequeño el territorio insular oriental de la Hispaniola.

La misma condición insular imponía también otra sensación deprimente: la de depender, en cuanto al derrocamiento de las tiranías, de la invasión de una eventual fuerza procedente del exterior y constituida por el numeroso exilio dominicano. De ese modo, en la abrumadora mayor parte de la población aumentó el estado de impotencia interna, lo que representa un síntoma evidente de la deleznable consistencia y la delegación inaceptable del cumplimiento del deber en una minoría paramilitar de connacionales desterrados, quienes dependían a sus veces de una serie indeterminada de factores extraños para realizar una tentativa invasora.

El aborigen de Quisqueya se extinguió con relativa dignidad en el mismo territorio donde su sucesor mulato prefirió la deshonra a la muerte. Ese mismo aborigen, reducido ya a una exigua minoría, fue capaz de la protesta de un alzamiento duradero originado precisamente en un hecho íntimamente vinculado a la dignidad de un indio vejado. Las guerrillas de Enriquillo no sólo se sostuvieron durante muchos años, sino que hallaron en su insurrección la traición delatora de un campesino mulato. Es cierto que el tratado de paz que al fin Enriquillo suscribió con el invasor adoleció de concesiones objetables respecto de los negros cimarrones fugitivos, pero, en fin de cuentas, éstos fueron para el aborigen tan intrusos y extraños como el conquistador hispano.

La incidencia del suicidio entre la población aborigen de La Española, en las etapas sucesivas de la conquista y la colonización, habla elocuentemente tanto de la vigencia de ciertos valores éticos como de la factibilidad del proceso de indignación y desesperación en el amerindio. En ello influyó, por supuesto, tanto la insularidad como el tamaño breve de la colonia. Mas, durante la tiranía trujillista, la incidencia del suicidio por razones morales fue prácticamente inexistente y aún el suicidio por causas pasionales exhibió una baja incidencia. Más aún, cada vez que el tirano trató de hacer aparecer un asesinato como suicidio la farsa era recibida con la máxima incredulidad de parte de los siervos. El dominicano no aceptaba que nadie pudiese suicidarse en medio de tanto deshonor y bajeza. No se admitió la autodestrucción de la vida para evadir la terrible vergüenza que azotaba la vida nacional. Ni aun se produjeron ni se aceptaron las reacciones primitivas para escapar del deshonor mientras el tirano, sus hermanos, sus hijos y sus áulicos gozaban del derecho de pernada sobre una gran parte de las mujeres al alcance de sus ojos.

4. — Entre el hijo híbrido de dos huéspedes y el territorio insular de la Hispaniola existe sólo una vinculación telúrica ancestral muy relativa y débil. La relación entre el nativo y su tierra, forjada y martillada a través de generaciones infinitas que se pierden hacia atrás en el tiempo, es una condición vital para la conformación espiritual

del patriotismo, el estado mental del nacionalismo y la estructura secular de la moral soberana. Sin ese proceso de vinculación entre hombre y tierra es imposible esperar la elaboración de la *conciencia nacional.*

En el conquistador y sus descendientes, emanado de la propia ocupación efectuada en nombre de la patria de la que se es emisario, se desarrolla poderoso el sentimiento de posesión, el cual se fomenta a través del proceso del trabajo personal o colectivo, cuyos frutos se recogen o perciben aún con las desigualdades clasistas conocidas. El ocupante que se apodera de otro territorio en nombre de su propia metrópoli insufla en la ocupación la emoción y el sentimiento nacionales. Bastarán escasas generaciones para que en el nuevo asiento la colectividad comparta una conciencia nacional, capaz de alcanzar la suficiente fuerza jurisdiccional como para reventar prontamente en la constitución de una nueva nacionalidad.

El mestizo de conquistador e indígena tiene de éste último la vinculación ancestral y secular que lo comunica con el mismo centro de la tierra donde nace, sin que ninguna otra fuerza telúrica tire de él en otras direcciones. Ello ha de ser más procedente si la relación telúrica opera inicialmente por vía materna. Comunidades como la israelita han podido reanudar la vinculación telúrica interrumpida por los avatares de la historia de la violencia. El moderno estado de Israel es un ejemplo de restauración nacional, patriótica, sometida ya con éxito a la prueba de la defensa armada.

En varios conglomerados negros trasplantados en el Nuevo Mundo entre cadenas y empellones se suscitaron pronto y se han suscitado después entre sus descendientes puros, tendencias, inclinaciones, iniciativas, comienzos de ejecución del retorno, verdaderos movimientos de regreso a la patria africana, de la que fueron arrancados sus antepasados más recientes. La creación del estado de Liberia y el *rastafarismo* de Jamaica son ejemplos de doble vertiente: la que prueba la atracción telúrica ancestral que no se interrumpió voluntaria y espontáneamente y la que explica la falta de fijación espiritual y mental en el nuevo territorio impuesto por la fuerza.

Resultaba de difícil establecimiento, claro está, una vinculación espiritual entre los africanos esclavos y los lejanos nuevos territorios adonde fueron traídos sojuzgados para ser sujetos a los peores padecimientos físicos y síquicos. Acaso los que lograron huir y hacerse cimarrones pudieron, si sobrevivían, dispensarle a la tierra que los ocultó, protegió y mantuvo algún sentimiento de reconocimiento y gratitud, afectivo; pero sería descabellado hablar de patriotismo entre aquellos desventurados y la inocente tierra. Los descendientes negros de esos esclavos han venido vinculándose paulatinamente al territorio donde han estado naciendo, creciendo, muriendo, procreándose, generalmente en un seno familiar más o menos abundante en las tradiciones de la tierra original.

De los descendientes mulatos podría hablarse en términos similares. No creemos que la intervención del blanco, descendiente a su vez del otro huésped, haya acelerado el proceso cronológico de vinculación telúrica y todo cuanto de éste es resultado

de naturaleza política. El patriotismo, el nacionalismo, la conciencia nacional, son nociones inseparables del medio físico donde el hombre se asienta.[3]

Es de observar el hecho de la lentitud, insuficiencia e imperfección de los movimientos de autonomía e independencia en las islas antillanas y otras regiones del Caribe donde predominan el negro, el mulato y el zambo como población abrumadoramente mayoritaria. Haití constituye una excepción en cuyo proceso nacional intervino poderosamente la decisión y lucha de liberación del yugo esclavista, un objetivo esencialmente primario de lógica prioridad respecto de la constitución del estado soberano. Mejor todavía: es de metodología socio-política considerar la declaración y constitución autonomista como necesaria consecuencia complementaria de la libertad antiesclavista.[4] Abolida la esclavitud ha faltado al conglomerado negro la razón fundamental para recurrir a la violencia separatista, desvinculado como ha estado de su asiento americano por la ausencia de relación ancestral bastante.

En la República Dominicana, única comunidad nominalmente autónoma del mundo donde predomina mayoritariamente la población mulata (75% a 80% de la población) y donde el segundo grupo racial de importancia es el negro (15%), el laboriosísimo proceso de constitución de la conciencia nacional debe explicarse, en gran parte, como una consecuencia del origen demográfico de la colectividad todavía insuficientemente vinculada con el medio físico que se impuso a sí mismo el ascendiente huésped blanco y que éste le impuso, de la manera más absolutista y totalitaria, al ascendiente huésped negro.

La subminoría de vanguardia ha sido capaz, amén de su insuficiencia, de incurrir en las poses y actitudes nugatorias de todo tipo, sin excluir, desde luego, el cretinismo. No son, sin embargo, estos defectos y vicios resultados exclusivos de la propia sobreestimación ni de la vocación heroica. Ella misma se encarga, en el curso de su conducta, de disipar cualquier inexacta impresión de algunos de sus actos. De ahí que si trepa a las montañas en son epopéyico, se rendirá poco después como retractada, para morir, no sobre el suelo digno que aparecía escogiendo, sino en la lamentable

---

[3] *Ibidem, pág. 75.* Delos sugiere que la transición de grupo étnico a nación está caracterizada por el paso de la comunidad de conciencia a la conciencia de formar una comunidad. "Dos elementos transforman al grupo étnico en nación: (1) el conocimiento de formar una entidad original y (2) el valor que se atribuye a este hecho". "Una nación es un pueblo que toma conciencia de sí mismo según lo que la historia lo ha hecho..." Kroeber, A. L. y otros, *obra citada, pág. 51.* "Dado que la vida social organizada del hombre trasciende los determinantes puramente biológicos y geográficos, no puede funcionar separadamente de los significados y de los valores reconocidos comunitariamente, o separadamente de la estructuración psicológica de los individuos que los han incorporado".

[4] Es de observar el hecho histórico según el cual las colonias que cuentan con determinado índice de *mulatización* (colonias portuguesas en África, Antillas francesas, Belize, etc.) no han alcanzado todavía su autonomía política.

fosa de la vesania enemiga ya sabida de antemano.

Claro que se cuentan excepciones angustiadas ante la desolada realidad específica.[5] No se podría pretender que una subminoría rodeada de desolación ofreciese la calidad suprema capaz de neutralizar la insuficiencia aritmética. Sería una contradicción. Lo natural es que de medio tan desprovisto y arrasador aflore una minoría correspondiente, fiel reflejo positivo de la abrumadora negatividad, una minoría provista de taras síquicas, deformaciones espirituales y anomalías mentales, constituida por la juventud de hijos acomplejados de padres culpables de la complicidad o la abulia durante la tiranía, jóvenes ineptos necesariamente, salidos de la rasante censura trujillista, contribuyentes de la polarización balcánica del subgrupo, sectarios, muchos de ellos apasionados afiliados de la revolución, pero destructores explosivos e inconscientes de los iniciales prefacios constructivos.

El fidelismo a distancia ha obrado como un tóxico en la subminoría subdesarrollada de Santo Domingo. La sorprendente revolución socialista de Castro ha generado, al mismo tiempo que asombro y regocijo, estados anímicos e intelectuales contraproducentes en el medio más desprovisto de condiciones subjetivas de América. La ignorancia y la inconsciencia, mágicamente tocadas por el ejemplo cubano, han dado lugar a festinaciones y errores de pésimas consecuencias. Formas de la impaciencia enloquecida han tomado cuerpo y de ellas han resultado procesos y desenlaces regresivos que han conducido la situación prerrevolucionaria a etapas de cruda impotencia o a períodos previos que ya se hallaban en vías de superación. De modo que una brillante y trascendental lección, cuyo buen éxito exige precisamente las mayores atenciones, el más cauteloso estudio y el máximo cuidado en sus posibles reproducciones científicas, metódicas, ha sido convertido, por obra y gracia de la precipitación irresponsable, en una copiosa fuente de dislates y apresuramientos de doble vertiente: resultados inmediatos, ciertamente episódicos, pero indiscutiblemente retardadores, por una parte, y puesta en guardia previsiva, abortiva y represiva de las fuerzas imperiales, por la otra.[6]

---

[5] Kuusinen, Otto V. y otros, *obra citada, pág. 367.* "Cada país presenta sus condiciones de lucha y sus tradiciones en lo que se refiere al movimiento obrero. Las vías que conducen a la unidad obrera tienen en cada lugar sus características. En unas condiciones, la unidad puede ser alcanzada en una campaña electoral; en otras, en el curso de la lucha por los derechos sindicales y sociales. .."

[6] *Ibidem, pág. 4-81,* donde los autores explican que "el leninismo ha elaborado las 'normas generales para juzgar si las condiciones para la revolución están maduras, si la situación objetiva es favorable para la lucha de las masas por el poder. En el lenguaje político este ambiente propicio se denomina *situación revolucionaria*". "Es en grado sumo importante la observación de Lenin en el sentido de que para llegar a la situación revolucionaria no basta que las masas se vean dominadas por la indignación y el descontento. También es necesario que las clases dominantes no puedan vivir ni gobernar como antes". "Pero, según nos enseña Lenin, la revolución no sigue siempre a toda situación revolucionaria; para ello es necesario que a las causas

La revolución cubana ha mostrado a los pueblos subdesarrollados y dependientes las posibilidades políticas de su decisión liberadora, pero el ejemplo ha sido adoptado en alguna que otra parte con ciega impremeditación, con infantil locura. La angustia, la desesperación, las privaciones y hasta la docilidad misma que en algunos territorios predominaba, han despertado, de pronto, guiadas por la efusividad imitativa, y han tomado la vía del desbocamiento sin parar mientes en la inadecuada situación local.[7] En la República Dominicana la hazaña castrista ha obrado como un injerto contraproducente en la subminoría, ocasionando fenómenos de graves consecuencias para-

---

objetivas se unan las subjetivas. Es de una importancia formidable la capacidad y la decisión de la clase revolucionaria para emprender acciones lo suficientemente vigorosas como para destruir o quebrantar el poder existente, que nunca, ni siquiera en la época de crisis, "cae" por sí mismo si no lo "tiran"; *pág. 483.* "Lenin ponía particularmente en guardia a los partidos revolucionarios contra un peligro que no está excluido en un período en que los acontecimientos se desarrollan vertiginosamente: el peligro de confiar en las fuerzas propias, de creer que todo el pueblo está poseído de la misma decisión que la vanguardia y piensa como ella."
"Sin la dirección del Partido, la revolución es imposible; pero el Partido no puede llevarla a cabo con sus propias fuerzas solamente. Lenin advertía: "Sólo con la vanguardia no se puede vencer. Sería no ya una estupidez, sino un crimen lanzar sólo la vanguardia al combate decisivo sin que toda la clase, sin que las grandes masas no hayan ocupado una posición de apoyo directo a la vanguardia o, al menos, de neutralidad favorable respecto a ella, quedando excluido todo apoyo que pudiera prestarle al enemigo."
La Nouvelle Critique, París, décembre 1963: *Reflexions sur le Cuite de la Personalité, pág. 23.* Dice Verret: "Pero todas las revoluciones no saben tomar su ritmo. Los buenos éxitos revolucionarios llevan fácilmente dentro de ellos mismos la tentación del "vértigo" revolucionario. Es el vértigo que nutre las ilusiones subjetivas y voluntariosas (utopistas en el fondo), la creencia en la posibilidad de quemar las etapas, en detrimento de la realidad. En fin, "la impaciencia" revolucionaria, de la cual Engels hizo una severa crítica con ocasión del blanquismo..."

[7] Kuusinen, Otto V. y otros, *obra citada, pág. 483.* "El marxismo-leninismo rechaza los modos y formas de conquista del poder político dados de una vez para siempre y aplicables en todos los tiempos y pueblos. Esos modos y formas cambian en consonancia con las condiciones generales de la época, con la situación concreta de cada país y con sus características nacionales, con la virulencia de la situación revolucionaria, la correlación de las fuerzas de clase y el grado de organización de la clase obrera y de sus adversarios"; *pág. 492.* "Mientras existan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países, indicaba Lenin, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exige que se elimine la diversidad, que se ponga fin a las diferencias nacionales, sino una aplicación de los principios fundamentales del comunismo que "modifique acertadamente esos principios en lo particular, que los acomode y aplique acertadamente a sus diferencias nacionales y nacionales-estatales."
"Una tarea muy importante de los comunistas es la de adivinar, buscar, captar, investigar y estudiar lo particular y específicamente nacional en el enfoque concreto de la manera como cada país ha de resolver problemas internacionales únicos."

lizadoras y, en veces, antirrevolucionarias y hasta contrarrevolucionarias. Entre tales fenómenos se cuentan:

a) *la euforia fidelizante,* esto es, un estado de ánimo y cerebral que ha permitido concebir la factibilidad de una repetición de los hechos cubanos en la escena dominicana mediante la mera decisión de los agentes entusiastas. Sin enfrentar el análisis real de las situaciones y sus condiciones, sin sopesar las diferencias socio-políticas y hasta sicológicas y caracterologías, una parte considerable de la subminoría de vanguardia se lanzó a la reproducción del proceso material cubano. El error implica, entre otras cosas, fuera ya de los cuocientes comparativos, una burda y fanática sobreestimación de los factores humanos nativos, sobreestimación que por sí sola representa una falsa y fatal premisa.[8]

Ajena asimismo a las peculiaridades objetivas de la situación vernácula ha sido la inadvertencia respecto del estado general de la sumisión colectiva del país y, sobre todo, la baja disposición de la población rural entregada incondicionalmente al poder reaccionario y despótico, no sólo por la ausencia completa de preorientación política, sino también por la típica adhesión tradicional del campesinado a los resortes oficiales. Así, a la sobreestimación del elemento humano local se agrega la negligencia grave en la apreciación del *entreguismo* colectivo, conformado por la circunstancia de que grandes sectores demográficos se hallan comprometidos con la actitud del imperio y la reacción y atados temperamentalmente a los designios oficiales del estado político-empresarial.

Uno de los principales sobrepesos que gravitan sobre las remotas posibilidades revolucionarias está formado por los comprometedores vínculos entre sectores de todas las clases sociales y el aparato criminal y especulador de la tiranía. Sabedores de que su conducta deberá ser sujeta a la depuración revolucionaria, vastos sectores del país prefieren contribuir al fracaso o al retardo de la lucha liberadora con miras a escapar o, por lo menos, a alejar la inexorable rendición de cuentas. Contrariamente a lo que ha podido acontecer en muchos otros casos americanos, en los cuales sólo una reducida cantidad de habitantes ha tenido que ver directamente con los crímenes y negocios de los regímenes dictatoriales, en la República Dominicana la proporción de pobladores que de una u otra manera se hicieron cargo de graves porciones de la responsabilidad de la tiranía, es asombrosa y abarca a grupos cuantiosos de personas de todas las posiciones y procedencias. Como quiera que el buen éxito de cualquier proceso revolucionario que culmine con la conquista del poder implicaría, por supuesto, el sometimiento a la justicia popular de los responsables de crímenes y atropellos que no podrían quedar fuera de la sanción revolucionaria, se hace evidente que

[8] *La Nouvelle Critique, artículo citado, pág. 75.* Por su parte, Guy-Besse expresa: "Una revolución socialista no está al abrigo, por más socialista que ella sea, de los mitos malhechores que pueden, hoy o mañana, desfigurarla. El marxismo es *conocimiento.* Cuando los revolucionarios se equivocan, pagan sus errores."

amplios sectores sociales y sus relacionados familiares y políticos, que en otras circunstancias se sumarían, por imperativos de intereses y de clase, a la tarea de liberación, no sólo restan su participación y esfuerzo a la subminoría de vanguardia, sino que también luchan aliados a los peores núcleos reaccionarios y al poder del imperio.

Si aún en áreas mejor condicionadas del continente no ha sido posible reproducir los primeros logros de la insurrección castrista, resulta una utopía aspirar a que en Santo Domingo hayan podido cristalizar siquiera las más precarias victorias militares de la insurgencia. Pero han existido los utópicos que no sólo se estrellaron contra la prevista realidad negativa, sino que también echaron a perder las perspectivas de trabajos preparatorios que pudieron llevarse a cabo gracias a una dirección más inteligente.[9] En semejantes coyunturas afloran a menudo las más condenables especies.

b) Llamamos *esquizofrenia antiimperialista* al estado mental de obnubilación que ciega al seudorevolucionario y lo conduce a una actitud de continua provocación sin reservas. Es la vía más corta para reventar en el suicidio político y, consecuentemente, en el asesinato de las posibilidades primarias cometido por las propias manos de la subminoría.

La provocación desprovista de recursos de resistencia o contraataque no es, no puede ser una escuela de capacitación y orientación revolucionarias. Tal desplante exhibicionista no pasa de ser una estúpida bravuconería. El imperialismo no aparece más imperialista porque se le grite continuamente el nombre y porque se pretenda ver su repugnante presencia en todos y cada uno de los ángulos del acontecer cotidiano. La vociferación sistemática, provocadora, reducida a la simple evidencia y a la reiteración viciosa, no contiene elemento alguno de pedagogía popular y sólo logra la violenta exacerbación de los recursos represivos del imperio a través de sus amanuenses criollos. La manía circular de señalar en todas partes, aún en las más inapropiadas, la presencia del monstruo imperial no tiene otro significado que el de incurrir

[9] Kuusinen, Otto V. y otros, *obra citada, pág. 184.* "Para que una clase cualquiera alcance el predominio en la sociedad, necesita de una determinada organización política... Muy especialmente necesitan de dirigentes las clases en ascenso, que mantienen una lucha revolucionaria por el poder. Porque la fuerza principal que la clase oprimida puede oponer a la organización estatal de la clase dominante es la fuerza de la organización revolucionaria. Esta, sin embargo, no podemos concebirla sin unos dirigentes expertos, capaces y enérgicos. "Ninguna clase alcanzó en la historia el predominio -escribe Lenin— sin antes haber promovido a sus jefes políticos, a sus representantes avanzados capaces de organizar el movimiento y de dirigirlo"; *pág. 344.* "Lenin decía de la política que, además de ciencia, es arte. Esto significa que la dirección política exige además de un análisis científico y exacto de la situación, con la acertada línea política que de él se deriva— una gran capacidad y verdadero arte en la aplicación de la línea. En caso contrario, la mejor línea política no servirá de nada. Podemos determinar acertadamente la meta principal y el enemigo principal de una etapa concreta. Pero ¿de qué serviría esto si el Partido no sabe organizar la lucha para alcanzar dicha meta y contra dicho enemigo?"

en los mismos excesos desacreditados de la reacción que vive encontrando en el caldo la imagen socialista. No se enseña ni se orienta a las masas, mucho menos a las que viven bajo un índice elevado de amedrentamiento, por medio de la chirrieante y maniática repetición de la denominación del enemigo poderoso en cada lugar, en cada papel impreso, frente a cada micrófono, en continua injuria, siempre con persistencia patológica, mucho menos cuando, por el estado embrionario de la capacitación y organización populares, no se cuenta con los resortes humanos necesarios para enfrentar la represión inminente ni con los planes indispensables para el contragolpe. Se desata la ira provocada y el desbordamiento desastroso tiene lugar acompañado de toda su desalentadora y desordenada secuela de impotencias y martirios.[10]

El problema de la provocación desprovista de respaldo y apoyo populares merece especial estudio como uno de los primeros factores responsables de los peores e infructuosos repliegues minoritarios de los cuadros y células de la lucha. La provocación revolucionaria es un arma valiosísima cuando se la emplea con oportunidad y técnica, dirigida hacia finalidades predeterminadas y precisas.[11] No es honesto usarla como mero sondeo experimental casuístico y aislado. La técnica revolucionaria mostrará y regulará la campaña o el movimiento provocador. Adaptar la acción provocativa a las necesidades momentáneas y a la capacidad de resistencia de quienes recibirán los efectos del rebote de la iniciativa revolucionaria, es un capítulo importante de la ciencia de la revolución. La provocación aleatoria, lanzada insistentemente sin plan preconcebido, con exclusivo y alegre espíritu deportivo, significa jugar al crimen

---

[10] *Ibidem, pág. 345.* "Otra parte importante del arte de la dirección política es la capacidad para unir los esfuerzos propios a los esfuerzos de todos con quienes es posible llegar a la unidad de acción, sin excluir a los que mantienen discrepancias en cuestiones de fondo. Se trata de una labor difícil, pero de gran alcance, como tendremos ocasión de ver con detalle en el capítulo siguiente.

"El arte de la dirección política comprende también la capacidad para elegir formas de lucha que correspondan a la situación, y de estar dispuestos a los cambios más rápidos e inesperados de estas formas."

"El arte supremo de la política consiste precisamente en encontrar, aun en los momentos de reflujo revolucionario, direcciones y formas de lucha que sienten los cimientos de futuras victorias y las aproximen"; *pág. 338.* "La consigna negativa que no va unida a determinada acción positiva, no agudiza, sino que embota la conciencia, pues es una frase vacía, un simple grito, una declamación sin contenido."

La Nouvelle Critique, articulo citado, pág. 42. "Pues la abstracción es el idealismo y éste es la tierra natal del utopismo. El único medio de evitar este izquierdismo utopista de la abstracción es la práctica";

[11] *Ibidem, pág. 346.* "El análisis marxista-leninista de la realidad y los vínculos estrechos con las masas permiten a cada Partido —considerando la situación específica de cada país— destacar la tarea principal que, al ser conseguida, aproxima la realización del objetivo final de la clase obrera."

o retozar con el genocidio inútil y costoso. La habilidad consciente en el uso de la provocación constituye parte esencial de una estrategia revolucionaria. Es necesario prever la seguridad de que en todo momento la acción provocativa estará bajo el dominio y la dirección ajustada y competente, de modo que, sobre todo, se cuente con la certeza de su graduación oscilatoria, alternativa, móvil y cambiante dentro del área nacional o regional previamente estudiada, asegurada absolutamente la posibilidad de contenerla o de reducirla o de incrementarla o de trasladarla de conformidad con los factores físicos y síquicos variables, tanto inherentes a las condiciones nacionales o locales como atinentes a las circunstancias esencialmente variables y susceptibles de rápida transformación.

El empleo de la provocación irresponsable es atentatorio contra los sagrados intereses del pueblo y de la revolución. Es injustificadamente criminal arrojar a los estragos de la represión a sectores populares indefensos cuando no hayan sido calculados, de antemano, los por lo menos probables objetivos sustanciales respecto de la victoria final o los dividendos incuestionablemente necesarios para la consolidación revolucionaria. Impónese como condición *sine qua non* la sólida y matemática convicción de que el movimiento provocativo no conllevará como consecuencia inmediata la dispersión caótica de las masas ni el pánico incontenible de las bases partidarias. El margen constituido por las probabilidades de infructuosidad no puede rebasar, en el peor de los casos, la factibilidad de un repliegue táctico invulnerable a la amenaza de las deserciones cuantiosas y a la desintegración moral de los sectores arrastrados en la campaña agresiva.

Como inversión revolucionaria a corto plazo, destinada a producir dividendos objetivos o subjetivos, pero perfectamente considerables, o a crear condiciones inexistentes o a acelerar la consolidación de condiciones inestables, o todavía a agudizar contradicciones entre los extremos sociales y aún entre los sub-grupos reaccionarios, la provocación debe ser consciente y económicamente administrada. Como mero instrumento catalizador, encaminado a despertar o reactivar la lucha en períodos de estancamiento generalmente paralelos a la existencia de regímenes liberales de centro o simplemente reformistas, la provocación popular exige el máximo tacto directivo y un grado particular de elasticidad política, todo ello dentro de la más clara apreciación de la situación nacional y de sus contingencias y con miras siempre a no promover deterioro alguno del mínimo de soltura y movilidad existentes. Esta previsión se hace más imperativa cuanto menor sea el grado de organización y compactación solidaria entre los sectores progresistas dotados de escasos recursos de resistencia y ubicados entre masas acobardadas por razones diversas. En síntesis, el empleo de los medios provocativos debe siempre estar regido por una hábil, consciente y en veces prudente capacidad susceptible de proveer la necesaria elasticidad a la acción ofensiva. En medios de precaria estabilidad para el libre rejuego de las actividades de provocación, el sentido que debe presidir todo plan agresivo es el tendiente a evitar el

deterioro, el empeoramiento de las condiciones existentes. A menos que se persiga el estallido de una crisis de fuerza y que se cuente con los medios para superarla o para extraer de ella resultados positivos, la provocación desenfrenada y temeraria equivale al peor de los suicidios revolucionarios.

El antiimperialismo patológico es francamente contrarrevolucionario. Su propia naturaleza así lo establece y sus orígenes personalistas lo confirman. Si es incuestionable que en el fondo de la situación nacional de todo país subdesarrollado y dependiente aparece como foco fundamental el complejo imperialista, no es menos innegable la inútil y riesgosa conveniencia de tomar como obstinado y vicioso estribillo de provocación, en todo lugar y hora, la denuncia irritante del monstruo colonialista. No es revolucionariamente correcto supeditar la precariedad de la lucha demasiado desigual, desequilibrada, a la brutal y aplastante represión del poder imperial exacerbado y en función policial abortiva. No puede ser aprobada una política de aberrada terquedad, que en el momento de la prueba violenta no está en condiciones de afrontar la destrucción a fondo desencadenada por la fuerza todopoderosa. Es imprescindible distinguir cuándo el poderío reaccionario no podrá, por razones varias tanto de índole nacional como internacional, llegar más allá de ciertos límites puramente represivos y cuándo estará en disposición y absoluta libertad de reaccionar en proyección ilimitada y con el designio evidente de desarticular y barrer decisivamente aún los más débiles vestigios de oposición revolucionaria. Esta última hipótesis es preciso hacerla congeniar con la coexistencia del raquitismo minoritario de vanguardia, desprovisto de las más exiguas perspectivas de sobrevivir ante el rasante empuje de la oleada destructora. Es, en fin, una locura indefendible provocar el asalto implacable del imperio decidido al exterminio cuando ni siquiera existen posibilidades de supervivencia. Y esta última eventualidad es perfectamente pronosticable mediante el análisis consciente de lo que se tiene en la mano y en la manga de la camisa. Ya hemos señalado, en páginas anteriores, los efectos devastadores del martirio en las situaciones en que éste no alcanza otro resultado que el de agigantar el poderío enemigo al mismo tiempo que manifestar, con elocuente crudeza, la impotencia propia.

En la raíz de esa conducta esquizofrénica exhibida por algunos seudodirigentes izquierdistas reposa, escondida, la causa de tanta bravuconería insolente, imprudente. En un país acobardado no sorprende que la vanidad irrumpa en el plano político bajo la forma de exhibicionismo revolucionario, del *dandysmo* provocador. En un país amilanado pone una pica en Flandes el provocador estentóreo que, incapaz de dar a luz la explicación específica del drama nacional, vocea su presunto marxismo prohibido en un aria chillona y rayada. El tiempo y la actitud que podrían invertirse en la combinación conspirativa, en la organización primordial, en el estímulo, en la excitación liberadora, se gasta en el alarde del grito ratificador de que se profesa la ideología ilegalizada y peligrosa. Es una suerte de narcisismo terrorista que no pasa generalmente de la fase palabrera. Gozo del exhibicionista que se siente y se mira como el

vértice del conglomerado deshormonizado que se asombra y admira al bravucón confeso.

Hay mucho de masoquismo parasexual en las poses pendencieras de dirigentes y cuadros que llegan a habituarse a la persecución, al carcelazo y al destierro, que no precisamente al peligro de muerte. Pasear la sonrisa entre la vicisitud y el infortunio, en los momentos de recesión reaccionaria impuesta por las necesidades de la "democracia", es como sacar a la calle la procesión del semimartirio. Quienes no pueden hacer proselitismo a base de sabiduría y talento, lo hacen a base de carcelazos y viajes de turismo forzoso, lo que no constituye propiamente título suficiente para asumir una dirección que urge más acabados y propicios estudios y credenciales.[12] Igual cosa acontece con esa otra perversión del puritanismo que denominamos *fakirismo* político, esto es, la tendencia a permanecer en la noria de la persecución estéril.

c) *El alpinismo.* — En un país exento de conciencia nacional, donde mucho menos existe en ponderable extensión el deseo de liberación económica, reducido solamente a un porcentaje intraducible de la población; donde la clásica reticencia del campesinado se halla agravada por la sórdida indiferencia y el fetichismo gubernativo; donde la euforia revolucionaria tiene sabor olímpico; donde se desconocen los efectos del adelanto imperialista en los conocimientos técnicos de la lucha de guerrillas y donde la dimensión territorial y la condición geográfica representan un obstáculo de difícil superación, se ha querido, por analogía, iniciar la insurrección armada en las montañas sin la presencia de uno solo de los requerimientos sustanciales para tamaña aventura.

Sobre el reciente precedente cubano, que constituyó un dechado de la sorpresa política ante la ahora inexistente rutina del poder imperial, sin previo estudio de las condiciones peculiarísimas locales, un sector de vanguardia se intoxicó de imitación y adoptó una estúpida, inconsciente postura consistente en aferrarse prematuramente a la solución armada en la escena rural. En otras palabras, se enfocó la insurrección en las montañas para reproducir en la República Dominicana el proceso de la Sierra Maestra. En el seno de un campesinado indolente y ultraconservador, apático y oficialista en grado superlativo, el cual ya había suministrado pruebas de su bajísima catadura en 1949 y 1959, se aspiraba resolver, sin organización y con la solidaridad de sólo una subminoría deficiente, el problema nacional. Las masas, retraídas y acobardadas, cultivadas durante muchos años en la propaganda anticomunista, se hallaban sumidas en un grado de docilidad y domesticación elevadísimas. Carecen, como ya se ha visto, de los más leves vestigios de orientación, dominadas además por el terror trujillista, en el cual todavía están hundidas.[13]

---

[12] *Ibidem, artículo citado, pág. 23.* "El único remedio para la incapacidad es el aprendizaje de las capacidades, el cual se realiza en la experiencia y requiere tiempo."

[13] Dos anécdotas ilustran la situación. Durante uno de sus viajes políticos en la provincia de Puerto Plata, el triunviro Donald Reid fue sorprendido por la exclamación de una mujer ya

Trátase de una comunidad servil, acostumbrada ya al doblegamiento de la vida miserable, desprovista de vocación heroica, pero con una repugnante tendencia a la idolatría y a la delación, presa como es de un miedo cerval a la muerte. Los treinta años del despotismo sin precedentes habían transcurrido a lo largo de un sometimiento alarmante, salpicado sólo de muy esporádicos conciliábulos que en ocasiones pudieron tener fisonomía conspirativa, pero que estuvieron siempre a cargo de pequeñas células incapaces e inhábiles. Media docena de sencillas tramas imprecisas marcaron la tremenda pasividad general en los seis lustros de Trujillo. Todas culminaron en la delación y ninguna ofreció jamás la base seria de un simple esquema, no ya revolucionario, sino siquiera encaminado a la conquista del poder.

En una colectividad sedada el alpinismo prendió, desde luego, en parte de la juventud con el mismo acento de las lides deportivas, y casi con idéntica publicidad. Predominaba la seguridad de vencer, lo que demuestra que al realismo que debía imponer la triste situación del país, impreparado hasta para ser espectador digno del dislate, se sobrepuso el delirio de la imitación. Cada quien se hacía esta pregunta: Si los cubanos lo habían logrado, ¿por qué no lo realizaremos nosotros? Así quedaba disminuido, por obra y gracia de la analogía simplista, el análisis de las dos realidades. El dominicano es un pueblo sin escuela revolucionaria,[14] sin antecedentes programáticos, en el que es sólo muy reciente la penetración ideológica. Es una colectividad políticamente rudimentaria gracias, entre otras causas, a la opresión casi constante que se identifica con su régimen gubernativo. No cuenta con la mínima tradición conspirativa ni dispone de la experiencia educativa que deja la práctica de la lucha política organizada. Es una pequeña sociedad inhábil para la rápida elaboración de cualquier proceso popular, falta de audacia, estéril para la generación violenta de líderes, muy torpe, en fin, para la maquinación revolucionaria. De terrible sobrepeso le sirven la corrupción vasta y profunda y su acobardamiento. Dijérase que padece de una incapacidad orgánica para las ejecuciones masivas, para el trabajo gregario dirigido hacia objetivos sociales plausibles. Su atraso técnico se muestra patéticamente en esa torpeza colectiva. La mentalidad nacional ha permanecido estancada en el mismo punto del retraso tecnológico. La comunidad no funciona fuera de la costumbre cotidiana y, como se halla atemorizada tan intensamente, el instinto de la conservación física se ha desarrollado en toda su amplitud.

Las víctimas de la reciente tiranía constituyen una gráfica expresión del aldeano nivel

---

madura que le gritó: "¡Viva el Generalísimo!" El esmirriado amanuense del imperio se vio en la necesidad de explicar a la mujer que él no era militar ni, mucho menos, generalísimo. Por su parte, Balaguer, en el curso de su campaña electoral en la provincia de Barahona, recibió la siguiente salutación de otra mujer: —"Cuídese, doctor, que es usted el último de los Trujillo que nos queda."

[14] El único precedente revolucionario de tipo didáctico fue el de los Trinitarios a partir de 1838.

filosófico colectivo. Un sencillo recuento de las causas por las cuales murieron y padecieron laceraciones las víctimas del despotismo, revela el hecho sorprendente de que la universalidad de los habitantes muertos o torturados incurrieron en excesos y faltas que en crisis similares de otros países no habrían merecido otra medida represiva que la de la amonestación policial. Una simple expresión, una espontánea negativa, una mirada equívoca, el comentario intrascendente, una evasiva, el rechazo o la desatención de una sugerencia, un diálogo de desafección, forman el conjunto de faltas y errores que costaron la vida o el dolor a millares de nativos. Ello habla, ciertamente, de la monstruosidad del régimen, pero ello también expone, con las escasas excepciones de rigor, los límites cercanos del desarrollo mental y hasta artesanal del conglomerado. La torpeza imaginativa para la proyección de un proceso ingenioso de aplicación política concuerda propiamente con la exigua destreza en la manipulación y uso de un arma destinada a producir el acto de protesta o de contagio.

En un país donde la fuerza ha sido constantemente el único instrumento de predominio es natural que la mente popular no esté habituada a ejercitarse. Es un país sin novelistas, sin poetas, sin inventores, en el que las facultades creadoras del hombre han quedado atrofiadas durante mucho tiempo. En medio de tamaña ingenuidad y de tan consolidado miedo el alpinismo revolucionario, como recurso improvisado, es un acto exento de posibilidades positivas y, por ende, potencialmente criminal.

En junio de 1959 tuvo lugar la primera demostración desatendida del alpinismo. La invasión por mar y aire del país por un contingente entrenado en Cuba no resultó otra cosa que una abominable exportación macabra. Apresurémonos a decir que la responsabilidad de esa incursión de cadáveres es totalmente dominicana y de ningún modo castrista. La euforia fidelizante tuvo entonces su primer brote, cuando un grupo sectario de expatriados dominicanos presionó al incipiente gobierno revolucionario cubano en pro de la desastrosa expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo. El designio de convertir una posibilidad de lucha seria en un mero asalto al poder, no sólo festinó la aventura, sino que también fue empleado para ofrecer a los dirigentes cubanos un cuadro mitológico de la realidad dominicana y de las perspectivas de la acción. Se le aseguró al régimen castrista que el arribo de los expedicionarios despertaría la solidaridad e identificación del pueblo oprimido y que habría fundamentos para esperar una suficientemente prolongada actividad guerrillera. Se hablaba fantasmagóricamente de la disposición del dominicano para la guerra rural y de su vocación revolucionaria. La historia de ese episodio desastroso sólo fue útil para poner de manifiesto el estado de una comunidad corrompida. La población urbana del país permaneció en la más sórdida actitud contemplativa en tanto que el campesinado de las áreas afectadas prestaba sus mejores servicios a la cacería de guerrilleros, todo ello al cabo de treinta años de tiranía.

En la ocasión no fue para nosotros sorpresa alguna el fatídico resultado de nuestra impotencia. Estábamos excluidos de la operación y ello nos permitió apenas emitir la

opinión sustancial que luego fuera ratificada por los hechos. La grave responsabilidad de los autores dominicanos del genocidio resultó más reveladora y bochornosa cuando se hizo evidente que no acompañarían a los expedicionarios. Poco después, defraudado, el doctor Fidel Castro castigaba a quienes lo habían hecho partícipe de una verificación lamentable.

Diez años atrás había tenido lugar un aleccionador precedente. En junio de 1949 una pequeña fuerza fraccionada de invasión había llegado al poblado de Luperón, en la costa septentrional de la República Dominicana, con exceso de armas para distribuir entre los moradores. El espectáculo deprimente y la conducta inmoral de la población constituyó un elocuente síntoma de la cobarde cautela de un conglomerado ante la presencia de quienes habían llegado a contribuir a su liberación. Es de dudar que tales comportamientos, de cuya pormenorización nos abstenemos por su índole anecdótica, tengan antecedentes en la historia contemporánea.

Las tentativas guerrilleras de fines de 1963 rematan la trágica e infructuosa ignorancia utilitarista de los alpinistas nativos. Los ejemplos de 1949 y 1959 fueron desechados. Pensar que las condiciones subjetivas y objetivas, cualitativas y cuantitativas, habían cambiado en el desordenado interregno cutre el asesinato del tirano y el golpe de estado que derrocó al presidente Bosch, resultaba un improperio contra la ciencia de la sociedad y el arte de interpretarla. El lapso transcurrido, aún en las óptimas facilidades de soltura y trabajo revolucionario de orientación y organización, no podía ser suficiente para trasladar a una comunidad en el peor estado de retraso político a un estado prerrevolucionario. No existieron esas facilidades; tampoco se realizó la capacitación necesaria.[15] Por lo contrario, dos procesos, contraproducente uno, negativo el otro, se apoderaron del tiempo insuficiente pero valioso: la campaña electoral del candidato que resultó victorioso en las elecciones de diciembre de 1962 y la falta de identificación de objetivos y de unidad procesal entre los subgrupos de izquierda. Pero, sobre todo, se perdió de vista la decisión imperial de no permitir la reproducción, el injerto del caso cubano en la zona del Caribe y, más aún, se ignoró el importantísimo progreso de los órganos políticos y militares norteamericanos en cuanto a la técnica eficaz para suprimir la insurrección en determinados territorios y aplastar la irrupción guerrillera.

Efectivamente, las experiencias de Corea, Cuba, Vietnam y Argelia han abastecido al Departamento de Estado, al F.B.I., a la C.I.A. y al Pentágono de un enorme caudal práctico, militar, para corregir errores, prevenir la negligencia, crear contramedidas y, en fin, retardar en algunos casos la victoria de milicianos guerrilleros y liquidar en otros a los efectivos insurrectos. Los textos de Mao Tse-tung, Ernesto Guevara y Vo

[15] Kelle, V. y Kovalzon, M., *obra citada, pág. 30.* "En los períodos revolucionarios, para la realización de reformas sociales profundas, no basta esa conciencia (la común), porque es incapaz de organizar a las clases y darles un claro objetivo de lucha. Por eso, para el desarrollo objetivo y el triunfo de la revolución es necesaria la ideología revolucionaria."

Nguyen Gyap, amén de las observaciones extraídas de la guerra argelina de independencia, han permitido al imperialismo yanqui lograr un incuestionable progreso en los métodos de represión y supresión violentas, no sólo contra las situaciones cuya fluidez podría ser susceptible de estallar en la insurgencia armada, sino también contra la misma rebelión ya desatada. El adiestramiento policial contra motines urbanos y los métodos y tácticas ofensivos contra las guerrillas de montaña son, fundamentalmente, los responsables del estancamiento de la insurrección en algunos territorios, de la prolongación increíble de la resistencia vietnamesa meridional no obstante el galopante deterioro de esa situación y, en proporción mucho menos apreciable, desde luego, de la relampagueante eliminación de las extemporáneas e inadecuadas guerrillas dominicanas. Imaginar que la sorpresa de la Sierra Maestra se repetirá a través de la misma secuencia, no digamos en un territorio insular, sino en una región continental maciza, es el peor servicio que puede prestarse a la revolución americana. A menos que se conquisten y produzcan rebeliones sustanciales dentro de las fuerzas armadas nativas, la lucha será dura y extenuante. Y esto en razón directa a las comodidades geográficas del imperio.

Los ingenuos guerrilleros de Santo Domingo y sus equivocados directores[16] apenas conocían una mala edición del texto de Guevara, pero ignoraban absolutamente la experiencia de Mao, de Gyap y otros. Lo que es peor todavía, carecían del menor conocimiento del manual preparado por la infantería de marina yanqui para el entrenamiento de sus aliados nativos.

d) *El sectarismo, vicio del primitivismo revolucionario.*— Es dable aceptar que la del alpinismo absurdo no era una política unánimemente seguida por todos los dirigentes minoritarios de vanguardia. Las razones para prever tanto el funesto desenlace como sus contraproducentes secuelas —razones emanadas del análisis consciente de la situación moral, espiritual, política del país— debieron de ser dirigidas por dirigentes de la liberación menos ignorantes y presurosos, sabedores de que el caso nacional no era de impaciencia ni apetencia. La conducta revolucionaria honesta, responsable, es la que se observa de conformidad con el mandato de la realidad exacta de la situación putrefacta y retrasada, tal como es y no como quisiéramos que fuese. La revolución liberadora no es, no puede ser una realización necesariamente vivida y hecha por los protagonistas actuales. Si las condiciones generales múltiples nos imponen el papel de simples precursores o de verdaderos elaboradores de la situación prerrevo-

[16] Kuusinen, Otto V. y otros, *obra citada, pág. 484.* "En los trabajos de Lenin podemos encontrar un análisis completo de la "forma especial de la lucha política" que, según él, es la insurrección armada. Lenin daba los consejos siguientes a los revolucionarios: "1.—No jugar nunca con la insurrección y si se comienza, hay que saber firmemente que es preciso *ir hasta el fin...* 3.—Una vez la insurrección ha sido empezada, hay que obrar con la mayor decisión y obligatoriamente, forzosamente pasar a la ofensiva. "La defensa es la muerte de la insurrección armada."

lucionaria, debemos aceptarlo y conformarnos. Una cosa es tratar de forzar el ritmo revolucionario desde el poder y otra cosa es pretender forzar desde el subsuelo la existencia de lo que no existe.[17] Cúmplese mejor el deber cuando se reprimen impaciencias y apetitos y se afronta la tarea preparatoria, que cuando se asumen los papeles del fabricante de hecatombes. La coacción artificiosa sobre la situación real sólo genera consecuencias nocivas y, muchas veces, negativas e irremediables. La devastación no recae solamente sobre los culpables o los torpes; arrasa a otras víctimas y, sobre todo, desmejora quizás indefinidamente el estado general de la comunidad ya de por sí indeseable. Querer ser héroe a contrapelo del realismo, no pasa de ser una postura cinematográfica que se torna condenable cuando se inflige daño colectivo, hondo y extenso. El afán heroico encajado a presión forzada es antirrevolucionario y, muchas veces, contrarrevolucionario. Tiene mucho de leyenda tipo *western.* De la fabricación de mártires en determinadas circunstancias ya hemos asomado el juicio correcto, la crítica inobjetable. Para el heroísmo personal, individualista, hay por ahí de continuo gran cantidad de sátrapas y embajadores.

De los puntos de vista alpinista y antialpinista surgió, lógicamente, la controversia procesal correspondiente, y ésta acentuó el estado de sectarismo que ya venía royendo la unidad minoritaria. El sectarismo hizo acto de presencia desde el mero principio de la acción pública de los cuatro subgrupos de izquierda: *14 de Junio, M. P. D. (Movimiento Popular Dominicano), P. S. P. (Partido Socialista Popular) y P. N. R. (Partido Nacionalista Revolucionario).*

El problema minoritario dominicano no ha podido ni puede ser resuelto por la organización política mayoritaria, el Partido Revolucionario Dominicano. La composición heterogénea de su dirección y cuadros, en cuanto al concepto que merece a sus integrantes la problemática nacional y su solución, ha impedido que las grandes masas afiliadas o que sufragaron por el PRD en las elecciones de 1962 se incorporasen a la acción transformadora. La dirección del partido incluye a elementos que varían desde el reformista institucional hasta el conservador partidario de la continuación del *statu quo* estructural del estado. Las masas perredeístas no han sido, por conse-

---

[17] *Ibidem*, *pág. 337.* "Si la minoría no sabe dirigir a las masas, relacionarse estrechamente con ella, no es un partido, aunque así se llame, ni vale absolutamente nada." (Lenin).
Lasswell and Lerner, *obra citada, pág. 22.* Acaso sea en la esfera de la estrategia que las élites de poder exhiben los signos más obvios de competencia o incompetencia; *pág 29.* "Machajski ha sugerido que el más importante desarrollo de nuestra época es la llegada al poder, no de la clase trabajadora como un todo, sino más bien del trabajador intelectual, cuyo capital es su conocimiento. Apoyándose sobre la superioridad del conocimiento el intelectual gana el apoyo de los trabajadores manuales..."; *pág. 119.* De los 27 miembros del Politburó a partir de 1917 hasta el presente, "9 han provenido de la Universidad, 3 del liceo, 3 de la educación secundaria, 3 de la educación comercial, 2 de escuelas religiosas, 5 de la educación elemental y 2 de nivel cultural desconocido."

cuencia, incorporadas al trabajo de transformación socio-económica, sino que han permanecido en función de recipientes de los posibles resultados de la labor de sus dirigentes. Son masas electorales sin intervención cambiaria, por lo que permanecen en actitud expectante, carentes de iniciativa, de determinación. Tales masas, por lo demás, han sido despojadas incluso de sus remotas facultades de acción enérgica como resultado de la política de desarme síquico y de contención a que las ha sometido la dirección partidaria. El partido fue constituido estrictamente para el menester electoral, lo que quedó impreso públicamente desde los días de julio de 1961 cuando la agrupación, proyectada en el exilio, se constituyó en el país como primer subgrupo organizado inmediatamente después de la muerte del tirano Rafael L. Trujillo. La responsabilidad histórica de los dirigentes del partido en aquella oportunidad es grave, desde el momento que, amén de no conducir a las masas a la acción por lo menos destructora del régimen totalitario, contuvieron expresamente los naturales impulsos de violencia que algunos sectores del pueblo asomaron tímidamente.[18]

La política mansa y estrictamente electoral en la situación especialísima de Santo Domingo, donde un régimen tiránico tan político como empresarial había penetrado ominosamente por los intersticios de todos los aspectos sociales es, pues, constitutiva del PRD en el territorio patrio. Nadie osará negar que en los días de mediados de 1961 existieron en el país, lógicamente, las condiciones transitorias propias de los fenómenos socio-políticos consistentes en la eliminación del poder monopersonal de un gobernante absolutista, punto de partida histórico propicio para más o menos importantes cambios políticos y administrativos, cuya intensidad, duración y alcances dependerían de la afloración o creación de nuevas condiciones o de la perdurabilidad progresiva de las ya existentes.

Un estado de cosas como el dominicano en el instante de la desaparición del tirano —estado de cosas que apuntaba muy peculiar como consecuencia de la larga historia del despotismo trujillista y de sus orígenes inmediatos— contenía, en los momentos cruciales de 1961, posibilidades interesantes de cambio aún dentro del cuadro general de la alarmante depresión moral y espiritual de la comunidad. Semejante coyuntura histórica no requería otra cosa que factores humanos alimentados de una rudimentaria filosofía radical, capaces sólo de destapar las vías de inundación de las acumuladas energías sociales constreñidas en el seno de la porción no corrompida de la colectividad. No se requería la presencia de revolucionarios en el sentido lato del concepto, sino de simples mecánicos sociales temperamental y mentalmente capaces de excitar y favorecer el desbordamiento popular.

Pero la coyuntura histórica estuvo en manos de los oligarcas conservadores y trujillistas renegados y oportunistas de la *Unión Cívica Nacional*, de los contabilistas

[18] Cuando los directivos del P. R. D. arribaron al país en julio de 1961, pregonaron las siguientes consignas tanto en la casa partidaria como en los actos de masa que celebraron: acatamiento de la ley y "rechazo enérgico de la violencia".

políticos del *Partido Revolucionario Dominicano* y, en mucho menor grado, de los golpeados jóvenes en posición cautelosa y vacilante del *14 de Junio.* Las masas, únicas capaces, con su mera fuerza física, de darle un vuelco a la situación fueron contenidas, lo que no exigía mayores esfuerzos de parte de los dirigentes, amaestradas como estaban al cabo de casi medio siglo de sujeción y servilismo. Y en lugar de dejar la salida del episodio histórico incluso a lo aleatorio del sacudimiento masivo, las direcciones de los grupos actuantes se concretaron a la negociación política con miras a la conquista inmediata o mediata del poder y bajo la suprema dirección de los agentes extranjeros del imperialismo norteamericano.

En cuanto concierne estrictamente al PRD, su dirección se concretó, repetimos, a la formación de una mansa maquinaria electoral y adoptó una conducta utilitarista de no intervención en el proceso de transición que se libraba bajo la conducción norteamericana. Había quedado eliminada del cuadro general de eventualidades la recidiva trujillista clásica, familiar, desechada anticipadamente por el poder imperial, autor intelectual y material del asesinato del tirano. De tal modo, el negocio político consistía en apoderarse rápida o lentamente, pero con seguridad, del electorado potencial, lo que pudo llevar a cabo la dirección perredeísta aprovechando la doble oportunidad que deparaban las otras fuerzas: *la Unión Cívica Nacional* en lucha negociada por el poder inmediato a través de la agencia yanki y la subminoría izquierdista iniciando la torpeza de una actividad amorfa, no electoral desde el principio, sino eufórica, infantil, dislocada y esquizofrénica.

Un hecho de precioso valor diagnóstico se descubre desde entonces. De haberse dispuesto a intervenir en la contienda electoral, y gracias a las simpatías nacionales que recibían sus principales integrantes vapuleados y torturados por la última represión de la tiranía, la agrupación *14 de Junio* contaba con muy serias perspectivas de conquistar el poder por la vía del sufragio inminente. Era una probabilidad objetiva reforzada por una circunstancia subjetiva incuestionable: no era posible ya, mucho menos en una isla del Caribe, sorprender al poder imperial por la vía de la insurrección armada revolucionaria, pero sí era perfectamente posible sorprenderle por la propia vía trazada por el imperialismo como salida a la situación dominicana. El imperialismo había decidido la eliminación de su criatura y aliado Rafael L. Trujillo, precisamente en previsión de que cualquier sorpresa vinculada con la muerte del tirano o con el derrocamiento subversivo del régimen, pudiese promover una situación fluida que arrebatara de las manos metropolitanas el dominio de los acontecimientos domésticos dominicanos. El asesinato de Trujillo, planeado, facilitado y ejecutado por los agentes nativos y extranjeros del imperialismo, fue una consecuencia concreta de la revolución cubana, todo de acuerdo con la nueva política yanki: adelantarse a los cambios y sucesos inexorables con el propósito de evitar la reproducción o el injerto del caso cubano en otros territorios hemisféricos. Quedaba, pues, cerrada, en un estado de cosas tan deteriorado como el dominicano, la perspec-

tiva de llegar al poder a través de la sorpresa fidelista, pero se abría, para un inteligentemente proyectado y dirigido movimiento de apariencia electoral, el camino de tomar el poder incluso a regañadientes de los amos de América.[19]

Que ya en el poder se corriese luego la misma suerte, con mayores razones, que el gobierno de Bosch, todo habría quedado supeditado a la rapidez, precisión y habilidad de la política internacional del supuesto régimen. Todo habría dependido, en fin, de que no se hubiere incurrido en las mismas vacilaciones, debilidades y defectos liberales de índole exclusivamente reformista de que adoleció, mientras luchaba por sobrevivir, el régimen depuesto el 25 de setiembre de 1963.

Pero los tartarines seudorrevolucionarios del *14 de Junio* y del *M.P.D.* no estaban interesados en la conquista del poder por vía electoral, sino en la toma del mismo por la vía heroica del monte y de la pólvora. Sólo la ocupación del gobierno por la vía del hecho armado satisfacía la euforia paranoica de emular en Santo Domingo al líder cubano. En un país donde la misma vía electoral, con ser la más viable y factible, ofrecía sus lógicas dificultades, se la despreciaba, acaso incluso por considerársela feminoide, poco propicia para corresponder a revolucionarios despertados por la legendaria gesta cubana. Es cierto que el camino comicial ofrecía, en primer lugar, la aleatoria inseguridad del triunfo dependiente del probable fraude a cargo de los tenedores provisionales del poder y de sus amos foráneos y, en segundo lugar, quedaba siempre en la nebulosa del tiempo la materialización de la entrega del poder sin interrupciones militares, pero en un medio donde el estado moral y material de la comunidad no hacía viable en lo más mínimo ningún otro procedimiento, constituía una irreversible torpeza cerrarse a sí mismo el callejón del voto.

Dos atractivos en nada despreciables acompañaban la conveniencia casi forzosa de no desperdiciar la ruta del sufragio: en primer lugar, la organización de masas que está implícita en todo proceso de afiliación partidaria y la perspectiva de lograr paralelamente, en cierto grado, la incorporación popular, en un tono potable para el do-

[19] Kuusinen, Otto V. y otros, *obra citada, pág. 486.* Lenin escribió: "Marx no se ataba las manos —ni se las ataba a los futuros líderes de la revolución socialista— acerca de las formas, procedimientos y modos de la revolución, pues comprendía perfectamente el cúmulo de problemas nuevos que entonces se presentarán, cómo cambiará toda la situación en el curso de la acción revolucionaria, con qué frecuencia e intensidad cambiará todo en la marcha de la revolución"; *pág. 488.* "Una de las formas posibles de transición pacífica al socialismo puede ser la toma del poder por la clase obrera mediante la conquista de la mayoría en el Parlamento. Durante varios decenios los comunistas denunciaron tenazmente las ilusiones parlamentarias que los reformistas sembraban entre los obreros. Esto no significa que los Partidos Comunistas negasen en redondo la lucha parlamentaria. Admitían, sí, su valor para la defensa de los intereses diarios y los derechos democráticos del pueblo. Después de un análisis de las condiciones de la lucha obrera en la época contemporánea, el XX Congreso del P. C. de la U. S. llegaba a la conclusión de que hoy día para la conquista del poder por la clase obrera puede ser utilizado el mecanismo de la democracia parlamentaria."

minicano amedrentado. En segundo lugar, se lograba el aseguramiento del pretexto usual para recurrir posteriormente a la insurgencia si se frustraba el esfuerzo "democrático" plebiscitario, con la consiguiente adición de efectivos humanos y razones morales derivados de la frustración del triunfo por amañamiento o fraude. Muchos se habrían plegado en dirección de las víctimas políticas que ya hubieran mostrado su buena fe occidentalista.

La situación ideal habría sido, pues, en atención a las características domésticas de esterilidad absoluta para la cosa subversiva, la disposición de todos los grupos de derecha, centro e izquierda en pro de la salida electoral, en tanto que los núcleos progresistas se ocupasen paralelamente de la eventualidad armada al cabo del trabajo organizativo de capacitación y de insuflación radical rebelde.

No resultó así. Los designios aparentes se dividieron y, mientras los grupos de derecha y centro se volcaron por la ruta del sufragio, los subgrupos de izquierda tomaron, dos de ellos, la vía alpinista, en tanto que los dos restantes (uno por expresa abstención y otro por abstención forzada) la de la simple expectativa. Las masas, como podía preverse sin mucho esfuerzo, frente a la alternativa entre la fórmula pacífica y la violenta, se decidieron de conformidad con su domesticación, mansedumbre y pánico, por la menos onerosa, la que constituía, desde luego, una ubicación desfavorable para la minoría progresista, en tanto que el imperialismo y sus turiferarios nativos acentuaron su posición represiva y abortiva frente al evidente indicio brindado por los sectores que se colocaban de espaldas a la salida institucional.

Entre un postor que ofrece a la clientela sobrecogida de miedo y abyección la manera de alcanzar el paraíso terrenal por el fácil procedimiento de depositar en un cajón de madera una pequeña cartulina, y otro postor que ofrece al mismo público la dura, laboriosa y peligrosa fórmula, por lo demás confusa y discutida, para llegar, posiblemente, al mismo paraíso, nada tiene de extraño que tal clientela corrupta y deleznable escoja el primer medio de transporte.

Así, cuando se pudo determinar la abrumadora cantidad que respaldaba al Partido Revolucionario Dominicano, habíamos arribado a la conclusión de que estábamos frente al tremendo caso de una mayoría que, tanto por consecuencia de sus condiciones intrínsecas como por el ablandamiento a que estuvo sometida por la prédica de la no violencia con que la saturó el partido triunfante, no significaba contribución alguna a la solución del grave problema subminoritario dominicano. Los hechos reafirmaron poco después esa convicción desoladora.

Cuando el 24 de setiembre de 1963 el golpe de estado derribó sin pena ni gloria, sin lágrimas ni sangre, un régimen que seis meses antes había surgido de una mayoría aplastante, la catástrofe se consumó con facilidad y fluidez vergonzantes. Los millares de ciudadanos y ciudadanas que habían depositado la tarjeta blanca en la caja de madera hicieron mutis tras las puertas de sus casuchas miserables. Sólo los estudiantes y adolescentes sacaron a la calle su protesta ruidosa, pero absolutamente inútil.

Dos años más tarde, el estado general de la sumisión dominicana, bajo un aparato militar encabezado por una esmirriada, figura de jinete de hipódromo sajón, pero galvanizado por las bendiciones apostólicas y económicas del Santo Padre y de la Casa Blanca, respectivamente, recordaba los mejores tiempos de la tiranía trujillista. La deshormonización masiva de la comunidad había sido consumada rotundamente.

EPILOGO

"Compréndanlo todos de una vez: mientras más duros y terribles sean los escritos de un autor contra su país, más intensa y voraz es la pasión que arde en el corazón de aquél por su patria. La violencia, en el dominio soberbiamente original de la literatura, es una prueba de amor."

Mario Vargas Llosa.

Pocas han sido las interpretaciones históricas y los diagnósticos y pronósticos sociopolíticos tan prontamente verificados y confirmados por el tiempo inmediato como este trabajo. Escrito durante los dos últimos meses de 1963 y los tres primeros de 1964, sus análisis y juicios iban a ser ratificados por los hechos de manera veloz y elocuente. Efectivamente, los sucesos que irrumpieron el 24 de abril de 1965 en Santo Domingo quedan encuadrados, con harta y pasmosa exactitud, dentro de los rigores interpretativos de este libro. De no ser por el testimonio de otros compatriotas desterrados, pudiera entenderse que las páginas anteriores fueron preparadas con posterioridad tanto a los sucesos militares de abril, mayo y junio de 1965 como a los comicios del primero de junio de 1966.

A.—Las características de una insurrección concentrada en la ciudad capital del país son, por sí solas, confirmatorias de la tesis de la subminoría cuantitativamente insuficiente y cualitativamente ineficaz. El hecho *sui generis* de una ciudad en guerra mientras el resto de la comunidad insular fungía de espectadora inalterable, señala, no ya la vigencia de una subminoría progresista insuficiente e ineficaz, sino que incluso reduce geográficamente la existencia del subgrupo a los límites de un área urbana demográficamente discreta. La contemplación normalizada, por parte de la casi totalidad de la población nacional, de la desesperada situación de los constitucionalistas combatientes encerrados en el reducidísimo casco colonial de Santo Domingo, constituye no sólo un hecho insólito, sino también deprimente. Y si se agrega a la misma realidad la circunstancia de que la contemplación se realizó sin abandonar el ritmo misceláneo del vivir cotidiano, la situación se torna vituperable en detrimento de la casi totalidad del conglomerado nativo que resistió, sin mayores esfuerzos ni mejores reacciones, la tremenda excitación que debió producir el significado de los sucesos capitalinos a lo largo de cinco meses de angustia exacerbante.

B.—La predominante participación de la adolescencia y la juventud de Santo Domingo en la prueba insurreccional, explica con claridad el tono generacional de la

insurgencia y hace resaltar expresamente el aspecto cualitativo de la proporción no corrompida del conglomerado capitalino, proporción demográfica que es la única capaz de obrar con honor y dignidad nacionales en su condición de portadora del germen de conciencia patriótica y revolucionaria.

C.—Como contrapartida, las manifestaciones criminales de lesa patria, desde la abyecta y brutal solicitud de esa inenarrable y oscurecida caricatura de Pedro Santana denominada Pedro Bartolomé Benoit hasta las exhibiciones de solidaridad con las tropas yankis invasoras de parte de la corrupta mayoría reaccionaria, ponen de relieve, con espantosa crudeza, el inmoral estado de disolución social que caracteriza a la comunidad dominicana.

D.—A su vez, la invasión de las fuerzas armadas yankis demuestra, con descaro sólo comparable al de las hordas hitlerianas, la resolución del imperialismo norteamericano en cuanto a aplicar las más brutales medidas de prevención irrestricta en aseguramiento del *statu quo y* de conformidad con la decisión de no permitir el funcionamiento de las probabilidades aleatorias dentro de las fronteras del imperio.

E.—Al mismo tiempo, la parálisis de la agresividad de las fuerzas constitucionalistas respecto de las tropas invasoras —que tendieron y ampliaron fluidamente el cerco de seguridad y aislamiento con sorprendente impunidad—, señala certeramente la prevalencia de la sensación de desembarco que imperaba en el ánimo nativo en cuanto al complejo inhibitorio de sujeción al poder interventor. El ímpetu bélico que animaba a los núcleos de vanguardia contra las tropas reaccionarias nativas, quedó mágicamente frenado ante el invasor y convertido en esporádicas e individualizadas manifestaciones de francotiradores.

F.—Los resultados electorales de junio de 1966, a sus veces, han ratificado tanto el cuadro peculiar de la insurrección de 1965 como las proposiciones de este estudio. El triunfo del candidato Bosch en el Distrito Nacional y su derrota en las zonas contemplativas del país confirmaron las particularidades de la reducida guerra civil. Bosch triunfó definitivamente en el escenario de la insurgencia y sus alrededores poblados de campesinos proletarios, en tanto sucumbía en las áreas pasivas de la contemplación.

G.—El vergonzoso exceso electoral del candidato Balaguer —un cómplice de la tiranía moral e históricamente desprovisto del derecho de reivindicación por la asiduidad, extensión y profundidad de su cooperación a lo largo del despotismo— demuestra la condición moral de la gran mayoría electoral dominicana, capaz de exhibirse ante el mundo y su propia historia como partidaria del regreso inmoral al trujillato. La comunidad ha mostrado, una vez más, su sempiterna regresión al pasado execrable.

H.—Inhabilitado por razones éticas para optar a las indemnizaciones de la historia política, el vencedor electoral de 1966 representa la estabilidad del *statu quo* protegido por todos y cada uno de los factores internos y externos que han corrompido tan

irremediablemente a la comunidad, la cual, presa de su clásico y típico pavor cívico, ha vuelto nuevamente a sacrificar los valores éticos en aras de los valores físicos.

I.—La presunción y hasta la evidencia de fraude electoral no mejora la significación de los comicios, por cuanto la trampa electoral sólo ha podido elaborarse sobre la base de que el candidato Balaguer haya obtenido una cantidad sustancial y muy considerable de votos. Si Balaguer hubiese recibido solamente el favor del número exiguo de electores que corresponde a su culpabilidad histórica, el fraude no habría contado con la base aritmética necesaria para su confección.

J.—El hecho de que el candidato Bosch condujese una campaña electoral calificada de cobarde por la universalidad de la crítica nacional e internacional, no explica por sí solo la selección del candidato Balaguer, antítesis de toda noción heroica tanto por su personalidad como por su específica historia. Joaquín Balaguer es, desde todo punto de vista, la negación de lo épico.

K.—El fiasco comicial de la *Agrupación Política 14 de Junio* verifica la índole generacional de la subminoría de vanguardia, integrada por la juventud en su mayor parte carente de edad electoral y, al mismo tiempo, la incapacidad de su dirección. En tanto se dispendió la oportunidad electoral de 1962, cuando las condiciones entonces existentes arrojaban perspectivas prometedoras previas al hecho armado, se decidió estúpidamente en 1966 calibrar la posibilidad comicial con posterioridad al hecho militar y a la negativa exhibición ofrecida por la comunidad nacional con ocasión tanto de la aventura guerrillera de 1963 como de la guerra civil de 1965. La dirección de esa agrupación ha cometido la incomparable torpeza de revelar pública y notoriamente su verdadera impotencia numérica, decapitando de un solo tajo, ante amigos y enemigos, los recursos que significaban la incógnita de su presunto poderío.

INDI C E

- Dos PALABRAS 5

- **LA GRAN CORRUPCIÓN**

I La Negociación de los Valores 9
II La Defensa Social Abierta 19
III El Gran Miedo y la Haitianofobia 29
IV La Mulatización en Santo Domingo 49
V Complejo, Insularidad, Desvinculación Telúrico 93
VI Blancofilia y Servilismo 115
VII La Tiranía y el Imperio 137
VIII La Corrupción Normalizada 153

- **EL PROBLEMA MINORITARIO**

IX El *Quantum* Minoritario 173
X La Subminoría Nacional 187
XI La Jerarquía de los Factores Sociales 215
XII Las Cuatro Vallas 225
Conclusiones 247
Epílogo 273

COLOFÓN

Es inconcebible que una obra como "La comunidad mulata" (1967) todavía siga siendo desterrada de nuestros planes de estudios de Ciencias Sociales y que de ella sólo se tenga la idea de que es una obra "racista". Es fácil despachar esta obra con semejante epíteto, que más bien se podría fundamentar en la lectura de su novela "Jengibre" [1], como lo ha demostrado el estudioso Norberto James[2]. Lo que no lo es, es el asumirla en su tiempo y en sus aportes, en la manera en que constituye el discurso de la *otra* historia dominicana, una más real que la contada normalmente en los libros de textos y se determina en los estudios académicos.

Autor y obra andan desterrados. Pedro Andrés Pérez Cabral estuvo marcado por la experiencia del destierro desde sus primeros años. Nacido en San Pedro de Macorís en 1910, sus primeros años de vida coinciden con la Ocupación Norteamericana (1916-1924). En ninguna otra región del país como en aquella región del Este se sintió la virulencia del capitalismo y de la presencia militar extranjera. Zona cañera y de despunte urbano, a la expropiación forzada de terrenos y la sobreexplotación en los ingenios azucareros se le sumó la presencia de los denominados "gavilleros", en realidad, patriotas armados y alzados en contra de los norteamericanos.

Como todo buen hijo de aquella clase media macorisana, al joven Corpito –como se le apodó desde temprano-, no le quedó otro camino que el universitario en la capital dominicana. Allí se dirige a estudiar Medicina, en 1931, a su Universidad. Sólo pudo llegar al cuarto año. Se niega a plegarse a aquel régimen trujillista que se había enquistado en el poder en 1930 con aires patrióticos y desarrollistas, y que al poco tiempo ya mostraba toda la crudeza con terror y asesinatos políticos.

Pérez Cabral sufrirá prisión. En 1939 parte al exilio, a Venezuela. Allí estudiará Ciencias Políticas y Derecho (1945), dedicándose a la docencia universitaria y a una práctica política más vinculada a la reflexión y a la creación que al hacer partidario.

Como todos los exiliados, fue de los primeros en volver al solar nativo, tan pronto fue ajusticiado el tirano, en aquel histórico 30 de mayo de 1961. En octubre de aquel año ha regresado, formando el Partido Nacionalista Revolucionario, más de orientación socialdemócrata que socialista o comunista.

Los afanes y las luchas tendrán pronto un triste y dramático saldo. En mayo de 1963

---

[1] *Jenjibre (Novela dominicana)*. Impresores Unidos, Caracas, 1940.

[2] Ver *Denuncia y complicidad*. Editora Taller, Santo Domingo, 1997.

es expulsado del país, regresando a Venezuela, siguiendo la estela de Duarte, para nunca más regresar.

Mientras tanto, en República Dominicana las convulsiones sociales no cesan. El gobierno de Juan Bosch (1963), donde se cifró la esperanza de un cambio democrático, cae a los siete meses, en septiembre de aquel año, producto de una conjura donde los viejos fantasmas del trujillato se conjugaron con las nuevas aprehensiones de los Estados Unidos por evitar un nuevo país revolucionario.

En 1964 Pedro Andrés Pérez Cabral comienza a redactar su obra cumbre, *La comunidad mulata*. La empresa no tiene grandes referentes en la historiografía dominicana: José Ramón López había publicado *La alimentación y las razas*[3] y *La paz en la República Dominicana. Contribución al estudio de la sociología nacional*[4]; Joaquín Balaguer, La *realidad dominicana*[5], y casi paralelamente, Juan Isidro Jimenes-Grullón daría a conocer –también en Venezuela- *La República Dominicana, una ficción. Análisis de la evolución histórica y de la presencia actual del coloniaje y el colonialismo en Santo Domingo*[6]. El proyecto de Pérez Cabral es más totalizador, sin embargo: a la reparación en el saber de la historia, le agrega los últimos adelantos en los estudios de la antropología, la historiografía, el marxismo y la ética.

Su propuesta se plantea la superación de los mitemas oficiales de la historiografía trujillista, mostrando la manera en que el pueblo dominicano se había constituido histórica y antropológicamente. A pesar de algunos dejos que podrían calificarse de prejuicio racial en la misma, *La comunidad mulata* presenta una crítica visión al supuesto pasado "heroico" que construyó la visión oficialista de la historia respecto a la nación dominicana.

La obra no sólo hacía cuentas con el trujillato oficialmente superado de entonces, sino también a una izquierda influida por los aires milenaristas que insuflaba la revolución cubana y sus efectos sobre nosotros, sobre todo la experiencia guerrillera del 14 de junio de 1959, que Pérez Cabral llega a considerar como una especie de suicidio colectivo.

Debido a la profundidad de esta *crítica total* del discurso político, que si bien en algunos casos es francamente nihilista, no debemos de percibir su agudeza y la necesidad, tanto de orientarla en su tiempo como de seguirla pensando en este siglo XXI aún normado por la cuestión racial.

Por ahora preferimos contentarnos con unas simples palabras finales y no asumir un análisis de la misma, a la espera de un momento más propicio, cuando ya una mayor y mejor lectura permita el situarla en aquél y en este tiempo.

---

[3] Imprenta García Hermanos, Santo Domingo, 1896.

[4] Tipografía El Progreso, Santo Domingo, 1915.

[5] Imprenta Ferrari Hnos., Buenos Aires, 1947.

[6] Talleres Gráficos Universitarios, Mérida, Venezuela, 1965.

CONTRAPORTADA DE LA PRIMERA EDICIÓN DE *LA COMUNIDAD MULATA.*

Dentro del calificado cuadro general de la América Latina existen -no hay duda alguna –situaciones específicas inherentes a las condiciones particulares de cada uno de los estados que la integran. La existencia de denominadores comunes no es suficiente para eclipsar la vigencia activa y determinante de las peculiaridades nacionales, las cuales, en fin de cuentas, son las que caracterizan, con intensidad variable, las manifestaciones y procesos de las diversas comunidades latinoamericanas. El aludido cuadro general se hace más complejo porque, ciertamente, a condiciones que podríamos clasificar como históricamente constitutivas se han yuxtapuesto y, en determinados casos, superpuesto, condiciones que nos atrevemos a clasificar como socialmente adquiridas. La cuestión, incluso, ha sido reconocida desde el punto de vista sociológico y son varios los autores que han avanzado la necesidad de organizar el panorama latinoamericano mediante la sistematización del estudio de nuestros países gracias a su agrupación por zonas o por rasgos nacionales predominantes. Se ha llegado a señalar, por ejemplo, con notorio retardo, que hay entidades y conglomerados en América cuyas afinidades y conformaciones los vinculan más al continente africano que a las raíces autóctonas de lo americano propiamente dicho.

La República Dominicana representa, desde distintos puntos de vista, una entidad americana eminentemente peculiar, y ésto es así tanto por sus condiciones históricas constitutivas como por precisas cualidades socialmente adquiridas. Son estas y sus causas y razones las que forman la materia del presente trabajo.

El autor, Pedro Andrés Pérez Cabral, doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela y en Derecho de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, es un ciudadano dominicano que, desterrado desde 1939, todavía hoy está impedido de regresar a su patria, a la que sólo pudo reintegrarse por espacio de 18 meses comprendidos entre octubre de 1961 y mayo de 1963.

OBRAS DEL AUTOR

Publicadas:

Del Suelo, Santo Domingo, 1938

Jengibre, Caracas, 1940

La Huella del Humo, Santo Domingo, 1967

El **Preimperialismo Norteamericano,** México, 1965

En preparación:

Los Dioses del Caribe Cruz

El Preimpcrialismo Norteamericano

(segunda edición)

INDI C E

- Dos PALABRAS 5

- **LA GRAN CORRUPCIÓN**

I La Negociación de los Valores 9
II La Defensa Social Abierta 19
III El Gran Miedo y la Haitianofobia 29
IV La Mulatización en Santo Domingo 49
V Complejo, Insularidad, Desvinculación Telúrico 93
VI Blancofilia y Servilismo 115
VII La Tiranía y el Imperio 137
VIII La Corrupción Normalizada 153

- **EL PROBLEMA MINORITARIO**

IX El *Quantum* Minoritario 173
X La Subminoría Nacional 187
XI La Jerarquía de los Factores Sociales 215
XII Las Cuatro Vallas 225
Conclusiones 247
Colofón 277
Palabras Contraportada 279